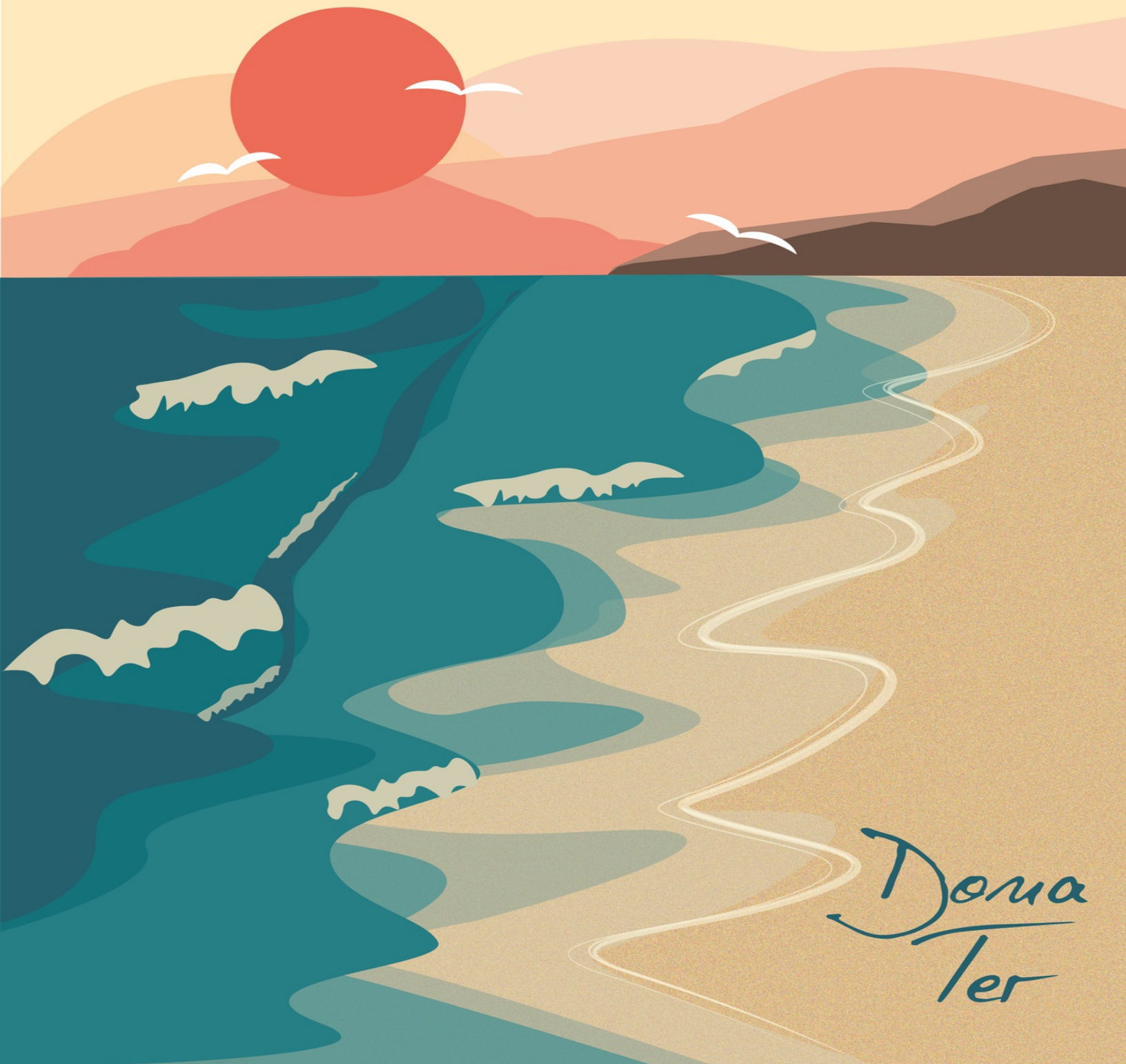


*Hasta que
salga bien*



*Dona
Ter*

Hasta que salga bien
Dona Ter

Hasta que salga bien; Dona Ter.

© Registro nº: REGAGE22e00050655368

Diseño de portada: Dona Ter

1ª Edición: junio 2024

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o préstamos públicos.

Sinopsis

Para Elio el mar es una musa. Es su pasión.

Para Morgane el mar es un monstruo. Es su peor enemigo.

A veces, el miedo gana al amor.

A veces, quererse no es suficiente.

A veces, hay que intentarlo una y otra vez ***hasta que salga bien.***

En cuanto abrimos nuestros corazones al amor,
le enseñamos al universo la mejor manera de destrozarlos.
Christina Lauren

A los que el mar ha convertido en sirenas.
A los que se quedan en la orilla,
esperando.

En Spotify encontrareis una lista de reproducción
([Hasta que salga bien](#))
con las canciones que se citan en el libro.



Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[Prólogo \(Elio\)](#)

[1 A una cita a ciegas, ¿cómo de ciega hay que ir?](#)

[2 Cena gourmet en el patio trasero](#)

[3 Conflicto de versiones](#)

[4 Perdiendo el tiempo](#)

[5 Si pica, rasca](#)

[6 Aprender a volar requiere muchas horas de suelo](#)

[7 Cuando la rabia se concentra en el puño](#)

[8 La lista de deseos \(de nunca y promesas\)](#)

[9 El cielo huele a lavanda y San Pedro es un unicornio](#)

[10 El destino se toma tus negaciones como un desafío](#)

[11 La vida en programa de centrifugado](#)

[12 Belle-Île](#)

[13 No es la fiesta que esperaba, pero ya que estamos, bailemos](#)

[14 Nuevos habitantes](#)

[15 La vida en pretérito pluscuamperfecto](#)

[16 Me faltan unas horas de maduración](#)

[17 Frena vida, que no te vivo](#)

[18 La tirita](#)

[19 Fata Morgana \(Elio\)](#)

[20 El silencio crea mentes ruidosas](#)

[*21 Amores que trae la marea y se van con el bronceado](#)

[*22 El mar y yo \(Elio\)](#)

[23 El corazón, solo otro músculo más \(Elio\)](#)

[24 El amor duele](#)

[*25 Solo un verano \(Elio\)](#)

[26 Port Coton](#)

[27 A los chicos también nos gusta que se peleen por nosotros \(Elio\)](#)

[28 ¿Amigos?](#)

[29 Todo pasa, pero primero te atropella \(Elio\)](#)

[*30 Talasofobia](#)

[31 Qué don tienen las madres para hacerse... querer](#)

[*32 Sabes a verano](#)

[33 La curiosidad mató al gato y a mí me dejó con ganas](#)

[34 La pregunta no es ¿por qué?, sino ¿por qué no? \(Elio\)](#)

[35 Romy](#)

[36 Sirenas, cactus y un giro inesperado](#)

[37 Vomitar una mala decisión \(Elio\)](#)

[38 La vulnerabilidad del flanco norte](#)

[39 He perdido \(Elio\)](#)

[*40 Eterno verano \(Elio\)](#)

[41 Sanar duele](#)

[42 ¿Cómo va a ser dormir una tregua si sueño con ella? \(Elio\)](#)

[43 Traigo el desayuno](#)

[44 Tarde \(Elio\)](#)

[45 La pizca que marca la diferencia](#)

[46 La sabiduría de Mary Poppins](#)

[47 Déjame marchar](#)

[48 No sé cómo \(Elio\)](#)

[49 Mi pasión](#)

[50 El retorno de Saturno](#)

[51 La corriente me lleva hacia ti, pero las olas me devuelven a la orilla \(Elio\)](#)

[52 Descansa en paz](#)

[53 En mis sueños siempre estamos juntos](#)

[54 Odiarte requiere mucho esfuerzo \(Elio\)](#)

[55 Un secreto bajo el tejado](#)

[56 Se te puede ir de las manos, pero no del corazón](#)

[57 La felicidad hecha mujer \(Elio\)](#)

[*58 Aeternum \(Elio\)](#)

[59 Copia y pega](#)

[60 La verdad nos hará libres \(Elio\)](#)

[61 Un viaje psicotrópico](#)

[62 Esas margaritas piden agua](#)
[63 Entre quizás y ojalás se escapa la vida](#)
[64 Estatua de sal](#)
[65 Ver nacer el día \(Elio\)](#)
[66 El enigma de La sirena](#)
[67 Querer bien](#)
[68 Joie de vivre \(Elio\)](#)
[69 Quiquiriquí](#)
[70 Bienvenido a la república independiente de mi casa](#)
[71 Mira, se miran](#)
[72 Remember me](#)
[73 No me olvides](#)
[74 Un amor de cuadro](#)
[75 Cuando la añoranza pide refugio](#)
[76 Con desearlo \(no\) es suficiente \(Elio\)](#)
[77 Una señal es una sugerencia, dos señales, una advertencia](#)
[78 En el limbo \(Elio\)](#)
[*79 Cuando gana el mar](#)
[80 Un café con la luna](#)
[81 La mujer que necesitas \(Elio\)](#)
[82 El peso de la culpa](#)
[83 You & the sea \(Elio\)](#)
[84 Ese amor](#)
[85 La burbuja explota](#)
[86 Significado \(Elio\)](#)
[87 Un corazón roto sigue latiendo](#)
[88 Amar en azul ultramar](#)
[89 Perder \(Elio\)](#)
[90 Sin adiós](#)
[91 Síndrome de Ulises](#)
[92 ¿Volverías? \(Elio\)](#)
[93 A puñados](#)
[94 Agosto](#)
[95 Septiembre](#)

[96 *Part of me*](#)

[97 En la oscuridad, lo veo claro](#)

[98 La bicicleta de Tolstói](#)

[99 *Half moon bay* \(Elio\)](#)

[100 Hasta que salga bien](#)

[Epílogo](#)

[Recuerda](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora](#)

Prólogo (Elio)

Siempre he sido un procrastinador nato. El «mañana» como respuesta sale de mi boca de forma automática, sin filtro ni pensamiento previo. «Mañana», «luego», «después»... Hasta que ya no hay después. Ni luego. Ni mañana. Dicen que es justo antes de morir que ves tu vida pasar frente a ti, como si de una película se tratara. Eso es exactamente lo que me ocurre, la veo desfilar ante mis ojos como en una vieja cinta de cine mudo. Imágenes en blanco y negro pasan acompañadas de una música afónica y oxidada. Mis padres y mis cuatro hermanos. Los viajes en la autocaravana, los días interminables en la playa. Estudiar las olas y bailar con ellas. Dylan, mi hermano, mi mejor amigo. La hucha que llenamos hasta los topes de las pagas para reparar la furgoneta. Hacer realidad el sueño de cualquier surfista: viajar por todo el mundo persiguiendo el eterno verano. Y llega ella, la chica, porque en cualquier película (vaya de lo que vaya) siempre hay una chica. Y en la mía está ELLA, Morgane, la única que merece las mayúsculas.

Pero, como he dicho antes, soy un procrastinador nato y todo esto no desfila frente a mí cuando tengo el accidente, sino al despertar y verme en una cama de hospital acompañado solo por Dylan.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

Los pulmones llenos de agua, las heridas, las operaciones, el coma inducido... Pensaba que lo peor ya había pasado.

Su ausencia me aplasta el pecho.

Desfila un último fotograma, un fondo negro y sobre él, en letras blancas: fin.

Pero no fue el fin, tres años después sigo aquí. Vivo en la isla, el único lugar donde siempre me he sentido en casa. Cada vez tengo más claro que soy un hombre de costumbres. Lo es que cada día surfee. Lo es que cada vez que estoy sobre la tabla y miro hacia la playa, la veo a ella. A mi pasado esperando en la arena. Todos tenemos un verano en el que refugiarnos.

Miro hacia el horizonte, la línea que separa el cielo del mar es tan indefinible, como la que existe entre el pasado y el presente. Empiezo a ser consciente de que es muy probable que, después de tanto tiempo, Morgane deje de ser pasado y se convierta de nuevo en presente.

1 A una cita a ciegas, ¿cómo de ciega hay que ir?

¿Qué hay peor que una cita a ciegas?

¡Seis citas a ciegas!

Voy de camino a un *Speed dating*. Aún no sé cómo me he dejado convencer por Marlene, pero no hay quien le diga que no. Es mi compañera de trabajo y mi mejor amiga desde que llegué a París. Tiene la energía de una supernova, es de esas personas que brillan. Es una enamorada del amor. Y claro, ya sabemos que eso suele ser un problema. Buscar la perfección hace que te pierdas muchas cosas, aunque en ese sentido aprueba con distinción. Nada la persuade de buscar al hombre ideal. Se pasea por la vida con una red caza mariposas (en el estómago). Siempre está dispuesta a conocer gente. Y me parece muy bien, que haga lo que le plazca, lo que me cabrea es cuando me manipula y acabo accediendo a acompañarla. Lo dicho, no hay quien le diga que no. Su filosofía de vida es que hay que estar con la mente abierta, el corazón dispuesto y las piernas depiladas, por si acaso. Mi problema es que soy de mente cerrada, el corazón lo tengo en *overflow* y odio depilarme. Sí, supongo que eso me define bastante bien.

Pero esta noche me he duchado y depilado. Me he tomado una copa de vino antes de salir para airear la cabeza y el corazón lo he dejado en la mesita de noche, junto al Satisfyer y el álbum de fotos que nunca confesaré que aún guardo. Esto define a la chica que quiero ser.

¿Alguna vez has tenido la sensación de que todo está mal? Yo llevo un tiempo con la percepción constante de que todo lo que me rodea está desordenado, cambiado de sitio. Incluida yo.

Cuando cruzo el puente Neuf, por un instante me planteo dar la vuelta y volver a casa. Me parece oír mi nombre en el viento primaveral, como el canto de una sirena que procede de mi nevera. Es la cerveza junto al risotto de setas que cociné el sábado que me invitan a reunirme con ellos y pasar una gran noche viendo un nuevo capítulo de la serie australiana *Upright*. Me parece una maravilla y de lo mejor que he visto en mucho tiempo. Es tan tentador... Esta sí soy yo, o la que era. La que necesito guardar en un cajón y dejar salir a la nueva Morgane.

Este recordatorio es el que me obliga a seguir andando y valorar lo que me rodea, ¡es París! De adolescente me imaginaba viviendo en esta ciudad. También soñaba con trabajar en el mundo del arte y lo he conseguido. Tengo un apartamento, más pequeño que la casa de muñecas que me regalaron a los cinco años, pero es mío. Debería ir a todos lados saltando de alegría, pero no lo hago. Podría culpar a la edad o porque siempre hay demasiada gente y hay que ir esquivando obstáculos. Nada es como lo soñamos y la realidad es que París huele a pis. Ale, ya lo he dicho. Todo es muy caro y la polución encapota el cielo la mayor parte de los días, envolviendo la Ciudad de la luz en tonos grisáceos. Y sí, tienes razón en eso que estás pensando; el problema no es la ciudad, sino yo que, como te he dicho antes, no me siento en mi sitio.

El bar, donde hemos quedado, está en la Place Dauphine, y por un instante oigo a Will decirle a Lou que se tome un café justo en esta plaza. Ves, solo de nombrarlos me apetece irme a casa y volver a mirar por enésima vez *Yo antes de ti*. O acurrucarme en la cama y leer de nuevo el libro, pero alzo la cabeza, lanzo un suspiro y sigo adelante.

El local se llama Waste time, perdiendo el tiempo, no sé si tomarlo como un presagio. Aún es pronto hasta para los que llegan pronto. Veo que un par de camareros están organizando las

mesas. En cada una hay dos sillas, papel, bolígrafos y un reloj de arena en el medio. Me acerco a la barra y me siento en uno de los taburetes. No hay nadie, pero tampoco tengo prisa. Cojo el teléfono y le escribo un mensaje a Marlene para saber dónde está. Hemos quedado que vendríamos antes a ver el ambiente y si no estamos seguras, nos vamos. Me lo ha prometido. Está loca, pero me puedo fiar de su palabra.

—Llegas pronto.

—¿Perdón? —Levanto la vista y me encuentro con un camarero, está secándose las manos con un trapo. Al terminar, se lo cuelga del hombro.

—Si vienes por lo del SD, aún falta más de hora y media. —Tardo un par de respiraciones en atar cabos y comprender las siglas de la *speed dating*.

—No, solo he quedado con alguien. —Sonrío esquiva.

—¿Qué te sirvo? —Detrás de él hay una pizarra con la carta de cócteles, los leo sin tener ni idea de qué son ni qué llevan la mayoría de ellos—. Mi instinto me dice que no tienes pinta de que te vayan las mezclas.

Sus palabras hacen que lo mire. Mirar, como sinónimo de observar a alguien que es capaz de llamar tu atención. Tiene el pelo corto, moreno. La frente es estrecha y hace que resalten los ojos, de un tono dorado oscuro y la barbilla puntiaguda escondida bajo una barba muy corta. Es delgado y viste todo de negro. Lo que más destaca es su sonrisa, comedida, pero con un toque sugerente.

—¿Y qué más te dice?

—Que ni te gusta esto, ni el plan de esta noche. Que preferirías estar en cualquier otro sitio y que te apetece una cerveza, pero dudas de que parezca «básico». —Entrecomilla la última palabra.

No sé si ha hablado con Marlene, con mi madre o soy demasiado transparente. Y sí, el primer pensamiento es levantarme y marcharme, pero me obligo a seguirle el juego. Hay que ir conociendo a esta nueva Morgane.

—No se te da mal. Una caña. —Asiente y se acerca al surtidor—. ¿Eres el dueño?

—Sí, ¿por?

—Por el nombre, me parece curioso.

—Nació como un lugar para citas rápidas. Por eso en todas las mesas hay un reloj de arena. Diez minutos son suficientes para saber si quieres seguir conociendo a esa persona o si, por el contrario, es mejor salir huyendo. Lo de esta noche es especial.

—¿En diez minutos? Yo estuve seis años con mi ex y sigo con la sensación de que no lo conocía.

Se ríe mientras asiente con la cabeza, como un «sé a qué te refieres».

—Es la era de Tinder. Parecía una locura, pero funciona bien. —Me sirve la cerveza y le doy un trago.

Tiene lógica, un lugar neutro donde sabes que solo serán diez minutos, no una comida o una copa que no se termina nunca. Citas en tiempo de descuento. Eso me recuerda un pódcast que escuché no hace mucho, decían que uno de los problemas de esta generación es creer que no tenemos tiempo, cuando lo que nos falta es vida. Mi estómago ruge recordando la mustia ensalada que me he comido este mediodía y que he pagado a precio de ostras. Otra cosa que no me gusta de esta ciudad.

—Me alegro. ¿Tienes algo para comer?

Me sirve un bol con unas aceitunas y otro con rodajas de naranja, lima y limón.

—Soy vegetariana, pero no tanto.

Sonríe y luego mira por encima de mi hombro, en la pared opuesta hay un reloj partido al que le falta el primer cuarto de hora y que tiene toda la pinta de ser una reliquia de la guerra.

—En quince minutos tengo media hora para cenar. ¿Te vienes?

—Si voy... ¿dónde? —Frunzo el ceño.

«Sí mamá, ya sé que no debería hacerlo, que solo adelantaré las arrugas, pero no puedo evitarlo. Y cuando lo intento es peor porque acabo frunciendo toda la cara».

—A cenar conmigo.

—¿Es una cita?

Coloca ambas manos en la barra y se inclina hacia delante. Aunque mantiene la distancia, este acercamiento me permite oler su perfume (ligero y fresco) y averiguar que sus ojos tienen motas oscuras y claras como una piedra de ámbar. En realidad es una resina fosilizada y no tengo ni idea de dónde he sacado el dato y mucho menos porque te lo estoy contando. Me sostiene la mirada más tiempo de lo políticamente correcto entre dos desconocidos, pero admito que es una forma efectiva para eliminar el prefijo «des».

—Yo lo llamo posibilidades. Estabas dispuesta a pasar una hora conociendo a seis tipos distintos.

—Te he dicho que he quedado con alguien. Para especificar con mi amiga Marlene.

—¿Te he dicho que soy un gran observador? Mi instinto no suele fallar.

Una camarera le pregunta algo sobre la música y él le responde con un movimiento de cabeza. Poco después empieza a sonar *Glitter & Gold*.

—¿Treinta minutos para cenar? —Cambio de tema.

Me gusta su atención en mí. Es sorprendente lo fácil que le ha resultado ganarme. Quizá Marlene tiene razón, para atraer tienes que estar preparada para ello, y yo esta noche he salido dispuesta.

—Veinte y me sobran diez para los postres.

Su risa es suave como una caricia. Flexiona un poco más los brazos, acercándose. Aguanto su mirada, resisto el recorrido que hacen sus ojos hasta mis labios y como bajan por mi cuello provocándome un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Cuántas veces te funciona?

—¿Funciona? —repite.

—¿No contestas?

—El porcentaje depende de ti.

—¿Por qué no?

—Efectivo al cien por cien. —En sus palabras viene enredada una sonrisa traviesa. Si es observador y se pasa el día aquí debe haber visto de todo. Los curiosos suelen ser de los que aprenden rápido.

—No te creo.

—Me han sobrado dos minutos. —Mira hacia el surtidor de cerveza, hay un reloj grande en el que en la parte superior aún le queda arena, justo por encima de la raya que marca el último minuto.

Entiendo que al servirme la consumición le ha dado la vuelta. No sé si es una apuesta con alguien o es consigo mismo, prefiero no saberlo. No me gustan los juegos. O no me gustaban, la nueva Morgane aún no se ha decidido y duda de si marcharse. La ventaja es que cuando no esperas nada, es complicado que te decepcionen.

—Si para ti algo de comer es fruta y aceitunas —digo señalando los dos cuencos—, creo que primero debería preguntarte dónde vamos.

Lanza una carcajada que resuena en todo el local, siento un cosquilleo en la nuca, ese que nos avisa de que hay alguien pendiente de nosotros.

—Sorpresa. —Me guiña un ojo y se gira cuando la misma camarera de antes le pregunta algo y se van al almacén. Llámalo instinto femenino, pero no parece que sea su primer día de trabajo; sino que lo único que busca es la atención del jefe. Aprovecho para mirar el teléfono, Marlene me ha contestado:

Marlene:

Lo siento, sigo liada con los del hotel.

Y luego me dices que soy indecisa,
eso es porque no tienes el gusto de conocerlos.

En cuanto salga, voy directa.

Morgane:

Ok, tranquila.

2 Cena gourmet en el patio trasero

—No se lo digas a mi madre, pero voy a ir a cenar con un tío del que no sé ni su nombre —murmuro con los dientes apretados en cuanto salimos del bar.

Estamos a principios de mayo y la noche es templada para esta época del año. Frente al escaparate de la zapatería me echo un vistazo y compruebo que la actitud es el mejor complemento para sentirse guapa. Hoy no veo ni unas cejas demasiado gruesas, ni unas caderas demasiado anchas o unos pechos demasiado pequeños. La actitud también afecta a la vista. No sabía muy bien cómo vestirme y al final he optado por unos pitillos tobilleros y una blusa de un tono alizarina carmesí, con un generoso cuello de pico. Tengo el pelo castaño y liso, lo llevo largo hasta los hombros y esta noche me he dejado la melena suelta. Tengo la cara redonda y los ojos claros.

Se planta frente a mí y ríe sacudiendo la cabeza.

—Jacques, aunque me llaman Jay.

—Morgane. —Estrecho su mano y cuando voy a soltarlo, tira de mí para darme los tres besos de rigor. Son casi al aire, pero se separa lentamente rozando sus labios sobre mi piel hasta la comisura de mi boca. Mi cuerpo reacciona a su juego.

—Treinta y un años, soltero. Vivo solo y tengo negocio propio. No llevo encima mi ficha policial, pero si crees que es necesaria...

—No le importa si estás fichado —lo interrumpo—. A ella le interesa más si sabes cocinar. Te preguntaría si te gusta Souchon o Dalila. Aunque pensándolo bien, si eres capaz de hacer la mitad de los cócteles de la lista, para ella ya eres todo un partidazo.

Empieza a cantar una de sus míticas canciones, donde Souchon le pregunta a su madre cómo lo hizo para ser tan feo. Tiene una voz bonita y se lo digo; me confiesa que hace años, con unos amigos, montaron un grupo de blues en el que toca el saxo. Que nunca han tenido sueños de grandeza, solo lo hacen para divertirse.

—Antes ensayábamos cada semana; ahora si nos vemos una vez al mes ya es un milagro.

Retomamos el camino conociéndonos un poco más. Descubro que es alérgico al polen, le gusta la comida picante y que odia el calor. Por mi lado le digo que soy perito de arte y tengo veintiocho años. Que me relajan esos videos de artistas pintando. Que la música que me gusta depende del momento, que como buena bretona adoro la mantequilla y que soy hija única.

—Yo tengo una hermana, Sophie. Somos mellizos. Trabaja conmigo en el bar. Si te apetece una copa después de cenar y ver el ambiente de la SD a la que no vas a ir... estará allí y podré presentártela.

—De acuerdo, confieso que sí que estamos apuntadas —admito después de soltar un bufido cómico—. Me convenció Marlene, pero me prometió que vendríamos antes para hacer una evaluación y solo nos quedaríamos si nos gustaba.

—Algo sospechaba... llevo toda mi vida detrás de esa barra.

—Exagerado. —En un cruce, me coge un instante del codo para guiarme hacia la izquierda.

—No, no lo soy. Era el bar de mis padres, me crie ahí dentro. Hace dos años nos lo traspasaron y quisimos darle un nuevo aire. Primero pensamos en una cafetería hípster, de esas modernas, luego en un gastrobar con música en directo, y una noche, mientras Soph me contaba una de sus citas desastrosas, se nos ocurrió la idea.

—¿Os lleváis bien?

—Me paso el día debatiéndome entre abrazarla o mandarla a la mierda. Lo normal entre hermanos, vamos.

—Iba a decir que me das envidia, pero acabo de darme cuenta de que me pasa lo mismo con Marlene, a pesar de no compartir ADN.

—Esas son las buenas amistades, donde puedes dar collejas desde el cariño. Ya hemos llegado.

Iba tan distraída que no tengo ni idea del tiempo que hemos tardado ni del recorrido. Niñas, no lo hagáis. Y las mayores, tampoco. Y ya que estamos en modo consejo: unas clases de defensa personal deberían ser obligatorias. «En fin... Morgane, que te despistas». Aunque, en parte, considero que si la charla me ha parecido interesante es buena señal para empezar una cita. O lo que sea que es esto. Él lo ha llamado posibilidades y creo que es una definición perfecta. Cualquier cosa puede salir de aquí. Un polvo, un amigo, un recuerdo vago de la noche que cené con un desconocido cuando tenía veintiocho años. No, ni me planteo la posibilidad de que de «esto» pueda salir mi futuro marido, ni siquiera un novio o una relación. No soy negativa, pero tengo claro que aún no estoy preparada para enamorarme de nuevo por eso que te he contado antes de tener el corazón desbordado. Y he aquí la razón de por qué necesito una nueva versión de Morgane. Porque tengo ganas de volver a ilusionarme. De escuchar una canción y que me haga pensar en otro «alguien». De estar pendiente del teléfono, de reír en cualquier momento del día, sin ton ni son. De despertar de madrugada y darme la vuelta en busca de calor. Tengo ganas de volver a tener ganas.

—¿Dónde estamos?

Hemos rodeado un edificio y entramos en un callejón. Teclea un código y se abre una puerta de hierro que sostiene abierta mientras me cede el paso. Es la parte trasera de algún establecimiento. Hay cajas de bebidas apiladas a un lado, seguidas por los cubos de basura que están perfectamente alienados bajo una pérgola, para esconderlos. En el medio, hay una mesa de pícnic, con una estufa de exterior. A mano derecha y hasta la pared del fondo hay un huerto y un invernadero. Huele a tierra mojada y me trae recuerdos. Gruño mentalmente para ahuyentarlos.

—Esto de ahí es el Carême. Los dueños son amigos, suelo venir aquí a cenar.

Conozco el restaurante de oídas. Llevan poco tiempo abiertos y, con un servicio cercano y una carta excepcional, han conseguido posicionarse como uno de los locales de moda. Al acercarnos, un hombre alto y corpulento se levanta limpiándose la tierra de las manos en los muslos. Recoge un cesto y luego viene hacia nosotros. Jay me lo presenta como Jérôme, el dueño y chef. No puedo evitar fijarme en la cesta: hay un par de zanahorias, un manojo de puerros, un puñado de espinacas y una escarola.

—¿Cuál es la recomendación para hoy?

—Esta tarde he estado probando algunas recetas, he cocinado sopa de mango y jengibre, ratatouille con salsa de trufa y parmesano. Además, me queda un poco de hojaldre de hongos y puerros...

—¿De verdad eres vegetariana?

—Sí, ¿vamos a cenar aquí? —le respondo a Jay, sorprendida. No sé muy bien qué imaginaba, pero cualquier cosa menos esto.

—Hoy tenemos cerrado, pero él sabe que está invitado siempre que quiera. ¿Hay algo de lo que he dicho que te apetece? Si no puedo...

—Todo suena delicioso —lo corto. Jérôme me guiña un ojo, complacido de que le deje la elección a su cargo.

Intercambiamos un par más de frases y luego se retira. Justo cuando nos sentamos a la mesa se apaga el foco grande y se encienden las guirnalda que, en forma de zigzag, cubren el patio. Jay enciende la estufa.

—Madre mía, qué escenario tenéis organizado. Las camelas con una charla fluida y luego las invitas a cenar en un sitio tan encantador como este...

—Frena —me interrumpe—, normalmente vengo solo. Contigo he hecho una excepción, y no en plan romántico porque crea que eres especial, sino porque he improvisado y tenía miedo a que dijeras que no.

—Así que no soy especial. —Hago una suerte de puchero, pero mis labios terminan dibujando una sonrisa.

—Solo digo que no soy un personaje de novela. Y, en parte sí lo eres porque tengo ganas de conocerte.

—Lo dices como si fuera algo excepcional.

—Últimamente me cuesta conocer gente interesante.

—Yo también siento esta curiosidad o, de lo contrario, no habría aceptado. ¿En serio puedes presentarte aquí cuando quieras y sale un chef enumerando platos fabulosos?

Su risa tiembla en mi estómago. Y algo más abajo. Me gusta su sinceridad y me queda claro una cosa: la noche no ha empezado y ya deseo que no termine.

—Jérôme y Annette se conocieron en el Waste time. Fueron de las primeras parejas que vinieron. Para ellos soy su «cupido» —dice como si le diera grima que le hayan puesto ese mote y me hace gracia su mueca—. Además, fui yo quien les habló del local. En fin, ellos están encantados de agradecérmelo dándome de comer y yo de que lo hagan. Y mi madre aún más sabiendo que no me alimento a base de tortillas.

—¿Eres vegetariano? —pregunto cuando pienso en los platos que ha enumerado.

—Desde hace unos cuatro años o así. Lo hice para conquistar a una chica.

Justo en este momento, Jérôme lo llama para que vaya a recoger las bandejas con nuestra cena. Me ofrezco a ayudarlo, pero niega con la cabeza.

—Solo será un segundo.

Poco después la mesa se llena con cuencos de sopa, una ensalada de escarola y espinacas con nueces y manzana, la ratatouille y el hojaldre.

—¿Te apetece? —me pregunta enseñándome una botella de *chardonnay*.

—Claro. Esto es demasiado, de verdad, una cosa es que te alimenten a ti y otra...

—Calla. Eres mi invitada y como te oiga nos deja sin postres y te prometo que te arrepentirás si eso ocurre.

—Oh, no, por favor —suplico en medio de una carcajada. Viendo el menú no quiero imaginar cómo serán. Una vez todo listo, se sienta y brindamos.

Es como estar en el patio interior de una casa, el tráfico de la ciudad se oye de fondo. Es un oasis en medio de París. El sabor del mango especiado con el toque picante y fresco del jengibre me explota en la boca y suelto un gemido. En ningún momento he querido sonar sensual, pero parece que para Jay sí lo ha sido.

—Deliciosa —murmura y en el tono de voz deja entrever que no se refiere a la sopa.

—Me hablabas de una chica... —digo para romper el momento y salirme por la tangente. Aún estoy pillando el punto a esta nueva versión de mí.

—¿En serio quieres que el primer tema que toquemos sea el de nuestras exparejas?

—Ni loca. —Doy otro sorbo al vino.

—Menos mal. —Suelta un bufido que pretende ser de alivio; diría que hay un dolor muy

fresco impreso en esa exagerada reacción.

Y a partir de entonces la charla se sucede de forma fluida. La comida es deliciosa y Jay me parece alguien muy interesante. Le pregunto por el local, por los clientes, si hay asiduos o si algunos vuelven, como los dueños del restaurante.

—Deberías tener una «pared de amor» para colgar las fotos de las parejas que han surgido, como en las clínicas de fertilidad que muestran sus éxitos.

—Créeme, como en ellas, con una pared sería suficiente. Ahora, si fuera al revés... daría para empapelar la plaza.

Con el último mordisco al hojaldre me doy cuenta de que está siendo una muy buena primera cita. Disfruto de la comida, de la charla y del juego de miradas. La palabra «cita» ya no me da tanto miedo. No estoy acostumbrada, me enamoré a los diecinueve. Estuve en una relación durante seis años. No se me da bien ligar, pero me siento cómoda con su atención. Solo por esto merecía la pena salir de casa. Siento que vuelvo a tener el control y que estoy lista para la siguiente etapa.

Jérôme vuelve con el postre, una *crème brûlée* con el crujiente de azúcar al toque de lima y coco.

—Está espectacular —gimo con la segunda cucharada.

—¿Tienes idea de lo condenadamente sensual que resultas justo en este momento?

Y pasamos de nivel. Cuando abro los ojos su mirada está fija en mi boca. Siento el cosquilleo y como se me contraen algunos músculos. Mi cuerpo reacciona. Carraspeo. Justo ahí entra mi mente y me pregunto cómo besará. Trago saliva. Imagino sus labios y si en ellos encontraré algún resto del azúcar impregnado de coco y la frescura de la lima cuando su lengua se enrede con la mía. Y bailando samba aparece un recuerdo lejano. Una noche en una playa de Brasil, una piel con sabor a océano y besos ebrios de caipiriñas...

La libido me desciende en picado por debajo de cero grados. La nueva Morgane queda congelada y mi vida interior me calienta como un chocolate en una tarde de lluvia.

3 Conflicto de versiones

A partir de entonces el ambiente se resiente. Admito que es por mi culpa, pero soy incapaz de frenar la avalancha de pasado con la que he sido sepultada. Debería poder controlarlo, han pasado tres años, ¡maldita sea! Cuando terminamos y recogemos, lo acompaño hasta la puerta trasera del Carême para darle las gracias a Jérôme por la espectacular cena. Cuando insisto en pagar, como mínimo mi parte, se niega en rotundo, así que le prometo volver otro día.

—Esa vez entraré por la puerta principal y no podrás negarte.

—Será un placer.

Bajo el par de escalones y me dirijo hacia la verja por la que hemos accedido al patio, pero Jay me da un toque en el hombro y me indica otra puerta en la que no me había percatado hasta ahora.

—Da al bar.

—Oh, ¿y la vuelta de antes?

—Por tranquilidad. No quería que me tomaras por un maniaco al decirte que teníamos que pasar por el almacén para ir a cenar.

Río y asiento, hubiera pensado mal. Entramos y al cerrarse quedamos unos instantes a oscuras, solo la luz de emergencia roja ilumina la estancia. Antes de que diga nada y (yo me arrepiento de este ataque) me doy la vuelta hacia él, lo agarro de la camiseta y tiro de ella para besarlo. Cuando nuestros labios impactan (nunca mejor dicho porque no es nada suave, sino todo el contrario) siento un burbujeo que me insta a abrir la boca. Jay suelta un suspiro y me rodea la espalda acercándose más a él. Cuando se recupera de la sorpresa, se vuelve más intenso y las lenguas salen a conocerse.

—¿Y esto? —jadea alejándose lo justo para coger aire.

—Un beso.

—Algo sospechaba —ríe con sordina al tiempo que siento como me clava los dedos en la cintura—. Me has sorprendido.

—Suelen ser un efecto secundario de las citas. ¿No te ha gustado?

—Pensaba...En la cena parecía que todo iba bien, pero luego has hecho un cambio y...

—Un consejo —lo interrumpo poniendo mi dedo sobre sus labios—, no intentes entenderme porque ni siquiera yo lo hago. Digamos que estoy en proceso de transformación y a veces mis dos yo entran en conflicto.

Así es como me siento, en un constante enfrentamiento. En ocasiones me dejo vencer por mi antiguo yo, otras me obligo a pensar en una futura Morgane, cuando ya peine canas y me cueste ponerme los calcetines de pie. Que cuando esa versión arrugada de mí eche la vista atrás y recuerde esta noche no lo haga con reproche ni con pesar por no haber sabido aprovechar el momento. No quiero que Jay sea una oportunidad perdida.

—Así que vuelvo a estar con la Morgane versión 2 —dice antes de capturar mi labio inferior entre los suyos.

—Exacto —murmuro sobre su boca.

Me acorrala contra las cajas y se acerca lentamente, provocando. Me agarra con suavidad de la nuca y yo me pongo de puntillas eliminando el espacio que quedaba. Nos besamos de nuevo, ahora con más calma y sin reservas. Mostrándole que esto es lo que quiero y él sabiendo que no

voy a huir. Escondó las manos bajo su camiseta y siento cómo se le eriza la piel. Tira de mi pelo solicitando, con apremio, que alce el cuello y su boca abandona la mía para ir descendiendo sin dejar de besarme ni de lamerme. Los siguientes minutos son un intercambio de besos, abrazos, gemidos. La luz se enciende y nos apartamos como si de repente fuéramos unos quinceañeros a quien los padres acaban de pillar metiéndose mano en el sofá de casa.

—No sabía que ya habías vuelto.

—Sophie... —interrumpe a su hermana y, aunque soy hija única, sé por el tono que ha utilizado que es una advertencia a que controle lo que va a decir.

—Hola, soy Morgane —saludo alzando la mano y moviéndola como una reina.

A veces los nervios nos vuelven idiotas.

—Un placer. Búscame si necesitas algo, aunque parece que ya estás bien atendida.

—Sophie —repite en un gruñido hosco y ella alza las manos en señal de «vale, me voy».

Antes marcharse, me echa un repaso y me guiña un ojo.

—¿Me está afectando el *chardonnay* o tu hermana acaba de tirarme los tejos?

—Lo ha hecho. Ella es así, no pierdes la oportunidad. —Se acerca para continuar, pero oímos como lo llama desde el otro lado de la puerta—. Lo siento, tengo que volver al trabajo, llego con un cuarto de hora de retraso.

Sonríe sobre mi cuello antes de dejar un pequeño y tentador mordisco. Lanzo un suspiro y asiento mientras me separo de él.

—Tengo que buscar a Marlene, supongo que ya estará dentro.

—Entonces, vamos.

Me coge de la mano y salimos del almacén. Es un simple gesto, pero la Morgane v.1 se escandaliza y empieza a protestar, por suerte el bullicio del bar la silencia.

—Por fin, esto está hasta los topes —señala con cierto fastidio la camarera que antes nos lanzaba miradas.

Aparto los ojos de Jay y choco con la realidad. La gente está de pie, esperando las instrucciones. Una hora de evento, a diez minutos por cita debería haber una docena de personas, pero está lleno. Supongo que también se han acercado (muchos) curiosos. En la cena, Jay me ha contado que es la primera vez que organizan algo así y que fue una idea de su hermana.

—¿Se puede saber por qué estás detrás de la barra? —grita Marlene.

—Hola a ti también. Este es Jay y venimos de cenar.

—¡Veo que has empezado la fiesta sin mí! —exclama dándole un repaso. A veces es demasiado directa y a mí me da vergüenza.

—Eso te pasa por llegar tarde —ríe.

Hago las presentaciones, oigo refunfuñar a Sophie y después a él.

—Te dejo trabajar.

Y justo entonces llega ese momento en el que el instante se hace eterno, en el que te debates entre abandonar la partida o continuar. En la que, como mera técnica de distracción de tu propio caos, piensas en qué le pasará a él por la cabeza.

—¿Te quedas? —pregunta con los labios apretados como si dudara tanto de su propuesta como de mi respuesta.

Echo otro vistazo y, para ser sincera, da ganas de salir huyendo. De fondo se escucha [Out of control](#) y pienso que es del todo apropiado para la ocasión. Tengo la misma sensación que cuando tenía quince años e iba a la discoteca y nos dedicábamos a mirarnos entre nosotros, saltando de uno al otro, hasta que alguno se ganaba una sonrisa, a menudo metálica por los *brackets*, tímida y esquivada. Esto es igual o peor. Aquí no hay vergüenza, es un mercado de carne

y las evaluaciones son sin filtro. La sutileza parece haberse quedado en la acera, fumándose un cigarrillo. Cuando mis ojos llegan a Marlene, asiente ofreciéndome su sonrisa traviesa. No hay duda de que ya ha encontrado un objetivo.

—Eso parece.

—Perfecto, a lo mejor conoces alguien interesante esta noche.

Me pongo de puntillas para susurrarle en el oído:

—Eso ya lo he hecho.

Pasa su brazo por mi espalda y mueve la mano de arriba abajo y termina agarrándose de la nalga, haciendo la justa presión para dejar claro lo contento que está.

—Pues esa persona interesante te sugiere que disfrutes y después, solo si te apetece, podemos retomarlo donde lo hemos dejado.

—Te has ganado que espere a que termines.

—Esto solo acaba de empezar —masculla apartándose el pelo del cuello en un sensual gesto—. ¿Qué te sirvo?

—Después de semejante cena, no sé ni qué tomar. Ponme un agua con gas y para disimular añade un par de rodajas de tus frutas para que parezca sofisticado. Si necesito algo más fuerte, te haré una señal.

4 Perdiendo el tiempo

—Hola, soy Charlie y mato por encargo —dice más que orgulloso de su propio chiste.

«Empezamos bien...».

Por el rabillo del ojo veo a Marlene riéndose con su cita de turno. Tengo cincuenta y nueve minutos por delante para pensar detenidamente cómo va a compensarme por esto.

—Hola, soy Morgane y odio la violencia. —Miro hacia la barra en busca de Jay y no me sorprende verlo pendiente de mí, le hago un gesto con la mano y asiente. Paso del agua con florituras, necesito una copa de algo fuerte si voy a hacer esto.

Mientras Charlie me cuenta (con demasiada precisión y repulsivos detalles) su trabajo como exterminador de roedores y termitas, Sophie me trae un gin-tonic. Cuando le doy un sorbo compruebo que no está muy fuerte, solo lo suficiente para aguantar a este pelmazo. Miro el reloj de arena sobre la mesa, quedan seis minutos.

Tengo dos cosas claras:

1: El nombre que le han puesto al local le va perfecto

2: Diez minutos son suficientes para saber si alguien te interesa o no.

* Si te gusta, es un: ¿qué hacemos aquí «perdiendo el tiempo»? Vámonos a un lugar más privado.

* Si no te gusta, es un: tía levanta el culo y sal huyendo, estás «perdiendo el tiempo».

Mis ojos van de nuevo hasta la barra y con la mirada le pregunto a Jay qué hago aquí, sonrío y pienso que me contesta que me centre en el tío que tengo en frente, que esto solo es una pausa y que lo mejor está aún por llegar. Lo que no sabe es que la paciencia no es lo mío.

Cae el último grano de arena y se oye un pitido justo cuando estaba pensando en la sesión de spa que Marlene va a pagarme para compensar este mal rato. Charlie se levanta y cede el asiento al siguiente. Nada más verlo me pregunto qué hace alguien tan guapo en un encuentro como este porque tiene ese porte chulesco de no necesitar ayuda para ligar. Cuando empieza a hablar, lo entiendo. En diez minutos creo que solo he dicho mi nombre. Y unos cuantos «ajá» combinados con un «oh» por aquello de no parecer un maniquí.

Jay me cambia la copa. Ni me había dado cuenta de que solo quedaba el hielo y la fruta, pero por lo visto él sí. Los minutos se suceden y la silla frente a mí va siendo ocupada y desocupada. De tanto en tanto ladeo la cabeza hacia la izquierda para ver a Marlene. Joder, me da envidia. Se ríe de verdad, interactúa... No sé qué le debe haber contado Simon, el dentista. A mí me ha parecido insulso, realmente como si estuviéramos en su clínica. Decido ser como Marlene y disfrutar del instante presente, conocer gente nueva y nada más. El amor de mi vida no va a sentarse en esta silla frente a mí, sé muy bien que no es aquí donde voy a encontrarlo, pero eso no impide que me comporte como una amargada. Con este nuevo pensamiento el resto de la noche se me pasa sin darme cuenta.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Jay cuando todo acaba y me acerco a la barra con la copa vacía.

—¡Oye, esto es un chollo! Tengo una limpieza bucal gratis —digo dejando sobre la barra una de las tarjetas que me han dado—. Un estudio para asegurar el coche con un buen descuento, lástima que no tenga ni una moto y he dejado el mejor para el final, si tienes problemas de ratas,

tengo a tu hombre.

—Ni las menciones, ni a ellas ni a cualquier otra plaga. ¿Y el resto?

Me doy la vuelta y, sin disimular, señalo la puerta.

—Los dos que ahora mismo se van, uno es gay y ha venido a acompañar a su cuñado que ha roto con la novia hace seis semanas.

—La próxima vez pediremos referencias —ríe—. ¿Y esa otra tarjeta?

—Ah, esta es la ganadora de la noche —anuncio abanicándome con ella—. Me la ha dado Romeo. Es la dirección de un club secreto de *swinger*, en Versalles —murmuro para que nadie nos oiga.

—¿Romeo?

—Oye, no seas desconfiado, hasta me ha enseñado el carné, se llama así de verdad.

—¿Sabes a lo que me suena esto?

—Ilumíname. —Solo cuando intento sentarme en el taburete soy consciente de que la ginebra ha tomado el control de mi sistema locomotor y mucho me temo que eso incluye este acceso de alegría tan repentino.

—Romeo, un club de *swinger* en Versalles... recuerda demasiado a Luis XIV y sus legendarias orgías. Y te ha dado una tarjeta con la dirección... muy secreto no debe ser.

—¿Cómo sabes romper la ilusión de una chica! —lloriqueo y él me regala una media sonrisa muy sexi.

Se saca el móvil del bolsillo trasero, trastea en él antes de soltar una carcajada.

—Tu club es un lavadero de coches —replica, enseñándome la pantalla.

—Es solo una tapadera.

—¿De verdad vais a ir?

—¿Quieres acompañarme?

—¿Me lo preguntas en serio? ¿Te van esas cosas?

—Para tal confesión deberás servirme otro de estos —digo empujando la copa con el índice hacia él.

—¿Estás borracha?

—Estoy demasiado feliz para estarlo.

—¿No puedes estar borracha y feliz? —me toca la punta de la nariz en un gesto que quiere ser un beso.

—No, el alcohol me deprime y me vuelve una llorona.

—En ese caso, la copa... ¿te apetece en mi casa?

—¿Has terminado?

—Sí. Yo suelo estar de día, es Sophie quien se encarga de las noches, pero con el jaleo de hoy he hecho un extra.

5 Si pica, rasca

Hay amor a primera vista. También existe el sexo a primera vista. Mi madre, a la que ya iréis conociendo, hace años me dijo esto: de pequeña, el amor hace que notes mariposas en el estómago. En la adolescencia, esa picazón se extiende y baja hacia nuestro sexo. Cuando es amor lo notas en el corazón. Pica porque se hace hueco para instalarse y hacer nido. El cuerpo humano es una máquina extraordinaria y compleja, ella sola crea sus propios escudos de defensa. En mi caso, todo parece indicar que he desarrollado una especie de inmunidad al «picor». Lo llevo experimentando desde hace un tiempo. Por eso, a veces, me rasco fuerte esperando obtener una reacción; aunque admito que solo funciona con las picaduras de mosquito: cuanto más frotas, más aumenta el escozor. Pero esta noche siento que mi sistema inmunitario también lo he dejado en casa, o quizás se me ha caído en el desagüe de la ducha, porque Jay ha hecho que me pique. Y si pica, me rasco.

Vive casi enfrente del Waste time, un par de números más arriba. Así que, al salir a la calle, no puedo esperar que el aire me despeje porque llegamos enseguida. ¿Qué tendrán los portales que invitan a besarse? Mientras él teclea el código, yo rodeo su cintura desde atrás y subo mis manos por su pecho notando el calor que desprende su cuerpo bajo la camiseta. Tira la cabeza hacia atrás, dejándome libre acceso y remueve la pelvis para frotar su trasero contra mi cuerpo. Parece que mi gruñido lo satisface porque antes de que me dé cuenta, se da la vuelta y me arrincona contra la pared. Lo bueno de los besos es que existe uno para cada tipo de situación y este cumple con las expectativas del momento, exhibe sin reserva el deseo que nos quema y aniquila cualquier pensamiento volviéndonos seres primarios en busca de aliviar el picor.

—Será mejor que subamos —jadea contra mi cuello. Se separa lo justo, me coge de la mano y deja un beso en los nudillos. Cuando sus ojos vuelven a buscar los míos sé que de nuevo me pregunta si es esto lo que quiero.

—Quiero acostarme contigo, y tú, ¿aún lo deseas?

Nunca des nada por sentado, tampoco que los tíos siempre querrán sexo.

—Llevo horas pensando en tumbarte en mi cama y comerte entera.

—Suenas bien —murmuro, encantada con sus planes.

—Sonará mejor cuando te oiga gemir.

—¿A qué piso? —pregunta la prisa por mí.

—Al segundo. Izquierda.

Recojo el bolso del suelo y me encamino hacia la escalera, sin correr, pero apresurada. Él me sigue y el calor de su mirada llega a traspasarme la ropa.

Una vez la puerta se cierra detrás de nosotros, la semioscuridad nos engulle. Me agarra de las caderas y me pongo de puntillas para rozar mi nariz con la suya mientras le rodeo el cuello con los brazos. La prisa y el deseo se ralentizan. No existe nada que se asemeje a hacer el amor con la persona que amas, pero eso no implica que no se pueda disfrutar del sexo y de ese alivio momentáneo. Me gustan los besos de Jay, con ese punto frenético que erradica cualquier pensamiento. Me gusta como sus manos me quitan la ropa, con destreza y ansia. Me gusta como requiere toda mi atención. Alzo los brazos para facilitarle el trabajo. Lanza la blusa por los aires y yo me desprendo de su camiseta. Estamos tan cerca que su torso es un borrón; su boca avasalla la mía mientras me desabrocha los pantalones.

—Te necesito desnuda en mi cama.

—Y yo te necesito dentro de mí.

Por respuesta me regala un gruñido primitivo, camina de espaldas sin dejar de besarme y yo lo sigo como un burro pegado a una zanahoria. Nos movemos a tientas hasta que llegamos a la habitación sumida en una penumbra verdosa que proviene del neón de la farmacia de enfrente. No hace amago de encender la luz y lo agradezco. No soy púdica, pero a oscuras es más fácil ignorar que una peca no está en su lugar. Ojos que no ven, recuerdos que permanecen en silencio. De un empujón me tumba en la cama y él se deja caer sobre mí, impaciente. Su boca viaja desde el lóbulo de la oreja hasta el cuello y luego baja hacia el pecho donde me muerde el pezón por encima de la tela del sujetador. Por suerte, el buen sexo hace que pensar no sea necesario. Jadeo su nombre. Noto su erección sobre el muslo y yo me remuevo para sentirlo donde realmente me pica.

—Quítate los —lo apremio con mis manos buscando desabrocharle los vaqueros.

—No. —Aparta la tela y repite el beso—. Antes quiero saborearte como llevo horas pensando.

A partir de este momento pierdo las referencias y me abandono completamente. Me quita los pantalones y el resto de la ropa, dejándome desnuda y a su merced. Su lengua explora, la mía traza símbolos sin sentido en su cuello. Los jadeos resuenan en el silencio de la noche, respiramos a trompicones. Sus manos acarician, descubren, exploran. Lo rodeo con las piernas y clavo los talones en su espalda para evitar que se aleje. Busco algo que no encuentro, algo que va más allá de la piel. El placer aumenta, me remuevo guiando a sus dedos para que me torturen justo donde quiero y cómo necesito. El orgasmo es como una bengala, explosivo y fugaz.

—Ahora es mi turno —digo mientras me peleo con sus pantalones. Se quita el resto de la ropa y después abre el cajón de la mesita para sacar una caja de preservativos.

—Soy todo tuyo.

Jay es parco en palabras en la cama, pero a través de sus gemidos voy adivinando qué le gusta y cómo. Tiene los ojos cerrados y sus dedos entre mi pelo que tira y enrosca al tiempo que alza las caderas. Qué placer es ver a alguien sometido al deseo que tú provocas. Se da la vuelta y me tumba sobre el colchón. Abro las piernas y siento como entra, despacio. Arqueo la espalda, busco la fricción, los besos se intercalan con los jadeos, las embestidas se intensifican. Tiro de su labio cuando siento de nuevo la oleada, él me agarra de las nalgas para llegar a lo más hondo posible para explotar al fin.

La nueva Morgane se ha quedado dormida, satisfecha y exhausta, y aquí estoy yo, escondida en el baño mientras me visto a toda prisa. Jay es bueno en la cama y lo he pasado bien. El problema es que me es inevitable comparar, y sí, sé que las comparaciones son odiosas (y más de esta índole), pero no nos escandalicemos ni nos engañemos que todos lo hacemos. Como he dicho antes, es inevitable. Sé perfectamente cómo arreglármelas por mi cuenta para satisfacer mis necesidades, pero añoro cuando me picaba todo el cuerpo de deseo y era incapaz de aliviarlo. Quiero volver a sentir cómo se me rompen las barreras físicas, pero no será ni esta noche, ni con Jay, por mucho que me atraiga. Cuando salgo, veo que la cama está vacía y me llega un ruido desde la cocina.

«Mierda, queda descartado escapar a la francesa».

—¿Qué haces? —«Querida, la pregunta no es qué hace él, sino qué haces tú».

Viste solo unos calzoncillos a cuadros escoceses, en la mano sostiene una taza de café y un

trapo de cocina. Jay es de esas personas que, cuánto más conoces, más atractivas te parecen.

—Imaginaba que eres de las que no se quedan a dormir, así que te preparo el desayuno.

—Lo siento —me disculpo porque tampoco se me ocurre nada más que decir. Desde el otro lado de la ventana se oye el ruido que hace un camión de la basura.

—No lo hagas. Ha estado bien. —Me regala una pequeña sonrisa ladeada que resulta muy sensual y que no tengo dudas de que sabe el efecto que produce. Es la misma que ha hecho justo después de besarme en el ombligo, cuando ha alzado la cabeza y me ha mirado buscando el consentimiento antes de seguir bajando.

—Sí, ha estado bien. —Ahora soy yo la que sonrío cuando parte de mi cuerpo se sacude al recordar el primer orgasmo.

—¿Un problema de compatibilidad de versiones?

—Supongo que podemos llamarlo así —admito encogiendo los hombros, resignada.

En realidad se llama Elio.

En realidad el problema no es Elio, sino yo y mi incapacidad para olvidarlo.

—Sufrimos la misma crisis de identidad. Yo me debatía entre hacerme el dormido o levantarme.

—¿Seguimos esquivando el tema? —pregunto con la boca pequeña. No me apetecía hablar de nuestras exparejas en la cena, pero a las cuatro de la mañana, aún menos.

—Por favor. —Aligera las palabras con una sonrisa.

Dudo, al final me convence verlo igual de confundido. El sexo con Jay ha sido casi con ira y creo que ahora entiendo por qué. Está pasando por lo mismo que yo. Es como si él también buscara sentir más. Sentir que te partes, que no lo soportas, pero tampoco quieres que termine. El amor se siente, no se hace. Y el sexo, por muy salvaje que sea, jamás podrá desfragmentarte mientras te sientes más entera que nunca. Sé que no va a hacerse unas ilusiones que me niego a darle, pero prefiero dejar las cosas claras sin lugar a interpretaciones.

—Solo un inciso porque no quiero malentendidos, lo de: «lo tengo superado» es más un deseo que una realidad.

—Mi «pero» se llama Helga y tengo asumido que no lo he superado —murmura y después hace una pausa soltando el aire de forma lenta—. ¿Un café?

—La verdad es que me muero de hambre.

Ahora, con tiempo y las luces encendidas, echo un vistazo al apartamento. Es pequeño y aunque me confiesa que ya lleva un año viviendo en él, aún hay cajas de mudanza que ocupan toda una esquina. Es un espacio diáfano, la cocina queda detrás de un medio arco, no hay mesa de comedor, pero tampoco hay sitio para ella porque hay un mastodonte sofá que ocupa la mayor parte. Es horroroso y tiene pinta de haber visto cuando Francia ganó el mundial del 98 y por el estampado de flores casi me atrevería a decir que también cuando Mitterrand salió elegido por segunda vez. Frente a él hay una mesa baja hecha de palés y, en la pared del fondo, la tele está colocada encima de una caja de madera volteada. Todo el conjunto da un aire de transición. Hay unas gruesas cortinas grises a cada lado del ventanal que da a la calle. Poco después estamos los dos sentados en el sofá y entiendo que no lo haya tirado. Resulta ser cómodo como una nube, o como imagino que debe ser tumbarte sobre una masa de agua suspendida en la atmósfera. Jay ha empezado a sacar cosas de los armarios y ha llenado la mesa. Hay cereales, tostadas, mermelada casera de melocotón que hace su abuela, fruta y una gran jarra de café. El sol extiende su luz sobre la sala, lo hace despacio, como con pereza, mientras nosotros nos vamos conociendo un poco más.

6 Aprender a volar requiere muchas horas de suelo

Conozco la sensación, el subidón del despegue para después caer al suelo en picado. El vacío. Sentirse incompleta. Me ocurre cada vez que dejo que la nueva Morgane tome el control de mi vida. Aprender a volar requiere muchas horas de suelo y un esfuerzo extra para volver a levantarse. Cada vez que aterrizas de morros, te das la vuelta para mirar al cielo y en la falsa comodidad en la que te balanceas, te preguntas si merece la pena. Pero te levantas, sacudes la ropa y coges una nueva bocanada de aire limpio. Te dices que mañana lo intentarás de nuevo. Pensé que lo complicado sería dejarlo atrás, a Elio y al futuro que habíamos imaginado (por esa incongruencia de que para olvidar hay que recordar y así entras en bucle y es como el cuento del haba), pero resulta que es peor volver a retomar tu vida.

El fin de semana lo paso en casa, ignorando los mensajes de Marlene. Por suerte, sabe ser esa buena amiga que es insistente, pero que también comprende cuando necesitas un retiro del mundo. El tiempo ayuda a mi «recogimiento» porque se pasa los dos días lloviendo. Vegeto como una planta, alimentada a base de café y tallarines con verduras.

Cuando me imaginaba trabajando en París lo hacía otorgándole mucho más glamur del que tiene en realidad. Me veía montando exposiciones en una galería de arte, visitando a los artistas en sus talleres y seleccionando obras, callejeando por Montmartre y descubrir nuevos talentos. La verdad es que trabajo para un reputado perito de arte. Me paso el día haciendo tasaciones, navegando por páginas de subastas y de segunda mano en busca de objetos que concuerden con las exigencias de nuestros clientes. También regateo como si estuviera en un zoco comprando una alfombra, eso tampoco me lo esperaba viendo los cerros que se mueven. Montmartre es conocido como el barrio de los pintores, pero resulta que las calles del de Saint-Germain-des-Prés, entre la iglesia más antigua de París y tiendas de alta costura, están repletas de galerías que llevan hasta mi sitio favorito, el Museo d'Orsay. La oficina está en esta zona, en la *rue de la Seine* y tuve la gran suerte de encontrar un piso muy cerca, ir a pie a trabajar es todo un lujo.

El lunes llego a la oficina a ritmo de los Indochine y su tema [Crash me](#). Marlene está haciendo café, aunque el líquido que ella prepara se parezca más a magma volcánico, tanto por temperatura como por solidez. La saludo con un cantarín buenos días y me dirijo a mi mesa para encender el ordenador.

—¿Me vas a hacer suplicar? —pregunta desde el biombo que esconde una mini cocina donde hay un simple armario, el microondas, la nevera y una cafetera.

—¿Por? —pido inocente.

«Sí querida, me encanta hacerme la remolona y ver cómo te pones escarlata de curiosidad».

—Que sepas que, si no me lo cuentas, yo tampoco te diré nada. Además, puede que te conozca y haya preparado un *quatre quarts* como soborno.

La palabra trae consigo el olor a mantequilla y en la boca mastico el recuerdo de este típico bizcocho bretón llamado cuatro cuartos porque se le añade lo mismo de huevos, azúcar, mantequilla y harina.

—Es el dueño del bar —respondo corriendo—. Mientras te esperaba me senté en la barra y... —empiezo a relatar la noche.

Mis pasos se dirigen hacia la cocina, Marlene saca los platos y corta dos porciones más que

generosas. Está bueno, pero no tanto como el que hace mi madre. ¿No te ocurre que hay sabores que llevan consigo un lugar? Es como cuando vas de viaje y pruebas algo que te encanta y lo compras para comer en casa, pero ya no sabe igual. Como las caipiriñas en Brasil o los helados en Italia, justo en esa pequeña heladería que hay en uno de los laterales del Panteón en Roma. Con este bizcocho me falta mi isla y todo lo que significa. Aprieto fuerte los parpados para apagar los recuerdos.

—¿Habéis quedado en volver a veros?

—Intercambiamos los teléfonos. Los dos estamos en la misma situación, la de querer superar nuestro pasado, pero sin estar listos todavía. Tu turno —digo en una señal clara que quiero dejar de hablar de mí.

—He pasado el fin de semana con Simon, el dentista —especifica cuando me ve con el ceño fruncido y no por no saber de quién me habla, sino por el tiempo de la «cita».

—¿Desde el viernes?

—Hasta esta mañana —admite con la boca llena de bizcocho—. Ha ido de más a menos. Y no por él, es un hombre muy interesante y un fiero en la cama, pero es que es muy difícil salir con un dentista. Te pasas el rato preguntándote si te está mirando los labios con la intención de besarte o solo te está evaluando la dentadura. Me reía con la boca cerrada por miedo a que me contara las caries. Nunca me había lavado tanto los dientes como estos dos días y no toma azúcar. Lo he pasado bien, pero ¡qué estrés!

Lanzo una carcajada a la que se une y me sigue relatando su fin de semana.

—Vaya, que no es tu hombre. —Soplo mi taza, solo con acercarla a mi boca sé que aún puede causarme quemaduras de segundo grado.

—Él no, pero el que viene...

Se refiere a Bastian, nuestro jefe, que justo acaba de entrar hablando por teléfono. Es un guapo cuarentón de los que las canas le dan un aire irresistible. Es de esas personas que son cerradas como una ostra, Marlene bromea diciendo que le gustaría rociarlo con limón para que por fin se abra.

—Este hombre apetece hasta los lunes a primera hora —suspira, soñadora.

Poco después nos convoca para ponernos al día y organizar la agenda de la semana. Supe que quería trabajar aquí la primera vez que entré en este despacho y vi que tenía un pequeño cuadro de Quimperlé, mi pintor favorito. Marlene sigue buscando obras para un nuevo hotel que quiere ser promotor de arte y utilizar las paredes de las zonas comunes como expositor. Bastian me dice que voy a ayudarlo con el inventario de una colección privada en un palacete en Poissy.

7 Cuando la rabia se concentra en el puño

Es jueves por la noche y me estoy preparando para salir a cenar a uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad. Los Legrand, el cliente del palacete de Poissy, nos han invitado para agradecernos el trabajo hecho. Y tienen de qué. Lo que tenía que durar un día al final han sido cuatro. La mayoría de los cuadros que hemos catalogado son del neorrealismo. Este movimiento nació en los años sesenta en Francia y criticaba la parte más oscura del capitalismo, todo lo contrario del Pop Art que emergía en la misma época en Estados Unidos. Lo único destacable son dos obras de Alice Neel, el resto no vale nada.

La culpa de que haya sacado toda la ropa del armario y la tenga tirada sobre la cama la tiene Madame Legrand. Desde el primer día que fuimos a su casa parece que esté a punto de acudir a un desfile en la Semana de la Moda. Es alta, con una media melena en color caoba y con un rostro... indefinible que hace imposible saber su edad, debe rondar entre los cincuenta y dos cientos años. Después de cambiarme media docena de veces, me decido por un mono con cintura ceñida y cuello cruzado en color verde viridiana que combino con unos *peeptoos* en un tono oro oxidado a juego con el bolso. Siempre he creído que la ropa que uno lleva no te define, lo que sí lo hace es ser capaz de adaptarse al medio, da igual si es para comer en un restaurante de lujo o recoger patatas en la huerta de mi tía Louane.

La cena, que esperaba fuera un tostón, se pasa mejor de lo que había imaginado. Los Legrand son unos grandes conversadores, a quienes les encanta escuchar hablar de arte y Bastian, en este sentido, es un genio porque sabe transmitir su pasión. Es en el segundo plato cuando nos enteramos de que la colección es una herencia del hermano de ella con el que casi no tenían relación.

En cuanto pisamos la acera, lo veo. Está hablando con un par de hombres. Uno es un chico joven y el otro intuyo, por el parecido, que es el padre. Es como si estuviera teniendo un *déjà vu*. Han pasado tres años, pero no ha cambiado en absoluto y eso me molesta, supongo que de alguna forma esperamos que todo lo haga cuando nosotros lo hemos hecho. Y no solo por el paso del tiempo, sino más bien por la vida y sus giros inesperados. Me parece un insulto, como si las consecuencias de lo que ocurrió no le hubieran pasado factura. El estómago me da un vuelco. Menos mal que no lo he visto dentro del restaurante. La señora Legrand me coge del antebrazo para despedirse y vuelvo a la realidad.

Justo cuando nuestros clientes se suben al taxi, oigo una risa a mi espalda que arranca un pensamiento. Una promesa. La Morgane de veinte años resurge de su retiro y toma el control de mi cuerpo, camina resuelta hasta él y le toca en el hombro para que se dé la vuelta. Soy consciente del momento en que me reconoce y a partir de ahí todo se precipita. La rabia se centra en mi puño y lo aplasto con toda mi fuerza contra la mejilla de Klein que cabecea hasta terminar en el suelo.

Doy saltitos maldiciendo por el fuerte dolor que me paraliza el brazo. No sé si le he partido la cara, como le advertí, pero empiezo a ser consciente de que me he roto la mano. La gente se amontona a nuestro lado, Bastian me coge de la cintura para que me esté quieta, pero así el dolor aún es más agudo. Siento que me mareo, él se da cuenta y me ayuda a sentarme en la acera.

«Vaya ideas, Morgane, vaya ideas».

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Bastian, sorprendido por lo ocurrido. Me mira como si no entendiera nada y estoy por decirle que yo tampoco. ¿Puedo coger el comodín de la regla y culpar a que estoy ovulando y tengo un exceso de estrógenos?

Alguien dice de llamar a la policía y Klein grita que no hace falta.

—Estoy bien, maldita sea. Dejadme levantar. —Oigo que refunfuña.

No me atrevo ni a mirarlo, pero cuando al fin alzo la vista y lo afronto, veo cómo asiente con un sutil gesto de cabeza antes de meterse en un coche y marcharse.

—Me voy a casa —murmuro a punto de romper a llorar, y no por el dolor de la mano, ese ha sido aplastado por otro más viejo y lo que me duele es el corazón. Este sí es insoportable.

—Donde vamos es a urgencias.

8 La lista de deseos (de nuncas y promesas)

—No hace falta que te quedes. Creo que me toca dentro de... unas ochenta horas más o menos...

No estoy exagerando, la sala de espera de urgencias está hasta los topes. Bueno, a lo mejor sí lo hago, pero solo un poquito. Creo que el vino, junto con el dolor, me ha subido todo de golpe a la cabeza. No estoy borracha, solo... saturada.

—Para entonces ya se te habrá gangrenado y solo será amputar —me responde Bastian.

—Virgen, no lo permitas —reza una mujer a su lado que lleva un rosario en la mano.

Le doy un codazo y me muerdo el labio para no reírme.

—No voy a dejarte aquí sola. Además, si se presenta la policía... —sisea.

—No va a denunciarme.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque sabe que es lo mínimo que merece. Le prometí que si pasaba algo —digo sin querer entrar en detalle—, le rompería la cara y él aceptó. Ocurrió... y yo he tardado tres años en cumplir mi palabra.

—¿Erais pareja? —Me da un repelús solo de pensarlo. No es porque sea mayor que yo, que el alemán a sus cincuenta años aún puede ser chico de portada, es que es la persona que más detesto del universo.

—No, pero sí tiene que ver con el amor. ¿Sabes esa copa que he rechazado después del café? Me temo que la respuesta estaba allí dentro.

—Puede que en otro momento. —Me gusta que no insista.

—A lo mejor —digo cuando en realidad es un «nunca».

—¿Te duele?

Me miro la mano que cada vez está más hinchada y morada. Ya me he quitado los anillos y el brazalete. No puedo moverla y los dedos tampoco. De camino, Bastian ha parado en una gasolinera para comprar hielo, pero no está sirviendo de mucho. Hago la broma de que tiene el mismo tono púrpura que la piel de la madre en el cuadro «Madre y niño» del pintor expresionista Emil Nolde.

—Lo siento —me disculpo cuando empiezo a ser consciente de lo que ha ocurrido—, espero que los Legrand no lo hayan visto y no te cause problemas.

—No te preocupes por eso ahora.

—¿Crees que está rota?

—Mucho me temo que sí.

Lo de que «la espera desespera» me representa. Desde siempre. Nunca se me ha dado bien. Y por si eso no fuera suficiente, además odio los hospitales. Estoy agotada, el pasado me acecha esperando a que le haga caso y por mucho que lo esquivo y lo ignoro, es imposible. Entre otras cosas porque el «zup-zup» que me hace la mano es un recuerdo constante. Quiero que me atiendan e irme a casa. Necesito recogerme para asimilar lo ocurrido.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Quieres algo? —Niego con la cabeza. Bastian es muy hermético con su vida privada, así que esa insinuación dispara todas mis alertas.

—¿A tu chica?

—A la canguro.

—¿Canguro?

—Tengo una hija de siete años, Jade.
—¿Tienes una hija? —Alzo la voz, sorprendida.
—¿Vas a repetirlo todo?
—¿Por qué nunca hablas de ella?
—No ha surgido la ocasión.

No, la verdad es que nunca se me había pasado por la cabeza preguntarle si tenía hijos. No tiene ni una sola foto, ni dibujo, ni ha hecho ningún comentario que diera alguna pista. Tampoco ha citado a una madame Lambert. Supongo que si necesita canguro es señal de que no hay nadie ocupando el otro lado de su cama.

—Por favor, vete a casa. Estoy bien. Cuando terminen, por allá en el siglo XXII, llamaré un taxi.

—No te dejaré sola —me interrumpe, poniéndose en pie. Se va y yo inclino la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared. Cierro los ojos. El dolor me adormece.

Cumplir promesas ha abierto la maldita herida y los recuerdos salen a borbotones, enroscándose en mi pecho. Mierda, ahora que empezaba a encontrarme cómoda con la nueva Morgane. Sigo sin creerme que le haya dado un puñetazo a Klein. ¡Tres años después! Por si tenía alguna duda de que «lo he superado» es solo una falacia.

—¿Todo bien? —digo sin abrir los ojos cuando se sienta de nuevo a mi lado, lo ha delatado su perfume. Es como oler un bosque: madera, humedad y un toque silvestre.

—Sí, para Jade las noches que se queda con Lucile son una fiesta. —Verlo hablar de su hija es como un león jugando con su cachorro. Todas sus facciones se dulcifican, hasta su voz. Incluso la expresión de sus ojos canela se amansa. Cuando me doy cuenta de que me ha pillado observándolo, resoplo.

—Odio los hospitales.
—¿Una mala experiencia?
—De las peores —admito en un murmullo que sé que ha oído.
—Cuéntame algo, ¿qué más hay en la lista? —pregunta y sé que solo busca distraerme.
—¿Qué lista?
—Todos llevamos una cuenta de promesas, de nunca, de deseos...

—Oh, vale..., déjame pensar. —Bajo la mirada hasta nuestros zapatos. Bastian tiene un estilo que encaja perfectamente con el estereotipo de un parisino experto en arte. Elegante, pero con cierto aire bohemio. Vaqueros oscuros, camisa blanca y una americana que ahora descansa sobre sus muslos. Los calcetines son su fetiche, suelen ser coloridos y siempre son con pinturas famosas. Hoy le ha tocado el turno a Picasso—. En la de promesas estaba darle un puñetazo a Klein, en la de los nunca romperme un hueso y creo que esta noche también voy a poder tacharlo. ¿Tú te has roto algo?

—El corazón, un par de veces —confiesa sorprendiéndome. Si le he pedido que no indague, no voy a hacerlo yo, aunque me muera de ganas por saber—. Y el dedo meñique del pie derecho, digamos que chocó con el bidet.

—Au... —bromeo.
—Eso, au. ¿Qué más? —dice en un susurro. Tiene una voz rasgada, grave, muy masculina.
—Subir a Empire State y gritar: ¡¡Tour Eiffel!!
—Suenan loco... y arriesgado.

—Otros no lo son tanto. —Recuerdo una charla con Marlene en una tarde lluviosa y fría de invierno que estábamos solas en la oficina. Me doy la vuelta y estampo mi boca sobre la suya. Cuando me separo me entra la risa al ver su cara de total sorpresa. Me atrevería a decir, que hasta

de espanto.

—Déjame adivinar, ¿en la lista también estaba besarte con el jefe? —Se toca los labios como para asegurarse de que no me he dejado ningún diente allí.

«Morgane, ¿qué te pasa esta noche? ¿Quieres hacer el favor de pensar coherentemente? ¿O, como mínimo, pensar?»

—Exacto. Pero no con cualquiera, sino contigo.

—Morgane... —carraspea.

—Frena —lo interrumpo, riendo, cuando veo que se está poniendo verde—. No tengo sentimientos hacia ti. Culpa al vino y que las esperas sacan lo peor de mí.

—No pasará a la lista de mis mejores besos —ríe.

La carcajada hace que el resto de la sala lo mire censurando su conducta. La presión que empezaba a sentir en el pecho se diluye. No quiero perder el trabajo y menos por esto.

Hay días, como la noche del viernes pasado, en la que me obligo a salir de casa sin corazón, hoy parece que además me he dejado hasta la cabeza.

—Tres cosas menos de la lista... —dice al cabo de unos minutos—. Vaya *hard trick* te has marcado.

—Y la noche aún no ha terminado.

Vuelvo a mirar el reloj, maldita sea, llevamos cincuenta minutos esperando y el dolor sigue aumentando.

—Si te ponen yeso, te dibujaré el hada que cura. Con mi hija funciona bien.

Cuando me puede la curiosidad y voy a preguntarle sobre Jade oigo que dicen mi nombre:

—Morgane Prigent, pase al box número cinco.

Me pongo en pie y de repente me entra miedo, supongo que mi cuerpo lo revela porque Bastian también se levanta.

—Tranquila, te acompaño.

9 El cielo huele a lavanda y San Pedro es un unicornio

—Estás muerta.

Oigo la voz a lo lejos. Poco a poco se hace más clara. Soy incapaz de separar los párpados. Huele raro, como si estuviera tumbada en un campo de lavanda, aunque la hierba es suave. Oigo de nuevo la voz, esta vez la distingo pegada a mi oído. Algo me zarandea el cuerpo y me tira del pelo de las cejas.

—¿Estás muerta?

«¿Muerta?».

«¿Yo?».

Abro los ojos de golpe para encontrarme cara a cara con un borroso unicornio violeta con las crines esmeralda. Parpadeo de nuevo, sigue ahí, pero algo más nítido.

—¿Hay loros en el cielo? A mí me gustaría tener uno y enseñarle a decir mi nombre, pero papá no me deja.

No entiendo qué pasa ni dónde estoy. No es mi cama, intento incorporarme y es cuando reparo en mi mano envuelta por un grueso yeso. Solo se ven las puntas de los dedos que parecen salchichas. Removiéndome como una serpiente y con un par de culetazos llego a sentarme. Me froto la cara y ahora también distingo a una niña mellada con gafas de pasta azules y el pelo rubio.

—Jade, me has prometido que no la molestarías. —Conozco esa voz. Bastian.

—Quería comprobar si estaba muerta.

—Ya ves que no —ríe—. Venga, vete a desayunar.

La niña se va, arrastrando el peluche a su espalda.

—Buenos días —me saluda, sentándose a mi lado—. ¿Cómo te encuentras?

—No estoy muerta —balbuceo con la boca pastosa que distorsiona con la euforia de saber que sigo viva.

—No. —Vuelve a reír.

—Me he despertado pensando que estaba en el cielo, que huele a lavanda y San Pedro es un unicornio.

—No hay duda de que aún te dura el colocón —dice—. ¿Recuerdas algo?

La neblina se va disipando y empiezo a estar más consciente. Miro el yeso. Recuerdo que me hicieron radiografías y como la traumatóloga se carcajeó cuando le conté lo sucedido. También que me dijo que la gente suele mentir sobre cómo se lo han hecho, lo achacan a una mala caída, pero es la típica lesión por golpear mal y la llaman la fractura del boxeador. Mienten porque al decir que es por un puñetazo es agresión y hay que informar a la policía. No me importa que den parte, Klein no va a denunciarme, sé demasiado sobre él y sus trapicheos como para atreverse.

—Fractura en el cuarto y quinto metatarsiano y una luxación en el pulgar.

—Nunca se pega con el pulgar dentro del puño.

—Me lo podías haber dicho antes —suspiro.

—Había otras formas de adelantar las vacaciones —se burla.

—Mira, aún no había pensado en ello. ¿Tengo cuatro semanas de baja? —pregunto haciendo memoria y él asiente—. ¿Por qué estoy en tu casa?

Miro lo que me rodea. Es una habitación pequeña, con una cama de cuerpo y medio, sin más

muebles que una mesita y un armario empotrado. Está pintada de un color beige, que contrasta con el ocre de la colcha, todo resulta muy sobrio. La cortina no está del todo pasada y la luz de un sol de primavera se derrama hasta llegar a la puerta.

—Te dieron un relajante muscular y digamos que no te sentó muy bien. No me atreví a llevarte a tu casa y dejarte sola. Preferí traerte aquí y poder vigilarte.

Sé por experiencia que este tipo de medicamentos me sientan fatal. Tengo un horrible dolor de cabeza y noto la boca seca como el esparto.

—¿Tienes hambre?

—No mucha, pero creo que me irá bien meter algo de sólido. —Cuando aparto la sábana soy consciente de que no llevo el mono, sino una camiseta suya.

—Pensé que estarías más cómoda. Te prometo que no miré. —Me tiende la mano y me ayuda a levantarme. Lo hago despacio para no marearme.

—Yo lo hubiera hecho —admito, sonriendo. Una imagen se cruza en mi mente—. Ayer te besé —murmuro con la boca pequeña y la vergüenza prende fuego a mis mejillas.

—No sé si a aquello podemos llamarlo beso.

—Lo siento —me disculpo.

—A pesar de acabar en urgencias... la verdad es que anoche me divertí mucho.

Una cena con unos clientes, una trabajadora que le da una pájara y se pone a dar un puñetazo a un desconocido, acabar pasando más de cuatro horas en urgencias, que te «besen»... Si para él eso es una gran noche...

—Eso solo significa que tienes que salir más —sopeso en voz alta.

—Me lo dicen a menudo.

10 El destino se toma tus negaciones como un desafío

Mi madre recurre a menudo a esta frase: «Cuidado, el destino se toma tus negaciones como un desafío y no hay peor contrincante que él». Y eso ha pasado esta mañana cuando Bastian me ha traído a casa; en cuanto he cerrado la puerta y me he sentido segura, he exclamado:

—¡A salvo! Nada puede pasar ya.

—Ja —ha respondido el destino dentro de mi cabeza y el cabrón se ha ido a idear un plan.

Marlene me ha llamado poco después, supongo que justo cuando nuestro jefe ha llegado a la oficina y le ha contado lo sucedido. Hemos quedado que vendrá a mediodía y que me traería la comida. Se lo agradezco, me he dado cuenta de lo inútil que te vuelves cuando te pasa algo así. Por suerte la cafetera es de cápsulas, puedo hacerlo con una sola mano, y el armario de las galletas está bien surtido.

El destino ha sido rápido y su plan ha empezado a mediodía. Me ha encontrado tirada en la cama, con el pijama puesto y viendo un concierto de U2, justo empezaban a cantar [*13 \(There is a light\)*](#).

Suena mi móvil y contesto sin mirar quién es pensando que es Marlene para confirmar algo antes de venir.

—Hola, Morgane —Pero no es ella. Esa voz...

Me siento de golpe. Mi corazón empieza a latir tan rápido como es capaz para intentar llevar la sangre a todo mi cuerpo antes de que colapse.

—Dylan —digo su nombre, no porque tenga dudas, sino una afirmación de que es real.

—¿Cómo estás?

Mierda. No, Klein no va a llamar a la policía para denunciarme, pero ni se me había pasado por la cabeza que iba a chivarse al motivo de mi ataque de ira.

—Eh... asimilando que estamos hablando.

—Ya —dice en una sonrisa comedida, que, aunque no la veo, se dibuja perfectamente en mi mente—, ha pasado un tiempo desde la última vez.

—Tres años —«En realidad son tres malditos años, tres puñeteros meses, y un puñado de jodidos días».

—Veo que tú también llevas la cuenta —ríe. No pregunto a quién más se refiere porque intuyo (sé) la respuesta.

—Dylan, ¿qué quieres?

—Nunca se te ha dado bien la espera. —No me extraña que lo recuerde, al fin y al cabo fuimos amigos y «cuñados» durante seis años—. El domingo que viene es el cumpleaños de Romy, sabes lo importante que son para ella los veintiocho.

—Lo sé —lo interrumpo. Reparé en ello hace unos días al mirar la agenda.

Soy yo la que llevo el nombre de la hermana del legendario Arturo, pero Romy es la mística del grupo y la que cree en la astrología. Este año es su Retorno de Saturno; se refiere a que este planeta vuelve a encontrarse en el mismo sitio donde estaba el día de nuestro nacimiento. Dependiendo de su posición, eso ocurre entre los veintisiete y los treinta años. Para los creyentes es el primer cuarto de vida. El salto a la madurez. El que trae consigo tomar decisiones definitivas y marcar el rumbo de nuestra vida. Romy lleva años hablando de este hito. Por cierto, para mí también lo es... aunque mi comportamiento de ayer por la noche no lo demuestre en

absoluto.

—He pensado en prepararle una fiesta sorpresa con todos sus seres queridos y tú eres su mejor amiga. Será en la isla —especifica al cabo de un momento de silencio.

—Lo imaginaba —murmuro con un nudo en la garganta. Oírle decir «su mejor amiga» ha sido como un mordisco en el alma.

—¿Vendrás? Sé que estoy avisando con poco tiempo.

—Dylan... yo... no sé..., han pasado tres años, ¿recuerdas?

—Sé que le encantaría verte —dice con voz apagada, como si se mimetizara con su novia.

Sí, fuimos amigos, los mejores, pero me alejé de todo. ¿Y ahora me invita a una fiesta de cumpleaños y encima sorpresa? ¿Nos hemos vuelto locos? ¿Y en la isla? No, la respuesta es no, gracias.

—Eme... —Volver a oír ese apodo, me turba y ablanda—. Puede que haya llegado la hora... Es una buena ocasión, mucho mejor que un entierro —bromea, aunque ninguno de los dos se ría.

—¿La hora?

—De cerrar heridas.

Sí, yo también he llegado a la misma conclusión, por eso necesito seguir puliendo esta nueva versión de Morgane.

Pero ¿qué pasa si en el fondo no quiero cerrar la herida?

¿Y si de tanto en tanto me gusta quitar la costra para que sangre? Porque es solo entonces, reviviendo, que vuelvo a sentirme viva de nuevo.

—¿Estará? —pregunto. No hace falta que especifique, los dos sabemos que me refiero a Elio, su hermano.

—Claro. ¿Sabréis comportaros? Es importante para Romy. Y para mí.

—Somos adultos.

Solemos utilizar el «adultos» como si fuera un sinónimo de hacerlo con cabeza, cuando en realidad, da igual la edad que tengamos, nunca es fácil razonar si estás herido.

—Sería toda una novedad. ¿Eso es un sí?

—Es un: lo pensaré. —«Es un no, rotundo».

Bueno, a lo mejor no tan rotundo... A cada instante que pasa las letras se difuminan a la velocidad que van mis pensamientos y la «o» empieza a estirarse y un trocito de ella se despega formando el punto de la «i» como una pequeña isla. Mi isla. Mi casa.

Siento unas terribles ganas de llorar. Esto es demasiado.

—Con eso me basta. De momento. —Lo conozco y sé que es su forma de decirme que insistirá hasta que acepte. Si algo define a la familia Maillard es la testarudez.

—¿Llamabas solo por eso?

—¿Esperabas otra cosa?

—No —«Sí». Que Klein se fuera de la lengua, por suerte no lo ha hecho.

—Morgane, ven por favor. Hazlo por Romy. No te arrepentirás.

—Eso no puedes asegurarlo —susurro cuando siento que ya no puedo aguantar más las lágrimas.

Cuelgo y me recuesto de nuevo aún con el teléfono en la mano. Respiro profundamente y empiezo a llorar. Volver a la isla y acudir a una fiesta con todos es enfrentarme a ese pasado que intento olvidar. Entonces..., ¿cómo puedo siquiera considerar la opción? Mi madre lleva años insistiendo que vuelva a casa y en todas me he negado. Ni en fechas señaladas como los cumpleaños ha conseguido convencerme, siempre es una buena ocasión para venir a verme y hacer planes juntas en París, o pasar la Navidad en Saint Philibert, donde nos encontramos con

toda la familia de mi padre. Solo hay una razón por la que la invitación de Dylan me atrae, una que tiene la piel de salitre y los ojos ultramar más bonitos que he visto en mi vida. Lo que me tienta a ir es lo mismo que me retiene. Elio.

¿Y qué hago cuando la situación me sobrepasa? Podría atracar la cocina y colocarme con el azúcar, o morrearme hasta perder el sentido con aquella botella de güisqui que lleva años cogiendo polvo en el armario y que ni siquiera recuerdo cómo llegó aquí, puede que incluso ya estuviera cuando me mudé. Podría salir a correr. Hacer algún deporte de esos que suben la adrenalina. Ir de compras y dejar la tarjeta temblando. O a una sesión de yoga a la que siempre digo de ir a probar y nunca encuentro el tiempo. La lista es interminable, pero realmente son apósitos y lo único que puede calmarme es ella. Llamo a mi madre y le cuento lo sucedido. Tanto mi encuentro con Klein y sus consecuencias, como la invitación de Dylan.

—Voy a buscarte.

—No hace falta.

—Sí que lo necesitas —me interrumpe—. Estás convaleciente, déjame cuidar de ti.

—Mamá... —Y en cuatro letras camufla la pena, las dudas, las ganas.

—Lo sé —dice en ese tono que suena a nana y que solo ellas poseen.

—De acuerdo —suspiro—. Pero no hace falta que vengas. Marlene viene en un rato, le pediré que me ayude con la maleta y me lleve a la estación. Miro los billetes del TGV y te digo la hora que llegaré a Vannes.

—Todo va a estar bien, te lo prometo.

Primero Dylan, después mi madre... No sé si su estrategia es tranquilizarme y embaucarme por su propio interés o son videntes prediciendo el futuro. Sea cual sea la respuesta correcta, me cabrea. También hay otra opción: saben algo que yo no. Esa idea aún me jode más.

11 La vida en programa de centrifugado

¿Te ha pasado alguna vez que parece que tu día a día avanza lentamente y de repente todo se precipita? Como un castillo de naipes. Como una ficha de dominó que cae y arrastra con todas las demás. Vale que estoy haciendo un lavado a mi vida, pero maldita sea, siento que estos últimos días estoy en el programa de centrifugado. Hace justo una semana iba de camino al *Speed dating* y acabé pasando la noche con Jay. Hace menos de veinticuatro horas del encontronazo con Klein y sus consecuencias: La convalecencia y darle un motivo a mi madre para que me cuide y me vea obligada a acudir a casa. Como traca final, la llamada de Dylan. Una fiesta con T-O-D-O-S. Volver a esa vida, con esa gente de la que me he alejado y que hace tres años que no veo. En definitiva, es volver a la vieja Morgane, la misma que intento enterrar.

Divago sobre ello durante las dos horas que dura el viaje en tren. Me molesta la mano y me pica como si tuviera un nido de hormigas dentro. El vagón va lleno y hace calor. El nivel de dolor de cabeza me quita hasta las ganas de escuchar música. Y ya ni me he molestado en sacar el libro del bolso. La nueva Morgane se ha quedado en París tomando un café y un *croissant* en el Cafe de Flore mientras tiene una de esas charlas ficticias con Picasso o Duras con las que suele divertirse los domingos por la mañana; y aquí está la vieja, sin coraza, sin costra... sin nada que frene el aluvión de recuerdos y sentimientos que acuden con ellos.

A la altura de Rennes, recibo un mensaje de Jay que hace que la nueva Morgane suelte una carcajada y se marque un par de pasos del baile de la victoria.

Jay:

Ha pasado una semana...
quiero volver a verte,
pero no se me ocurre ninguna excusa.
¿A ti se te ocurre alguna?

Morgane:

¡Hola!

Lo siento, pero estoy fuera de la ciudad.

Jay:

Hm...
Eso es una excusa para no vernos.

Me muerdo el labio inferior para no reírme en voz alta y me hago un *selfie* enseñando el brazo.

Morgane:

Prueba gráfica de mi estado ahora mismo.
En el tren, de camino a casa.

Jay:

Pero, ¿qué te ha pasado?

¿Estás bien?

«Le di un puñetazo a un gilipollas». Su mensaje ha activado el recuerdo de la noche que pasamos juntos; con los días me doy cuenta de que el poso que dejó es mejor de lo que esperaba y no quiero cerrar puertas. Escribo, borro. Teclear con una sola mano es un coñazo. Al final decido dejarlo al aire.

Morgane:

Digamos que me tropecé con mi pasado.
Para los detalles, tendrás que esperar.
A la vuelta, ¿te llamo y quedamos para cenar?
Esta vez invito yo.

Jay:

Ves, sabía que tú encontrarías
un motivo para vernos.
Cuídate mucho. Un beso.

Me despido de él y en cuanto apago el teléfono vuelvo a ser consciente del traqueteo del tren y del estómago revuelto. Qué efímera es la felicidad.

Cuando por los altavoces avisan de que hemos llegado a Vannes, la idea de morir e ir a un cielo que huele a lavanda y con unicornios como porteros no suena mal. Nada mal. Con suerte, habrá barra libre de *lambig*^[1] y *kouign amann*^[2].

Una pareja mayor, al ver mi brazo en el cabestrillo se ofrecen para ayudarme. El señor carga con mi maleta de ruedas y su mujer me guarda el agua en el bolso. Veo a mi madre en el andén, esperándome. Les da las gracias y después se lanza a mis brazos. Dios, ¿qué tendrán los abrazos de madre que son como refugios anti-mundo? Oliendo su pelo me siento como una planta sedienta en una tarde de lluvia, vigorizando a simple vista. Por primera vez en todo el día tengo la sensación de paz y de que esta idea es la correcta.

—¡Como me alegra que te hayas jodido la mano! —jalea demasiado alto.

—Mamá... —Me callo. No serviría de nada, parece mentira que no la conozca.

—Prefieres algo más políticamente correcto como un: me alegro de que vayas a estar en casa ¿unos días? ¿Unas semanas?

—No he cogido billete de vuelta —la interrumpo—. No me incites a pasar ahora mismo por la máquina expendedora.

—Prometo portarme bien —jura, levantando los dedos como un *scout*.

Resoplo. No sé qué me da más miedo: Que sea la de siempre y sepa por dónde puede salirme o su «portarme bien» y dejar que me sorprenda. Se carga mi bolso al hombro, coge la maleta y con la otra me agarra del brazo para salir.

—Imagino que no le has dicho nada a nadie, así que he venido con Gauvain.

—Es perfecto, gracias. —Le doy un beso en la mejilla. Es maravilloso y reconfortante como una madre sabe cuidar de su pollito sin que este tenga que decir ni pío.

Vivimos en Belle-Île-en-Mer, una isla bretona en el Atlántico. Tiene unos cinco mil habitantes y nos conocemos todos. No quiero llegar con el ferry a Le Palais, la capital y puerto principal, y que alguien me vea y corra la voz. Si Gauvain nos lleva en su barco, puede dejarnos en el puerto de Goulphar, justo al lado de casa y alejados de miradas indiscretas. No es que vaya

a esconderme para siempre, solo necesito reunir el coraje suficiente. Todo puede esperar a mañana. Después de tres años, no vendrá de un día.

12 Belle-Île

Gauvain nos espera en el muelle, cuando nos ve en el embarcadero, viene a nuestro encuentro y me abraza fuerte, es como si me abrazara el propio mar. Es pescador y el mejor amigo de la familia. Va a decir algo, pero mi madre carraspea con poco disimulo y los dos nos echamos a reír. Él no dice nada y yo recuerdo cuando me ha dicho por teléfono que cuidará de mí. Acaba de hacerlo. Evitando preguntas. Evitando respuestas.

Me ayudan a subir al barco; mientras mi madre deshace el cabo, yo meto las manos en el agua para mandar un saludo:

—Hola, papá. Estoy de vuelta.

Tengo que hacer una confesión que me ha costado años de terapia ser capaz de decir en voz alta: Sufro de talasofobia. Quien me conoce sabe que tengo un odio enfermizo al océano. Y eso, viviendo en una isla, hizo que mi infancia y juventud no fueran nada fáciles. El mar, ese ser despiadado que se llevó a mi padre. Un experimentado marinero. Un buen marido y el mejor padre que podía desear. Él me enseñó que el mar es un ser al que se debe respetar, pero para mí es un monstruo malvado que se lo llevó de mi lado cuando solo tenía nueve años.

Mientras salimos del puerto, mi madre se sienta a mi lado. Sigo con la duda de si venir ha sido una buena idea. De si de verdad estoy lista para lo que puede pasar, pero reconozco que la pureza del aire y su mano en mi rodilla, siguiendo una melodía que solo ella oye, me hace sentir bien. Poco después de salir del puerto, se levanta y se va hacia la cabina con Gauvain durante la hora que dura el viaje, sabiendo que a pesar de que me da pavor navegar, lo que necesito es estar sola en este momento.

¿Cuántas veces te puedes enamorar de un lugar? Da igual que haya nacido en la isla más bonita del mundo, aún de lejos se ve preciosa. Ahí, solitaria rodeada de un mar azul cerúleo. En mi mente empiezan a sonar un piano y las primeras notas de *Atlántico*. Un pequeño paraíso que alberga mis mejores recuerdos. También los peores. Parece que se haya vestido de gala para recibirme, el cielo se ha teñido de púrpuras y ocres. La luz, que tanto he añorado, se refleja sobre las olas. Suspiro fuerte dejando que el Atlántico y mi tierra se me metan dentro de nuevo. De dónde nunca se han ido. En algún libro leí que la línea que separa lo que amamos y lo que odiamos es tan fina como una pestaña. Siento que ni tan solo ese grueso es real. Es inestable, variable y cruzarlo es demasiado sencillo para nuestra cordura.

Cuando llegamos a la cala, el sol ya se ha puesto, pero aún queda algo de luz. A nuestro alrededor, hay pequeñas barcas de pescadores y un par de barcos de vela. En el cielo, algunas aves planean y un cormorán negro me observa desde una roca saliente del agua. Subimos a la zódiac que nos lleva hasta la orilla.

—Bienvenida a casa —dice mi madre cuando pisa la orilla.

—Ya era hora —contesta Gauvain, ayudándome a bajar—. Ha pasado demasiado tiempo.

«No el suficiente» quiero responderle, pero no me sale ni la voz. Fuerzo una sonrisa fugaz.

Vivimos en Bangor. En el lado oeste de la isla y la zona más agreste, sublime e impresionante. La familia de mi madre siempre ha tenido un hotel que ha resistido a guerras y a los cambios de

siglo. Su privilegiado enclave frente a la Costa Salvaje lo hace punto de interés, sobre todo desde que Monet lo escogió como alojamiento los dos meses que pasó en Belle-Île.

La pequeña cala está bordeada por un acantilado y queda a unos centenares de metros de casa. Mi hogar es un edificio majestuoso pintado de un tono alizarina carmesí con una torre al este que es nuestra casa. El hotel ha ido creciendo con el tiempo y ahora alberga veinte habitaciones y en la terraza que da al océano, y que tiene una de las vistas más impresionantes de esta costa escarpada, se celebran todo tipo de eventos. El camino de gravilla que lleva a la entrada está franqueado por hortensias que en esta época del año es una maravilla de pinceladas de colores vivos que brotan de las flores. Lleva dos meses cerrado. Obtuvimos una subvención para que sea más sostenible, como cambiar el tejado y poner placas solares. A pesar de las obras, de la grúa y el andamio, sigue sin perder su esplendor. Mientras mi madre abre la puerta yo inspiro hondo, tanto que me entra la tos.

—Solo es oxígeno limpio, tus pulmones no tardarán en recordarlo —se burla—. No te preocupes.

Voy a contestarle, pero es que tiene razón. El «aire» de París no es que pueda embotellarse y vender como una fragancia por mucho que sea la ciudad de los perfumes.

—Vamos, es hora de cenar.

—No tengo hambre —digo cuando cruzo la puerta.

—Eso es porque aún no has visto lo que he preparado.

—*Cotriade*.

—Ah —gruñe—, odio que me conozcas tan bien. Se pierde el factor sorpresa.

Soy vegetariana, pero hago una excepción con esta sopa típica bretona y el plato favorito de mi padre. A mí nunca me ha gustado el pescado, supongo que porque siempre lo he visto como los bichos que hacían que mi padre pasara largas temporadas fuera de casa. Después de su muerte, cada vez que la comemos es como si estuviera con nosotras.

Es reconfortante ver que todo está igual. Los cuadros con mosaicos de fotos, los jarrones —por llamarlos de alguna manera— de cuando nos apuntamos a cerámica y que mi madre guarda como si fueran de la dinastía Ming, el mismo sofá beige y la alfombra de tonos tostados. El pasillo que lleva a la escalera y que aún presume de las huellas de nuestras manos como flores de colores que pintamos cuando cumplí los cinco años. No hay vez que pase por ellas y no ponga mi palma sobre la de mi padre para ver cómo encajarían.

Mi habitación sí ha cambiado, mucho y muchas veces. En mi adolescencia pasé una época en que sufría una metamorfosis constante. La cama ha estado colocada de todas las formas posibles, incluso en medio de la estancia. Las paredes, si rascas un poco, te sale un arcoíris a capas. La que permanece es un amarillo cromo, un color muy adorado por Van Gogh y que siempre tenía en su paleta. Lleva así desde aquel verano que cambió mi vida y escogimos el mismo tono que su tabla de surf.

Deja la maleta sobre la cama y cuando la abrimos lanzo una cadena de maldiciones. No debería haber confiado en Marlene, dentro hay vestidos, tacones... No hay ni un mísero vaquero ni nada de manga larga. Es perfecta para un fin de semana en Saint-Tropez, no para la isla. Tampoco ha metido ningún pijama.

—Tienes el armario lleno de ropa, algo te servirá —comenta mi madre, quitándole hierro—. Y todo esto... quién sabe, puede que vayas a una fiesta y lo necesites. —Suelta una risita jocosa porque, aquí, suelen implicar bañadores, sudaderas y en la mayoría de ellas se va descalzo y sin peinar.

—¡*Ahrgg!* —exclamo cuando me siento en la cama y saco la bolsa de tela con la ropa interior.

No hay nada de algodón, de esas bragas que han perdido el color, la goma es solo de decoración, de las que tapan todo el culo... LAS cómodas. Ha seleccionado mi lencería más sexi, esa que guardas en el fondo del cajón. Y son solo tres conjuntos.

—Deja de gruñir. Si la hubieras traído alguna vez a casa sabría mejor cómo hacerte la maleta, pero está claro que sabe los básicos.

Oigo un ruido, algo tan característico que hace que me siente de golpe y, como el perro de Pavlov, partes de mi cuerpo se despierten del coma.

—La mato. —Marlene ha metido en la bolsa de los cargadores, el Satisfyer.

—Esta chica es lista y piensa en todo. Te compraré el Mambo, lo puedes utilizar en el agua y además es más silencioso.

—Mmm... ¿Gracias? —No sé de qué me extraño. Es la misma que me habló del «si pica, rasca», la que a los diecisiete años me llevó a mi primer TupperSex. Entre nosotras, el sexo nunca ha sido un tabú.

—¿Quieres ducharte? —Lo apaga antes de guardarlo en la mesita.

—Lo estoy deseando.

La ducha es un momento parecido al juego del Twister. Pon la mano aquí, alza el brazo, date la vuelta... El espacio es reducido y al final ella termina tan mojada como yo. Por otro lado, una dosis de risas siempre sienta bien. Lo mejor llega cuando me siento en el bidet y la dejo peinarme. Llevo puesto mi albornoz infantil de una pirata que aún utilizo a pesar de que me llegue a medio brazo y me tape justo el culo. No solo es deshacer los nudos, es el placer de ese movimiento hipnótico, de este instante nuestro.

—Echaba de menos esto —confieso y le cojo la mano.

—Y yo de tenerte en casa y cuidar de mi pajarillo.

—Siento no haber vuelto antes... —Se me pierden las palabras y busco su mirada a través del espejo.

—Todo va a estar bien —murmura antes de dejar un beso en mi coronilla.

—Ojalá tuviera esa certeza. ¿Cómo lo consigues?

Sabe que no hablo de ser pitonisa, ni positiva. Me refiero a la soledad. A superar la pérdida. A vivir con el pasado siempre presente.

—Tu padre solía decir: «Muere con recuerdos, no con sueños». No se puede vivir con miedo.

—No sé cómo. Lo intento, pero... —El silencio se une a nuestra conversación y la acapara. Una solitaria lágrima me recorre la mejilla. Ella la recoge y la sopla igual que hacía cuando era pequeña para lanzar el dolor lejos.

—Como todo lo que es importante, pide disciplina y tiempo. Y paciencia. Grandes dosis de paciencia.

—De eso voy escasa —refunfuño con el ceño fruncido y ella coloca sus dedos sobre él y los arrastra hacia los lados para relajarlo.

—Eres igual que él. Heredaste sus preciosos ojos y su ansia. Por suerte, de mí cogiste lo mejor: la inteligencia. Utilízala.

—Y el gusto por el vino rosado —ríe.

—*¡La vie en rose et le rosé froid*^[3]! Vamos a cenar.

13 No es la fiesta que esperaba, pero ya que estamos, bailemos

Admiro a mi madre y no tiene nada que ver con el vínculo que nos une. Cuando sea mayor quiero tener su fortaleza.

La gente que nace y vive en una isla lo hace sabiendo que hoy estás y mañana, no. Son conscientes de la vida y de la muerte prematura. Han aprendido a ser fuertes, viendo a sus antepasados serlo. Los que se quedan en tierra e interpretan los partes marítimos como el mejor marinero.

Mi madre se quedó viuda a los treinta y cinco, con una niña de nueve años y un hotel que no pasaba por su mejor momento.

Mi madre, la mujer que siempre ve el vaso medio lleno, aunque se sienta medio vacía.

Mi madre, la que acogió el dolor, le recogió el pelo en una trenza, lo vistió de colores y adoptó para enseñarle lo bonito de este mundo.

Mi madre, la que aún sueña con mi padre. La que no ha dejado de quererlo ni un solo instante. La que sigue hablando de él, sabiendo que algún día volverán a verse. La que no se lamenta por lo perdido, agradece por todo lo vivido junto a él.

Mi madre, la señora que ha hecho de esta frase su estandarte: La vida no es la fiesta que imaginamos, pero ya que estamos aquí, bailemos.

14 Nuevos habitantes

Igual que me ocurrió ayer, cuando despierto lo hago de un sobresalto. Algo me está lamiendo la cara, al apartarlo de un manotazo noto que es peludo y esponjoso. Abro los ojos y me encuentro con un animal. Grito y él hace lo mismo antes de salir corriendo, escondiéndose bajo la cama. Mi madre abre rápido la puerta.

—¿Qué pasa?

—Había... Hay algo... —balbuceo, recuperándome del susto—. Una cría... ¿de oso polar?

—Ah, es Chouchen. Con las emociones se me olvidó presentártelo. Suele dormir aquí. —Al oír la voz de mi madre el cachorro sale de su escondite y ella lo coge en sus brazos. Se sienta en la cama y me lo muestra—. ¿No es la cosa más bonita que has visto en tu vida?

Solo a ella se le puede ocurrir ponerle al perro el nombre del aguamiel bretón. Es de raza Chow chow y es totalmente blanco. La verdad es que es adorable.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Hará mes y medio. Me hace compañía. Tenemos el mismo gusto exquisito para la música; en lo que discrepamos es con los rosales, a la que me despisto ya se ha meado y está quitando tierra.

Dejo caer la cabeza de nuevo sobre la almohada y lanzo un profundo suspiro. A la luz del día la habitación se me presenta más pequeña. Puede que lo que la hace diminuta sean todos los recuerdos que almacena. Un, ¿y todo esto entra aquí?

—¿Piensas pasarte los días así? —pregunta en ese tono que solo pueden utilizar las madres.

Miro hacia la mesita en busca del despertador, son las diez y media. El cacharro no solo tiene uno de los peores trabajos del mundo, es que encima es, sin ánimo de ofenderlo, horroroso. Tiene forma de gallo y fue un regalo de mi padre, uno que me traje de uno de sus viajes. Con su muerte el objeto pasó a ser uno de mis bienes más preciados.

He dormido mejor de lo que esperaba. Al final, el agotamiento ha podido conmigo. Después de cenar, siguiendo nuestra tradición, nos fuimos a su cama y vimos la película *Nuestro verano en la Provenza*, mi madre tiene una especie de amor platónico con Jean Reno. Recuerdo darle las buenas noches y poco más.

Una vez despierta, las preocupaciones afloran. Pienso en el reencuentro. Con Romy. Con Dylan. Con... ELIO. Por mucho que imagine mil posibilidades, ninguna me convence, ni me parece fácil. Me repito el «cuanto antes, mejor», pero solo con pensarlo se me traba la respiración y se me acelera el pulso.

—No es mal plan.

—No lo permitiré. —Se levanta y se lleva con ella la sábana, dejándome solo con las braguitas y la camiseta de tirantes. Desde la cocina se escucha la radio y mi madre se pone a cantar *Que tout s'danse*.

—¿Por qué no me sorprende? Solo hoy, ¿de acuerdo?

—«Tal vez hoy sea pronto, pero mañana seguramente será tarde», lo dijo la sabia de Simone de Beauvoir.

—Necesito prepararme...

—Has tenido tres años para hacerlo —me interrumpe, intransigente—. El desayuno está listo. He hecho *quatre quarts*.

—Ahora soy yo a quien le jode que la conozcas tan bien. —Me levanto y voy al baño.

—Técnicas persuasorias que aprende una con el título de madre.

Quiero decir que Marlene también sabe cómo convencerme y su instinto maternal está escondido en la cámara acorazada junto a las joyas de la corona británica.

—¿Te ayudo? —me pregunta cuando vuelvo y escojo la misma ropa de ayer para vestirme.

—Tengo que ir aprendiendo a hacerlo sola. —«Aunque me lleve medio día».

—¿Qué tal has dormido?

—Mejor de lo que esperaba —confieso cuando me pongo los pantalones de un chándal y me ayuda con la chaqueta de lana, tiene las mangas lo suficiente anchas para pasar el yeso.

—Y con los postigos abiertos. —Sonríe con un gesto de orgullo que brilla en sus ojos avellana.

—Eso parece. —Hubo un tiempo que no soportaba ni ver ni oír el oleaje. Me ponía de los nervios y llegué a dormir hasta con tapones.

—Eso sí que es una gran noticia.

Desayunamos en la terraza del hotel. La mañana es fresca, pero el sol invita a estar fuera. Las olas rompen contra los acantilados de piedra y las gaviotas nos sobrevuelan. El horizonte es de un inagotable abanico de tonalidades azules, y hay un par de triángulos blancos navegando en él. A veces, en días como hoy, es imposible saber dónde termina el mar y empieza el cielo. Aún me cuesta asimilar que estoy en casa. Tardo un tiempo en darme cuenta de que mi madre está demasiado callada. Es charlatana, siempre tiene algo que contar y ese silencio no presagia nada bueno.

—Suéltalo.

Me regala una media sonrisa y después carraspea.

—Hay algo que debes saber. —Hace una pausa y no es para darle emoción al momento, sino que busca las palabras. De repente entiendo que tiene que ser algo sobre él—. Elio está aquí.

—¿En la isla?

Asiente. Sonríe. Y yo quiero huir.

Sabía que iba a venir para la fiesta, entonces, ¿qué cambia? Pues parece que todo porque yo pensaba que aún tenía una semana y ahora que sé que estamos muy cerca y que respiramos el mismo aire, mi corazón se acelera. Toparme con él puede ser demasiado fácil, es una maldita cárcel rodeada de agua de menos de cien kilómetros de superficie.

—No ha venido para el cumpleaños de Romy —me aclara, con la taza de café frente a la boca—. Vive aquí.

Cuando reacciono me pongo en pie de un salto y me doy un golpe en los dedos con la mesa, lanzo un grito. Ella también se levanta y me abraza por detrás.

—¿Aquí... vivir? —exclamo con el corazón a punto de salirme por la boca—. ¿Desde cuándo?

—Meses... —murmura, y después de un largo silencio concreta más—. Algo más de un año.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque ni siquiera puedo decir su nombre sin que te dé un amago de infarto.

15 La vida en pretérito pluscuamperfecto

Tengo la sensación de haberme pasado la vida recordando. Primero con mi padre y después con él. Soy una experta en eludir recuerdos cuando son inoportunos, a abrazarlos cuando llegan justo en el momento adecuado, o llamarlos antes de acostarme para invitarlos a soñar conmigo.

—Elio —digo su nombre en voz alta para no olvidar el sabor que me produce la vibración de las letras en mi boca.

Elio está aquí.

Elio vive en la isla.

El resto del sábado me lo paso como un zombi. Siento la mirada de mi madre pendiente de cada uno de mis movimientos, pero no insiste en hablar. Sabe que tengo que digerirlo. Y entre pensar en ello y el ataque de nostalgia paso las horas. Me duermo rodeada de todos esos «y si», de los «ojalá» que he ido invocando y que se han acomodado en la cama. Imagino, como tantas otras veces he hecho, mi vida en pretérito pluscuamperfecto. Esa en la que una Morgane de veinticinco años fue valiente y no dejó que el miedo la venciera. Esa vida junto a Elio.

El domingo me despierto agotada, pero también con la firme intención de espabilarme. Cuando me levanto, mi madre no está en casa. El aire huele a mi infancia: a mar, lluvia y a mantequilla. Me ha dejado la cafetera preparada y un trozo de bizcocho ya cortado. Aprovecho para llamar a Marlene.

—Espero que tengas un buen motivo para despertarme a estas horas —me saluda entre bostezos.

—Espero que tengas un buen motivo para la maleta que me hiciste, ¿se puede saber en qué pensabas?

—En lo importante, el encuentro con tu ex. El resto es irrelevante, como si te pones el camisón de tu tatarabuela.

—Ya... y ¿el Satisfyer? El que sacó mi madre de la bolsa y que me dijo que me comprara el Mambo, que era mucho mejor.

—¡Oh, he oído hablar de él!

—Marlene... —la interrumpo, que la conozco y es capaz de enumerarme las ventajas e inconvenientes del dichoso aparato.

—Me dijiste que cogiera todo lo indispensable, y eso hice. ¿Qué tal va la mano? —Ella misma cambia de tema y se lo agradezco.

Le hablo de la vuelta a casa, de mi madre y de que Elio vive en la isla. Cuelgo cinco minutos después de ponernos al día y darnos una buena sesión de risas por nada en especial, pero que sientan de maravilla. Decido enviarle un regalo de agradecimiento a Bastian por cuidar de mí; a él le compro una botella de güisqui que se hace en la isla y a Jade un loro de peluche.

Estoy en la terraza tomando el sol, la brisa huele a algas como cuando hay marea baja, por encima del ruido de las olas oigo llegar a mi madre.

—¿Tú con una revista de cocina? ¿Quién eres y qué has hecho con mi niña? —Para darle énfasis a sus palabras se lleva la mano al pecho, el séptimo arte se ha perdido una gran artista.

—Buenos días, querida madre. Se llama ampliar horizontes.

—Para eso lo mejor es salir de casa. —Gruño como respuesta mientras me da un beso en la coronilla—. Con casi treinta años es hora de que aceptes que cocinar no entra dentro de tus habilidades.

—¿De dónde vienes? —pregunto desviando la conversación.

—He ido al mercado de Sauzon y he encontrado unas fresas estupendas. Venga, acompáñeme a la cocina, a ver si entre fogones despertamos la chef que llevas dentro.

Si a comerme las fresas que ella va cortando, si a probar la crema pastelera (la receta familiar que lleva un toque de lavanda) a cucharadas y luego limpiar con el dedo el cazo es cocinar, merezco como mínimo una estrella Michelin. Chouchen me mira desde lejos, se acerca dos pasos y luego vuelve a esconderse. Esa bola y yo somos demasiado parecidos, actúa como hago yo: no se acerca, pero tampoco huye.

16 Me faltan unas horas de maduración

Sobre las siete de la tarde, mi madre me dice que ha quedado con tía Louane y sus amigas para su «noche de margaritas y póquer». Me pregunta si quiero ir, que ellas estarán encantadas de que me una o que si prefiero que se quede. Niego tajante.

—Ve y disfruta, estaré bien.

Mi tía vive solo a cinco minutos a pie. Cuando se va, no tardo ni media hora en tomar una decisión. Busco las llaves del coche, las encuentro en la cocina colgadas al lado de la puerta y del calendario. Es un Twingo eléctrico lo que facilita la conducción cuando solo tienes una mano. Sí, sé que no debería ni planteármelo, pero no puedo coger la bici. Además, es una isla con carreteras pequeñas y a estas horas dudo de que haya mucho tráfico. La adrenalina me quema las venas y me nubla la mente, solo existe la decisión tomada.

El camino, de un cuarto de hora, lo hago con los cristales de las ventanas bajados igual que el del techo y dejo que la naturaleza me envuelva. He enchufado mi teléfono y ahora mismo suena [Sunset](#). Se guardan muchas de las cartas que Monet escribió mientras estuvo aquí y en las que describe la isla. A Berthe Morisot (pintora y una de las figuras también clave del impresionismo) le cuenta que está explorando la recortada costa batida por los vientos. Que es una región terrible y oscura, pero hermosa. En otra, habla de un país de un salvajismo precioso, un amontonamiento de rocas tremendo y un mar inverosímil de colores que lo tiene fascinado.

Estoy llegando al parking de la playa de Donnant cuando, al fondo, veo la furgoneta roja y blanca. La vieja Kombi de los años sesenta. No tengo dudas de que es la suya, hay cosas que las sabes por ese pellizco de certeza que notas en el corazón.

Me detengo en medio de la carretera. No puedo hacerlo. Es un momento de vértigo, en el que ocurre todo y nada a la vez. Las emociones salen a borbotones. El enfado y la culpa se enredan como una red de pescador en mi pecho. Al mismo tiempo, por la herida supura un punto de orgullo porque después de lo sucedido, Elio ha vuelto a surfear. En el fondo me alegra saber que sigue siendo el chico del que me enamoré.

Todo vuelve.

Lo irrepetible.

Lo bueno.

Lo malo.

Lo peor.

Aún no puedo enfrentarlo.

Necesito más tiempo.

Necesito unas horas más de maduración.

17 Frena vida, que no te vivo

Lunes, cinco de la mañana, aún no ha despuntado el alba, y yo ya estoy de pie, vestida. Bajo las escaleras evitando cierto escalón para que no cruja la madera y me delate. Mi madre llegó justo cuando me metí en la cama. Conociéndola, supongo que se fue intranquila y al final decidió volver antes de que le diera tiempo ni siquiera a ganar una mano. Hablando de manos... la mía me ha molestado toda la noche y el ibuprofeno que me tomé no me hizo ni cosquillas. No fue de conducir, es de los nervios, tengo el cuerpo entero contraído por la tensión. Cuando salgo al patio en busca del coche veo que se acerca una furgoneta por el camino. No me da tiempo a esconderme porque un parpadeo de faros me avisa de que me ha visto. «Mierda».

Maldito destino, ¿me quieres dejar tomar las decisiones a mí? Sobre todo, en lo referente al cuándo.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —grita Romy, bajándose de la furgoneta de un salto y me abraza. Mi infancia viene de la mano cuando huelo el aroma a fresa en su pelo, es como abrir un álbum de fotos con tus mejores recuerdos.

—Pensaba ir a verte hoy —murmuro, presa por la emoción. No es una mentira, tampoco una verdad... lo tenía en la lista de pendientes, sin agendar.

—¿Cuándo has llegado? —Su voz también falla.

—Ayer. —Miento de nuevo. Se separa y me coge de las manos.

Romy es alta, con ojos pequeñitos y almendrados y cara en forma de corazón. Además de simpática y extrovertida, es mi mejor amiga desde que con seis años, el primer día de clase, nos sentamos en el mismo pupitre.

—Dios, ¿qué te ha ocurrido? ¿Estás bien?

—Sí, yo... —digo con la voz ronca intentando recuperar el control. No me salen las palabras. No me puedo creer que después de tanto tiempo estemos aquí, charlando como si nos hubiéramos visto ayer—. Tuve un pequeño tropiezo... con alguien. —Se me escapa una suerte de risa floja por culpa de los nervios. No sé si es mi expresión o ese vínculo que nos unía, pero veo cuando entiende a quién me refiero.

—No me digas... —me interrumpe, sorprendida.

—Se lo debía.

—¡No me lo puedo creer! —aplaude escandalizada y ríe de forma suave, ese tipo de risa que da confianza.

—¡Prométeme guardarme el secreto! —la señalo.

—Tienes que contármelo todo. —Se aparta un mechón de pelo de un resoplido. Es como verla con diez años.

—No hay mucho que decir, salía de un restaurante y vi a Klein. Me acerqué y le di un puñetazo. No nos dijimos ni una palabra; él se fue en coche y yo pasé el resto de la noche en urgencias.

—Dios, te he echado de menos —suspira, envolviéndome de nuevo en sus brazos.

—Y yo. Siento haberme alejado... —Los latidos se van sosegando a medida que hablamos.

—Eh —me corta—, estás aquí. El resto no importa.

¿Lo dice en serio? Hace casi tres años que no nos vemos. Un poco menos desde la última vez que hablamos por teléfono. Ni un mísero mensaje para Navidad de esos que mandas en masa a

todos tus contactos. Nada.

—¿Así de fácil? —digo apoyándome en el capó de la furgoneta. Tiemblo y temo que mis piernas no me sostengan.

—El trabajo del amigo es ser borde y decir todo aquello que no queremos oír. —Arruga la nariz haciendo un mohín, en un gesto adorable—. Nunca hemos dejado de serlo. Solo nos distanciamos, pero ahora estás aquí.

—Mi madre insistió en que viniera y así poder cuidarme.

—Es lo normal. Te ha echado de menos. —Se pone a mi lado y cruza su brazo con el mío—. Todos lo hemos hecho. —Me mira de reojo y veo que el reencuentro también se le ha metido en el ojo. En mi mente viene una de las estrofas de [Venetian Blinds](#): «Lo que pensé que había desaparecido estaba escondido en mi bolsillo».

—Y yo a vosotros —admito apoyando la cabeza en su hombro.

—¿Sabes que está aquí? —pregunta en voz baja, como si no estuviera segura de sacar el tema.

El innombrable. El omnipresente que sin siquiera decir su nombre todos sabemos de quién hablamos.

—Sí, mi madre me lo dijo ayer.

—¿Vas a hablar con él?

—¿Debería? —pregunto indecisa, olvidando que justo hace cinco minutos ya tenía la decisión tomada.

—Sigue con las rutinas de siempre, por si quieres encontrarlo... por casualidad.

Asiento, no le confieso que eso ya lo sé porque ayer lo vi con mis propios ojos.

—Tengo que irme. ¿Te apetece que quedemos para tomar algo y ponernos al día?

La familia de Romy vive en Le Palais y tiene una empresa de transporte. Es una de las principales y se encarga de distribuir la mercadería que llega en barco, entre ellos los periódicos y un par de cajas que me entrega y que son para el hotel.

—Me encantará —admito.

—Llámame, tengo el mismo número.

—Gracias por ponérmelo tan fácil —murmuro cuando nos despedimos.

—Venga, no le des más vueltas.

—Vale. —En realidad mi mente es un hámster en una ruleta.

—Además, Elio ya te lo pondrá complicado —ríe la cabrona, cerrando la puerta.

Como respuesta, lanzo un suspiro que queda eclipsado por el ruido que hace el motor alejándose. Siento que mi vida ha emprendido un viaje. Sin darme cuenta ha acelerado, cogiendo una velocidad que me mareo y tengo ganas de gritarle que frene, que sino no me da tiempo a vivirla.

18 La tirita

Cuando miro a mi alrededor me percató de que la noche se va aclarando por el horizonte. La duda de si seguir con la idea con la que me he levantado dura un parpadeo. Puede que dos.

Después de tantos años al lado de Elio, aprendí a interpretar los mapas, a leer los partes marítimos sobre la altura de las olas, la fuerza del viento y dirección. Hace tanto tiempo que no lo pongo en práctica que ya lo he olvidado. Por suerte, ahora hay unas *apps* y webs estupendas para consultar y saber cuándo él estará allí. Le gusta, o le gustaba, surfear al anochecer, pero su momento favorito es en las primeras horas de la mañana. Cuando todo está en calma y casi nunca hay nadie.

Tengo que hacer esto como quien quita una tirita. De golpe, sin pensar y sin miedo. Cojo el coche y recorro el mismo trayecto que hice ayer. De nuevo la Kombi al final de camino. No me sorprende ver que además hay un par de autocaravanas. Aparco justo al lado de la última, para así mantenerme oculta. Cuando detengo el coche, siento que el corazón quiere salirse del pecho y esconderse en la oscuridad del universo. A veces, lo doloroso no es quitar la tirita, sino la tirita en sí.

No sé el rato que me quedo allí sentada, con la cabeza apoyada en el volante, reuniendo el valor para salir mientras escucho *Comment allez-vous?* Cuando lo hago me pongo la sudadera y camino por el aparcamiento, esperando. No me atrevo a ir hasta el acantilado y ver la playa. No puedo revivir todo aquello otra vez.

Oigo unas risas acercándose. Intento respirar como me enseñó mi psicólogo, pero no lo consigo. Lo hago a atracones que solo aumentan la sensación de ahogo.

—Elio, ha sido... *amazing* —dice una voz masculina con un marcado acento inglés.

—Avisadme cuando volváis el mes que viene.

Salgo de mi escondite y nos encontramos cara a cara. Nos miramos por primera vez después de más de tres años. Me falta el aire. Quiero correr. Quiero chillar. Quiero... tantas cosas que no hago nada. ¿Cómo empiezo? ¿Qué le digo?

—Hola, *chérie* —lo saludo, sé que detesta este tipo de apodos.

—¡Qué sorpresa! —Deja la tabla apoyada en la furgoneta para después cogerme de la cintura y darme un beso en los labios.

—Te he traído el desayuno, he pensado que tendrías hambre.

—Con ese vestido ahora mismo te comería a ti. —Me pellizca el culo al tiempo que me deja un beso húmedo en el cuello.

Hay algo que no encaja... Llevo unos vaqueros y sudadera... y esa conversación pasó hace tanto tiempo que parece que fue en otra vida. Puede que porque sea sí. Otra vida. Otra Morgane. Otro Elio.

—Mierda —exclama el Elio del presente, trayéndome de vuelta del viaje cósmico que estaba viviendo.

Suelta un profundo suspiro, en el que caben tres años de silencio. Sus ojos azules revolotean ansiosos como si no supiera lidiar con tenerme delante de él. Su rostro se torna en un gesto incómodo rozando el desagrado. Después de haberme pasado seis años estudiándolo, puedo leer cada expresión.

—Hola, para ti también —consigo decir sin que me tiemble la voz; es suficiente con que lo

hagan mis piernas.

Siento un dolor agudo que me inmoviliza, son las posibilidades perdidas. Un minuto de silencio por aquel futuro que imaginamos y nunca se hará realidad. ¿Dónde irán todos esos sueños? Puede que en esta galaxia exista un cielo lleno de estrellas que un día fueron sueños sin realizar.

—No me jodas.

No, por desgracia, eso dejé de hacerlo hace tiempo.

—¿Podemos hablar?

No sé si es que mis recuerdos empiezan a desteñirse, como esas viejas fotografías que de tanto verlas y manosearlas han perdido color y el papel se agrieta por los bordes, pero lo encuentro muy guapo. Creo que acabo de (re)enamorarme de él a (re)primera vista. Su piel sigue bronceada. Sus facciones se han endurecido, igual que su cuerpo. No está tan musculoso como cuando fue surfista profesional, pero se le nota en forma. El pelo... joder el pelo. El Elio del pasado lo solía llevar siempre muy corto porque decía que era lo más práctico y que odiaba que se le hicieran pegotes por el mar. Ahora, lo tiene largo, escalado hasta las orejas. También lleva barba, una que esconde el hoyuelo de la barbilla. Todo él emana más fuerza, algo más puro y asilvestrado.

«Joder, Elio... qué bien te sienta vivir en la isla».

—No estoy preparado para esto —admite en voz baja.

Son las mismas palabras que le dije yo a mi madre y eso me hace reír de pura histeria. Me lanza una mirada llena de rencor que me rompe en mil pedazos. Antes, eran de adoración.

—¿Tienes que prepararte para mí? —No pretendo provocarlo, pero no sé cómo hablar con él.

—Si hay alguien para quien tengo que prepararme, eres tú. —Abre la puerta lateral de la furgoneta y coge una toalla para secarse un poco el pelo y la cara—. No quiero verte. Ni escucharte.

Ah... es frustrante cuando lo que antes te gustaba de una persona, como su testarudez, ahora te saca de quicio.

—¿Podemos dejar de comportarnos como chiquillos y hacerlo como adultos?

—Dice la que me dejó tirado en un hospital.

Me planteoirme. Si empezamos con los reproches no llegaremos a nada. Chuto la arena buscando ahí la fórmula de hacer esto, pero solo levanto una humareda de polvo. Puede que sea una metáfora que me manda la vida. Lo nuestro, lo que fue, ya no existe. Lo destruimos y solo queda polvo que se pega en los zapatos como lo hacen los viejos recuerdos.

—Te odio —ruge con los dientes apretados sin siquiera mirarme.

—Podría ser peor. —Soy incapaz de estarme quieta, ando en círculos para quitarme esa sensación de frío. ¿Qué se hace cuando es el corazón el que se ha helado?

—¿Peor que odiarte?

Empieza a bajarse la cremallera del neopreno. Está tan cabreado que no creo que ni se dé cuenta de que se está desnudando delante de mí. Es como un gesto mecánico y natural, pero del nosotros de hace años, no del ahora que somos nada. Bueno, nada tampoco porque me pica todo. Tengo ganas de abrazarlo y sentir su piel fría contra la mía. La culpa la tiene esa gota. Esa gota que estoy segura de que tú también has visto. La maldita gota que le resbala por el cuello, siguiendo la carótida. Y la sigue otra, y otra más. Continúan descendiendo como quiero hacer yo con la lengua, comérmelas de una en una y dejar un beso por cada una que muere en mi boca. Me alegro de tener las manos en el bolsillo delantero de la sudadera, tenerlas sueltas sería demasiado tentador.

«Joder, qué picor».

—Podrías no conocerme. Eso sí es peor.

Me duele leer en sus ojos que olvidarme o no haberme conocido se le pasan por la cabeza como algo seductor. «No, no puedes ni siquiera plantearte la posibilidad de que nuestra vida hubiera sido mejor si no nos hubiéramos conocido. ¡Es imposible que te atrevas ni siquiera a pensarlo!».

¿Y quién seríamos entonces?

Somos una colección de huellas. Las que dejamos y nos dejan. Yo no quiero renunciar a nuestro pasado juntos. Ni de los mejores momentos ni de los peores. Somos el cúmulo de nuestras experiencias. Sí, quiero una nueva versión de mí. Una más valiente. Una que contempla las posibilidades que tiene delante e intenta abrirse al futuro, pero me niego a renegar de quien fui. Una capa no quita otra. Se solapan, se integran. Nos hacen. Creo que por fin lo entiendo.

Al volver a la realidad, ya se ha quitado el neopreno y me da la espalda. Entonces veo las cicatrices. Mis viejas heridas se abren del todo y sangran. Me tiembla la barbilla, todo el cuerpo, me muerdo la lengua para que el llanto se quede dentro, no me importa que me ahogue. Nunca he sentido la vital necesidad de abrazarlo, ni siquiera cuando ocurrió, nunca con la intensidad de ahora. Tengo ganas de salir corriendo y huir hasta que deje de doler.

Ni siquiera se viste, se ata la toalla a la cintura y guarda la tabla y el neopreno. Cierra la puerta con tal brío que doy un pequeño rebote. Camina hacia el lado del conductor, dispuesto a irse.

—Elio. —Se detiene y tarda un instante en darse la vuelta. No creo ni que me mire, lo hace detrás de mí, como si viera esos recuerdos que me persiguen a todas partes—. Me alegro de que vuelvas a surfear.

Sopla una brisa matutina, pero eso no impide que lo oiga por muy bajito que lo diga:

—Hay cosas a las que no puedes dejar de querer, por mucho daño que te hagan.

19 Fata Morgana (Elio)

Fata Morgana es una ilusión óptica que se produce por una inversión de temperatura (entre el aire caliente y el frío de la superficie terrestre) que hace de lente refractante, produciendo una imagen flotante. Son espejismos que se ven al horizonte, normalmente son con forma de castillos, barcos o ciudades enteras. Una de las más conocidas se produce en la costa meridional de Sicilia. El nombre hace referencia a la hermana del rey Arturo, el hada cambiante de las leyendas Artúricas. Eso es lo que he pensado justo cuando me he despedido de Byron y me he dado la vuelta y he visto a Morgane, que era un espejismo. Confieso que no sería la primera vez que veo su rostro en cualquier persona que me cruzo. Hasta se me ha pasado por la cabeza que fuera un efecto del entrenamiento de apnea y la falta de oxígeno.

Pero no ha sido una alucinación.

Es Morgane. Está en la isla.

Sabía que cabía la posibilidad de volver a verla desde que Dylan me habló de la fiesta y de que pensaba invitarla, pero nunca esperé encontrarla en el acantilado. En nuestra playa, al lado de la Kombi como tantas veces estuvo allí. Ni tampoco ver que no ha cambiado. Me siento más viejo, más huraño, y ella sigue siendo la chica que grita con la mirada.

¿Tiene sentido si digo que la echo de menos, pero que no quiero volver a verla?

¿Tiene sentido odiarla por el simple hecho de darme cuenta de que aún la quiero?

20 El silencio crea mentes ruidosas

Lo veo marcharse sin dudar ni un solo segundo. Lo envidio por ser capaz de moverse, de tomar una decisión y llevarla a cabo. No sé el rato que paso allí, de pie, en medio del aparcamiento. Aturdida.

Cuando reacciono, camino hacia el Twingo y abro la puerta. Antes de entrar me da una arcada y tengo el tiempo justo para darme la vuelta y vomitar. No he comido nada desde ayer por la noche, el estómago se contrae y solo sale un líquido amarillento, ácido y asqueroso. Como si mi cuerpo quisiera librarse de la pena y de este vacío cuanto antes y de cualquier forma. Me apoyo en el coche y alzo la cabeza buscando que la brisa me despeje lo suficiente para poder volver a casa.

Mi madre está sentada en la escalera, esperándome. Al verme llegar, se pone en pie y se acerca con gesto amenazador.

—¿Estás loca?! —grita mientras me abre la puerta y bajo del coche—. ¿Es que has perdido la cabeza?

Es curioso que nos preocupemos por perder la cabeza, pero infravaloremos cuando es el corazón.

—Mamá.

—¿Es que no piensas con claridad? —Quiero responder que cómo voy a hacerlo, que pensar ya requiere un esfuerzo y hacerlo con claridad es utópico—. ¡No puedes conducir así!

—Lo sé, pero...

—No —me interrumpe—. Lo que pasó no puede ser una excusa para comportarte como si no tuvieras cerebro. Sé que duele, sé que necesitas verlo. Sé que tenéis que hablar, pero como vuelvas a hacer una estupidez semejante te juro que te zurraré. No lo hice cuando eras una cría, pero ahora no me lo pensaré.

—No necesito más castigos, me llegan.

Hago una lista mental:

*Elio, con su menosprecio.

*La mano, con el «chup-chup» quejándose para que le haga caso.

*Yo misma... lamentándome por haber dejado que pasara tanto tiempo y que se haya podrido hasta ser irremediable.

Me lanzo a sus brazos y rompo a llorar. Ninguna frase hecha contiene tanta verdad. Te rompes, no hay otra forma de describir este dolor que te parte en mil pedazos y, que cuando te recompones, falta un cachito que se ha perdido para siempre.

—¿Habéis podido hablar?

—No, no quiere saber nada de mí —murmuro, sin voz.

—Dale tiempo —dice acariciándome lánguidamente la espalda.

—¿Más?

—Come algo y tómate un calmante —propone, cambiando de tema—. Esa mano necesita reposo.

Dos horas más tarde, cuando el dolor de la mano empieza a remitir, me llama Dylan.

—¡Bienvenida a la isla! Romy me ha dicho que estás aquí. No sabes lo contenta que está. — Su voz, algo tosca, suena cantarina y me hace sonreír.

—Nos hemos encontrado por casualidad. Yo también me he alegrado de verla. —Lo estoy, pero ha quedado eclipsada por Elio. Es el don que tiene este hombre sobre mí.

—Me has chafado una de las sorpresas, pero da igual, gracias por venir.

—Sobre la fiesta... no estoy segura de que sea buena idea. He visto a tu hermano y no ha ido bien.

—¿Lo has visto? —repite alzando la voz.

Me sorprende que no se lo haya contado, pero conociendo a Elio habrá vuelto al mar buscando sosiego mientras asume el encuentro.

—Fui a la playa...

—¿Y? —insiste cuando ve que no continúo.

—Y nada.

—Es Elio, nadie lo conoce mejor que tú. Queda una semana para la fiesta, aún hay tiempo. Tengo que volver al trabajo. Me alegro de tenerte por aquí, ya vamos hablando.

Me despido con un «claro», cuando la verdad es que lo veo todo negro.

El resto del día me lo paso encerrada en mi habitación, tumbada en la cama, con el brazo sobre un cojín para mantenerlo en alto. Contemplo el techo y las fotos que lo decoran mientras escucho en bucle [*Nuits d'été*](#). En este cuarto, donde soñé con él antes incluso de conocerle. Soñaba con experimentar ese tipo de AMOR. Yo no buscaba a nadie perfecto, solo que fuera perfecto para mí. Y ese alguien se llama Elio y me lo trajo la marea el verano del 2012.

***21 Amores que trae la marea y se van con el bronceado**

Verano de 2012

Conocía los amores de verano. De un fin de semana o de un mes. Su corta duración los hacía intensos en todos los sentidos. Un puñado de amor condensado que era pura vida en sí mismo. Eran bonitos, apasionados y más cuando tienes diecinueve años y sientes que eres libre para explorar sin límites. Lo importante era tomarlos como un helado: rápido y sin dejar que se derramara ni te manchara. Implicarse solo lo justo. Los traía la marea con el buen tiempo y se iban con el bronceado.

Si con Elio me mostré reticente fue porque desde el principio presentí que sería distinto. Supongo que porque él lo era. Se movía como si no le importara nada más que el mar. Su chica favorita la llevaba debajo del brazo, una vieja tabla de surf de un amarillo erosionado por el sol y el mar.

Eran pasadas las diez de la noche de un domingo de principios de julio. En cuanto terminé con mis obligaciones en el hotel, cogí la bici para ir hasta la playa y pasar un rato con mis amigos. Era el cumpleaños de Maël, el hijo de Gauvain. El grupo de isleños éramos seis, pero en verano solía ser habitual que cada uno trajera gente. Turistas o trabajadores temporales. Nunca sabías cuantos seríamos al final de la velada. Solo había una norma: traer algo de bebida y comida. Dejé las botellas de refrescos y una bolsa de galletas saladas y busqué a Romy con la mirada. La vi hablar con un chico que no conocía. No dejaba de tocarse el dobladillo de la falda mientras se reía, coqueta. Solté una carcajada porque su promesa no había durado ni veinticuatro horas. «Te juro que no pienso liarme con nadie más en lo que queda de verano. No te fíes de nadie que lleve un sombrero de cowboy fuera de Texas».

Antes de sentarme frente al fuego, me serví una copa.

—Hola, soy Elio. —Ladeé la cabeza hacia esa voz que provenía de mi derecha y que estaba abriendo una lata de cerveza.

Chanclas, bermudas y una sudadera. Sus facciones eran alargadas y tenía los ojos claros, aunque la oscuridad no me permitió descubrir su color.

—Morgane, pero me llaman Eme.

—¿Cómo la de James Bond?

—¿Me ves chica Bond? —Soltó una carcajada de esas que te producen un sutil cosquilleo bajo las costillas.

—Tú no has visto las *pelis*, ¿verdad? Eme es la jefa —terminó la frase en un susurro, inclinándose un poquito hacia mí.

No, pero sabía de qué personaje me hablaba.

—¿Entonces me ves vieja e inteligente?

—Yo solo... te veo.

Era de noche, la única luz que nos envolvía era la de la luna casi llena y la de la hoguera. Fue la primera vez que experimenté esa certeza, la de que Elio me veía. Me hizo sentir especial. Y eso siempre atrae, por mucho miedo que nos dé.

Lo intenté. Intenté evitarlo. Intenté no mirarlo. Aquel primer día solo caí un par de docenas de veces y todas de forma «fortuita». Digamos que solo era fruto de la curiosidad. A esa edad vivir en una isla significaba estar aislados del mundo. Con la llegada del buen tiempo éramos como caracoles después de la lluvia. Con una necesidad loca de socializar con gente nueva.

El segundo día lo evité mejor, solo porque tiré de imágenes de la noche anterior.

El tercero se acercó a saludarme y el resto fueron solo miradas huidizas.

El cuarto, me saludó e intercambiamos algunas frases que ni recuerdo. Elio estaba, pero dándome ese margen tan vital para mí. Como si supiera que solo era cuestión de tiempo. Como un perro abandonado al que te acercas cada día un poco más y al final una mañana acaba oliendo tu mano. Yo no le olí la mano. Ni el cuello, por mucho que me tentara la idea de comprobar si ese olor a mar provenía del aire o lo llevaba impregnado en la piel.

Así fue hasta el quinto día. Era jueves por la tarde y estábamos en la playa. Algunas nubes cubrían parte del cielo, pero la brisa era cálida.

«Sí, todo empezó por el corazón, o lo que entonces yo tomaba por el corazón, y que todavía no era más que la piel» estaba tan concentrada en la lectura que no lo oí llegar.

—¿Qué lees?

—*Los naufragios del corazón* —dije y le mostré la portada—, de Benoîte Groult, se lo cogí prestado el otro día a mi tía.

Era una conocida escritora bretona y el libro iba sobre unos amantes que se conocen en la juventud. Ella es una parisina y él un pescador bretón. No tienen nada en común, pero su historia de amor, con encuentros esporádicos por todo el mundo, dura toda la vida. Ahora puedo decir que es uno de mis libros favoritos. Me recuerda a nosotros y a aquel primer verano.

—Y qué, ¿es interesante?

—Acabo de empezarlo, pero solo con el prólogo ya me ha ganado.

La pandilla estaba en el agua, haciendo carreras y peleas por parejas.

—¿No te animas? —dijo sentándose a mi lado, sobre la toalla de Romy.

—No. ¿Y tú? —Era la primera vez que lo veía sin las gafas y por fin pude saber de qué color eran sus ojos. En su iris estaban todos los tonos con los que Monet pintó este mar, desde celestes en la parte central, hasta el ultramar en los bordes. Cada vez que me perdía en ellos descubría un tono distinto. Eran como el océano, cambiantes e hipnotizantes.

—No me van ese tipo de juegos —admitió dejándose ir hacia atrás para apoyarse sobre un codo.

Me había dado cuenta de que era un solitario. Se relacionaba con la gente y era simpático con todos, pero mantenía las distancias. Era de los últimos en llegar y el primero en irse.

—Elio, ¡ven! —lo invitó una de las suecas que habían llegado el lunes. La marea no solo traía a chicos guapos, también dejaba en la orilla sirenas rubias y tetonas que buscaban llevarse el «corazón» contento para la vuelta a los fríos inviernos bálticos.

—Ni loco —gritó y se tumbó como si así no lo vieran. Solté una carcajada.

—Deberías ir, te pone ojitos... —dije mirando por encima del hombro hacia el agua un instante—. Todas van detrás de ti como moscas.

Chasqueó la lengua y bufó con fastidio.

—¿Y qué tiene de interesante una mosca? —El suspiro lo escondí en una risita amortiguada por el libro.

Mi madre, la noche anterior cuando Romy se había quedado a dormir en casa, había vuelto a sacar el tema del picor y del amor. Elio me provocaba algo más que mariposas en el estómago, era más parecido al dolor por atracón de helado (y no por ello una llega a aborrecerlo).

Qué peligro tiene la gente con la que puedes estar en silencio y sentirte bien. Sin la incomodidad de buscar cómo llenarlo con palabras y temas superficiales. Yo volví la vista al libro y me puse a leer, o a disimular que lo hacía. Creo que pasé seis veces por la misma frase. De tanto en tanto sentía sus ojos en mí; una caricia tan cálida como cuando salía el sol entre las nubes.

—¿Por qué me miras así?

—Es que no llego a definir de qué color tienes los ojos. A días me parecen grises, a ratos azules, ahora son más verdosos —murmuró ladeando la cabeza hacia mí. Estaba tan cerca que sentí su aliento chocando con la piel de mi brazo.

—Son *glaz*, una mezcla de todos los que has dicho. Es una palabra bretona que hace referencia al color del cielo reflejado en el mar y que cambia de tonalidad a cada momento.

—¿Por qué lo odias?

Me preguntaba por el mar. Ese día me quedó claro que Elio sí me veía como me había dicho, o advertido, justo en el momento de conocernos. Cerré el libro tomándome un instante. No era un secreto, pero tampoco un tema del que me gustara hablar. Mis amigos respetaban mi fobia.

—Porque me robó lo que más me importaba —respondí, removiendo la arena con la mano como si las palabras estuvieran allí enterradas—. Y tú, ¿por qué lo quieres?

—Hay muy pocas cosas que me gusten más que surfear y divertirme con las olas. Me encanta observarlas, buscar su patrón. —Y sentí esa misma mirada curiosa sobre mí. Elio me estudiaba como hacía con el mar.

Me apartó un mechón de pelo que jugueteaba con la brisa. Fue un sutil roce de dedos sobre mi mejilla, pero permaneció ahí el resto de la tarde. Por la noche, cuando me acosté, aún podía sentirlo.

—A mí me relaja la pintura —dije con la vista perdida en el camino que daba acceso a la cala.

Estaba tumbada boca abajo y él de espaldas, hablábamos en susurros a pesar de la corta distancia. Fue la primera vez que sentí el impulso de besarlo. Era algo más que amor a primera vista... era una suerte de reconocimiento. Puede que nosotros aún no lo supiéramos, pero ya estaba escrito en las estrellas.

—¿Pintar? —preguntó.

—No exactamente. —Y para cambiar de tema solo se me ocurrió lanzarme—. ¿Qué haces mañana? Si te apetece, podemos quedar por la tarde. Pásame a buscar por el hostel y te lo mostraré.

—¿La chica que odia al mar le pide una cita al chico que lo ama?

—La vida está para arriesgarse.

Nos contemplamos en silencio y yo sentí que todo desaparecía: los gritos y las risas de nuestros amigos, el murmullo de las olas... El aire se llenó de ese chisporroteo que hace la fricción de dos polos opuestos al acercarlos.

—Me encantará.

Hay amores que los trae la marea, se van con el bronceado y lo único que permanece son los recuerdos. Otros, en cambio, son capaces de resistir hasta el invierno más gélido.

***22 El mar y yo (Elio)**

Verano de 2012

Somos cinco hermanos y nuestros padres nos han inculcado el amor por la naturaleza desde que nacimos. Nos montábamos en la autocaravana y no había fin de semana que nos quedáramos en casa. Mar, siempre mar. Surfear, bucear o simplemente pasear por la orilla en busca de conchas.

Dylan, mi hermano, es catorce meses mayor que yo y mi mejor amigo. Aquel verano por fin habíamos arreglado la Kombi y soñábamos con pasar los dos meses fuera de casa. Lo único que teníamos que hacer era conseguir un trabajo que nos lo permitiera. Dylan encontró una oferta en una escuela de surf, en Belle-Île-en-Mer. Al principio la idea de ir a una isla no nos entusiasmaba mucho, pero cuando a mí me salió algo para trabajar en un barco pesquero como grumete nos tiramos de cabeza sin dudar. Siempre he sentido curiosidad por los números, por los patrones. De aquellos viajes aprendí que cada mar es distinto y tiene sus propias normas. Por eso me gustaba relacionarme con los marineros, para escuchar y empaparme de su sabiduría.

Llegamos justo a finales de junio. Trabajar con Gauvain en su barco pesquero fue mucho más duro de lo que imaginé. No solo por el hecho de hacerlo de noche, requería un esfuerzo físico y mucha concentración. Con la primera salida descubrí que las corrientes que rodean la isla son un auténtico infierno. El patrón me ganó con su charlatanería, siempre tenía alguna historia interesante que contarme. Conocí los secretos del mar que rodea el golfo del Morbihan mientras escuchaba canciones de marineros que derramaban tristeza por la borda y que hablaban de mareas crueles, amores frustrados, de niños esperando en la orilla. Otras eran más explícitas, como aquella que hablaba de beber güisqui entre los pechos de Mariette, la del puerto.

En el barco conocí a Maël, su hijo. Fue él quien aquel domingo ocho de julio, aprovechando que era la única noche de la semana que no se faenaba, nos invitó a juntarnos con su pandilla en la playa y celebrar su cumpleaños.

Al principio ni me fije en Morgane. Era Dylan el que siempre estaba a la caza de una nueva conquista. Yo, en cambio, no buscaba nada, solo disfrutar de nuestro primer verano de libertad. Me presenté como de costumbre, sin saber que acababa de conocer a la mujer de mi vida. Como suele ocurrir con los momentos trascendentales, no fui consciente de ello hasta mucho más tarde.

Morgane pronto despertó mi curiosidad. Aquella chica de pelo castaño y ojos *glaz* era un enigma. Uno que poco a poco se iba colando más a menudo en mi cabeza. Uno que quería descubrir. Recuerdo una vez que un viejo farero australiano me dijo: «quien estudia el universo para resolver sus misterios es porque nunca ha conocido a una mujer».

Morgane, la chica que se reía muy fuerte solo para esconder sus miedos.

Morgane, la chica que siempre se sentaba de espaldas al mar. La que nunca se acercaba al agua.

Morgane, la chica que gritaba con los ojos. Fue la primera vez que comprendí la frase: hablar con la mirada.

Había un ansia en ella que la hacía brillar por encima de cualquiera.

El viernes la pasé a buscar después de la siesta. No estaba acostumbrado a trabajar toda la noche y necesitaba tumbarme un rato después de comer. La encontré sentada en la escalera del porche,

leyendo. Se había recogido el pelo en un moño flojo, llevaba una camiseta de promoción de la isla (de esas que esperas que compren solo los turistas), unos vaqueros cortados y zapatillas. Me gustó que no sintiera la necesidad de arreglarse, que quisiera mostrarse natural. Sin artificios.

—Aparca ahí. Es cerca y podemos ir a pie.

Hice lo que me pedía. Después, cruzamos la carretera y llegamos al famoso sendero circular que recorre la isla. Estábamos en la parte alta del acantilado. A la izquierda, el mar se metía hacia la tierra en una pequeña cala. Cuando Gauvain y los otros marineros me decían que Belle-Île era única, pensaba que solo hablaba alguien que ama su tierra. Decían de ella que era un lugar mágico y que no parece de este mundo. Con los días me di cuenta de que empezaba a comprender a qué se referían. Aquí la luz y los colores son lo más puro e intensos que he visto en mi vida, hay momentos que me parecen casi surrealistas.

—Es Port Goulphar. Esta zona se llama Costa Salvaje y es la más agreste de la isla.

Una variedad de azules del mar se mezclaba con los del cielo, con el amarillo, el fucsia y verde de la vegetación, y como contraste la piedra oscura de las rocas partidas que formaban pequeños islotes.

—Qué privilegio nacer en un lugar como este con mil rincones que explorar —lo dije sin ser consciente de lo que significaba vivir en una isla. Esa parte remota y aislada que en la juventud supone un problema y que, con los años, acudes a ella por ese mismo motivo—. ¿Tienes idea de la suerte que tienes de vivir en un sitio así? Yo si miro por la ventana de mi habitación veo el muro del edificio de al lado.

—Yo hace tiempo que no me acerco a la mía —respondió antes de emprender el camino.

Iba señalando todo lo que veía: un cormorán, un lagarto verde —una especie protegida en Europa—... Hasta me hizo oler la retama e identificar su fragancia.

—No sé, soy malo para estas cosas —admití.

—Es una peculiaridad que solo se da aquí, huele a coco.

Reí y volví a meter la nariz. Cerré los ojos y reconocí el olor. Me recordó a la crema protectora con la que mamá nos embadurnaba antes de salir de la autocaravana. Odiaba pasarme el día con aquel pringue en la cara, pero era la única manera de que nos dejara ir al agua. Seguimos andando unos cinco minutos más por aquel camino que reseguía el acantilado. Saludamos a una decena de senderistas antes de llegar a nuestro destino.

—Estas son Las agujas de Port Coton. Monet las hizo famosas al pintarlas y desde entonces se ha convertido en uno de los principales reclamos de la isla. Sobre todo para artistas que llegan aquí buscando el mismo encuadre para plasmarlo en sus lienzos.

A nuestro alrededor había dos personas frente a un caballete y una chica estaba sentada sobre una piedra dibujando en un cuaderno. Me contó que el pintor llegó en septiembre del 1886 con la intención de pasar unos días, pero se enamoró del entorno y al final se quedó casi dos meses.

—¡Pintó un total de treinta y nueve cuadros en diez semanas!

Le confesé que conocía al pintor y había oído hablar del impresionismo, pero poco más. Ella me dijo que llevaba años leyendo sobre arte. Que era lo único que conseguía evadirla de la realidad.

—Imagina a un Monet cansado de pintar el Canal de la Mancha y que llega aquí en busca de algo diferente. Que esta costa salvaje lo seduce, pero que cada vez que se pone a pintar, de repente llegan las nubes o empieza llover y ya se fastidió todo. Por lo que se ve obligado innovar y crea «las series» porque la luz cambia y ya no le da tiempo a plasmar lo que quiere. Se obsesiona por el instante, la fugacidad de la luz. Quiere representar el sentimiento, lo que ocurre entre el motivo y el ojo. El impresionismo es plasmar el mismo lugar a diferentes horas del día y

con diferentes climatologías. Se considera a Monet el padre de este movimiento, al que se le da el nombre por su cuadro: Impresión del sol naciente. Belle-Île le impuso este nuevo método, que luego adoptaría para pintar, por ejemplo, el Parlamento británico. ¿Te suena el pintor japonés Hokusai? —Negué y continuó—. Su obra más conocida se llama La ola o La gran Ola de Kanagawa, de 1833. Veinte años después, cuando los puertos japoneses se abrieron a Europa, el arte oriental cruzó las fronteras. Hokusai fue admirado por muchos de los pintores de aquí, sobre todo por Monet, quien se inspiró para pintar algunos cuadros y su influencia lo llevó al impresionismo. Dijo que, al ver estas rocas, inmediatamente pensó en los grabados japoneses, tan de moda en aquel momento. Sigue la misma técnica, dejando un espacio muy pequeño para el cielo. Juega con las perspectivas, con colores cálidos en primer plano y fríos en el fondo. Trabaja las texturas de las rocas con pequeños toques de pincel y hasta utiliza las vetas del lienzo para crear un efecto de relieve. Si te fijas en el cuadro puedes apreciar que hasta pintó los líquenes rosa palo que se dan casi en exclusiva en esta roca.

Y cuanto más hablaba y exponía su pasión por el arte, mi interés por ella se multiplicaba. Se hacía grande, se me escapaba por los dedos sin que fuera capaz de detenerlo. A decir verdad, nunca contemplé esa opción. Las personas son como el mar, solo descubres sus tesoros si llegas hasta el fondo. Y Morgane se presentó como un desafío, como una marea que me invitaba a adentrarme y conocer todos sus secretos.

—Esto es lo que me relaja, ver a los artistas trabajar sobre sus obras. Me paso horas aquí. Me gusta ver como convierten mi fobia, en arte. Un mar de pinceladas de colores y que no da miedo, todo lo contrario.

—¿Monet es tu favorito?

—No, es Maurice Quimperlé. Un pintor bretón de la misma época y que nació en Trinité-sur-Mer, como mi padre. El cielo es el protagonista de toda su obra. Nadie lo pinta como él. Sus trabajos tienen algo especial. Te provocan, te despiertan. Sus trazos parecen caricias. Utiliza los colores pastel típicos del impresionismo, pero los yuxtapone con el negro para dar énfasis con las sombras, color nulo en este movimiento. Hay algo distinto en él... más sensual. Ya sé que no tiene mucho sentido lo que digo, pero el arte no es solo ver, es qué sientes al mirarlo.

—En una obra no ves nada que no lleves dentro —recité esa frase que mi mente rescató sin saber de dónde la había visto u oído, ni porque la memoricé.

—Exacto.

No sé el rato que pasamos allí, no era consciente de nada que no fuera ella.

A la vuelta nos detuvimos junto a una caseta pintada de blanco. Era pequeña, tenía un tamaño parecido al de una barraca de jardín donde guardar las herramientas.

—Es La sirena de niebla. El faro está allí arriba —dijo señalándolo—, cuando hay niebla su luz no llega al mar, por eso construyeron este que con su silbido estridente avisaba a los marineros de la costa. Hace años que ya no se usa.

Cualquier persona se hubiera sentado mirando al mar, pero era Morgane así que hizo lo contrario, contra la pared que daba hacia el interior de la isla. Justo al lado de la placa conmemorativa por los ciento veinte años de su construcción, la fecha era de marzo, justo tres meses antes. Me cogió de la mano, como buscando entre mis dedos las palabras para hablarme de él. De su padre.

—Era marinero como Gauvain, de hecho eran muy buenos amigos. Estaban volviendo a casa de pescar en el Mar de Iroise, cuando los pilló un temporal. Solo sobrevivió la mitad de la tripulación. Esa bestia de agua que tú tanto amas se lo tragó sin pensar en nosotras.

Me habló de la pérdida. De cómo había sido vivir en la isla. De cómo odiaba que la gente la

tratara diferente, como hacían con las viudas. Los siseos de los vecinos al pasar por su lado y al darles la espalda. Ella quería ser otra chica más y solo lo había conseguido ese año al ir a estudiar Historia del Arte en Vannes. Lo suficiente lejos para ella, lo bastante cerca para su madre.

Poco a poco se fue acurrucando hasta que le pasó el brazo por la espalda. Me sentí afortunado de que me lo contara. De que fuera mi pecho a quien acudiera en busca de consuelo. Quise rodearla fuerte, protegerla. Extraer a mordiscos, con las uñas o a puñados aquel dolor tan profundo. Yo nunca había experimentado nada semejante, ni siquiera había vivido una muerte cercana. Me di cuenta de los diferentes que habían sido nuestras infancias. Mi casa, de la que siempre me quejaba por ruidosa, se convirtió entonces en un regalo del que no había sido consciente en veinte años.

Le dejé un beso en el pelo. Otro en la mejilla. Y me quedé allí, respirando su aliento. Sus hipidos se acompasaron con mis latidos. Sabía que podía notar lo veloz que me iba el corazón, pero no me importaba. Se separó lo justo, sus ojos acuosos se encontraron con los míos, le sequé una de las lágrimas y ella la sopló.

—Mi madre lo hace para que así se vaya el dolor.

Acuné su cara entre mis manos, pero en el último momento me entró la duda de si ella lo deseaba tanto como yo. Me estaba hablando de su padre y yo solo podía pensar en besarla.

—Quiero darte un beso de esos que hacen que todo se olvide. ¿Puedo?

Me incliné un poco más, la primera caricia fue su aliento. Después sus labios abiertos, esperándome.

—No solo puedes, es que debes —murmuró.

—Me encantan este tipo de obligaciones —reí antes de unir mi boca con la suya.

Qué loco me volvía verla tan rota y tan brillante a la vez. Aquel día comprendí que Morgane sabe convertir su hielo en puro fuego.

Con el tiempo he descubierto que no fue especial por ser el primero, fue uno de esos que das muy pocos en esta vida y que solo lo experimentas con la persona adecuada.

—Que sea la última vez que me pides permiso para besarme. Hazlo cuando quieras porque, a mí, siempre me apetecerá.

Fue el primer paso de un nosotros que duraría seis años.

23 El corazón, solo otro músculo más (Elio)

Llevo todo el día sin poder concentrarme en nada. El pasado me envuelve, me zarandeo. Me marea. Cuando esto me pasa, me frustro y es peor; pero soy incapaz de mantener la cabeza fría. Sobre las siete de la tarde, vuelvo a la playa de Donnant en busca de lo único que es capaz de tranquilizarme. El mar. Cojo la tabla y bajo por el sendero que hay en el escarpado acantilado y que conecta el aparcamiento con la cala. El paisaje responde a la pregunta «¿qué hago en la isla?» que me he hecho un millar de veces desde esta mañana. La marea está baja y lame con su color turquesa la arena; la playa se ve en todo su esplendor. Esta es mi casa. Mi hogar. Me tumbo sobre la tabla y braceo hacia el interior. La brisa peina las olas y me salpica. El agua está fría, pero compensa ese infierno que siento dentro y que es puro rencor. Canalizar la rabia surfeando es la mejor terapia que conozco. Dejo que las olas me mezan y el aire se lleve mis pensamientos. El mar está tranquilo, cuanto más adentro, los tonos verdes pasan a azulados. Morgane los definiría cada uno de ellos: turquesa, jade, aguamarina, celeste, azul regio, marino o ultramar... era algo que me gustaba, gusta de ella, nunca se refería a los colores por su nombre primario.

Morgane es como nadar con lastre. Uno que llevo tiempo intentando soltar y del que no consigo desprenderme. Uno que me impide salir a la superficie, pero joder, es que es tan bonito el fondo marino.

No sé el rato que pasa hasta que oigo alguien a mi espalda, al mirar veo que es Dylan.

—¿Qué pasa? —le pregunto cuando llega a mi altura y siento sus ojos hacer un barrido rápido, escaneándome.

—Quería ver cómo estabas. —Si ha venido es porque sabe que la he visto. Cuando me mudé no contemplé que la isla tiene ojos y orejas en cada puñetero rincón.

—¿Cómo lo has sabido?

—Esta mañana se ha encontrado con Romy mientras hacía el reparto. Si la hubieras oído, estaba eufórica. Luego, he llamado a Morgane para darle las gracias por venir... y me lo ha dicho.

—Me estaba esperando en el aparcamiento —señalo hacia nuestra derecha.

Bato el agua con las manos y luego me las paso por la cara.

—Arréglalo de una vez. No solo por la fiesta, es que necesito recuperar a mi hermano. Al Elio algo misántropo, estoy harto de esta versión rancia y cada vez más asceta.

—No sé cómo. En cuanto la he visto... me he colapsado.

Uno no puede volver a su vida de antes en un solo clic y que todo siga igual. Para empezar porque ninguno de nosotros somos los mismos. Más de mil días de rencor dan para mucha rabia contenida. He entendido que no ha pasado suficiente tiempo para perdonarla, ni tampoco para que mi cuerpo reaccionase solo con verla. Como un caníbal sin saber por dónde empezar a devorarla, si a besos sedientos y follarla de pie contra la furgoneta o al contrario, a mordiscos pequeños saboreando su piel, los recuerdos, al amor de mi vida. Por eso no quiero verla. Por eso es mejor que me mantenga lejos, porque sé que volveré a caer y seré tan imbécil que ni pondré las manos para frenar el golpe.

—Le he dicho que la odio —confieso sin apartar la vista del horizonte.

Oigo como resopla y patalea los pies bajo el agua.

—No me parece la mejor forma para solucionarlo.

—Y que la sigo queriendo —murmuro entre dientes; puede que no lo haya utilizado estas palabras, pero sé que Morgane ha pillado la indirecta.

—Eso sí me parece un buen punto para empezar y volver a ser amigos.

—¿Amigos? Nunca lo fuimos. Siempre fue más. Es como si nos rebajáramos.

—Es mucho más de lo que tenéis ahora.

Y yo, que siempre me he tenido por una persona con las ideas claras y de mente cuadrada, me parece irracional y antinatural que alguien conviva con esta dualidad. No sé si quiero seguir como hasta ahora, puede que solo contemple esta opción porque me siento cómodo después de tantos años.

No sé si podré perdonarla nunca.

No sé si puedo volver a ese «nosotros» o a uno nuevo siendo amigos que me resulta insuficiente. Tomar decisiones es más sencillo cuando sientes que el corazón es solo un músculo más.

24 El amor duele

Si hay algo que detesto es generalizar. Creo que la especie humana peca en ese sentido. Demasiado. Odio frases como que el amor verdadero no duele. Y una mierda. A ver, aclaro que no hablo de malos tratos, ni físicos ni psíquicos. Me refiero a que el amor duele, como todas las cosas por las que vale la pena luchar. Pide sacrificio. Dar y recibir. Ceder. La dichosa «empatía» que parece una enfermedad de la que nadie quiere contagiarse y es tan necesaria. En lugar de lanzar frases sentencia, deberíamos aprender los límites de cada uno.

No salgo de mi cuarto en todo el día. Me quedo entre estas paredes que parecen el muro de las lamentaciones escuchando el tsunami de sentimientos que me ahoga.

***25 Solo un verano (Elio)**

Verano de 2012

Había pasado un mes de aquel primer beso. Eme llegó a un acuerdo con su madre para cambiar de turno, ya no estaba en las cenas, sino en los desayunos. Eso nos daba más margen para vernos. Sin pretenderlo, al inicio, y luego ya por pura necesidad, pasábamos juntos todo el tiempo que teníamos libre. Aquel verano empecé a surfear al atardecer en la playa de Donnant. Normalmente, me esperaba junto a la Kombi, pero aquel día estaba de pie, en la orilla. En cuanto me percaté de ello, nadé hasta ella. Tenía los pies en el agua y me alegré tanto de ver aquel progreso que me entraron ganas de gritar. Me contuve para no romper el momento. Dejé la tabla en la arena y me acerqué despacio. Me puse a su lado y mis dedos buscaron los suyos. Su respiración era agitada, pero en su rostro había determinación.

—Tengo miedo —murmuró.

—Lo sé. —Le di un apretón, sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

Dio un paso hacia el lado para ponerse delante de mí, dándome la espalda. Se recostó contra mi pecho y le rodeé la cintura con los brazos. Los dos teníamos la mirada fija en el horizonte, donde el sol ya era solo una media luna y el cielo era de tonalidades flameantes.

—Me refiero a que me da miedo esto... Lo que estamos haciendo.

—¿Y qué hacemos? —Apoyé la cabeza en su hombro después de dejar allí un beso.

—Tengo miedo a enamorarme de ti —confesó en un murmullo.

—Es solo un verano. —Decir en voz alta que había una fecha de caducidad, me provocó ardor en el pecho.

—Según Dios, en siete días se puede crear un mundo y aún le sobró uno. Imagínate lo que se puede hacer con un puñado de semanas. —Rio fuerte, como hace siempre para esconder su temor.

Le hice dar la vuelta y ella rodeó mi cuello con sus brazos. Me encantaba que tuviera esa necesidad constante de tocarme. Ese mismo anhelo que me quemaba a mí. Le acuné la cara y con los meñiques le acaricié la nuca como sabía que le gustaba.

—A mí no me da miedo enamorarme, porque eso ya ha ocurrido y nunca me he sentido mejor; sino tener que desenamorarme —admití antes de lanzarme a comerle la boca con esa ansia que de repente me había entrado al pensar en septiembre.

26 Port Coton

He pasado una noche de mierda, así que necesito ir hasta mi espacio de calma. Ese rincón al que me gusta ir para ver un mar de tinta que no me aterra. No sé las horas que he podido pasar aquí, conozco estos peñascos y sus formas caprichosas que, como hoy, rodeados de la bruma parecen fantasmagóricos. Paseo hasta las Agujas de Port Coton y me distraigo viendo una chica muy joven pintar con espráis ese paisaje en una furgoneta. Cada uno elige el lienzo que más le gusta y tengo que reconocer que, aun sin terminar, es una maravilla. Pienso en llamar a Elio y decirle que venga corriendo a verlo. Sé que le encantará la idea; digo lo de pintar la furgoneta, no de que venga. Ayer ya me quedó claro que nuestro encuentro no lo hizo muy feliz. No consigo calmar mis inquietudes, pero hablar con Giselle, la pintora, hace que dirija toda esa energía que me quema en mi pasión por el arte.

A mediodía, Bastian me llama para darme las gracias por el regalo, aunque insiste en que no era necesario. Me pregunta por la vuelta a casa y yo le respondo con evasivas. Yo también soy como una ostra cuando se trata de mi pasado. Para cambiar de tema, le hablo de Giselle y le mando las fotos que he hecho a su obra, con su permiso. Él también ve potencial y decidimos ponernos en contacto con ella. Siempre es bueno tener una cartera variada de artistas.

27 A los chicos también nos gusta que se peleen por nosotros (Elio)

He dormido fatal; si es que pasarme la puñetera noche dando vueltas en la cama se le puede llegar a llamar dormir. Me ducho y preparo un café bien cargado para afrontar este martes. Con el tiempo me he acabado dedicando a mis dos pasiones: el mar y los números. Nunca me planteé pasar mi vida pendiente del viento, las mareas o el mar de fondo. De adaptar mis días a un parte marítimo. Ni estudiar cada mar o perseguir monstruos por todo el mundo, como los llama Morgane. Surgió, una cosa llevó a la otra. Como tampoco nunca imaginé ser, durante cinco años, un surfista profesional. Que me pagaran por vivir ese eterno verano y dar la vuelta al mundo persiguiendo la mejor ola. Pero una vez has descubierto la adrenalina que produce desafiar la naturaleza, es complicado decir hasta aquí. Si hubiera sabido frenar a tiempo, mi vida sería completamente distinta. Saber cuándo decir «no» es de inteligentes, no de cobardes. Lástima que eso lo haya aprendido a base de hostias.

Cuando terminé de estudiar Ciencias del mar, me saqué el título de Ingeniería informática. Empecé preparando una web con datos útiles para los surfistas sobre los picos (zona donde se cogen las olas) de las playas más conocidas del mundo y en las que había tenido la suerte de ir. Volqué en ello lo que había aprendido durante años. Con el tiempo se convirtió en una app que me aporta casi la mitad de mis ingresos. Después, por aquello de que uno conoce a no sé quién, que es primo de otro... estoy participando en un proyecto para el desarrollo de aplicaciones que ayuden a la pesca. Esta cooperación me permite trabajar como freelance, sin perder mi autonomía. Sobre todo, evitando estar en una oficina con horario fijo. Me agobio solo de pensarlo.

Me paso la mañana en una reunión por videollamada. Después de comer, salgo al patio con un café y la *tablet* para echar un ojo al correo electrónico. Suena [Waves](#) mientras borro unos cuantos de publicidad de esos que estás harto de darte de baja, pero que resulta imposible. Dejo para más tarde uno que me manda mi madre con el link a un artículo que, según ella, es de lectura obligatoria. El siguiente es de mi contable, lo leo por encima y lo guardo en la carpeta correspondiente. Y entonces lo veo, es de Klein. Durante los años que fui surfista profesional, él fue mi agente. Digamos que no teníamos la misma visión de las cosas y no terminamos de muy buenas formas. Hace unos dos años que no hablo con él.

Hola, Maillard

Supongo que te sorprenderá estar leyéndome, te prometo que no más que yo al escribirte estas líneas. Solo quiero que sepas que me alegro de que volváis a estar juntos. Sé que no fui muy considerado con vuestra relación, pero sabes lo que opino del amor cuando uno es deportista profesional. Eres un tipo afortunado; una chica que pelea así por alguien, merece que no la dejen escapar.

Dile que no tengo la intención de denunciarla, me advirtió y yo acepté. Estamos en paz.

Creo que se hizo más daño ella que yo al recibir su puñetazo, espero que no se haya lastimado.

Que tengáis una buena vida,

Marcus Klein.

Lo leo un par de veces (vale, puede que incluso más de cinco), para entender de qué habla. Solo puede referirse a Morgane. ¿Insinúa que le ha dado un puñetazo? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Me debato entre ir a verla o no. Es como estar en una competición y decidir si vas a coger esa ola o esperar que la siguiente sea mejor. Con la presión de que no haya ninguna otra más. Llevo tiempo fuera de los campeonatos, el mismo que hace que no estoy con Morgane, y he perdido la práctica. Al final me puede la curiosidad. Eme siempre gana, da igual quien esté al otro lado de la balanza. Por mucho que quiera alejarme, somos dos imanes que se repelen y se atraen con la misma fuerza. Mi padre me dijo una vez: «eso os hace más fuertes».

Llego al hotel pasadas las cinco de la tarde, aparco y la incertidumbre me sacude otra vez, pero es Morgane, mi puto tendón de Aquiles. Mi fortaleza, mi debilidad. Ni me fijo en las obras, cuando nadie me abre la puerta de casa, rodeo la entrada y la localizo en la terraza. Aprovechando la tranquilidad de que el hotel permanezca cerrado, está sentada en una de las tumbonas que hay en el jardín. Las vistas desde esta altura son una puta pasada. Se ve la costa partida por los peñascos y la cala donde algunos barcos se balancean. Desde aquí se puede oír como la brisa silba en contacto con los mástiles.

Reconozco la caja que tiene a su lado. Su pequeño tesoro. Son todos los cuentos que le trajo su padre cuando llegaba a casa después de cada largo viaje de trabajo. Conozco a Philibert por lo que me contó su hija, siempre he admirado a ese hombre. Eran cuentos en otros idiomas. Bajo cada línea estaba escrita la traducción de su propio puño y letra. Me encantaría sentarme a su lado y leerlos otra vez. Revivir un recuerdo o simplemente vivirlo de nuevo. Pero entre nosotros ya nada es simple.

Alza la cabeza al percibir un ruido y entonces se percató de mi presencia. Veo como su semblante se oscurece. Me pregunto qué pasará ahora mismo por su cabeza, me tranquiliza ver que ella tampoco está preparada para el impacto que es volver a encontrarnos. Me fijo en su mano izquierda, la lleva enyesada y en cabestrillo. Después de mi comportamiento en el aparcamiento, no sé cómo acercarme y hablar con ella.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer? —Suenas casi a reproche y es lo último que quería.

«Cálmate, Elio».

—¿Te refieres a la conversación tan amistosa que mantuvimos? —Mi reacción es una pequeña sonrisa, me gusta ver que sigue siendo la misma Morgane de siempre, mordaz.

Me siento en la tumbona frente a ella. Una ráfaga de aire agita las ramas y una banda de pajarillos alza el vuelo y abandona la sombra del tamarisco.

—Me prometió que no te lo diría. —Me mira por debajo de sus largas pestañas y tuerce la boca en una mueca deliciosa. Había bloqueado el recuerdo de lo expresiva que es.

—¿Cuándo has hablado con Klein? —En el mensaje no decía nada de eso.

—¿Klein? No he... Espera, ¿te lo ha contado él?

—Me mandó un e-mail donde nos felicita por volver a estar juntos. —Hago una pausa—. Y de que no dejara escapar a una mujer así.

—Pensaba que hablabas de Romy —murmura, con el ceño fruncido.

—No, y Dylan tampoco ha insinuado nada.

—O ha cambiado mucho o todos sabemos que tu hermano es un bocazas incapaz de guardarte

un secreto. —Es pequeñita, pero hace mucho que aprendí a cazar sonrisas de sus labios.

El silencio hace acto de presencia y firmamos una especie de tregua. Morgane ladea la cabeza con la vista al horizonte y yo pierdo la noción del tiempo observándola como hace años que no hago y otros tantos que he deseado hacerlo. Ayer no me permití mirarla. Por precaución, como un sistema fallido de defensa. Pero hoy... Han desaparecido sus rasgos aniñados, me parece más mujer a pesar de vestir con una vieja camiseta gris y unas mallas a las que ha subido las perneras hasta las rodillas. Lleva el pelo suelto, el sol se refleja en sus ondas y la brisa baila con él, como me gustaría hacerlo yo. Tiene las mejillas sonrosadas, sé que es por el sol, pero me apetece creer que es porque ahora mismo está recordando un buen momento de la infinita lista que tenemos juntos. Se moja los labios, veo la punta de su lengua y el deseo de besarla es tan punzante que me devuelve al presente.

—¿De verdad le diste un puñetazo?

—Prometí que le rompería la cara —contesta sin mirarme.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto sin tener idea de esa promesa.

—Ya sabes cuándo. —Chasquea la lengua airada, pero al mismo tiempo cierra el librito con sumo cuidado para guardarlo con los demás.

—No lo sabía.

—Estabas tan concentrado que te perdías todo lo que pasaba en la orilla —dice y suena a caballo entre el pesar y el reproche.

Sé que Klein intentó persuadirnos a los dos para que rompiéramos. Creía que Morgane era una distracción, pero más de una vez le dejé claro que, antes cambiaba de agente que separarme de ella.

Después de un largo silencio, Eme me cuenta cómo ocurrió.

—Si llego a saber que dolería tanto le hubiera dado una patada en los huevos. —Le entra la risa y se me pega.

Orgullo. Siento orgullo y algo cálido me recorre las venas. No estoy a favor de la violencia, pero joder qué bien siento saber que hay alguien dispuesto a defenderte. Y sobre todo, me alegra que, a pesar del tiempo transcurrido, de la distancia, de que ya no estemos juntos... aún tenga ganas de cumplir aquella promesa. ¿Eso quiere decir que aún no le soy indiferente? No te peleas por quien ya no te importa, ¿verdad?

Soy incapaz de saber si eso es una buena noticia.

¿Cambia algo?

No lo sé.

Quiero alargar la mano y rozarle la punta de los dedos que sobresalen del yeso. Quiero preguntarle si le duele, pero no me atrevo.

Nos quedamos de nuevo en silencio, ella con la vista fija en la caja y yo vuelvo a observarla. Tengo un nudo en la garganta. La contemplo sabiendo que puede desaparecer en cualquier momento. Desde el accidente soy más consciente de lo volátil que es la vida. Recuerdo que me pasaba horas contemplándola e imaginando en qué estaría pensando. Siempre me pregunté si sus sueños se parecerían a los míos.

28 ¿Amigos?

¿Sabes esas veces que no distingues si estás soñando o está ocurriendo de verdad? Este es uno de ellos. Algo flota, rodeándonos. Distingo a nuestros alter ego del pasado, los veo paseando cogidos de la mano. Besándose bajo la sombra del manzano. Oigo risas olvidadas. Siento las ilusiones llorando desconsoladas, acompañadas por el futuro perdido y las expectativas no cumplidas.

—Debería haberte enseñado a golpear.

—No empecemos con los debería —gruño entre dientes.

Elio está sentado delante de mí y estamos charlando... o lo qué diablos sea esto. En el jardín, con los cuentos de papá a mis pies. Después de nuestra «conversación» en la playa, me parece demasiado surrealista. No entiendo por qué Klein le ha mandado un e-mail para contárselo. No es nada su estilo. El alemán es más de manipular a la gente en privado.

No sé qué decir.

No sé cómo comportarme.

No sé si esto es una tregua o el final.

Las garras de la palabra «perdóname» se me clavan en la garganta queriendo salir, pero algo las retiene. Es el miedo, una vez la suelte todo se habrá acabado. Mientras, esto es un tiempo muerto. Me conformo en despertar en él algún sentimiento, aunque ese algo sea el odio. Soy la chica que primero quiso y ahora detesta, pero sigo siendo alguien en quien pensar a menudo, aunque ya no sea con el deseo de llevarme a la cama.

El silencio se pasea a nuestro alrededor. Un avión dibuja una línea en el cielo de un azul imperial y me pregunto hacia dónde iré, como solía hacer de pequeña. La única diferencia es que ahora no los envidio porque, a pesar de todo, no querría estar en ningún otro lugar. Solo aquí, en mi isla. Con Elio a mi lado. Los minutos se hacen eternos y efímeros a la vez. Tal como me ocurría en el pasado cuando estaba con él. Sentir de nuevo sus ojos en mí es una deliciosa tortura. Alzo la vista y lo afronto. Tengo ganas de pegarle, gritarle por todo lo que me hizo pasar y... besarlo. Dios, como deseo que vuelva a besarme. Y su pelo, joder, su pelo me pide que meta la mano y compruebe su suavidad. Me invita a que enrede mis dedos y tire de él.

—Ya lo sé, está demasiado largo —dice paseándose la mano como estaba imaginando hacer yo, dejándome claro que mi escrutinio no era nada sutil—. Debería cortarlo.

—¡No! —grito. Carraspeo antes de continuar con un tono de voz más neutro, aunque su expresión me diga que es inútil disimular—, Mmm... eh... te queda bien.

«Elio, joder, no te rías así que solo se me ocurre borrarle esa sonrisa a mordiscos».

El instante se rompe con los ladridos de Chouchen que viene corriendo a nuestro encuentro. Ni me mira, va directo hacia Elio. Se queda delante de él hasta que lo coge en brazos. Parpadeo y se me desencaja la mandíbula. No hay dudas de que el cachorro lo reconoce y me pregunto ¿cómo es posible que mi ex conozca al perro y desde cuándo? Me guiña el ojo a modo de respuesta, sin esconder lo divertido que le parece mi desconcierto. Es lo que tiene conocerse tan bien, un gesto lo dice todo.

Mi madre sale justo entonces.

—Hola, Elio, ¿te apetece tomar algo?

Le lanzo una mirada de esas de «¿estás loca?», pero solo me dedica una sonrisa afable

cargada de ignorancia selectiva. Después de tantos años soy capaz de reconocer la risa silenciosa de Elio. Parece que él tampoco ha olvidado cómo interpretar nuestro lenguaje mudo.

—No, gracias, Liza. La verdad es que ya me iba.

—¿Vas a yoga? —le pregunta mi madre.

—Sí, hoy lo necesito más que nunca —admite poniéndose en pie, aún con Chouchen en brazos—. Si quieres, te llevo.

—Te lo agradezco. Voy a por mis cosas, dame un par de minutos.

—¿A yoga? —pregunto, perpleja. Mi progenitora asiente y solo si la conoces eres capaz de ver esa chispa en sus labios hacia arriba—. ¡¿Juntos?! —estallo.

No entiendo nada. Lo último que esperaba al volver a casa era esto, sea lo que sea que tengan estos dos.

—Juntos... y con otra gente. Es en Parlavan. ¿Quieres venir?, seguro que a Juliette le parece bien. —Odio cuando juega así conmigo. La odio. A ella. A Elio. A la isla. A mí, por idiota. Niego con la cabeza, asimilando lo qué está ocurriendo—. Claro, con la mano...

—Ni por la mano, ni qué leches. ¿Ahora sois amigos? —grito, poniéndome en pie.

—Somos vecinos, sabes lo que es vivir en la isla.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunto hecha una furia.

¿Es una especie de broma? Viniendo de ella, todo es posible. Hasta el punto de que esto es real y ellos son «amigos» que van a yoga juntos. Por Dios, ¿no podría tener una madre algo más normal?

—Porque no quieres que hable de él. Ni siquiera me permites decir su nombre.

—¿Estoy vetado?

Cuando lo oigo me percató de que estamos discutiendo con Elio delante, pero después de tantos años, a ninguno de los tres nos sorprende.

—Id a alinear chacras y dejadme en paz. —Cierro la caja, la cojo como puedo con el brazo bueno y me voy a mi cuarto.

29 Todo pasa, pero primero te atropella (Elio)

Hacía demasiado tiempo que no presenciaba estos duelos madre-hija. Me doy cuenta de que hasta esto, por mínimo e insignificante que sea, lo he echado de menos.

—¿Crees que es buena idea dejarla sola? —le pregunto a Liza justo antes de salir del camino de gravilla para coger la carretera principal.

Es de una de esas cosas, que por mucho que Morgane me hablara de ello, no entendía hasta que me instalé. Me he criado en la ciudad de Agen, en la que el vecino del rellano es un desconocido. Pero aquí, da igual que vivas al norte o al sur, de que haya más de treinta kilómetros entre unos y otros... Si vives en la isla, eres vecino. Punto. Es como una pequeña comunidad. Para lo bueno y lo que no lo es tanto. Sabía que al mudarme aquí volvería a ver a Liza; a la que durante años consideré mi suegra. Lo que no esperaba es que con el paso de los meses conseguiríamos ser «amigos». Unas semanas después de instalarme, una tarde se pasó por casa con una cesta de mimbre en la que había un *kouig amann* y una botella de *lambig*. Quería saber cómo me encontraba y que no dudara en acudir a ella si necesitaba cualquier cosa. Lo de ir juntos a yoga es otra casualidad, me lo recomendaron después del accidente para recuperar el equilibrio y flexibilidad.

—Se le pasará. Tiene que digerirte.

—Ya... ¿Y eso cómo se hace? —pregunto en un susurro mientras pongo el intermitente—. Es para un amigo.

—Pues dile que todo pasa, pero primero te atropella.

—No suena muy bien —bufo apretando el volante sin ser consciente hasta que me duelen los nudillos por la tensión.

—Elio, entre vosotros... En fin... Creo que os toca hablar, no hay quien avance sin cerrar viejas etapas.

Tenemos algo en común: Morgane. Lo que hace que los dos hayamos recurrido al otro para hablar de ella cuando nos apretaba la nostalgia, pero siempre evitando el motivo por el cual todo se desmoronó.

—Dylan me dijo que la había invitado a la fiesta y sabía que cabía la posibilidad, pero al verla en el aparcamiento... me bloqueé.

Me paso la mano por el pelo y pienso en su expresión cuando le he dicho que lo tenía demasiado largo, aunque haya disimulado, he entendido perfectamente que le encanta. Y mira por dónde, esas ganas que tenía de pasarme de nuevo la maquinilla, han desaparecido de repente.

—Ya le he pegado la bronca por coger el coche en este estado. Espero que, por el bien de los dos, seáis capaces de actuar con cabeza.

En cuanto lo dice, reacciono a que condujo con solo una mano. Tengo ganas de dar media vuelta y preguntarle en qué estaba pensando.

«Pues pensaba en lo mismo que tú cuando se trata de nosotros: en nada», escucho esa voz que va de sabionda y que no sabes muy bien de dónde procede.

—¿Hasta cuándo se queda? —le pido y mi voz suena distorsionada por esas ganas de saber y al mismo tiempo reprochándome por mostrar interés.

—No cogió billete de vuelta, pero tiene como mínimo un mes de baja, luego llegan las vacaciones... espero que sea suficiente.

«Suficiente... ¿para qué?», quiero preguntar, pero no me atrevo por miedo a su respuesta. ¿Cerrar de una vez por todas nuestra historia? ¿Para abrirla? ¿Podré perdonarla? ¿Quiero volver a intentarlo?

—Tú aún la quieres, no me engañas. —Pone la mano sobre mi antebrazo.

—Nunca te he mentado —admito, ladeando la cabeza hacia ella justo cuando paro en un stop. No tienen el mismo color de ojos, pero sí se parecen en sus facciones y gestos, es como ver a Morgane con cincuenta años.

—Lo importante es cómo os queréis y si realmente podéis llegar a un punto medio. Tú tan mar, ella tan tierra. Ojalá seáis capaces de encontrar vuestro paraíso en la orilla.

Lo intentamos una vez y no salió bien. Ahora hay demasiado dolor y rencor para dejarlo atrás. De Liza siempre he admirado su capacidad de resiliencia, su fortaleza. También aprecio que no se meta en lo nuestro. Nunca me ha dicho que olvide a su hija, que me aleje o que me acerque. Nada. Supongo que por su experiencia sabe que el amor no escucha consejos de nadie.

***30 Talasofobia**

Verano de 2012

Aquel verano, la chica que odiaba el mar bajaba cada día a la playa, caminaba hasta la orilla y dejaba que las olas le lamieran los pies. Su talasofobia no solo era una consecuencia de su odio visceral a aquel monstruo de agua, también tenía que ver con que casi se ahogara. El día estaba despuntando cuando se despertó y bajó hasta la cala. La tarde anterior le habían dicho que su padre había muerto y que descansaba en las profundidades del mar. De golpe, fue consciente del tiempo. Con nueve años comprendió el significado del «nunca más» aunque se resistía a creerlo. Por eso se metió en el agua y nadó hacia el interior, quería volver a verlo. Si estaba allí abajo seguro que venía a darle un último beso. Pero lo único que la besó fue el mar y lo único que la abrazó fue un viejo marinero que había salido a pescar y que, al verla, se lanzó para salvarla.

Sentir hablar a Elio con tanta pasión sobre el mar y las olas, me provocaba una curiosidad que se enfrentaba constantemente con mi fobia. Me acercaba a la orilla y me obligaba a estar quieta viendo como venía la ola, me mojaba la punta de los dedos y reculaba de nuevo. No, Elio no me obligó jamás a hacer algo que no deseara. Yo solo quería saborear una porción de esa libertad que le ofrecía el mar.

Como siempre, en cuanto Elio me vio, vino directo hacia mí, dejó la tabla al lado de las toallas y me dio la mano.

Suspiré hondo y di un paso.

Y otro.

—Estoy aquí —dijo con dulzura.

Y otro más.

Me detuve.

El agua nos llegaba a las rodillas. El corazón bombeaba al límite de su capacidad y mi respiración parecía una vieja locomotora de carbón. Estaba aterrada, pero dejé que las olas bailaran adelante y hacia atrás. Me concentré en la mano fría de Elio apretando la mía, en el sol casi rozando el horizonte. En la luz dorada que nos envolvía a esas horas del final del día. En la suerte de tener la playa para nosotros solos.

Di otro paso más, encontré un bache en la arena, pero Elio me sostuvo.

—¿Quieres volver?

—Aún no —dije con voz vacilante.

Seguí andando y deteniéndome hasta que el agua me llegó a la cintura.

—¡Estoy tan orgulloso de ti! —exclamó Elio dándome un beso en la mejilla. Me tiré a sus brazos enroscando mis piernas a sus caderas.

Nunca sería una nadadora olímpica y mucho menos una sirena, pero fue la primera vez que experimenté la libertad y fortaleza que provoca enfrentarte a tus miedos.

—Te quiero —le dije con la voz presa de la emoción y el pavor.

Entonces fui consciente de que mi madre no había sido muy precisa con lo del picor en el corazón, yo sentía que Elio había entrado con una excavadora y el nido tenía el tamaño del castillo de Versalles.

Después le pedí que me llevara a la furgoneta y me hiciera el amor, solo había una forma de

acallar el miedo, una cosa que estaba por encima de todo, Elio.

—Yo también te quiero —respondió sobre mis labios.

Las películas románticas terminan con un beso y un «te quiero», cuando en la realidad es solo un comienzo.

31 Qué don tienen las madres para hacerse... querer

Bastian me ha mandado un email con un dibujo que ha hecho Jade para mí. Es un loro, igual que el peluche que le he regalado, bajando por un arcoíris. Está tan lleno de colores vivos que me saca una carcajada. Voy hasta el despacho del hotel y lo imprimo para colgarlo en mi habitación. Me gusta mirarlo porque me recuerda que hay vida más allá de la isla. Otra vida llena posibilidades, como dijo Jay.

Estoy bajando la escalera cuando llega mi madre.

—¿A qué venía eso? —bramo en cuanto cierra la puerta detrás de ella.

—Necesito ducharme. Hoy, la bruja de Juliette nos ha hecho sudar la gota gorda y todo porque Solen no se callaba.

Como he hecho durante las últimas dos horas, visualizo un suelo de tarima de madera y todas esas mujeres tumbadas sobre sus esterillas de colores. Imagino a Elio en medio de ellas haciendo la postura del perrito, estirándose todo el cuerpo y con el culo en pompa... las muy perras, acabo de «ver» cuál es su interés por esta disciplina.

«Morgane, céntrate y aparta ese culo de la mente. Al menos hasta esta noche, cuando estés sola en tu habitación».

—¿Sois amigos o algo así?

—¿Es que no podemos serlo? —Vuelve de la cocina con un vaso de agua.

—Mamá, por favor... —le pido, desesperada—. Hoy no. Necesito que aparques por un rato ese humor. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué...?

—Basta —me interrumpe—, pareces un filósofo con tantos «¿por qué?». Es un vecino más.

—No, no lo es. Es Elio —vocalizo su nombre y su sabor se me pega al paladar.

Me vuelvo a sentar en el sofá, agotada. No sé qué esperaba al volver a la isla, sabía que sería complicado, pero no hasta este punto. Somos tan estúpidos que creemos que si ignoramos los problemas seguirán inalterables hasta que les prestes atención. Pero no es verdad. El tiempo pasa. La vida sigue. Nada permanece intacto. Todo muta y evoluciona. No sé cómo afrontar esto, porque hay una nueva Morgane, un nuevo Elio, y estos tres años también han influenciado sobre lo que ocurrió entre nosotros.

—No te lo conté porque no querías saberlo. Ya basta de culpar a los otros de tus problemas. Habéis continuado con vuestras vidas echando un grueso velo, pero nada se puede ignorar de forma permanente.

—¿Y qué propones?

—Él está aquí, tú estás aquí, hasta un mono sabría la respuesta. —Se toma su tiempo para continuar cuando ve que no pienso responder—. Ni él es perfecto, ni tú tampoco. No puedes cambiarlo, ni él a ti. Asume lo que quieres. ¿Quieres estar con él? Pues acepta las consecuencias.

—Ya sé que piensas que me equivoqué y fui una cobarde —murmuro.

—Hollgaret^[4], no me acuses de pensar porque no lo estoy haciendo; ni tampoco de juzgarte. Cometer errores es humano, perdonar también. ¿Quieres alejarte? Pues déjalo ir de una vez, pero no arrastres a los demás contigo. Elio me cae bien y voy a seguir yendo a yoga o donde me dé la gana con él.

—¡No es justo! No puedes... —Tengo tantas ganas de gritar que pierdo la voz.

—Estás celosa, ¿es eso? —Que las madres lo sepan todo, a veces las convierte en heroínas y

otras muchas en un puñetero grano en el culo.

—¡Claro que estoy celosa! —exploto por fin y me levanto del sofá de un salto—. Yo estoy en París mientras él está aquí en la isla, contigo, con Romy...

—¿Te das cuenta de que tú misma te prohibiste tener todo eso? Nadie te ha arrebatado nada a lo que tú no renunciaras antes.

—No es tan fácil, hay mucho más.

—No es tan difícil. Creí haberte enseñado a no esconderte; a ser una mujer fuerte que sabe que en esta vida todo lo importante pide sacrificio. A estar preparada para ello.

—Nunca se está preparado para ver a tu pareja morir.

—No, pero es que Elio no murió. Sigue vivo.

Y se me eriza la piel, el corazón pierde el compás y se acelera cuando me viene un recuerdo y esas mismas palabras resuenan en mi cabeza con la voz de la doctora de urgencias.

—Necesito acostarme —murmuro levantándome del sofá.

—Solo una cosa más, pregúntate si tuvieras la oportunidad de viajar al pasado, ¿volverías a escoger a Elio sabiendo lo que implica? El tiempo pasa muy rápido y es una lástima que el miedo te robe la felicidad.

*32 Sabes a verano

Verano de 2012

«Luego, el frescor del agua salada. Nos reíamos, deslumbrados, perezosos, agradecidos. Teníamos el sol y el mar, la risa y el amor. ¿Volveríamos a vivir alguna vez como en aquel verano, con aquel esplendor, aquella intensidad?» Había escrito Sagan en su novela *Buenos días, tristeza*, lo estaba leyendo la noche anterior y yo me pregunté lo mismo aquella tarde de mediados de agosto. Llevábamos dos días con mal tiempo, pero parecía que la lluvia ya se había ido hacia el continente y solo quedaban algunas nubes algo atrasadas. Estábamos todo el grupo en la playa de la Ramonette, en Le Palais, donde durante los meses de verano se celebraba cine al aire libre.

No recuerdo quién empezó con el juego, pero a alguien se le ocurrió buscar el sabor de las cosas. Maël dijo que la risa sabía a helado de pitufo. Elio que las nubes sabrían a los buñuelos de su abuela.

—A las crepes de miel y limón, que hace mi madre —dije cuando fue mi turno de buscar qué gusto tendría darle un mordisco al sol—. Caliente, dulce y con un punto ácido.

—Pues yo creo que a mí me sabría a *provolone* —replicó Dylan, frotándose los abdominales—. Una gran fuente de queso fundente con tomates cherri y orégano.

A Romy le tocó el mar, no escuché su respuesta porque estaba pensando que para mí tenía el gusto de las lágrimas.

—Tú sabes a verano —murmuró Elio antes de besarme.

Estábamos todos tumbados boca arriba, él tenía un brazo bajo mi nuca y ladeé la cabeza hacia su rostro. Quise decirle que ojalá también a hojas secas y castañas. A Navidad y a cotillón de Fin de Año. A las pinturas de carnavales y los huevos de Pascua. Que ojalá buscara en mis labios el sabor de la primavera cuando llegara abril.

33 La curiosidad mató al gato y a mí me dejó con ganas

«Cuando empiezas a caminar sin rumbo, tus pasos te llevan a esos lugares donde fuiste feliz», no sé quién dijo esta frase, pero mi aportación es la siguiente: cuando empiezas a caminar sin rumbo, tus pasos te llevan a satisfacer tu curiosidad. Y sí, ya sé que la curiosidad mató al gato, pero me gusta vivir peligrosamente. O mejor dicho, me pueden las ganas de saber. Porque si algo se me da bien en esta vida es pillar todas las tangentes que se me cruzan en el camino. Por ejemplo, he dormido poco porque he tenido la mente ocupada. Para dejar de darle vueltas a los últimos acontecimientos, me he puesto a pensar en la casa de Elio. Llevo horas imaginándome cómo será. En el desayuno le he preguntado a mi madre la dirección exacta. Nos separa una caminata de media hora.

Y aquí estoy, en Le Petit Cosquet, frente a su hogar.

La casa, de piedra antigua y del estilo característico de la isla, es a los cuatro vientos y rodeada de jardín con grandes arbustos de romero y lavanda. Es pequeña, con dos ventanas, una a cada lado de la puerta, y con los postigos pintados de color petróleo. En el tejado de pizarra, hay dos velux que me chivan que es de dos pisos y la planta superior es abuhardillada. Hace un ratito que las campanas han tocado las ocho de la mañana, no veo la furgoneta aparcada en el acceso, así que imagino que mi teoría de que Elio estará surfeando es acertada. Saber que no está en casa hace que la curiosidad vaya en aumento y no dude de acercarme más y cotillear a través de algún cristal. A muchos turistas les choca que aquí las parcelas no están cerradas. No hay grandes muros de separación, ni rejas. Nada. El césped está alto y me hace cosquillas en los tobillos. En la parte trasera, hay una higuera que da sombra a una hamaca, una terraza con una mesa y un par de sillas; junto a la pared una barbacoa de obra y un tendedero donde hay una toalla y un neopreno colgados. No es hasta que me acerco más a la puerta que me doy cuenta de que Elio está dentro. Con los brazos cruzados, mirándome con cara agria. Siempre ha tenido mal despertar.

—¿Qué haces aquí? —digo sin gritar, pero lo suficiente alto para que me oiga.

Abre la puerta con toda la parsimonia del mundo.

—Eso debería preguntártelo yo. —Se agarra al marco, y se yergue ocupando todo el espacio—. Esta es MI casa y tú estás cometiendo un delito. ¿Los parisinos te han robado los modales?

Hago una mueca y respiro hondo. Desde el interior me llegan los suaves acordes de [Ocean Wide](#). Tengo el sol a mi espalda que se refleja en el cristal y rebota en su pelo despeinado.

—Digo en la isla —mastico cada letra porque de repente noto la boca seca. Había olvidado lo sexi que está por las mañanas, cuando el sueño aún no lo ha abandonado y tiene los ojos brillantes y pequeñitos. Me doy cuenta de que a algunos recuerdos les encanta esconderse en el olvido.

—¿Vivir? —Parece que lo de burlarse de mí se ha vuelto deporte local.

—¿Por qué te mudaste... exactamente aquí?

—¿Y qué más te da el motivo? —replica con sarcasmo.

—Es que no lo entiendo.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Vine porque aquí está mi hermano, mis amigos. Porque aquel verano no solo me enamoré de ti, también lo hice de ella. —Vierte un poco de esa rabia contenida en las palabras que salen como dardos envenenados. «De ella», ya habla como un

auténtico *bellilois*, refiriéndose a la isla como si fuera una persona—. ¿Te satisface la respuesta?

«Eso te pasa por curiosa».

—Será mejor que me vaya.

Me doy media vuelta, pero cuando dice mi nombre me detengo y aunque dudo, al final acabo mirándolo por encima del hombro.

—La próxima vez muestra un poco de educación y utiliza la puerta principal, está al otro lado. Además, nunca se va a casa de nadie con las manos vacías. Un gesto de cortesía también sería traer un regalo de bienvenida.

Me cabrea ver que el imbécil se está divirtiendo a mi costa.

—Para entonces espero que tú hayas encontrado tu hospitalidad. A una visita no se la deja en la calle, sin ofrecerle un café, como mínimo.

—Tendré la cafetera lista —dice con retintín.

Soy incapaz de contestarle porque es como si él supiera que habrá una próxima vez. Como si me invitara a volver. Justo cuando llego a la acera, lo noto detrás de mí y sus palabras se enredan en mi pelo.

—No crees que la pregunta sería: ¿por qué no estás tú aquí?

34 La pregunta no es ¿por qué?, sino ¿por qué no? (Elio)

Llevo más de un año viviendo aquí. Cada día, en algún momento, me he cuestionado la decisión de mudarme a la isla.

Hace poco, cuando Dylan me dijo que la había invitado a la fiesta, él también me lanzó la pregunta. ¿Por qué venir si eso suponía aumentar las posibilidades de verla? No supe qué contestarle. El ser humano no siempre responde a una necesidad y menos a la razón. Fue un impulso. No tardé mucho en encontrar esta casa, iba con la idea de comprar algo cerca del mar, pero cuando vi los precios entendí que no estaba dispuesto a perder un riñón por cuatro ladrillos sobre un acantilado. Les tengo mucho cariño a mis órganos, qué le vamos a hacer.

Y a Morgane le he dicho la verdad. Aquel verano no solo me enamoré de ella, sino también de la isla.

Porque no me avergüenza admitir que añoraba y necesitaba a Dylan.

Porque la primera vez que pisé este trozo de tierra no me saludó con un manido «bienvenido» como al de cualquier turista, fue un cantarín «bienvenido a casa».

Porque no pasa día que también repita en algún momento ¡esto es *ar baradoz*!, el paraíso.

Porque aquí siempre me he sentido en casa.

Punto.

Pero ese punto es como un agujero de gusano que en su interior alberga tantos recuerdos, que si entras ya no puedes salir.

Al final la pregunta no es «por qué», sino «¿por qué no?»

35 Romy

El jueves me levanto inquieta, con una sensación rara. No es hasta que me ducho, ¡yo sola!, y limpio el espejo con el secador que entiendo qué me ocurre. Es el reflejo de una Morgane que se ha levantado con ganas. ¡Ganas! Esa vitalidad que te da hambre de comerte el mundo. Que te hace sonreír sin motivo, o por un millón de causas. Estoy en casa, con mi madre. De vacaciones, forzadas, pero que saben igual. He recuperado a Romy. ELIO, en mayúsculas, en este nuevo rifirrafe que nos traemos y que no sé aún cómo me siento al respecto porque va por horas, por minutos, por pensamientos. Unas ganas que una vez identificadas todo se me antoja. No pienso quedarme otro día más deambulando por aquí, ni recordando ni maldiciendo. Después de un copioso desayuno a base de tostadas con queso de oveja y miel de abejas negras, todo de la isla, he cogido el bus para venir a Le Palais. Mi madre quería traerme, pero estoy cansada de ver cómo me espía todo el rato. Sé que quiere ayudar, pero solo tengo rota una mano y el corazón lleva tanto tiempo herido que no es nada nuevo.

En cuanto he llegado, he llamado a Romy para invitarla a comer y ha aceptado encantada con el plan. Mientras espero a que sea mediodía, voy de compras. Estoy harta de llevar ropa de hace una década y de la selección de Marlene poco puedo utilizar. No me veo con un vestido de coctel paseando por la isla, la verdad. Después de callejear por el centro, rodeo la pintoresca plazoleta donde por las mañanas suele haber un mercado ambulante. También entro en una galería que debe ser reciente porque no la conozco. Hay muy pocas obras. No me gusta el estilo y ni sé cómo definirlo... solo se me ocurre la palabra «turista».

—Dios, qué bien —ronroneo después de darle un sorbo a la cerveza—. Te juro que necesitaba un respiro.

—Por mí, puedes venir cada día para que comamos juntas —contesta Romy con voz risueña.

Me ha traído a un pequeño bistró, alejado del centro y del bullicio del puerto, con vistas a la muralla de la vieja *cit  * de Vauvan. Nos ponemos al día de todo lo ocurrido en estos tres años. Hay familiaridad, pero aún hay alguna frontera que espero podamos derribar con el tiempo. Hemos sido amigas desde enanas. He compartido con ella los mejores momentos y ha estado en los peores. Sin que me pregunte, aunque sí que se muere de ganas, le cuento los «encuentros» con Elio. El día en el aparcamiento de la playa, cuando vino al hotel a preguntarme por la mano, lo del yoga y su relación con mi madre, hasta ayer y mi curiosidad por ver donde vive.

Escucha, se ríe, hace alguna broma, pero conteniéndose. Le pido que no lo haga, que me d  e su opinión.

—Os conozco a los dos, he sido testigo de cómo empezó y cómo acab  . Si es que de verdad termin   y no es solo una... pausa.

—No s   si creo en las segundas oportunidades. No s   si para nosotros existe esa posibilidad.

—No ser   yo quien hable oportunidades, ni de segundas ni de quintas.

S   que se refiere a su historia con Dylan. No sí las veces que se han dejado y han vuelto.

—Ahora est  is bien,   no?

—Mejor que nunca. Dylan no es perfecto, ni yo tampoco. No es de los que recitan poesía, ni

es cariñoso. Es despistado y demasiado impulsivo. He aprendido que su manera de querer es diferente de la mía, pero eso no quiere decir que no me ame. En los ocho años que llevamos juntos, nos hemos querido hasta la médula y odiado hasta la locura. No ha sido fácil, pero merece la pena. Creo que la clave es hablar.

—Ya... parece que nosotros hemos olvidado cómo se hace.

—Bueno, ahora que estás en la isla y tenéis más oportunidades para coincidir. Cuando sea el momento, lo sabrás.

A lo lejos se oye como se acerca al puerto uno de los ferris.

—*Yec'hed mat* ^[5]—brinda Romy alzando su copa y chocándola con la mía antes de darle un sorbo. En sus ojos veo que para ella el tema está cerrado.

Cuando llega nuestro pedido es su turno de ponerme al día. Me comenta que su padre está preparando su jubilación y que ella se hará cargo del negocio, le gusta ser el vínculo entre el continente y la isla. Dylan compró un barco y la licencia para hacer de taxista; además, organiza salidas por todo el golfo de Morbihan para conocer sus cuarenta y dos islas. Me gusta cómo habla de él, es igual que verla con veinte años. La misma ilusión en los ojos y esa sonrisa eterna de cuando sientes que todo está en su sitio.

Mientras comemos, la brisa marítima me trae una idea que se ancla en mi mente y acaba colonizando. Con el postre tengo muy claro que no acudir a la fiesta no es una opción. Quiero celebrar ese día con Romy. Cuanto más tiempo paso aquí en la isla, más consciente soy de todo a lo que he renunciado. Mi madre tiene razón, solo yo me he privado de ello. Puede que algunas cosas sean irremediables, pero tengo ganas de reencontrarme con otras. Veo esto como una segunda oportunidad para recuperar lo que me importa y no voy a desperdiciarlo. Ya me lo he negado demasiado tiempo.

Estos días, más que nunca, siento que convivo en un conflicto de versiones permanente. La nueva Morgane sigue ahí; ya no ignora a la vieja, al contrario, se han hecho amigas y ahora se pasean juntas cogidas del brazo. Eso me crea una dualidad con la que no es fácil vivir. Llevo tres años evitando mi pasado y no puedo continuar así. No quiero renunciar a él, ni olvidarlo. Uno no puede huir de los recuerdos ni de quienes fuimos. Mi madre tiene razón, me educó para afrontar todo sin miedo. Pienso en ello en el bus de vuelta a casa.

36 Sirenas, cactus y un giro inesperado

Hace unos cinco minutos que ha empezado a caer una fina lluvia, pero le ha dado tiempo a calarme el vestido nuevo que me he comprado esta misma mañana en una tienda de la Place de la République. Y es que, en cuanto he llegado a casa, me he cambiado de ropa y he vuelto a salir. He cogido el camino que pasa por el faro de Goulphar, redescubriendo cómo se ha transformado la isla en mi ausencia. La bruma salada flota en el aire, la vegetación viste de primavera y la lluvia hace que las hojas verdes brillen como si acabaran de barnizarlas. Llego a la casita y me entran las dudas. No sé si seguir adelante o coger el teléfono y llamar a mi madre para que me venga a buscar. ¿Adivina qué decisión tomo?

Cuando toco el timbre, intento arreglarme. Me coloco el pelo detrás de la oreja, me seco la cara con el bajo del vestido y lo estiro para que no tenga ninguna arruga. Todo mientras con el brazo malo sostengo contra mí la ofrenda de la paz, o como mínimo de tregua. Dicen que la locura es un exceso de algo, en mi caso son ganas. Desde que me he levantado que soy incapaz de apaciguarlas.

—Hola, te he traído un regalo de bienvenida —digo sin siquiera coger aire en cuanto me abre la puerta—. También es de disculpa; siento lo de ayer, no quería fisgonear...

—Estás empapada —advierte cogiendo la bolsa que le tiendo. Sus ojos van de mi cara al vestido y vuelta a empezar. Como si no quisiera mirar hacia lo que revela la tela mojada, pero no pudiera evitarlo.

—Diré que cuando he salido de casa no parecía que iba a llover.

—Pasa, te traeré una toalla y prepararé café. Creo que te lo debo. Además, así puedes ver la casa por dentro. —Elio está siendo simpático. Demasiado y eso hace que me salten las alarmas.

Se aparta para dejarme pasar. Me enamoro al instante. En lo primero que me fijo es en que me estoy fijando en muchas cosas. Es más pequeñita de lo que esperaba y huele como siempre pensé que olería nuestra casa: a Elio y a noches de verano. La cocina queda a mano derecha, es en forma de ele y tiene lo básico. Solo hay muebles en la parte baja y son de madera natural que contrastan con la pared pintada en siena tostado. Hay una mesa redonda con cuatro sillas, además de dos sillones frente a una chimenea cerrada. La escalera es también de madera natural con los escalones volados.

Reconozco algunos objetos que lo decoran, como el reloj de la pared que fabrica su padre con maderas que el mar ha arrastrado hasta la costa o la sirena de cerámica que le regalé en nuestro primer viaje juntos, fue a Portugal. «Que ella te cuide donde yo no llego desde la orilla». Fue allí cuando un ojeador se fijó en Elio y empezó su carrera como surfista profesional. Rememoro aquella misma noche, haciendo el amor en la Kombi mientras por los altavoces Pearl Jam cantaba *Sirens*. Me da un ataque de nostalgia. Sonrío, aunque por dentro empiece a llorar.

Vuelve y no disimulo que estaba cotilleando, nadie se creería que puedes estar en casa de tu exnovio y no observar cada detalle. Me pasa una toalla y después va en busca del regalo. Estoy a punto de decirle que no lo abra, que ha sido una mala idea. Ahora me parece una tontería, pero fue verlo de camino a la parada de autobús y comprarlo en un impulso. Hay decisiones que tomas sin saber muy bien el motivo. Puede que solo sea una intención o un deseo escondido de que provoque algo que estamos esperando, sin ser conscientes de ello.

Me seco el pelo mientras Elio lo abre. Lo hace con prisas, nunca le han gustado las sorpresas,

y justo el momento de desempaquetar siempre le ha dado mucha tirria porque es incapaz de disimular si no le gusta. Viste con un pantalón corto caqui y una camisa abierta en azul aciano. Tiene el pelo despeinado y las gafas las lleva colgadas del cuello con un cordel porque siempre olvida donde las ha dejado. Supongo que lo he pillado trabajando.

Quiero preguntarle qué hace ahora.

Quiero saberlo todo cuando sé que no tengo derecho a nada.

Mis ojos se fijan en su pecho descubierto, me encantaba apoyar la cabeza ahí después de hacer el amor y oír como su corazón iba recuperando el ritmo. Subo un poco más hasta su boca y mi cuerpo despierta con un picor insoportable. Solo Elio es capaz de provocarme así. Oigo una carcajada y vuelvo a la realidad. Me mira arqueando las cejas y luego al objeto que tiene entre manos. Mi tontería le ha gustado y en el fondo me alegra saber que sigue siendo «mi chico».

—¿Crees que aquí tendrá bastante sol? —Lo coloca en la repisa de la ventana que está frente a la cocina. Suelto una risita que disuena de puro nerviosismo. ¡Es un maldito cactus de tela! Con una cara sonriente que parece más fumada que otra cosa.

Elio me mira, de verdad, por primera vez desde que he pisado la isla. No solo vuelve el picor en todo el cuerpo, también lo noto en el corazón. Donde él hizo nido y, años después, yo tapié y alcé una muralla de protección. Su característica forma de observarme me hace temblar y el muro se tambalea haciendo saltar alguna que otra piedra. Siento una familiaridad que me calienta y me agobia porque sé que no es real, solo es otro recuerdo más. Las sensaciones también pueden recordarse.

—Solo venía a decirte que, si ellos quieren que esté, iré a la fiesta —digo con la voz entrecortada perdiendo toda la seguridad con la que he llegado. Me doy cuenta de que sigo con la toalla en la mano, me seco la cara y luego los brazos.

—Claro que quieren que vayas; sé que Romy está muy feliz de tenerte aquí. —No sé si parece decepcionado o aliviado. Quizá ambas cosas.

—Y yo. Hemos comido juntas.

Se da la vuelta para ir hasta la cocina y prepara la cafetera. Lo conozco y lo noto nervioso, supongo que para él tampoco es sencillo que yo esté aquí. Intentamos hacerlo bien, pero es más fácil pegar un grito y marcharse que esforzarse en hablar.

—Sobre la fiesta... creo que deberías saber algo —susurra y siento una nueva punzada en el pecho.

—Vas a ir con pareja —conjeturo, con un nudo en la garganta.

No contemplé esta opción; ahora mismo solo deseo salir de aquí corriendo y pillar el primer barco que eleve anclas.

—No. No estoy con nadie —se apresura a aclarar y yo dejo ir el aire que no sabía que estaba reteniendo. Se va hacia la puerta que queda debajo de la escalera y vuelve con una sudadera de un rojo desgastado por el uso y las lavadoras—. Ten, estás temblando.

El «gracias», ni lo pronuncio solo lo dibujo con los labios. No me atrevo ni a decirle que el temblor o el frío no tienen nada que ver con la lluvia. Ponerme su sudadera es volver al pasado y no sé si seré capaz de soportarlo. La duda dura un instante cuando cojo la tela y me llega su olor. Siempre he creído que Elio huele a olas y atardeceres. Hay torturas en que el dolor infligido es aún mayor cuando se busca cómo eludirlo. La prenda me llega a la altura del vestido y con su manía de subirse las mangas hasta los codos, me permite pasar el yeso sin esfuerzo. Quiero quedármela. Esconderla bajo la cama y sacarla cada noche para tener la sensación de volver a dormirme con su aroma a mar acunándome.

Deja la bandeja en la mesa pequeña entre los sillones y se sienta en uno. Hace un gesto

invitándome a que lo haga en el otro.

—No es solo una fiesta de cumpleaños, se lo va a pedir —dice ofreciéndome una taza, directamente.

Qué cachito de cielo es estar con alguien que sabe que tomas el café sin azúcar ni leche. O que prefieres las tostadas casi quemadas y con mucha mantequilla. Lo que te gusta hacer las noches de lluvia o los domingos por la mañana.

—Pedir, ¿qué? —En cuanto lanzo la pregunta, sé la respuesta—. Se van a casar.

Contengo el aire. Él lo suelta. Un puñado de emociones imposibles de digerir se atrincheran en mi estómago.

—Si Romy dice que sí.

—Va a decir que sí —siseo entre dientes mientras mis pensamientos se van agolpando en la cabeza. Jugueteo con las mangas de la sudadera.

—Ya... parece que el único que tiene dudas es Dylan.

—Me alegro por ellos —consigo decir.

Y lo siento de verdad, pero estoy agotada de tantas sorpresas y emociones. No sé cómo gestionar nada de lo que está sucediendo.

—Ha montado una fiesta por todo lo alto, con amigos y familiares. Les dijo que te había invitado, todos están deseando verte.

Asiento sin ser capaz de articular palabra. Ver de nuevo a su familia, a la que he echado tanto de menos... Suspiro hondo tragando las lágrimas.

—Ahora entiendo mejor la insistencia de tu hermano.

—Quería tenernos a los dos allí. Dijo que si no fuera por nosotros... bueno, ya sabes su historia.

Bromeaban que se contagiaron de nuestro amor al ir siempre los cuatro. De nuevo siento ese pinchazo de celos. Ellos eran la pareja volátil y nosotros el valor seguro... Qué vueltas da la vida.

—He pensado que... Solo... —Empieza dos veces la frase sin saber cómo continuar—. Prefiero que lo sepas y que no te coja de sopetón cuando lo veas arrodillarse.

Doy un sorbo al café buscando que el amargor me espabile.

—¿Qué hiciste al saberlo?

—Beber —reconoce.

—¿Tú? —No puedo evitar que la pregunta suene con sorna. El Elio del pasado no toleraba nada bien el alcohol.

—Para ser más exactos, beber y vomitar.

—Eso ya me lo creo más.

Sé que no me ha perdonado. Sé que aún hay un abismo entre nosotros, pero hasta los peores enemigos hacen piña para luchar contra un mismo rival. El compromiso de Dylan y Romy no es nuestro adversario, pero lo que despierta en nosotros hace que nos comprendamos, busquemos y apoyemos.

37 Vomitar una mala decisión (Elio)

Qué complicado está resultando tenerla en casa. Joder, qué bien encaja entre mis cosas, su sola presencia lo llena todo. Me gusta el puñetero cactus porque me recuerda a la Morgane de veinte años.

Cuando he abierto la puerta y la he visto casi le salto encima. Malditas las ganas que he tenido de lanzarme sobre ella, comerle la boca, cargarla a mi hombro y llevarla hasta mi habitación. Siempre me volvió loco verla nerviosa, cuando sus labios se vuelven una línea fina y le tiembla la barbilla, pero sus ojos brillan con decisión. Está tan condenadamente sexi con el vestido mojado, revelando todas esas curvas que conozco mejor que cualquier otra cosa de este mundo.

—¿Qué hiciste al saberlo? —me pregunta Eme.

—Beber —contesto recordando aquella tarde, solo un par de semanas antes.

Recuerdo aquel día, era mediodía cuando salí del mar, estaba agotado. Llevaba horas entrenando, aprovechando la mar arbolada con olas de seis a nueve metros, un grado siete en la Escala Douglas. Al llegar a la orilla, vi a Dylan. Me ofreció una toalla, cuando sacó el termo con café supe que quería hablar. Lo último que esperaba fue la bomba que me soltó. Me quité el neopreno y me vestí con la ropa que me había traído.

—Dylan... No puedes casarte. —No sé el rato que estuve en silencio, solo sé que las ganas de volver al mar eran irrefrenables. Las olas siempre han sido mi mejor terapia.

—No te estoy pidiendo permiso, solo te informo que voy a pedírselo. Además, aún no ha dicho que sí.

—No me lées, sabes que aceptará. Por fin estoy tranquilo. Está... sin estar. No puedes invitarla. No puedes hacerme esto.

Claro que me alegraba por él, por ellos, que diera el paso de casarse. Sabía lo feliz que era junto a Romy. Lo que no podía soportar era pensar que eso implicaba volver a ver a Morgane.

Horas después, cuando las estrellas ya brillaban en el cielo, se presentó en mi casa.

—¿Elio? —Dylan repitió un par de veces mi nombre hasta que me encontró sentado en el suelo, frente a la cama—. Estás borracho.

Se supone que el alcohol sirve para olvidar. Pero yo solo recordaba. Estaba colocado, era una sobredosis de pasado.

—No lo suficiente. —Aún era capaz de hablar. Y de sentir. Se suponía que aquella mierda debería haberme anestesiado, pero solo sirvió para marearme. Como al bajar de una de esas atracciones a las que nunca le he encontrado la gracia—. ¿Qué haces aquí? —Me levanté demasiado rápido volcando el tanque que era mi estómago y todo el contenido salió por la misma vía que había entrado.

—Quería ver cómo estabas.

Quise contestarle: «No te preocupes, es solo una mala noche. Pasará», pero fui incapaz. Porque era solo una noche, sí, pero que se viene repitiendo desde hace tres años.

—¿Por qué bebes si no sabes?

—No puedes casarte —insistí, incansable.

«No puedes invitarla. No puedo volver a verla».

El resto... Bueno, no creo que sea necesario relatarlo. Todos hemos pasado por ello. Y de las consecuencias a la mañana siguiente, también.

38 La vulnerabilidad del flanco norte

Nos damos una tregua mientras fuera se oyen las gotas de lluvia repicar sobre los cristales. Dentro, solo se escucha el chocar de la cerámica con la mesa y algún que otro suspiro que nació siendo un beso. Es justo en ese momento que descubro que a veces pierdes el tiempo y otras, en cambio, te pierdes en el tiempo. Entre pasado, presente y ese futuro en el que invertimos horas ideando y nunca llegó a ser. Muevo el culo un poco para atrás y apoyo la cabeza en el respaldo. Cierro los ojos y por un momento olvido donde estoy. Mi mente me ha transportado muy lejos, a aquel cielo de sueños no cumplidos donde me encuentro con nuestra boda. El muro que hay en mi pecho vuelve a sacudirse y el temblor me devuelve a la realidad.

—Qué opinas, ¿sigues creyendo lo mismo de los sillones? —pregunta con cierta ironía buscando cambiar de tema.

Ladeo la cabeza hacia él y choco con su sonrisa taimada. Mis neuronas tardan un poco en activarse. Sé de qué me habla, de aquellas veces cuando soñábamos despiertos de cómo sería nuestra casa, en la que yo insistía en poner un sofá y él decía que prefería los sillones. Paso la mano sobre el reposabrazos. Son de ante marrón, con un estilo muy vintage que dan calidez a la estancia. Son grandes, supongo que de cuerpo y medio. No tengo dudas, por mucho que me tienta la idea de comprobarlo, que los dos cabemos en uno y que encajaría perfectamente en ese espacio que hay a su lado izquierdo. Casi puedo sentir como me rodea la cintura con el brazo y su latido bajo mi oído. El luto por esos recuerdos me desborda y tengo ganas de llorar y gritar. Me contengo sabiendo que no es buena idea y explotarán tarde o temprano.

—Son cómodos... —admito. También recuerdo lo que hicimos en uno en Lynton y el picor vuelve a hacerse insoportable.

—Te lo dije... —murmura con la vista fija en mi boca y sé que él también está ahora mismo en aquel hotelito de la costa del canal de Bristol.

¿Cuántas veces has pensado que te gustaría borrarle la memoria para poder vivir algo por primera vez? Me encantaría volver a descubrir su forma de mirarme, el olor de su piel o el sabor de sus besos llenos de mar. Oír por primera vez su voz ronca del amanecer jadeando mi nombre o escucharle hablar de sueños en voz alta. La sensación de sus dedos entrelazados con los míos. Ojalá pudiera revivir la sensación de perderme en sus brazos. Ojalá pudiera volver a enamorarme de él por primera vez.

Me pongo en pie. No porque tenga ganas de irme, sino todo lo contrario.

—¿Estás bien? —me pide, también levantándose.

Cuando no sabes qué decir, la verdad es una buena idea.

—No, pero ¿acaso cambiaría algo? —Transcurre un eterno instante antes de que vuelva a hablar—. Será mejor que me vaya a casa.

—Te llevo.

—No hace falta, ha dejado de llover —digo mirando hacia la ventana. Tampoco me importa, ahora mismo como si cae un aguacero, solo sé que necesito escapar de aquí. De esta casa. De Elio. De los recuerdos.

—No era una pregunta.

Por si estar en su casa hablando de bodas y recordar lo bien que lo pasábamos en la cama no fuera suficiente, Elio me lleva en la furgoneta. Donde nos acostamos por primera vez, nuestro pequeño refugio del mundo. Todo sigue igual, aquí dentro parece que no han pasado los años. Hasta el olor es el mismo, como esas toallas que por mucho que laves siguen oliendo a verano. Inspiro hondo respirando una gran bocanada de recuerdos. Del espejo, aún cuelga el llavero de madera con el símbolo del trisquel hecho en forma de olas y que le compré a la mañana siguiente de decirle que le quería, había escuchado que representa las tres promesas de una relación: amar, honrar y proteger. Viajar al pasado es posible, y esta es nuestra propia cápsula del tiempo. Elio abre las ventanas y deja que un aroma floral y de tormenta entre en el habitáculo. Supongo que él también está sufriendo estos episodios de «regreso al pasado». A pesar de todo, disfruto. Conozco la canción que suena en la radio es [Setting Sun](#). Miro hacia el cielo que se va oscureciendo con el anochecer. Me fijo en la carretera evitando a toda costa desviar la vista hacia él, me gustaba demasiado verlo conducir, si no fuera por la escayola, no sé si podría frenar esa necesidad de poner mi mano sobre su muslo. Como siempre hacía.

—Hay cosas que nunca cambian —digo con los dientes apretados cuando entramos en el camino de gravilla y veo a mi madre en versión la vieja del visillo.

—Menos mal. —La frase es una mezcla de alivio y mofa.

Se ríe con sordina y yo me muerdo el labio para que mi sonrisa se quede dentro. No sé muy bien cómo actuar en este tipo de tregua a la que le acecha una conversación que sigue pendiente y que parece que ninguno de los dos es capaz de poner sobre la mesa.

Sí, es reconfortante sentir que hay cosas que permanecen igual. Me refiero por ejemplo a la Kombi, no a que mi madre siga en la ventana espiándonos detrás de la cortina creyendo que no la vemos. Eso es vergonzoso, ¡que tengo casi treinta años!

—Supongo que esta vez también me quedo sin beso. —Su voz deja entrever una sonrisa.

—Tira de recuerdos —dice mi corazón sin que mi cerebro haya tenido tiempo ni a procesar las palabras. No me atrevo ni a mirarlo, pero noto el calor de la suya sobre mí—. Espero que hayas guardado alguno.

El pasado es tan presente que me siento completamente turbada. Cuando veo que no va a responderme, me giro para bajarme y entonces me coge del codo con sumo cuidado evitando hacerme daño en la mano.

—Todos —susurra—. Los tengo absolutamente todos guardados.

El muro sufre un gran impacto y se derrumba una parte del flanco norte.

39 He perdido (Elio)

He perdido la cuenta de las noches que me he despertado buscándola a mi lado.

He perdido la cuenta de las veces que me doy la vuelta esperando ver su silueta a la luz del amanecer.

He perdido la cuenta de las veces que sigo pensando «esto tengo que contárselo».

He perdido... A ella. Lo nuestro. Un montón de besos. De ganas.

Sí, querida Eme, yo también pensé en Lynton cuando compré estos sillones de estilo tan británico, y no sabes lo que me ha costado no agarrarte y sentarte encima de mí.

No me ha gustado ver cómo tu rostro ha cambiado cuando has sabido el motivo de la fiesta. Si supieras lo fácil que me resulta aún leerte. Si supieras que soy incapaz de olvidar nada. Sí, lo recuerdo todo, absolutamente todo.

Si supieras... ¿Qué cambiaría?

NADA.

Hace tres años Morgane ya sabía hasta qué punto estaba enamorado de ella. Estábamos prometidos, pero no le importó dejarme en el peor momento de mi vida. He perdido tantas cosas desde entonces. A mi mente acude aquel primer verano, aquella tarde en la playa, cuando le confesé que yo no tenía miedo a enamorarme, sino a desenamorarme. Hoy es de esos días en que siento que intentarlo es una pérdida de tiempo.

***40 Eterno verano (Elio)**

Verano de 2012

A medida que los días se iban acortando y la madrugada era más perezosa, las discusiones entre los dos aumentaban. Soy incapaz de recordar ni el noventa por ciento de los motivos que nos llevaban a gritarnos, a alejarnos para poco después buscarnos con una necesidad que rozaba la obsesión. Ahora, con el paso del tiempo y la sabiduría que aporta estar a las puertas de los treinta, puedo asegurar que solo éramos dos críos intentando comprender lo que nos ocurría y qué hacer con aquel amor que nos desbordaba y no sabíamos cómo gestionar. Con un «adiós» que nos perseguía y que por mucho que corriéramos para alejarnos, el cabrón nos atrapaba siempre. El verano estaba llegando a su fin, igual que nuestros días en la isla. Morgane se iba a estudiar a Vannes y yo a Burdeos a cursar el último año de Ciencias del mar.

Aquella noche me fui a trabajar de muy mala hostia, habíamos discutido de nuevo, Gauvain se dio cuenta y me echó la bronca. Me dijo que, al salir al mar, tenía que dejar los problemas en la orilla, que seguirían allí, pacientes, esperándome. Esa regla que más tarde pondría en práctica para mantener la calma en mi época como surfista profesional.

Pero volviendo a aquella noche, llegamos a puerto antes de que el campanario de Sauzon tocara las cinco de la mañana. Después de descargar la mercadería en la lonja, me fui a los vestuarios para poder darme una ducha y desprenderme del pestazo a pescado. Al llegar a la furgoneta, busqué la llave que siempre dejaba escondía en una cajita junto a la rueda trasera, pero allí no estaba, justo entonces me percaté de que la bicicleta de Morgane estaba apoyada en la parte trasera. Abrí con cuidado la puerta lateral y, en cuanto la vi acurrucada en mi cama, toda la mala leche se esfumó. Justo entonces se despertó y se tiró a mis brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté entre besos, mientras cerraba la puerta. Cuando algo mojado tocó mis labios me aparté, estaba llorando—. Eme, me estás asustando, ¿qué ha pasado?

—Te quiero. —Sus manos temblorosas me quitaron la camiseta y me desabrocharon los pantalones—. Esto es demasiado bueno como para acabarse. En algún lado está a punto de llegar el verano —murmuró pegada a mi oreja antes de que su boca me hiciera cosquillas en el hueco de la clavícula.

Tiré de su pelo para poder mirarla a la cara. Le sequé las lágrimas con los pulgares y, después, soplé la punta de mis dedos. Ojalá cualquier dolor pudiera desaparecer soplando sobre él y diciendo un puñado de palabras.

—Morgane, tú eres mi eterno verano.

41 Sanar duele

Hay mucha filosofía en todas esas frases que nos dicen de pequeños. Como cuando nos desollábamos las rodillas y al desinfectarla te decían eso de que «si pica, cura». Limpiar la herida duele más que cuando te la hiciste. La piel muda, cicatriza dejando una huella para siempre.

Sanar duele.

Joder, si duele.

42 ¿Cómo va a ser dormir una tregua si sueño con ella? (Elio)

Dormir... como sinónimo de descansar.

Dormir... como sinónimo de dejar de pensar.

Que alguien me explique entonces, ¿cómo va a ser dormir una tregua si sueño con ella?

Vete, Morgane. De mi sueño. De mi cama, de mi casa. Vete de la isla. De mi cor... Mejor me callo antes de seguir diciendo estupideces.

¿Cómo voy a ser amigo suyo si cuando cierro los ojos la veo desnuda y me imagino tomándola de mil formas distintas? Si puedo sentir su boca en mi piel y sus manos pasearse por mi cuerpo como si hubiera sido justo ayer... y no tres años atrás.

Lanzo la almohada a la otra punta de la habitación. Golpeo el colchón. Justo cuando me pongo en pie para ir al baño, oigo unos golpes en la puerta. Maldigo como un *hooligan*, pero me apresuro a bajar la escalera como la protagonista de las novelas de Jane Austen en busca de noticias de su amado, porque algo me dice que quien está al otro lado, esperando, es Morgane.

43 Traigo el desayuno

Está completamente desaconsejado tomar decisiones cuando has dormido mal, pero aún es más arriesgado hacerlo cuando has pasado una noche estupenda. Cuando por fin te levantas y no te duele la mano y el sueño ha sido como volver a tener veinte años. Antes de salir de casa, consulto de nuevo la web de mareas para asegurarme de que puedo poner en marcha mi plan.

—Si vas a seguir viniendo tan a menudo, voy a empezar a cobrarte entrada. —Elio tiene la voz ronca de cuando no ha dormido bien.

Suelto una risilla que queda ahogada al hacerlo con la boca cerrada porque no me atrevo a decirle que si va a recibir a las visitas en calzoncillos ,más de una pagaría de buen gusto esa entrada. A pesar de las ojeras está tan guapo que entiendo esa necesidad de los antiguos artistas de hacer un monumento a la belleza esculpiendo en una piedra fría como el mármol, el calor que provoca.

—Buenos días, he traído el desayuno y una idea —balbuceo y sacudo la cabeza para apartar esa imagen de mi retina.

Huelga decir que no lo consigo.

—Anda pasa. Empecemos por el café... me da menos miedo.

—Gracias, ¿te he despertado?

Como respuesta gruñe y luego añade:

—Sea como sea, ya estoy levantado.

—He pensado en algo y quería hablarlo contigo antes de hacer nada.

Entramos y él se va a la cocina y prepara la cafetera.

—Los platos en ese armario —dice con toda la naturalidad del mundo—, los cubiertos en ese cajón. ¿Leche?

—No, gracias. Y será mejor que te pongas un pantalón.

Se da la vuelta y me mira con el ceño fruncido.

—No hay nada que no hayas visto y tocado antes, solo más viejo —ríe socarrón. Y yo que lo recordaba con mal humor al despertar.

Su risa se pierde a medida que sube la escalera de dos en dos y una vez arriba, me llama:

—Oye, ¿y la sudadera?

—Oh... *mmm...* Me la olvidé. —«Bajo la almohada. Hemos pasado toda la noche abrazadas, ha sido perfecto».

—Ya, para la próxima vez.

—Claro. —«O no».

Voy a la cocina y siguiendo sus instrucciones, empiezo a poner la mesa. De la nevera cojo la leche y una botella de zumo de naranja que hay al lado. Descuelgo la tabla de cortar y pongo encima un trozo del *kouig amann*. Lo estaba preparando ayer mi madre cuando llegué a casa. No hice ningún comentario sobre que estuviera en la ventana y ella tampoco lo mencionó. Las dos actuamos como si no hubiera ocurrido a pesar de que la última frase de Elio: «Todos. Los tengo absolutamente todos guardados» no ha dejado de resonar en mi cabeza desde entonces. Maldito Elio, sigue teniendo el don para lanzar frases que son cohetes que me llevan a galaxias inexploradas. El problema es que la realidad hace que el aterrizaje siempre me pille despistada y no soy capaz de frenar la caída con las manos ni con los pies. De narices y con la boca abierta,

así es el final de cada uno de esos episodios.

Poco después, Elio baja de nuevo, lleva puesto un vaquero y una camiseta de manga corta de aquella marca que lo patrocinó el primer año que fue profesional. Pone música, en eso se parece a mi madre, a los dos les gusta empezar el día con energía, yo soy más de silencio y de marcha lenta. Empieza a sonar [*So caught up*](#).

Intento cortar la tarta, pero me rompí la mano izquierda y soy zurda, cuando me ve, me roba el cuchillo.

—Déjame a mí. —Nuestros dedos se rozan un instante, pero la chispa es igual a una supernova.

—Ponlo un minuto en el microondas para que la mantequilla coja calor.

El pastel es típico bretón, elaborado con masa de pan, mantequilla y azúcar. Cuando ve que todo ya está listo y en la mesa, aparta una silla para me siente en un gesto que me resulta más provocador que caballeroso.

—Tu madre sigue siendo la mejor repostera que conozco —declara con el primer mordisco.

En «este punto» en el que estamos, que no sé muy bien cómo definirlo y aún menos dónde están los límites, me pregunto si está permitido quitarle esa miga llena de azúcar que le ha quedado en la comisura de los labios. Digo con los dedos, ya sé que la opción de hacerlo con la lengua queda completamente descartada (a pesar de ser la que más me tienta).

—No sé qué idea tiene Dylan para la fiesta —empiezo a decir para cambiar el ritmo de mis pensamientos, «Morgane, por Dios, ¡que no son ni las nueve de la mañana!»—, pero he pensado que se podría aprovechar que el hotel está cerrado para celebrarla en la terraza. Bueno, y todo lo que se pueda necesitar, como la cocina...

—¿Lo has hablado con tu madre? —me interrumpe después de servirnos otra taza de café.

Picoteo del *Kouig-amann*, pero sin hambre, tengo el estómago cerrado por estos dichosos nervios que no consigo apaciguar de ninguna forma.

—Por supuesto. Su única condición es que de montar y limpiar os encarguéis vosotros.

—Es lo mínimo. Me parece una gran idea. Íbamos a celebrarla aquí y por mucho que me guste mi casa, no se puede comparar con la terraza mirador del hotel. ¿Por qué me lo cuentas? ¿Quieres que haga algo?

—Prefería hablar contigo antes de proponérselo a Dylan.

—Son tus amigos... puedes...

—Poco a poco —lo corto, soltando un soplido—, no es fácil.

—No lo está siendo para nadie —admite dando un sorbo al café.

—No es verdad —chasqueo la lengua—. Mira a Romy, Dylan, hasta mi madre... menos nosotros.

—Eh, estamos desayunando.

Y quiero decirle que si calla y presta atención, las palabras no dichas vuelan en círculo a nuestro alrededor, como buitres sobre carnaza fresca. Supongo que mi cara revela mis pensamientos y aún podemos entendernos en ese idioma que elaboramos durante seis años. A pesar de que haga tres que no lo usamos y lo tengamos algo oxidado.

—¿Quieres que lo llame yo? —Asiento y le regalo una suerte de sonrisa. Hay momentos que me cuesta creer que lleve menos de una semana en la isla. Veo que se levanta y que coge el móvil que tiene cargando junto a la cafetera.

—¿Vas a hacerlo ahora?

Me hace un gesto con la mano como para que me calle y vuelve sobre sus pasos. Deja el teléfono sobre la mesa, entre los dos, con el altavoz puesto.

—Hola, Eme se pregunta qué te parece la idea de celebrar la fiesta en el hotel.

—Joder, ¡eso sería la hostia de genial!

—Buenos días, Dylan, ¿entonces te parece bien? No quiero interferir en tus planes, solo...

—¿Estás ahí? —me interrumpe—. ¿A estas horas? ¿Habéis dormido juntos?

—Tío, manos libres —ruge Elio, pero en su cara hay una chispa de diversión.

—Las mías sí, ¿y las tuyas?

—¡¡Dylan!! —exclamo antes de soltar una carcajada. No hay duda de que son hermanos.

—No sé por qué te escandalizas... —Carraspea antes de continuar—. Volviendo a la fiesta, te lo agradezco, es el sitio perfecto. Si te parece bien, me paso por allí a la hora de comer y acabamos de hablarlo.

—Allí estaré.

Cuelga y yo miro hacia el reloj. Se me ha echado el tiempo encima. Me termino el café de un trago.

—Me voy o llegaré tarde.

—¿Tarde? —pregunta, también levantándose—. ¿Te llevo algún lado?

—No hace falta. He quedado con mi madre en el cruce y sabes lo puntual que es. Quiere que la doctora Saunier me mire la mano. Dice que no se fía de los médicos parisinos.

—Ya, no te creas especial. —Chasquea la lengua—. A mí me obligó a ir poco después de llegar aquí —ríe como recordando el momento y yo me cabreo al pensar en todo lo que me he perdido—. Fue ella la que me recomendó ir a yoga para recuperar el equilibrio y elasticidad. Es muy buena, te lo dice alguien que en los últimos años ha visto a demasiados médicos.

Veo como traga saliva y se le oscurece la mirada. De repente el ambiente se ha vuelto espeso, ha llegado un nubarrón tapando el sol de hace un momento.

—Tú, ¿ya estás bien? —pregunto en un hilo de voz.

Asiente, pero encogiéndose de hombros. El silencio nos rodea, ahogándonos en nuestros propios pensamientos. Los buitres ya han empezado a darse el festín.

Me despido con un adiós casi inaudible.

44 Tarde (Elio)

¿Si estoy bien?

Estoy vivo y he podido seguir con mi vida.

Supongo que sí, que eso es «estar bien».

La gente no suele preguntar y si lo hacen es por cortesía, sin querer escuchar realmente cómo te sientes.

¿Ahora te preocupas?

Morgane, llegas tarde.

Los sueños han caducado.

El interés se perdió.

El amor murió demasiado joven.

El rencor ha envejecido, mucho y mal, y ya no se sostiene.

Tú eres una de esas secuelas que me han quedado.

Morgane, llegas muy tarde.

45 La pizca que marca la diferencia

Es viernes por la tarde y mis viejos amigos están todos aquí, preparando la fiesta.

Es viernes y hace una semana que llegué.

Es viernes y la «tregua» con Elio se ha terminado. Lo sé desde que ha llegado y no me ha saludado. Lo sé porque me evita.

Elio es una de las personas más rencorosas que conozco. Es de números y tiene buena memoria. Cuando ayer me llevó a casa y dijo que se acordaba de cada beso que nos hemos dado, sé que es verdad. También lo es que recuerda cada pelea. Es de los que, en las discusiones, lanza reproches. Da igual si son de hace un día, un mes o tres años atrás.

Cuando le he preguntado si se había recuperado del todo del accidente me he dado cuenta del momento justo en el que se acabó la paz. El Elio que me encontré en el aparcamiento de la playa de Donnant es el que ha llegado hace dos horas para ayudar con los preparativos. Yo estaba hablando con Romy por teléfono para quedar para comer juntas mañana y tener una excusa para que luego me traiga a casa y empiece la fiesta.

Mi madre parece uno de esos policías que dirigen el tráfico desde una plataforma elevada en medio de un cruce de París. Aunque el daiquiri de fresa que le ha preparado Dylan y del que va dando sorbos, no cuadra con la comparación que he hecho. A mí me tienen de aquí para allá, pero sin hacer nada y todo porque la doctora Saunier me ha regañado por no hacer reposo, que la inflamación ya debería haber remitido. Al final, como si fuera una cría de seis años, me han dejado sacar los platos, vasos y servilletas de las cajas.

En todo momento sé dónde está Elio. Ya han terminado de organizar las mesas, mientras Dylan y Maël ponen las sillas, él empieza a sacar las cajas con las bombillas. Toda la decoración es muy cósmica, con luces en forma de estrellas y planetas que orbitan por la terraza y que cuelgan con hilo de pescar. Cuando termino mi tarea y vuelvo a mirar hacia él, lo veo tan concentrado que me digo que es mi oportunidad para acercarme. Odio este abismo entre nosotros. Casi me llegan las malas vibraciones que lanzan sus pensamientos.

—Hola, ¿te ayudo? —murmuro utilizando mi tono más dulce.

—No hace falta.

A pesar de su negativa, saco una tira de luces y empiezo a desenvolverla.

—A partir de ahora..., ¿será así?

—¿Así, cómo? —replica sarcástico. Sin darme opción a responderle, vuelve a hablar—. ¿Apareces al cabo de tres años y esperas que todo siga igual?

—Ya sé el tiempo qué ha pasado. —Quiero añadir que yo me alejé, pero ninguno de ellos vino a buscarme ni mostró el mínimo interés por saber de mí. El camino siempre es bidireccional, aunque lo obviemos porque nuestro orgullo ocupa los dos carriles—. ¿Podemos ser amigos, al menos?

—No —responde contundente.

—Ni siquiera te ha dado tiempo a pensar la respuesta.

—Porque no merece dedicarle ni un minuto —lo dice mirándome por primera vez desde que ha llegado y me golpea ver que no hay rastro de duda en sus palabras. Solo determinación.

Resopla y no tarda ni diez segundos en abandonarme y buscar otra tarea, la que más lejos queda.

—Te mira como lo hace con el mar —dice mi madre, cuando llega a mi lado, con la vista fija en Elio—. Lo hacía con veinte años y sigue haciéndolo.

—Deja de beber, estás viendo visiones —respondo sin esconder mi mal humor. Cuanto más brilla la terraza, más apagada me siento.

—¿Qué ha pasado? —Alarga la mano y me quita la guirnalda. Al bajar la vista hacia ella veo que, en lugar de desatarla, he hecho una bola.

—Esta mañana, cuando ya me marchaba de su casa, le he preguntado si ya estaba bien del accidente y... supongo que hemos vuelto al punto de partida.

—¿Tanto os cuesta hablar de una vez y deciros todo eso que calláis? Sois idiotas, no sabéis la suerte que tenéis de tener esa opción.

Y sé, porque en estos tres años ha salido más de una vez a colación, que habla de esas escasas segundas oportunidades que brinda la vida y que lamenta no haber tenido esa suerte con mi padre. «Qué desperdicio de vida si no podemos vivir el amor sin frenos» recuerdo que me dijo una vez. Quiero contestarle, pero es que no me apetece tener otra vez la misma conversación.

—Esto ya no hay quien lo deshaga —dice mientras prueba si “mi bola” se enciende—. Funciona, así que pueden colgarlo tal cual, como si fuera el sol.

Miro esa madeja que se asemeja mucho a mi cerebro ahora mismo. Al inicio, solo ves una luz, pero a medida que tus ojos se acostumbran, distingues el intrincado y confuso laberinto de bombillas. Un caos de problemas en llamas que requieren atención.

—Voy a por un vaso de agua—me excuso.

—Recuerda lo que cantaba Goldman: «vivimos olvidando que moriremos un día».

Asiento y me pregunto si lo que olvido es que moriremos un día o el problema es que lo tengo tan presente que es justo eso lo que me impide avanzar.

En la cocina me encuentro con Dylan colocando las bebidas y la compra en las neveras.

—Gracias por esto —dice, dibujando un círculo a nuestro alrededor.

—Romy se merece lo mejor. —Suelto un gruñido de impotencia cuando no puedo abrir el tapón de la botella de agua con gas. Como odio esta maldita mano inútil.

—Deja, ya te lo sirvo yo. —Me da un vaso y se prepara otro para él—. ¿Crees que le gustará? Empiezo a pensar que me he pasado.

—No. Es perfecto. —Dylan es de los que le encanta hacer las cosas a lo grande—. Y más sabiendo lo que vas a hacer.

—¿Te lo ha contado? —pregunta en un murmullo.

Asiento y choco mi vaso con el suyo.

—No quería que me pillara desprevenida.

—Creo que nunca he estado tan nervioso —admite.

No hay duda de que son hermanos, tienen la misma constitución, a pesar de que Dylan siempre ha sido más fornido, más contundente; con sus facciones muy marcadas y hombros anchos. Siempre lo he visto con el pelo rapado y con el tono moreno de piel de pasarse la vida al sol y que hace que sus ojos verdes resalten como un faro. Es de las personas más extrovertidas que he conocido en mi vida. Nunca ha sabido lo que es la vergüenza, por eso me sorprende ver que, con esta confesión, se le ponen hasta las orejas rojas.

—Dirá que sí, el único que tiene dudas eres tú.

—Ya... Qué claro se ve todo desde fuera. Gracias por esto, lo digo de verdad. No solo por dejarnos tu casa. Romy te ha echado mucho de menos. Sé que venir no está siendo fácil y que te he pedido mucho.

Es incapaz de estarse quieto, sigue colocando las provisiones para mañana y yo lanzo una

mirada por la ventana.

—Dylan, ¿estás seguro de que me quieres en la fiesta? Entiendo que es un acontecimiento importante y feliz para compartir con la familia. Te prometo que no me molesta si has cambiado de opinión.

—Ni te lo plantees siquiera —dice volviendo sobre sus pasos para cogerme de los hombros—. Quiero que estés. Y sé que Romy también lo querrá así. Además, he comprado champán suficiente para aturdir cualquier situación. —Suena una alarma y saca el teléfono del bolsillo trasero para apagarlo—. Tengo que ir a buscar a mis padres a Quiberon.

—No te lo he preguntado, pero ¿dónde duermen? Si necesitas alguna habitación, aquí hay de sobra.

—Está todo organizado —me interrumpe—. Esta noche se quedan en casa de Elio. Hablando de él... Dale tiempo, ¿vale?

—¿Más? —resoplo, alzando las cejas.

—¿No crees que se merece todo el que tengas? —Asiento—. El éxito siempre se esconde en esa pizca de más.

Se despide dándome un beso en la mejilla y yo recuerdo haber leído que cada uno tenemos una persona por la que sientes un poco más. Esperas un poco más. Esa pizca que reservas para ese alguien especial y que marca la diferencia.

46 La sabiduría de Mary Poppins

Decido ir a mi cuarto a descansar. No por la mano, sino para alejarme de Elio. Qué rápido nos acostumbramos a lo bueno y a lo que creíamos que no podríamos soportar. Pensaba que lo más complicado sería volver a verlo, pero me equivoqué. Estar cerca de él, ir a su casa ha resultado ser la parte fácil. En cambio, esta ignorancia selectiva, que muestra el abismo que nos separa, es lo peor.

Antes de subir, paso por la cocina y robo una tableta de chocolate del escondite que tiene mi madre en el cajón de los delantales. Sí, sé que ya tengo una edad para saber que el chocolate no ayuda, pero soy de esa generación que se crio con Mary Poppins, quien muy sabiamente nos enseñó que «con un poco de azúcar la píldora que os dan pasará mejor».

Me tumbo en la cama y después oigo a Chouchen acercarse hasta que se sube y se acurruca junto a mis pies. Me estoy enamorando de este chuchito y su forma tan sutil de estar pendiente de mí y hacerme compañía.

Suena mi teléfono y agradezco a los astros que manden a Marlene cuando más la necesito.

—Hola, ¿te pillo en mal momento?

—No, todo el contrario.

—¿Qué pasa? —pregunta, alarmada.

—Lo de siempre, y no quiero hablar de ello. Cuéntame cualquier cosa.

—He vuelto a ver a Simon. Sé que dije que salir con un dentista es agobiante, pero el sexo es muy bueno y he decidido que por una docena de orgasmos más puedo soportarlo.

Y mientras ella me cuenta su cita, voy hasta la ventana. El sol se va acercando al horizonte y baña la estancia con una luz anaranjada. Hay un velero entrando a la cala, cuando vuelvo la vista al jardín localizo de inmediato a Elio y me doy cuenta de que me está observando. Como si hubiera estado esperando a que me asomara. En mi mente suena el estribillo de *Love you've lost*.

—¿Me oyes?

—Perdona, estaba distraída.

—¿Con el surfista? —pregunta socarrona.

—¿Qué decías? —Cambio de tema. La oigo reírse al otro lado de la línea; pienso que, si los teléfonos tuvieran hilo como los de antes, ahora mismo le haría un lazo en el pescuezo con él.

—Que el dichoso proyecto del hotel me tiene agobiadísima. Nada les convence y me he quedado sin ideas.

—Se me ocurre algo, mañana quería pasarme por la galería de Bangor, te he hablado alguna vez de ella, preguntaré a Vincent si tiene algo que nos encaje.

—Eso sería perfecto —aplaude—, te debo una.

—Me debes más de una, aún no te he perdonado lo de la maleta.

—Nada como un orgasmo para alinear chacras, encontrar la paz y el equilibrio.

—¿Para eso no era bueno el yoga? —me contagio de su humor y qué bien sienta—. Por cierto, mi madre y Elio van juntos todos los martes a clase.

—Qué buen rollo tienen, ¿no?

—Demasiado.

Seguimos hablando, riendo, cuando cuelgo el teléfono ya ha oscurecido y en el jardín ya no queda nadie.

47 Déjame marchar

El sábado me despiertan unas voces. Miro hacia el gallo-despertador y veo que son las nueve pasadas. He dormido fatal. Podría culpar al calor, parece que estos días de finales de mayo se creen verano. O a Chouchen que, ahora que ya no me tiene miedo, se espachurra en mi cama y parece que su postura favorita es ponerse sobre mis piernas con el culo hacia mí. Tengo que advertir a mi madre de que revise qué le da de comer, sus pedos apestan. En el fondo, todos sabemos qué es, o mejor dicho, quién es el que me quita el sueño.

Me doy una ducha; es curioso lo rápido que se aprenden nuevos hábitos como a ponerte tú sola la bolsa para que no se moje el yeso o a lavarte la cabeza con una sola mano. Voy más lenta, pero esa independencia no se paga con nada.

Dejo sobre la cama uno de los vestidos que Marlene metió en la maleta y que me pondré para la fiesta. De momento, opto por seguir estrenando la ropa que compré el otro día, escojo unos shorts floreados y una camiseta blanca de tirantes anchos.

Cuando bajo, me los encuentro a todos en la cocina del hotel. Sin abrir la puerta ya me llega el olor a crepes y café. También las risas, contengo el aire y me doy ánimos antes de entrar.

—Hola —saludo y me freno en seco al ver a los hermanos Maillard al completo. Había (casi) olvidado lo que es estar con todos ellos. Dylan es el mayor, después viene Elio. Tres años más tarde llegaron los gemelos, Marin y Eric; y cuando estos tenían cinco, nació Ondine, la única chica.

—¡Mirad, pero si es la versión de Tyson en tetas! —exclama Marin al verme entrar.

—¿Se lo has contado?

Elio solo me responde con un alzamiento de hombros.

—¡Pues claro! —dice Eric, dándome un abrazo—. Le diste a Klein el puñetazo que todos hemos querido darle. Eres nuestra heroína.

Son tan iguales que a veces tienes la sensación de ver doble. Y eso, en lugar de incomodarlos, les encanta. Su mayor afición es descolocar a la gente.

—Hola, *sister*. —Ondine me da un fuerte abrazo. El apodo me produce calor y dolor a partes iguales. Solíamos decir que éramos hermanas, ella deseaba tener otra chica y yo estaba encantada de que me hubiera escogido. Tenía doce años cuando la conocí.

Elio carraspea y luego se hace el silencio.

—Que haya dejado de ser tuya no significa que haya dejado de ser mía.

Su hermano nos mira un instante justo antes de cerrar la nevera de un portazo. Cuando nuestros ojos se encuentran tengo la certeza de que podemos ignorarnos, pero la verdad es que nunca seremos unos extraños.

—Voy a seguir con los putos globos.

—Te tocó en el sorteo —se defiende Dylan en tono serio, pero las comisuras de la boca le llegan a las orejas.

—Deja que dude de tu mano inocente —espeta mientras se va. Se me cruza por la cabeza la idea de ir tras él, pero es demasiado pronto hasta para las torturas.

—Siéntate, *ma kalon* ^[6] —dice mi madre, sirviéndome un café—. ¿Una crepe de limón y miel? —No hace falta ni que le responda, mi estómago ruge entusiasmado con la sugerencia.

—Tienes la mejor madre del mundo —alaba Marin, con la boca llena.

—A los hombres se les conquista por el estómago —se burla Ondine.

—¿Qué tal has dormido?

—Ni preguntes. Y cambia la dieta a Chouchen, se ha pasado la noche echando pedos apestosos y el muy cabrón cada vez que lo he echado de la cama, se ha subido otra vez.

El desayuno me recuerda a los buenos tiempos. Cuando estábamos todos juntos y las comidas era una odisea de risas y charlas sin sentido. Los miro uno a uno, buscando las diferencias en estos tres años.

—¿Y vuestros padres?

—Han ido a recoger la tarta y las flores.

—Eso papá; mamá seguro que está aprovechando que hemos salido todos de casa para curiosear entre las cosas de Elio —ríe Eric.

Me contagio y suelto una carcajada porque sé que, en cuanto Elio llegue se pondrá cual energúmeno cuando vea que ha puesto a lavar las sábanas, o a cambiar cosas de sitio porque según ella no se organiza bien. Los gemelos me cuentan que son los encargados de la música y mi madre los acompaña hasta donde guardamos el equipo de sonido para que vayan preparándose.

—¿Me ayudas con la decoración? —me pregunta Ondine.

—Me encantaría, pero visto que ayer no me dejaron hacer nada, tengo planes. Voy a ir hasta la galería de Vincent por trabajo y luego he quedado con Romy para comer.

—¿Quieres que te lleve? Tu madre me ha dicho que le podía coger el coche para lo que necesitara.

—Dame cinco minutos.

Subo a mi habitación para lavarme los dientes y coger el bolso. Dentro, meto el blíster de los calmantes, preferiría no tomarlos, pero quiero tenerlos a mano por si empieza el dolor. Me despido de mi madre que está en la bodega con Dylan y al salir del hotel, me cruzo con Elio que entra con unas flores en la mano. Me permito mirarlo, como hacía cuando nos conocimos y aún no sabíamos lo que el amor nos haría. Recuerdo esa camiseta gris y diría que hasta los vaqueros con ese agujero en el muslo donde me encantaba meter el dedo y hacerle cosquillas mientras conducía. Alzo la vista y choco con la suya. El silencio se mastica. Está lleno de palabras y besos que acabo empujando bajo la lengua para que se disipen.

—Elio —digo en una súplica apremiante cuando ve que quiero salir y me corta el paso.

—Morgane... —Solo necesita decir mi nombre para que explote el flanco este. El muro de defensa que he tardado tres años en construir se está desmoronando.

—Déjame marchar —pido en voz baja con sus ojos fijos en mi boca.

No quiero sentir nada de esto. No quiero sentir nada. No quiero sentir. Punto. Sin embargo, aquí estoy, sintiendo. Como siempre. Solo con él.

—No sé cómo —murmura inclinándose sobre mi cuello, rompiendo todas las barreras a pesar de mantener las distancias.

«Basta». Estoy cansada. Agotada. No puedo seguir bloqueada. No dejaré que derribe ninguna otra pared, yo misma quitaré una por una cada piedra que he puesto. Acabo de entender que para que podamos hablar tengo que derribar los muros y dejar que duela. Las fronteras siempre han cortado alas y robado libertad. Merecemos más que esto.

—¿Estás lista? —pregunta Ondine, detrás de su hermano. Elio, al oírla, se aparta y yo aprovecho la distracción para salir.

—¿Dónde vais?

Quiero contestarle que no le importa. Que no es asunto suyo. Que se decida si quiere seguir ignorándose o no.

¿Qué hago en realidad?

—Me lleva a la galería de Vincent. Después iré hasta Le Palais para comer con Romy. Nos vemos aquí a las cinco.

48 No sé cómo (Elio)

Me duele verte.

Si no te veo, te echo de menos.

Si te tengo cerca, te quiero encima o debajo.

Dejarte marchar... Ojalá supiera cómo.

Joder, Morgane... Antes, tú y yo éramos aire y ahora, cuando pienso en nosotros, siento que me ahogo.

49 Mi pasión

—Dylan está a punto de casarse, ¿te lo puedes creer? Hasta me cuesta decir la frase —se ríe Ondine, de forma escandalosa, cuando arranca el coche.

—La gente madura y se hace mayor... ¡Mírate! —Se ha convertido en una mujer muy guapa; es bajita y muy delgada como su madre, pero lo compensan con una frescura como la de Dylan —. Cuéntame qué es de tu vida.

—Te has perdido tantas cosas... —Aunque quiera disimularlo es un conato de reproche.

—Lo siento, no lo he sabido hacer mejor. Dejé a tu hermano y me alejé de todos.

—Ya... Comprendo que no fue fácil, es solo que te he echado de menos, *sis*. ¿A ti te molesta? —pregunta al cabo de un instante.

Tardo un poco en saber que me habla del apodo.

—No, pero admito que me duele.

—No sé si sabré llamarte de otra forma —se excusa en un murmullo.

—Al menos inténtalo cuando estemos delante de tu hermano. Ahora, sigue.

—A ver... Poco después de lo que pasó, lo dejé con Adrien. Fue una época complicada, Elio, tú... Todo me costaba más. Fui a terapia y empecé a hacer un curso de cerámica. Fue mi salvación y además encontré mi vocación. Llevo desde entonces formándome con expertos ceramistas de todo el país. Es una buena forma de viajar y aprender.

Es una de las cosas que tienen en común con Elio, los dos son grandes alumnos.

—Oh, me encantaría ver tu obra.

—Y a mí qué me dieras tu opinión.

El camino de menos de diez minutos se pasa volando. Cuando le digo que se venga a comer con nosotras me recuerda que están de incógnito y que, hasta la hora de la fiesta, Romy no sabe que están en la isla.

En cuanto abro la puerta de la galería de Vincent me siento en casa a pesar de llevar años sin verlo a él, ni entrar en su pequeño local. A Bangor también se le llama el pueblo de los pintores y su galería es un referente en la isla y en el continente. No sé las horas que he podido pasar aquí, viéndolo trabajar. No es que pueda decir que, charlando, porque es de esas personas hurañas que tanto se quejaba si iba a verlo, como cuando pasaba una semana sin ir.

Nada más verme, se acerca y en lugar de abrazarme, me pellizca el moflete.

—Au...

—Perdona, tenía que comprobar que eres de verdad.

—Yo también te he echado de menos —respondo—. ¿Cómo va todo?

—Voy con bastón y el médico me obliga a beber mucha agua, y como no me gusta, Marie me prepara té, parezco un bereber. —Me encanta que sus frases suenen amargas, pero te hagan sonreír.

Después de una taza de té y de ponernos al día, le cuento el motivo de mi visita. Paseamos por la galería y me habla de nuevos artistas, todos vecinos. Hay una chica que pinta como si fueran grafitis. Su técnica del color es agresiva, pero te atrapa con sus intrincados dibujos. Creo que es

perfecto para lo que Marlene busca. Le mando unas fotos de los que veo más interesantes. Vincent no se queja de mi propuesta, señal de que le parece bien. Galerista, marchante... Su vocación por el arte le hace ser un poco de todo.

—¿Has venido para quedarte? Empiezo a ser viejo y necesito un reemplazo.

No digo que sus palabras no hagan que el corazón se salte algún latido, sería fantástico poder ocuparme de su negocio. Mi sueño siempre fue montar un museo con la historia de la isla y el arte. Exponer por ejemplo algún cuadro de la serie de Port Coton o «Lluvia en Belle-Île», Monet dijo de esta obra: para no aburrirme, pinté un efecto lluvia, una pochade (una pintura realizada de forma rápida con muy pocas pinceladas). Esta «pochade» está en el museo de Morlaix, ¡a más de dos cientos kilómetros de la isla! No solo vino Monet, también lo hicieron Matisse, Russel, Maufra, Gromaire o Quimperlé. Exponer las pinturas que hay en el hotel y que hablan del paso de esos artistas por él. De la labor de mi familia como mecenas. Pero quería viajar, aprender, hacer muchas cosas antes de volver para quedarme en la isla. Era mi sueño. El de Elio..., aunque él no me haya esperado para instalarse.

—No. Solo es algo temporal —digo alzando la mano y en mi voz se percibe cierta vacilación.

Me paso la mañana mirando la hora, la fiesta me entusiasma y me repele con las mismas ganas. Como ocurre con todo en mi vida, últimamente.

50 El retorno de Saturno

A la una, paso a recoger a Romy que ya me espera en el coche para ir a comer a Sauzon. Es el pueblo más al norte de la isla y, para mí, el más bonito. Pintoresco, como sacado de una postal. El faro, pintado en blanco con una balaustrada de hierro forjado en verde, vigila la entrada y salida de la pequeña ría, las casas en tonos pastel ocupan toda la ladera izquierda. De camino, le hablo de mi visita a la galería, de Marlene, de todo lo que se me ocurre en un intento en vano para esconder el nerviosismo que va en aumento a medida que la tarde se acerca.

—Venga, suéltalo —ríe, después de que nos hayan tomado nota y nos traigan una botella de vino rosado. He escogido el restaurante del Faro, es un buen día para comer en las mesas que tiene dispuestas en el exterior y que lo rodean.

—¿El qué? —pregunto mirando al mar. Es una amalgama de cian, turquesa, cerceta y al fondo, rozando el horizonte, un azul prusia. En esta zona de la isla, las playas son de arena fina y las aguas tan cristalinas que recuerdan a una postal paradisíaca. Es el secreto de Bretaña, bajo la fama de mal tiempo, esconde rincones que en cualquier otro lugar del mundo serían un destino de ensueño.

—Se te da fatal mentir. ¿Cuándo es la fiesta?

—¿Qué fiesta? —Arrugo el ceño y cojo un mini pretzel que nos han puesto de picoteo.

—Eh, somos amigas, tu rol es chivarte para que pueda preparar mi cara de sorpresa y, sobre todo, que me pille duchada y con la melena planchada.

—Mañana —ríe—, pero no digas que lo sabes —la amenazo con el índice apuntándola.

—Nunca se te han dado bien los secretos. —Chasquea la lengua y luego hace chocar su copa con la mía.

—Nunca se te han dado bien las sorpresas —añado y después le doy un sorbo al vino. Está fresco, afrutado. De esos que se beben solos y que, mucho me temo, les chifla subirse a la azotea y bailar reguetón con las neuronas.

Es curioso como conseguimos pasar toda la comida evitando hablar del pasado y de los hermanos Maillard. Y sienta de fábula. Es perfecto para coger fuerzas para lo que nos espera a la vuelta. Cuando terminamos, hace tan bueno que aprovechamos para tumbarnos en la playa y echar una siesta al sol.

—¿Tienes prisa? —le pregunto como si fuera algo improvisado y no una frase ensayada que llevo practicando desde hace horas.

Las sorpresas no me gustan y tampoco darlas. Llegamos puntual, el aparcamiento del hotel está vacío porque han dejado todos los coches en la parte trasera, la que da a la cocina.

—No, tengo la tarde libre. Dylan está con los Thomas, restaurando el granero. Milo quiere ofrecerlo como alquiler vacacional.

Los Thomas son los hijos de Gauvain: Maël y Milo. Milo es un año menor que nosotros y con el que comparto la misma aversión al mar, él con solo verlo, ya se marea. Aunque su padre siempre ha esperado que fuera pasajero, al final ha aceptado que solo el mayor seguirá sus pasos como marinero y que Milo es hijo de la tierra. Es un culo inquieto y una cabeza aún más

bulliciosa para los negocios. Se ha ocupado de la granja de la familia de su madre, tienen ovejas de la raza autóctona de la isla y produce queso con su leche salada. Al comerlo, eres capaz de saborear el mar, las hierbas silvestres...

—¿Te apetece pasar y tomarnos una copa en la terraza?

—Claro.

Al bajarnos del coche, me pregunto si no nos habremos adelantado porque todo está en silencio. He mandado un mensaje a Dylan cuando salíamos de Sauzon. Nuestros pasos sobre la gravilla los ponen en aviso, al llegar a la terraza, dejo que Romy vaya primero.

—¡Feliz cumpleaños! —gritan todos.

—¡Mentirosa! —Se gira hacia mí.

Le guiño un ojo y ella corre hacia Dylan que la atrapa al vuelo. Los siguientes minutos son una cacofonía de risas, voces y música. Después de saludar a todos, su madre le entrega una maleta de cabina para que se cambie de ropa.

—Hacía años que no entraba aquí —dice en cuanto cruzamos la puerta de mi cuarto—. Sigue exactamente igual.

—Ya... —«no se toca lo que está perfecto», termino solo para mí.

Deja la maleta sobre la cama y observa las fotos.

—¡Dios, qué pintas!

Después de un par de anécdotas, ella se va a la ducha y yo aprovecho para cambiarme de ropa y me pongo el vestido que dejé antes preparado. Es de corte cruzado, lo que ofrece un buen escote. Es de un tono bermellón, como el que utilizaba Monet y que en la actualidad está prohibido por ser venenoso. Su madre le ha escogido un vestido blanco plomo, muy veraniego, con cuello *halter*, cintura ceñida y la falda de vuelo. Romy se recoge la melena rubia en un moño informal y se maquilla solo con la raya de los ojos y brillo en los labios. Está preciosa.

—¿Lista para celebrar tu Retorno de Saturno? —Como respuesta se marca un baile.

—¿Sabías lo de la fiesta cuando viniste?

Le cuento que Dylan me llamó para invitarme y cómo se precipitó todo después.

—Gracias por venir.

—No te voy a mentir, he tenido muchas dudas, pero me alegro de estar aquí.

Me da un abrazo y luego, entre risas nerviosas, tira de mí, para bajar. Con prisas, lanzo mi corazón a la mesita. Es la mejor forma de afrontar esto. No me da tiempo a verlo, pero estoy segura de que he fallado el tiro. Nunca he sido buena lanzando, tengo muy mala puntería y más con la derecha.

Al llegar al jardín, ella se apresura a ir con Dylan que está hablando con sus futuros suegros y yo me quedo clavada en el sitio. A menos de cincuenta metros están todos mis amigos, la gente que durante años consideré mi familia. Qué sensación tan extraña tener el pasado a solo unos pasos de distancia. Me llega la fuerza de una vibración, un aviso de amenaza, como la que percibe una hiena solitaria al ser detectada por un león. Al alzar los ojos, me encuentro con los de Elio. Trago saliva, el aire se vuelve denso, su don para acariciarme desde la distancia sigue intacto. La hiena ahora se ha convertido en una caja de chocolatinas en una fiesta de pijamas de chicas en plena pubertad. Está guapísimo, viste con una camisa en azul cobalto, que realza su moreno, y vaqueros. Va descalzo, como la mayoría de los invitados, y yo no creo que tarde mucho en quitarme las cuñas. Ahogo un jadeo mordéndome la lengua, al tiempo que oigo un coro en la lejanía. Creo distinguir que es mi corazón y el gallo que están suspirando, y el Satisfyer que se queja, celoso.

«Dios, creo que aún sigo afectada por el vino».

«Necesito una copa».

Cerca de la mesa de las bebidas, veo a los padres de Elio.

«Que sea de algo fuerte, de esas que se piden dobles».

Estoy dudando de si acércame a ellos, cuando veo que su madre me ha visto y tira del brazo de su marido. Es como lo de Mahoma y la montaña, si tú no vas a por el problema, él vendrá a ti. Doy un par de pasos para recortar la distancia, y que no puedan decir que soy una sosa antipática. Su padre, Gaspard, nunca ha sido de muchas palabras, por lo que no me sorprende que solo me diga un «hola, qué tal». En cambio, su madre, Diane, me abraza como si hiciera años que no nos vemos. Ejem...

—Ven, vamos a por un cóctel de esos que han preparado los chicos y de los que prefiero no saber los ingredientes.

«Me gusta cómo piensa esta mujer».

Ya con una copa, a la que doy un buen trago, nos ponemos al día. Es decir, respondo a su interrogatorio, y a pesar de que sé que no lo hace con malicia, me siento juzgada. Con un «¿ha merecido la pena?», al final de cada una de mis respuestas. En la nuca, noto la sutil carga que produce una mirada, solo me giro un par de veces y en todas ellas Elio no disimula estar pendiente de nosotras.

—Papá pregunta por ti —dice Marin, interrumpiéndonos.

—Oh, voy a ver qué quiere. —Su madre se va y yo suelto el aire que estaba reteniendo sin disimulo.

—Gracias —susurro en una suerte de sonrisa.

—No hay de qué. —Me guiña un ojo—. Ahora que mi hermano ya no ocupa el trono, ¿crees que tengo alguna posibilidad, mi reina?

—¿El sushi sigue siendo tu comida favorita? —bromeo, en ese viejo juego con el que siempre me provocaba.

—¿Vas a dejar que un trozo de salmón se interponga en tu felicidad? —pregunta con un dramatismo digno de un personaje de Shakespeare.

—Soy isleña, sé que el pescado siempre se entromete en las mejores historias de amor.

Le doy un beso en la mejilla, él se deja caer y Chouchen, al verlo sobre la hierba, corre hacia él. Las risas se hacen más sonoras y en lugar de darle la mano para que se levante, alzo la pierna y le paso por encima para ir a saludar al resto de invitados. La carcajada de Elio me llega de forma tan nítida que parece que lo haga desde dentro de mi pecho.

Después de la entrega de regalos, le he comprado unos pendientes largos a juego con una cadena en forma de un nudo de cuerda, de soplar las velas y comernos la tarta, Dylan ha preparado un video con fotos de Romy. Desde la niñez hasta ahora. En muchas salgo yo, y me lamento por lo estúpida que he sido por no haber sabido diferenciar entre nuestra amistad y mi historia con Elio. En la última se ve una foto de la boda de Chandler y Monica en *Friends*, la serie favorita de Romy, en la que ha pegado la cara de ellos y debajo, en una faja dorada la frase: «que te parece, ¿nos casamos?».

Se hace el silencio, todos contenemos la respiración con la vista fija en Romy que tiene las manos en la cara y sus hombros se mueven arriba y abajo. Dylan, que está a su lado, de rodillas, la coge de la cintura.

—Nena, te toca decir algo.

De pronto se oye la carcajada de Romy y el resto sucede a cámara lenta, baja las manos, lo ve arrodillado y se le echa al cuello sin dejar de gritar: sí, Dios, sí. Se oyen vítores, aplausos, o eso

creo, no estoy segura porque me he centrado en Elio. Nuestras miradas se encuentran y tengo la certeza de que él también está lejos de aquí, perdido en ese pasado que somos incapaces de dejar atrás. Exactamente en Hawái. Me toco la costilla donde me quema el tatuaje con la palabra «aeternum». Baja la vista hasta mis dedos y todo queda dicho sin siquiera abrir la boca.

51 La corriente me lleva hacia ti, pero las olas me devuelven a la orilla (Elio)

Ha anochecido y aquí seguimos todos, sin ninguna intención de dar por terminada la velada. Si la fiesta de compromiso es esto, no quiero ni imaginar la boda. Me alegro por ellos, pero estoy deseando irme a casa. Los gemelos, encargados de la banda sonora, hace rato que solo ponen «temas bailables» como les ha pedido Romy madre. Ondine baila con mi padre y Liza lo hace con Chouchen. Has leído bien, lo tiene en brazos y dan piruetas como si fuera el mismísimo Fred Astaire. No me extrañaría que ensayaran cada noche, se nota que no es la primera vez.

Estoy sentado en una de las tumbonas sin ser capaz de hacer otra cosa que mirar a Morgane. Está preciosa y con ese vestido me está volviendo loco. Maldita sea, pensaba que al salirte las primeras canas uno «madura» y deja de babear en público por la chica de sus sueños. Parece que no es mi caso. Me siento como en aquel primer verano, cuando era incapaz de dejar de mirarla, estudiarla, observar su boca pensando en cómo sabrían sus labios. Y después de estar dentro de ella, con aquella euforia y fanatismo con el que solo deseaba repetir hasta el fin de mis días. Morgane..., la única mujer a la que entregué mi corazón y me lo devolvió convertido en un lego. Sigo intentando recomponerlo. Siempre se me han dado fatal los puzles. Morgane..., la que ahora mismo baila con Dylan, y antes de él lo ha hecho con el padre de Romy. Con Maël. Con Milo, con el que ha charlado largo y tendido, hasta ponerme celoso. Da igual que tenga el brazo enyesado, se mueve con elegancia y sensualidad. Da vueltas, ríe y yo me cabreo de que otros le den ese momento de felicidad. Lo disimula bien, pero sé que tampoco está siendo su mejor noche. Me levanto y me dirijo hacia ellos, de un empujón aparto a Dylan y ocupo su sitio.

—Eh, que no ha terminado la canción —se queja mi hermano.

—Ahora sí —digo al escuchar el último acorde.

Cuando me vuelvo hacia Morgane, me mira con el ceño fruncido, como si se debatiera entre irse o quedarse. Por suerte, la conocida melodía de [Une belle histoire](#) llena el jardín.

—Baila conmigo —le pido mientras la cojo de la mano. Joder, como echaba de menos tocarla.

—No sé si... —Suspira y al dar un paso hacia delante, pierde el equilibrio y le rodeo la cintura con el brazo para sujetarla.

Entiendo su reticencia, desde ayer que la estoy evitando.

—¿De qué tienes miedo? —la interrumpo. Su olor me rodea, es dulce y fresco, como el puto verano.

Ni bailamos, ni nos estamos quietos, es un vaivén suave, el imprescindible para justificar que estemos en medio de esta pista improvisada. Mantengo la postura, con el cuerpo tan alejado como me permiten los brazos. Rozar el cielo estando en el puto infierno.

—¿A que me muerdas, a que me lances por el acantilado? Antes te conocía, ahora no sabría decir qué opción te resulta más satisfactoria.

—Siempre has tenido imaginación tan creativa. Aunque lo de morder suena muy apetecible.

—Elio.

—Cada vez que dices mi nombre —la corto—, en mi cabeza te veo debajo de mi cuerpo, pidiendo más...

La acerco hacia mi pecho y suelto un suspiro cuando veo que no se aparta. Mis dedos suben por el costado en busca de ese punto justo donde ella tenía la mano cuando Dylan se ha declarado. Sobre el tatuaje que pone «aeternum». Una promesa de tinta en la que nos juramos que lo nuestro sería para toda la eternidad. Noto como su piel se eriza y se encoge como si no quisiera que ensuciara ese recuerdo. La conozco y sé que la estoy presionando demasiado, y eso nunca me ha salido bien.

—Míranos, si hace un mes nos hubieran dicho que estaríamos justo así, frente a todos nuestros amigos y familiares, nos hubiéramos echado a reír. Y aquí estamos, disimulando que bailamos solo para poder abrazarte como he soñado hacerlo cada puta noche. —No dice nada, solo apoya la cabeza en mi hombro. Sé que está llorando y yo solo puedo pegarla más a mí; cuando vuelvo a hablar mi voz está llena del futuro que nos prometimos y que no pudo ser—. Y lo hacemos aquí, delante de todos, para evitar caer en la tentación de acabar desnudos antes de que termine la canción. Por eso no podemos ser amigos, porque cuando te tengo delante solo puedo pensar en follarte.

La noto estremecerse y cómo se encoge entre mis brazos. Dios, no soporto verla así, pero entonces recuerdo que ella es la única culpable de que estemos en esta maldita situación. «Morgane... la que me dejó. La que en unos días se irá».

La suelto a regañadientes, deslizando sus dedos por mi mano hasta que me quedo sosteniendo solo el aire. El vacío. La nada. Me siento entre dos aguas; la corriente me lleva, pero las olas me devuelven a la orilla.

52 Descansa en paz

La noche es tan bonita e irreal que parece sacada de un cuadro de Van Gogh. Abandono el jardín y cruzo la carretera. Necesito un momento para mí y alejarme de todo lo que acaba de pasar. La cala está sumida en las sombras dándole un aire fantasmagórico que ruge con el oleaje. Detrás de mí, alguien viene corriendo; me da el tiempo justo para ver que es la nueva versión de Morgane. No se detiene al llegar a mi lado, sigue adelante, suelta un suspiro desesperado y luego se lanza al mar.

Chof.

El silencio que precede a la caída lo hace aún más solemne.

Qué pena, ¡con lo joven que era!

Tenía grandes propósitos para esta vida, pero no puedes huir de quién eres. Ni se puede ir por el mundo sin corazón.

—No te reproches nada —le grito—, lo intentaste con todas tus fuerzas. Descansa en paz. Disfruta de ese cielo que huele a lavanda.

Hola, vieja Morgane, has ganado. A ver qué haces ahora.

53 En mis sueños siempre estamos juntos

—Por una vez en tu vida, deja que el sol salga sin ti. Vuelve a la cama —gruño tapándome la cabeza con la almohada mientras maldigo a mi madre con un par de arrugas más. Oigo como ha abierto los postigos y después hace lo mismo con la ventana. El aire es frío y el mar se cuele en mi habitación.

—¿Es una invitación? —Mis pensamientos se paralizan en cuanto oigo la voz de Elio.

Quiero apartar la almohada y comprobar que es él quien está en mi cuarto un domingo por la mañana, y no es un efecto colateral de mezclar calmantes con alcohol.

—¿Estoy soñando? —pregunto y justo después siento como el colchón cede por su peso.

—¿Por qué lo crees?

—Porque en mis sueños siempre estamos juntos.

—Es real —murmura pegado a mi oreja.

—¿Qué haces aquí? —susurro con la boca pastosa. Sigo con los ojos cerrados para no romper la magia.

«He venido a rescatarte. Vamos a fugarnos y a vivir el «eterno verano» que una vez te prometí».

—Tu madre me ha pedido que te despertara —su respuesta no es tan soñadora como había imaginado.

Por fin me concedo el deseo de abrir los ojos y verlo a mi lado. Puedo admitir, sin vergüenza, que ha sido el primer pensamiento que he tenido cada mañana desde aquel fatídico día. No sé a quién debo agradecer que haya hecho realidad mi sueño, sea quien sea, gracias.

Está tumbado de espalda, con la mirada fija en las fotos que hay en el techo abuhardillado. De un solo vistazo te puedes hacer una idea de mi vida, de lo que me gusta y me define. Como un collage de esos que me mandaron hacer en la escuela de primaria. Elio y nuestra historia se llevan gran parte del protagonismo.

—Todo sigue igual. —Su voz suena algo ronca y rota como siempre le ocurre cuando duerme poco.

No sé si se refiere a mi cuarto, al collage. A nosotros...

La realidad y la fantasía me parecen lo mismo. Quiero alargar la mano y con el dedo dibujar su perfil. Empezar desde la frente, bajar por la nariz hasta llegar a la boca. Sentir su aliento quemarme y perfilar sus labios antes de continuar. Quiero acurrucarme en su pecho, contar sus latidos bajo mi oreja y dejar que el mundo se olvide de nosotros. Me muevo incómoda. Siento ese picor en todo el cuerpo. Las ganas insaciables. Una cosa es desear algo y saber que es imposible por la distancia o el enfado, pero no hay tortura mayor que tenerlo tan cerca y que ya no pueda ser. Como pasó ayer mientras bailábamos. Duele no encontrar alivio para esas ganas.

Me remuevo intentando colocar el brazo en alguna postura más cómoda.

—¿Te duele? —El tono, lleno de ternura, me gusta y me desgarran por igual.

«Tú me dueles. Mis ansias de ti».

—Ayer me pasé —me quejo.

Antes del anochecer ya me había quitado el cabestrillo y bailé sin pensar en las consecuencias. La fiesta me dejó con una sensación agridulce, fue bonito y horrible al mismo tiempo.

Se da la vuelta para quedar cara a cara. Con la yema de sus dedos roza la punta de los míos, ahogo un jadeo y me muerdo el labio con saña.

—¿Ya están aquí? —pregunto, cuando lo que realmente quiero pedirle es que me bese y que no deje de hacerlo nunca más.

—No, se ve que a todos se os han pegado las sábanas —sonríe distraído jugando con la tela.

«Quítala de una vez. Libérame. Sube encima de mí. Desnúdate. Desnúdame. Húndete en mí».

—Menos a ti.

—No he dormido mucho —admite después de chasquear la lengua contra el paladar—. La casa es demasiado pequeña para cuatro Maillard.

Sé que es mentira, sus padres se quedaban en casa de Dylan, en su cama ha dormido Ondine, los gemelos lo han hecho en la otra habitación y él, en la furgoneta.

—Odiarme requiere muchas horas de insomnio —bromeo.

Se incorpora para apoyarse en un codo y fija su mirada en mí. Veo que va a decir algo, pero mi madre, siempre tan oportuna, hace notar su presencia silbando una canción al otro lado de la puerta que no está cerrada del todo. Oímos como la melodía se aleja acompañada del crujir de los escalones de madera.

—Será mejor que pase por la ducha —digo sin ganas de levantarme.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Su pregunta, en lugar de hacer que me lance sobre él y le pide que me lleve a caballito y se meta bajo el agua conmigo, me hace saltar de la cama.

—¿Qué te ocurre esta mañana?

—¿Por qué? —La sonrisa se le escapa entre las palabras mientras se sienta y se recoloca la almohada a su espalda, poniéndose cómodo.

Lo miro sin comprender qué está pasando. Si pretende volverme loca, lo está haciendo de maravilla.

—Deja de jugar conmigo —le pido, casi gimoteo, apoyándome en la puerta.

—No lo pretendía.

—¿Sabes cómo me haces sentir? —Aún no he superado su confesión durante el baile y la razón por la que, según él, no podemos ser amigos.

—No tengo ni idea de cómo me siento yo... Solo... Me he cansado de evitarte.

—Y ahora, ¿qué, Elio?

—Ahora, Morgane, toca hablar.

Por un instante se me para el corazón y después empieza a un ritmo que haría saltar las alarmas de cualquier electrocardiograma.

—¿Cuándo? —pido en un hilo de voz sintiendo un nudo en la garganta. Puede que solo sea mi corazón que quiere salir huyendo y lanzarse por el precipicio, como hizo anoche la versión dos de Morgane.

—No lo sé —admite mientras se pone en pie—. Supongo que cuando los dos estemos dispuestos a dejarlo atrás.

54 Odiarte requiere mucho esfuerzo (Elio)

«Odiarte requiere un esfuerzo que no siempre estoy dispuesto a asumir».

Hablando de esfuerzo, el que he hecho para no saltarle encima cuando he entrado en la habitación y en penumbra la he visto con las piernas desnudas enredadas en las sábanas, con unas braguitas que dejaban ver medio cachete donde he imaginado dándole un mordisco. Y después de abrir la ventana y dejar que la luz entrara, me he dado la vuelta y ahí estaba con una camiseta de tirantes de la que escapaba el pecho derecho y el pezón me miraba pidiendo un beso. Que le den a la lencería fina, a los lazos y demás puñetas, esto es puro erotismo y durante un tiempo fue solo para mí. Y su boca, qué me dices de su boca, si ha nacido para esclavizarme a su antojo. Como un beso de sirena por el que estoy dispuesto a morir.

Cuando se me pasa por la cabeza la pregunta de cuántos gilipollas habrán tenido el placer de lamer sus pecas u oír sus jadeos, me dan ganas de lanzarme por la ventana.

«Joder, sigue volviéndome loco».

Y hago lo que se me da mejor, procrastinar. Además, queda mucho mejor que decir que sigo haciendo el imbécil. Dejo para mañana afrontar la situación; cosa que me juré que nunca más volvería a hacer. Por cierto, a un problema que tiene solución, ¿se le puede llamar problema?

55 Un secreto bajo el tejado

Cuando salgo del baño; Elio ya no está en mi habitación, lo oigo hablar con mi madre, abajo en la cocina. Los dos están de pie, tomándose una taza de café, es como ver una instantánea del pasado. Mientras desayunamos, hablamos de la fiesta. Mi madre, el disimulo hecho persona, pasea su mirada entre Elio y yo; y cuando se da cuenta de que la observo me ofrece una mueca que soy incapaz de descifrar.

—Ha llegado la hora —exclama con euforia, dando una palmada al aire.

—¿De qué? —pregunto terminándome el zumo.

—Tengo una sorpresa para ti. —Baila como uno de esos horrendos suvenires de muñecas hawaianas moviendo las caderas.

—Yo empezaré con la limpieza. —Elio se levanta y recoge mi plato para apilarlo con el suyo.

—No, tú te vienes con nosotras, te vamos a necesitar.

Lo miro y él me responde alzando las cejas. Me encojo de hombros en esa conversación silenciosa en la que él me pregunta si sé de qué va esto y yo le digo que es mi madre y que nos podemos esperar cualquier cosa. Sus labios dibujan una media sonrisa de esas capaces de hacerte cosquillas en el útero.

En silencio, aunque mi cabeza esté haciendo cábalas de a qué viene tanto misterio, subimos detrás de ella. Pasa de largo de las habitaciones y continúa hacia la buhardilla. Reconozco que no me he preocupado mucho por las obras que se han hecho. La vida son prioridades y esta no está entre las mías.

—El nuevo tejado es una especie de sándwich que ya incluye el aislamiento y que viene hecho a medida. Para instalarlo vinieron con una grúa, primero quitaron el viejo y al dejar las vigas a vista, descubrimos algo —dice misteriosa, encantada con esta intriga que nos ha creado. Elio me mira divertido... y yo resoplo.

Abre la puerta y nos deja pasar. La estancia es grande y unas motas de polvo bailan con la luz matutina que entra por la ventana. Igualmente, mi madre enciende la luz. Aparte de estar todo más ordenado, no veo nada raro. Cajas con ropa vieja y las cosas «perdidas» por los clientes que han acabado aquí y con las me encantaba jugar de pequeña, pilas de antiguos juguetes, pero nada destacable. Hasta que un presentimiento me sacude y de forma instintiva busco la mano de Elio que está a mi lado. Al darse cuenta, me da un apretón de «tranquila, estoy aquí».

¡Es algo relacionado con mi padre!

El pulso se me acelera y mi respiración lo revela.

—Liza —la reprende Elio para que se deje de juegos.

—A tu derecha —murmura mi madre—, al fondo.

Caminamos hacia allí y tardo un poco en darme cuenta de que hay un agujero en la pared del tamaño de una puerta. Hago memoria y recuerdo que aquí había un armario, el mismo que ahora está apartado hacia un lado.

—¿Qué es esto?

—Un cuarto secreto. Supongo que de la época de la guerra. Ya sabes que era habitual. Pero entra, la sorpresa está dentro.

Elio es quien lo hace por mí, yo sigo paralizada. Oigo ruidos que no sé identificar.

—¿Son cuadros? —pregunta Elio.

—¿Cuadros? —repito, y mi madre asiente con una sonrisa de pura satisfacción—. ¿Son importantes?

—La experta en arte eres tú —me responde entre risas.

Entro, es una habitación pequeña y oscura. La luz, procedente de una bombilla, es algo pobre, pero me permite distinguir unos caballetes y me agacho junto a las cajas de madera.

—Al ver lo que era, no he querido tocar nada hasta que llegaras.

—Pero, ¿por qué no me lo has dicho antes? —replico.

—Me lo guardaba para un día especial.

Elio me ayuda a quitar la tapa de otra caja y al retirar la tela, me encuentro con un par de lienzos de unos treinta por treinta centímetros. Coge uno con mucho cuidado y me lo muestra.

—Mierda, no veo nada —espeto en un resoplido.

—Al lado de la ventana déjale listas un par de mesas, Elio, ¿me ayudas a colocarlos allí para que esta mujer pueda satisfacer su curiosidad?

—Claro.

Las expectativas, el ansia de saber hacen que me levante de un salto y corra hacia allí, esperando. Justo en ese momento se oye una bocina, la brigada de limpieza ha llegado, pero me niego a bajar y a dejar esto para más tarde.

—Seguid vosotros, yo me encargo de ellos —dice mi madre ya en el primer escalón, como si me hubiera leído la mente.

Uno a uno, Elio va depositando cada lienzo sobre la mesa y mis ojos se vuelven locos sin saber dónde concentrar la vista. El cuerpo me hierve de adrenalina.

—¿Son valiosos?

—No lo sé. No puedo pensar —admito.

Mi cerebro va demasiado deprisa, las ideas se me amontonan y soy incapaz de gestionarlas todas. Suelta una carcajada, se ríe de verdad y no como esos espejismos de los que he sido testigo en estos últimos días.

—Se han guardado muy bien, a saber el tiempo que llevan ahí escondidos.

—Dios, ¡diría que son de Quimperlé! —Mi voz suena una octava por encima y algo desafinada. No están firmados, pero esos cielos... nadie los pinta como él.

—¿Tu pintor favorito? —Desvío la vista hacia Elio, sorprendida de que se acuerde de este detalle.

—Fue uno de los huéspedes.

Desde que Monet se hospedó aquí, muchos otros pintores siguieron sus pasos. Una de mis antepasadas, que curiosamente se llamaba como yo, era una mujer con una gran visión y fue algo así como una mecenas. A todos ellos les hacía una importante rebaja a cambio de una de las obras que habían pintado durante su estancia. Algunos no tienen valor, otros nos han salvado de grandes dificultades como las que pasamos después de la muerte de mi padre.

—Aquí están todos.

En total hay cuatro cuadros, de diferentes medidas. Hay dos que estaban en la última caja y los he apartado porque son un borrón que huele a humedad y a bichos.

—Mierda, si mi madre me hubiera avisado, me habría traído el maletín. —En él tengo todo lo necesario para una primera exploración. Es el que usamos cuando vamos a hacer tasaciones. Pienso en cómo puedo sustituir mis utensilios de trabajo—. Necesito un trapo limpio, pinceles nuevos, una lupa... —enumero en voz alta hasta que Elio me interrumpe:

—Es curioso.

—¿El qué? —pregunto al volver de mis elucubraciones.

—Soñabas con pasear por París en busca de un tesoro y resulta que lo descubres justo cuando vuelves a casa. Lo has tenido todo este tiempo encima de la cabeza.

No soy consciente de lo que ocurre a continuación, puede que solo sea un efecto de la excitación por el descubrimiento, o simplemente sigo con lo que él ha iniciado esta mañana en mi habitación.

—Mi tesoro lo tengo frente a mí —lo corrijo.

Empezamos a salir creyendo que sería un amor de verano, una historia con fecha de caducidad y al final resultó ser solo amor. Y durante seis años creímos que con todo el tiempo del mundo para nosotros.

Doy un paso hasta él y lo cojo de la camisa vaquera que lleva abierta, encima de una camiseta gris. Me pongo de puntillas, en la boca me vuelve el sabor de sus besos. Qué poder tienen los recuerdos.

—Morgane. —Mi nombre, en sus labios, suena como no lo hace con nadie más. Como si fuera parte de un ritual del que solo Elio conoce el hechizo. Sus dedos se aferran a mis caderas, atrayéndome.

Ya no hay muro de contención, Elio entra y sale del nido a su antojo. Ha limpiado las telarañas y quitado la maleza. Ha abierto las ventanas y huele a aire fresco. Queda demostrado que ocupa todo mi corazón. Qué necia he sido al creer que había sitio para alguien más.

—Hola, holaaa —canturrea Romy y nos apartamos como si estuviéramos haciendo algo prohibido.

—Iré a ayudar abajo. —Su voz suena grave, como cuando se movía lentamente sobre mí.

56 Se te puede ir de las manos, pero no del corazón

No sé si cabrearme con Romy por romper el momento o agradecerse. No sé cómo hubiéramos acabado si no nos hubiera interrumpido... ¡En un beso, está claro! A veces, los sentimientos se te pueden ir de las manos, pero no del corazón.

—¿Qué pasa entre vosotros? —pregunta Romy en voz baja, cuando Elio se marcha.

Voy a decir «lo de siempre», pero en el fondo sería mentira. Se le parece aunque no es lo mismo, porque ni nosotros lo somos. No sé qué pasa ni qué hacemos y mucho menos, sé dónde nos lleva esto. Ni siquiera quiero pensar en el momento de sentarnos a hablar. «Cuando los dos estemos dispuestos a dejarlo atrás», recuerdo sus palabras en la habitación y me da un escalofrío. Siempre he creído que eso de que «todo llega a la vez» es solo la forma que tiene la vida de darte vías de escape. Pensándolo bien, es algo rocambolesca y a veces innecesaria, pero es efectiva para distraernos de un problema a otro. Por ejemplo, aparco el tema de Elio para centrarme en este descubrimiento.

—Todo, nada, es complicado —digo al final.

—Joder, pues por cómo os miráis me parece lo más primitivo del mundo.

—Aún no hemos hablado de lo que pasó.

—¿Y a qué esperáis?

—A que seamos capaces de afrontar el después. —«Ese que implica que dejará de odiarme y tendrá vía libre para olvidarme». Lanzo un suspiro y cambio de pensamiento y tema—. No quiero seguir hablando de ello. Cuéntame, futura señora Maillard —mastico el nombramiento como algo que un día fue mío—, ¿qué tal la primera noche de prometida?

Suelta una carcajada de esas que revela más que cualquier palabra y la felicidad brota como las flores en mayo.

—Que si la vida de casada se parece a esto, me pregunto por qué no lo hemos hecho antes. Dylan en versión romántica es algo que nunca creí posible. Este hombre aún es capaz de sorprenderme.

—¿Habéis acordado alguna fecha?

—No. Ahora llega el verano, la época de más trabajo para nosotros y no quiero agobiarme, una boda requiere muchísimo tiempo. Lo que tengo claro es que me gustaría que seas mi dama de honor.

—Me encantaría.

—Perfecto, y ahora enséñame ese secreto que te tenía guardado tu madre.

57 La felicidad hecha mujer (Elio)

Me enamoré de ella aquel primer día que fuimos a Port Coton, viéndola hablar del arte con tanta pasión; irradiaba una luz que nunca había visto. Esa misma luz con la que se paseaba por todos los museos y galerías que tuvimos el privilegio de visitar gracias a mis viajes como deportista de élite. No lo digo en un alarde de chulería, algunos trabajos tienen grandes alicientes y ser un surfista profesional te permite viajar por todo el mundo tras la ola perfecta. Que tu chica quiera acompañarte mientras estudia un máster a distancia es lo mejor de todo. Esto era el motivo principal por el que solíamos discutir con Klein.

Y, si es posible enamorarse de la misma mujer a la que no has dejado de querer desde que tenías veinte años, esta mañana lo he vuelto a hacer al ver cómo se transforma delante de una pintura. Es como un camaleón, mimetizando con los colores del cuadro y empapándose de la energía que desprende. Siempre he deseado estar en su cabeza para ver lo que Morgane ve y sentir esa emoción que la embarga.

Seguimos con la limpieza, los gemelos con la excusa de amenizar las tareas siguen pinchando música y Dylan está tan feliz que ni siquiera se queja. Suena [*Where's my love*](#), miro mil veces hacia la ventana donde la imagino con la lupa y el pincel, con toda la paciencia del mundo, eliminando capas de polvo y descubriendo qué hay en esos cuadros.

Quiero subir y averiguarlo con ella.

Quiero volver a sentir como se agarra a mi camiseta y el deseo le brilla en los ojos.

Quiero clavar mis dedos en su cintura y besar la felicidad hecha mujer.

Quiero, pero me contengo.

***58 Aeternum (Elio)**

Diciembre de 2017

Estábamos en la costa norte de Hawái, en Oahu, donde se celebraba la Billabong Pipe Masters, la última parada del circuito de la WSL (*World Surf League*). Morgane, la chica que temía al mar, me acompañaba en cada viaje y me esperaba paciente en el hotel a que yo me divirtiera con olas de doce metros.

Las olas más impresionantes del mundo tienen nombre propio: desde las Ours de Australia, pasando por las Jaws de Maui, Nazaré en Portugal, las Mavericks en California o las Pipeline de Oahu. Pipeline, el hogar espiritual del surf por ser las más temidas y que, hasta que las tablas no empezaron a ser más cortas y livianas, eran imposibles de surfear. Rompen rápido y hueco, con paredes tan verticales que parecen invertidas. Con el tiempo se ha convertido en la meca de los tubos. Es una de las más peligrosas y la más accidentada del mundo. Es, posiblemente, la más técnica; no solo por la ola, sino por el arrecife que en ocasiones se encuentra a pocos metros de profundidad.

Tenía el campeonato casi en el bolsillo. Había entrenado y quería quitarme la espina que me había quedado el año anterior al no poder coger ni una ola; hay veces, que por mucho que te esfuerces no hay forma de mantenerse sobre la tabla. Esta vez fue todo rodado y me hice con la victoria. Lo celebramos al día siguiente, alquilamos un coche y fuimos a comer lejos de la multitud que cada año, por esas fechas, se aproximaba hasta North Shore. Dimos un paseo por una playa alejada de todo donde vimos tortugas marinas tomando el sol y una foca pasando el rato en la orilla. Fue como estar perdidos en una isla desierta. Recuerdo que estaba feliz, como pocas veces había experimentado. Me sentía libre, como cuando lo que piensas, sientes y haces es lo mismo. Quise que aquella sensación permaneciera el mayor tiempo posible. Al volver al hotel, pasamos por delante de un local de tatuajes. Solo con insinuarlo, Morgane abrió la puerta y tiró de mi mano. La idea no era nueva, lo habíamos hablado alguna que otra vez, hasta teníamos pensado qué nos tatuaríamos: una palabra. Pasé yo primero, no recuerdo el dolor, no guardo nada de aquellos minutos que no fuera su risa y cómo me cogía de la mano. Cuando fue su turno, y me vi arrodillado en el suelo para darle mi apoyo, supe que era el momento.

—Aeternum —dije cuando el tatuador terminó y nos dejó a solas mientras ella se vestía.

—Para toda la eternidad —me respondió poniéndose de puntillas para darme un beso en los labios. Dulce y tentador.

—Después de esto, si te pido que te cases conmigo no te negarás, ¿verdad?

El resto de lo que pasó es demasiado privado y me lo guardo para mí.

Spoiler: No se negó.

59 Copia y pega

Por mucho que quiera seguir aquí arriba, el jaleo que nos llega desde la ventana hace que al final las ganas de bajar y unírnos a ellos, se haga mayor. Los cuadros llevan décadas aquí guardados, no vendrá de unas horas.

En el jardín, más que limpiar parece que es una continuación de la fiesta. Hasta los padres de Romy se han acercado, al final acabamos improvisando una comida con lo que quedó ayer. Somos casi veinte y podríamos alimentar a otros tantos.

Me preguntan por los cuadros y confieso que aún es pronto para saber qué importancia tienen. Mi madre bromea sobre que ojalá haya alguno valioso que le permita jubilarse. La conversación principal es la boda, o lo es para el resto de los invitados, casi no soy consciente de nada que no sea Elio. Está más callado que de costumbre y en sus ojos, como un reflejo de sus pensamientos, he visto como han ido pasando de la neutralidad a la apatía. Hasta la irritación. Cuando veo que se levanta de un rebote y va hacia la cocina, espero y al cabo de un momento entro a buscarlo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Tengo la teoría de que los sentimientos son como una bola de pelusa y que necesitamos escupirlas, como los gatos. Pero no siempre se consigue y se quedan atrapadas en la garganta. Esto es lo que siento cuando oigo a Elio decir esa misma frase que yo le repetí muchas veces. Siempre he sido de las que han callado los problemas para no hacer sufrir a los demás.

—No me mientas —le pido en un cuchicheo, acercándome.

—Es complicado.

—Pues explícamelo para que te entienda —repito lo que él me decía cuando eso sucedía.

Esconde las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros cortos, se ha quitado la camisa y ahora lleva una camiseta gris. Respira hondo, se da la vuelta y fija la mirada en la ventana. Chouchen nos ha seguido, lo cojo y lo llevo al pasillo cerrando la puerta para quedarnos solos y si alguien se acerca, pille la indirecta.

—No lo sientes, dime, ¿no te cabrea? —Se da la vuelta y resopla mientras se pasa la mano por el pelo.

—¿El qué?

—Hablar de boda. Que cada idea se parezca más a lo que queríamos NOSOTROS —recalca—. Aquí, el mar, la noche, la hoguera, la música... Es como un copia y pega de mal gusto. Dime que lo recuerdas. Dime que no te hierve la sangre.

Lo conozco, sé que lo que le molesta no es la fiesta, le duele el «para siempre» de ellos y que el nuestro se esfumara. Porque eso es lo que yo envidio. Ni vestirme de blanco, ni que sea aquí o en el Ártico rodeada de «pingüinos», como nos reímos una vez, es la frustrante sensación de que ellos han avanzado y nosotros nos perdimos.

—Yo tampoco he olvidado nada. —«Ni los besos ni las promesas» pienso en añadir, pero me lo guardo para mí—. Su historia va ligada a nuestros mismos recuerdos. Es normal...

—Llevo semanas con la sensación de que nada es normal —me corta.

—Elio —intento acercarme, pero me aparta de un manotazo al aire.

—Hoy soy yo el que te pide que me dejes marchar. Discúlpame con todos, pero no puedo volver allí.

60 La verdad nos hará libres (Elio)

—¿Qué pasa?

«Tú, eres lo que me pasa. Siempre».

Entre nosotros todo era tan sencillo y natural que, cuando deja de serlo, no sé cómo comportarme y me descoloca. Pasarme el día pensando en ella no es una novedad, llevo años así, lo que nunca lo había hecho con este nudo en la boca del estómago.

Hablar... para todos es la solución. Y no digo que se equivoquen, sé que tienen razón, pero no me parece un motivo de peso para ir directo al matadero. Y es así como me siento.

Cuando nos sentemos, una parte de mí morirá para siempre.

Cuando nos sentemos, me abriré en canal, dejaré el corazón sobre la mesa y lo confesaré todo. Y no es esa imagen tan sangrienta y dolorosa la que me acojona, es quién seré después.

Ya no tendré dónde esconderme.

Se acabarán las excusas.

Se acabarán los reproches y las acusaciones.

Solo seremos un viejo recuerdo.

La verdad nos hará libres, pero ser libre da miedo cuando ya te has acostumbrado a las cadenas.

61 Un viaje psicotrópico

Llevo todo el día en la buhardilla. Esta mañana, cuando desayunaba con mi madre, hablábamos de esos giros del destino y que dan sentido a la vida. Como mi pasión por el arte, pero que acabara siendo perito, una disciplina que nunca contemplé.

—Yo creo que todo estaba predestinado para que, cuando llegara el día que descubriéramos los cuadros, pudieras encargarte personalmente.

No he sabido qué responderle, porque aunque no soy muy creyente en estas cosas, una parte de mí admite que tiene lógica creer que mi carrera me ha llevado hasta este momento.

Por la mañana he sacado todo lo que quedaba en el cuarto secreto, un caballete y una caja de pinturas. Pasar la mano sobre aquellos tubos es tocar el pasado y me ha puesto la piel de gallina. También había tres cuadernos, pero están en tan mal estado que me da miedo intentar abrirlos y estropearlos. Cuando vuelva a París los llevaré a ver si pueden restaurarlos.

Voy lenta, de los cuatro lienzos solo he hecho el estudio a dos. Voy anotando todos los detalles en la *tablet*. Uno de ellos, es de un cielo al amanecer, típicos de Quimperlé. Otro, es una pintura del hotel; la perspectiva está hecha desde la parte posterior. Está rodeado de niebla y todo el cuadro desprende algo oscuro y sombrío. Los otros dos son parecidos, en cada uno de ellos hay una mujer. Estoy con el que hay una chica posando de lado, muy cerca del acantilado. Reconozco la zona, es justo frente al hotel. En la parte trasera hay escrito: «no me olvides». Estoy anotando ese detalle cuando oigo el inconfundible sonido que hace alguien subiendo la escalera.

—¡Hola, qué sorpresa! —«Más agradable» termino para mí.

—Quería ver los avances. Es bonito —dice Elio mirando por encima de mi hombro. Qué lejos quedan los saludos con un beso de los que parecen que nunca van a terminar. Cómo los echo de menos—. Es increíble el buen estado en el que se conservan.

—Sí, es casi un milagro. Supongo que el secreto es dónde y cómo estaban protegidos, sin cambios bruscos de luz ni de temperatura. ¿Has venido a buscar a mi madre para ir a yoga? —pregunto moviendo el cuello para descargar la tensión.

—¿Ya te parece bien? —ríe en una mueca burlona que quiero borrar a mordiscos. Mantenerme quieta y no saltar a su cuello, me agita.

—Digamos que voy recordando lo que es vivir en la isla.

—La clase de yoga es los martes, o sea, mañana —señala y se me escapa una carcajada, admito que ya ni sé en qué día estamos.

—Así que solo venías a curiosear.

«Quería verte», rezo para que conteste.

—Y a invitarte a cenar. —Su respuesta es muchísimo mejor, y me hace muy feliz hasta que un pensamiento me congela, ¿y si no es una cita y quiere que hablemos?—. Dylan y Romy van a venir a casa para hacer una barbacoa y terminar con los restos de la fiesta... otra vez. ¿Te apetece?

Expulso el aire de un resoplido, sin esconderme. Aún no ha llegado el momento.

—¡Claro que sí!

«No estoy soñando», la frase se repite en mi mente sin descanso. O puede que sí, todo esto tiene una intensidad casi onírica. O que, por algún extraño motivo, puedo viajar a mundos paralelos y ahora mismo me encuentro en esa otra vida en la que Elio y yo seguimos juntos, casados y viviendo en la isla.

Estoy en su casa, él está en el jardín peleándose con la barbacoa porque con la humedad no prende bien mientras yo entro y salgo para poner la mesa. ¿Cómo puedo sentirme tan cómoda? Esta es la tercera vez que estoy aquí y no he pasado ni dos horas en total. Hay una familiaridad en el ambiente. A lo mejor son mis anhelos los que me hacen sentir así. O simplemente es... Elio. Como siempre. Desde dos mil doce.

Y aquí estoy, colocando unos agapanthus en una botella de cerveza vacía a modo de jarrón, desde los altavoces nos llega la dulce melodía de [A part of us](#). El cielo está cubierto de nubes que parecen brochazos que van cambiando de color a medida que se acerca el anochecer. El aire huele a monte. La fragancia de lavanda que procede de las plantas que bordean la terraza se mezcla con las hierbas que ha utilizado Elio para adobar la carne, el orégano y el tomillo sobresaltan entre las demás.

—Dime que no las has robado, no quiero tener líos con los vecinos.

—Enora ha sido muy amable y me los ha regalado.

—¿Enora?

—¿No la conoces? Es la señora de dos casas más abajo.

—Los conozco, pero para mí es madame De Gall. Y no sé qué me sorprende más, que te deje tutearla o que te haya dado flores. Llevo un año aquí y aún me mira con escepticismo.

Una vez terminada mi tarea, me siento a la espera de que lleguen nuestros amigos.

—Eso es porque no le has elogiado el precioso jardín. ¿Has perdido facultades?

Me arrepiento en el mismo instante. No, no quiero saber si ha conocido a alguien. O sí. «Dime, Elio, ¿qué has hecho con el amor que teníamos? ¿Lo has disecado y colgado de una pared? ¿Lo has desmenuzado y repartido por el mundo, como haría un marinero, con un amor en cada puerto?». Quiero saber si hay por ahí más de una mujer suspirando por uno de sus besos, de los que empiezan suave y terminan quemándote. Si otra ha descubierto lo «burro» que se pone cuando se le hace un masaje en la espalda.

Por suerte, gruñe sin contestarme y eso es aún peor porque me deja con la duda. «Pedazo cabrón». Entra en la cocina para coger dos botellines de Morgat, la cerveza que se hace aquí en la isla. Me tiende una y se sienta al otro extremo de la mesa. Da un sorbo a la suya y luego cierra los ojos con la cabeza inclinada hacia atrás. Viste unos pantalones cortos y una camisa con las mangas arremangadas hasta los codos, es de cuadros en un tono amarillo Nápoles, y lleva los primeros botones desabrochados, solo con el fin de torturarme. Después de tantos años sabemos cómo provocar al otro. Él vistiéndose como hoy o yo con una camiseta con el hombro caído. Mira... qué casualidad, lo que llevo ahora mismo puesto.

—Mis facultades con las mujeres están cuando toca —contesta cuando ya me he olvidado de la pregunta—. Y ten por seguro que ni se me ha ocurrido ponerlas en práctica con mi vecina.

—Pues parece un partidazo —me burlo obviando como me ha pateado entre las costillas la primera parte de su respuesta.

«Eso te pasa por cotilla». Clavo la uña en la etiqueta de la cerveza e intento quitarla.

—¿Ves lo mismo que yo? —La voz de Romy hace que mire hacia el jardín. Sonrío cuando veo que no soy la única que se cuela sin llamar a la puerta principal.

—Te dije que era una mala idea utilizar hierbas del campo sin conocerlas. Aún no nos hemos casado y ya intentas envenenarme.

—¿Envenenado en plan: «vamos a morir» o más bien en «viaje psicotrópico»?

—¿Siguen haciendo lo mismo? —murmuro mientras se me escapa la risa. La parejita, en el pasado, y parece que no ha cambiado, tenían la manía de hablar de ti sin importarles lo más mínimo tu presencia.

—Igualitos. —Elio pone los ojos en blanco—. U os dejáis de hostias o ya podéis marcharos por donde habéis venido.

—Nena, es real. En mis alucinaciones el gruñón siempre se comporta como un Teletubbie.

«¿A ver si al final esto es solo un efecto de los calmantes, como insinúa Dylan?». Romy viene corriendo a abrazarme, no me da tiempo ni a levantarme. Es real y es una maravilla.

—¡Volvemos a ser los cuatro! Este sí es el mejor regalo de cumpleaños.

Los cuatro. Amigos que son familia. Nosotros.

—¿Por encima de que te pida que seas mi esposa? —Se queja Dylan cogiéndola de la cintura y cargándosela al hombro y eso me arranca de la espiral en la que me había metido.

—Basta —lo regaña ella que se agarra a su cuello y lo tranquiliza con un beso que hace que aparte la vista y Elio se levante a comprobar la barbacoa.

Romy tiene razón, volvemos a ser los cuatro. Tengo ganas de gritar de felicidad y de ponerme a patalear al mismo tiempo al pensar que pronto tendré que despedirme de ellos. Hoy es la segunda vez que, cuando la idea de volver a París se me cruza por la mente, me entristece. No quería venir y ahora no tengo ninguna prisa por marcharme.

La brisa vespertina nos acaricia el rostro y el paisaje se va aplastando por la penumbra de la noche. La cena transcurre como si el tiempo no hubiera pasado. Los temas se solapan y se entremezclan en un caos en el que todos estamos cómodos porque somos nosotros. Los que éramos.

Dylan me pregunta por los cuadros. Les confieso que aún no he decidido si voy a hacer público el hallazgo. Primero tengo que averiguar de quién son, mi instinto me dice que son de Quimperlé, pero hay que confirmarlo. Les hablo de él, como que estaba casado con una isleña, de Locmaria, para ser exactos. Que fue él mismo quien en 1886 hizo de guía para Monet y le enseñó cada rincón de esta costa. Que en la biblioteca del hotel, en esos álbumes de fotos y recortes de viejos periódicos, recuerdo haber visto alguna foto de los dos artistas juntos. También de que murió un mes después, unos días antes de Navidad. Fue atropellado por un carruaje, como le ocurriría a Pierre Curie años más tarde.

Cuando horas después me tumbo en la cama, lo hago con una sonrisa en los labios, no recuerdo la última vez que esto ocurrió. Nada pesa. Todo es liviano.

62 Esas margaritas piden agua

—Estaba a punto de escribir mi propia esquela para ver si así te dignabas a volver a casa. —Tía Louane en todo su esplendor.

Es la hermana mayor de mi madre, una alma libre que nunca se ha casado y que, en cuanto pudo, se largó de la isla a conocer mundo. Volvió cuando mi madre se quedó viuda. Durante un tiempo la ayudó con el hotel, pero nunca ha sido su sueño. Años más tarde, cuando la situación mejoró, le compramos su parte.

Acabamos de llegar a su casa para una noche de póquer y margaritas. Se ve que, como la semana pasada no se pudieron reunir, tienen mono y esperar al domingo queda muy lejos. De la cocina salen Gwen y su hermana Frida, vecinas y amigas de toda la vida. Una trae una jarra hasta arriba de cóctel y la otra lleva un enorme cuenco con nachos y queso derretido. Empiezo a pensar que aceptar la invitación de mi madre ha sido una idea maravillosa. Le he dicho que sí solo para salir de casa y cambiar de aires. No he avanzado gran cosa con los cuadros, es de esos días en que es imposible hilar un pensamiento cuerdo, como si toda la materia gris de tu cerebro fuera una masa de cemento. Eso y que Elio no deja de pasearse por mi cabeza. Parece que no tiene suficiente con haber ocupado el corazón.

Nada más empezar me queda claro que estoy oxidada, hace años que no juego y que, por mucha carcajada, son contrincantes. Mi madre anuncia un full de reyes y gana la primera ronda. Las partidas se suceden a la misma velocidad que baja el contenido amarillo pálido de la jarra. Tía Louane se pone a cantar, según ella rapea, a modo de distracción y Frida le da una patada, pero quien la recibe soy yo que estoy sentada a su lado.

—La violencia no está permitida —señala mi madre, dándole una colleja que seguro que ha hecho que más de una horquilla, con las que se sujeta el moño, se le claven en el cuero cabelludo.

Intento no reírme, pero es imposible. La carcajada es de esas que te duele el estómago y que te arranca de la realidad por unos segundos. De las que regalan años. El culo me vibra y tardo un largo instante en darme cuenta de que es mi móvil. Saludo aún con la boca llena de risa.

—Hola, ¿cómo va la investigación? —la voz de Elio suena relajada. Desde que llegué a la isla nos hemos visto cada día y ayer fue el primer día que no supe nada de él y confieso que lo eché mucho de menos.

—Lenta, muyyy leentaaaa.

—Pareces... —hace una pausa para buscar la palabra concreta y yo lo imagino poniendo morros como hace cuando se concentra— contenta.

—Mi madre me ha liado a una noche de póquer y margaritas. Te invitaría, pero sé que no eres muy amigo del alcohol.

—No, y mañana trabajo, no como vosotras. Así que estás jugando a las cartas.

—Lo intento, pero son muy buenas. Creo que se escapan a Mónaco para practicar —cuchicheo.

—Recuerda no tocarte la boca con el pulgar, ni rascarte el cuello.

—Eh... sé jugar —me quejo.

—Solo digo que eres un libro abierto.

—No es verdad.

—¿Entonces tienes una buena mano?

—Esta la gano seguro, ¡tengo escalera de caracol! —Asiento y después me bebo lo que queda de margarita en mi copa.

—*Chérie*, es escalera de color y acabas de decir tu jugada en voz alta.

—¡Capullo, me has estropeado la partida!

Cuando oigo un coro de carcajadas, soy consciente de que han estado todo el rato pendiente de mí y yo sin darme cuenta. De verdad, el poder que tiene este hombre sobre mí no es ni medio normal. Y muy poco recomendable.

—Esas margaritas piden agua.

—El agua es para las vacas —contesto con un típico refrán bretón. Se me escapa la risa y es que, cuando se te mete en el estómago, es complicado sacarla de ahí.

—Y algo sólido —me sugiere Elio antes de colgar.

—Este hombre es idiota —suspiro cogiendo un nacho de los del fondo y me pringo todos los dedos.

—Antes de criticar a los idiotas, deberías ver la cara que se te queda cuando hablas con él —remarca Gwen, alargándome una servilleta nueva.

—Me licúa las neuronas —confieso encogiéndome de hombros. Cuanto antes lo asuma, antes podré afrontarlo.

«Ja...»

—Hablando de licuar, voy a por otra ronda —exclama mi tía poniéndose en pie.

—Trae algo de comer —le pido, el comentario de Elio ha hecho que me dé cuenta del hambre que tengo.

—Las pizzas van a llegar en cinco minutos —anuncia mi madre, mirando su reloj—. ¿Qué quería?

—No lo sé —admito apartándome un mechón que se me ha salido de la coleta con tanta risa.

Y podría pasar de todo y ver a Frida barajar las cartas y cortarlas como un experto crupier. Podría, pero no puedo porque ahora solo quiero saber a qué venía su llamada. Porque pensar en volver a hablar con él hace que me ponga en pie de un salto y me aleje hasta la ventana.

63 Entre quizás y ojalás se escapa la vida

—¿Qué pasa entre ellos? —pregunta Gwen a mi madre.

—No lo sé, están en el limbo. Saben que tiene que hablar, pero lo van retrasando.

Puede que crean que susurran, pero las oigo sin tener que forzar el oído.

—Gran parte de las enfermedades son el resultado de emociones reprimidas —añade mi tía, que ya ha vuelto con otra jarra hasta los topes.

—Entre quizás y ojalás se escapa la vida —declara Frida, en tono ceremonioso.

—Cuando los veo pienso que son como las ostras y las mareas. Da igual que las alejes de la costa, siguen notando su influencia. Ellos están sincronizados de una forma tan natural como extraña. —Con esta comparación de mi madre, con la que me siento realmente identificada, dejo de escucharlas y le doy al botón de llamada.

—¿Necesitas ayuda con la siguiente ronda? —contesta al segundo tono.

—¿Para qué has llamado?

—Me has llamado tú —ríe y el sonido me llega de forma nítida acompañada, de fondo, por Kiwanuka y su [Love & hate](#). Había olvidado cuanto me embriaga oír su voz a través de la línea. Siempre he creído que se hubiera podido dedicar a la radio, o ahora, con la moda de los audiolibros, a narrarlos.

—Digo antes —recalco, masticando las sílabas.

—Ah, tu amiga Enora me ha dejado una bandeja de comida para ti, dice que sabes de qué va.

—Oh, qué amable. Imagino que es una lasaña de verduras. Me dijo que la hace riquísima y que me pasaría la receta.

—Pues no solo te ha dejado la receta, la fuente es como mínimo para diez personas.

—¿Dónde estás? —pregunto cuando su voz se distorsiona.

—En la furgoneta, de camino a la playa.

Una imagen clara de él bailando con las olas se dibuja en mi mente; como se agacha para acariciarla, el equilibrio cuando se desliza sobre el agua, su cara de pura concentración, pero sin poder esconder esa radiante sonrisa de satisfacción. Quiero pedirle que dé media vuelta y venga a buscarme. Que me lleve con él. Que veamos juntos como el cielo se llena de color con el anochecer y la Tierra de sombras. Besarle cuando salga del agua hasta que sus labios se vuelvan cálidos. Quitarle con la lengua la sal de la piel. Llenar la furgoneta de gemidos, de promesas, de jadeos cuando explotemos.

—Disfruta —murmuro, en el fondo quiere decir «ojalá estuviera allí».

—Y tú —responde y quiero entender «ojalá estuvieras aquí».

64 Estatua de sal

Después de finalizar la llamada, sigo unos minutos más con el teléfono pegado a la oreja, dándome un tiempo para recuperar el pulso. En la mesa, han continuado con la misma conversación, aunque han bajado un poco el volumen. Es de las cosas que más odio, ese siseo cuando sabes perfectamente que hablan de ti. Lo sufrí durante años, después de la muerte de papá. Iba por la calle y si no me detenían para preguntar cómo estabas, lo hacían entre ellos. Sé que muchas veces, como ahora, no tiene por qué ser algo negativo, pero nunca me ha gustado ser el centro de atención. Yo siempre he querido pasar desapercibida.

—Mírala, es como una estatua de sal —murmura Frida y su voz suena más nasal que de costumbre.

—¡Otra vez con comparaciones con la Biblia! —se queja su hermana. Oigo el ruido del cristal de las copas chocando con la madera.

—¿A qué te refieres? —interviene mi madre, solo para evitar que se pongan a discutir entre ellas y yo se lo agradezco porque no tengo ni idea de lo que habla y me pica la curiosidad.

—En el libro del Genesis, se cuenta que, mientras escapan de Sodoma, la mujer de Lot se convierte en estatua de sal después de mirar hacia atrás...

—Al grano —la premia mi tía—, que no tengo ni idea de quiénes me hablas.

—Es una metáfora. La sal representa el anquilosamiento, la inactividad, la parálisis. El hombre avanza con el cambio, mirando hacia el futuro.

Justo en ese momento suena el timbre.

—¡La pizza! —gritan al unísono.

Estatua de sal. Esa soy yo. Anclada. Amarrada al pasado. Suelto un suspiro y me doy la vuelta. El resto de la noche, las palabras se me repiten una y otra vez en la cabeza. Estatua de sal. Anquilosamiento. Se avanza mirando al futuro. Estatua de sal.

65 Ver nacer el día (Elio)

Vivir en el campo es maravilloso. Que te despierte una urraca cada día a las cinco de la mañana, no tanto. Se sitúa justo al lado de la ventana para que oiga perfectamente su chirriante cantar. He dormido mejor que los días anteriores. Doy un par de vueltas maldiciendo al bicho, hasta que decido salir a correr.

Una de las cosas que más me sorprendió el primer verano que pase aquí es lo caprichoso que es el clima. Recuerdo que un día saliendo de comprar me topé con un expositor de postales y una me llamó la atención, me hizo tanta gracia que hasta la mandé a casa: en Bretaña hace bueno varias veces al día. La isla cambia de aspecto cada vez que te das la vuelta.

Subo al faro de Gouplhar que por su posición estratégica es considerado uno de los más poderosos de Europa. De camino al mar, paso por delante del hotel y me imagino a Morgane dormida en esa cama que compartimos muy poco porque siempre nos refugiamos en la Kombi. Dylan había tardado solo dos semanas en abandonar la furgoneta y decidir que prefería instalarse en una habitación en un piso compartido cerca de la escuela de surf. Sigo el sendero de la costa, con mis fieles compañeros: el cielo y el mar. Hay algo a lo que no me acostumbro y eso que lo he visto desde que nací, son los restos del Muro Atlántico. No hay vez que pase frente a una de esas fortificaciones o búnkeres que no piense en la guerra.

Cuando llego a La sirena de niebla, me detengo. Al horizonte, el amanecer toma forma y otra mañana nace ante mis ojos. Aspiro con fuerza el rocío impregnado de salitre. Pura vida. Voy hasta la parte trasera de la casita y dejo que los viejos recuerdos, esos que me persiguen a todas horas, me den una paliza de las tuyas. Me apetece un viaje al pasado. A nuestro primer beso. Cierro los ojos y apoyo la frente en la pared. Los abro cuando noto algo frío y metálico en la punta de los dedos. No me acordaba de la placa conmemorativa por los ciento veinte años de su construcción. Fecha: marzo de 2012.

De regreso, mi mente matemática y acostumbrada a buscar patrones hace cálculos y algo no me cuadra. Cuando llego a la altura del hotel, dudo un segundo de si es buena idea en llamar a Morgane a estas horas, pero creo que merece la pena la bronca que va a echarme.

—¿Vas a despertarme cada día?

—Antes te gustaba —murmuro y partes de mi cuerpo se alzan al tener un *remember*.

—Antes lo hacías a besos —dice con voz melosa.

«Ábreme la puerta o te juro que la tiro al suelo de una patada».

—Morgane... —Suspiro su nombre y no puedo evitar que suene con un matiz desesperado.

—Hola, Elio; espero que tengas una buena razón para irrumpir mi resaca.

—¿Quieres salir a dar una vuelta?

—¿Ahora? —Suenan tan chirriantes que tengo que apartarme el teléfono de la oreja.

—Ahora.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —ríe.

—Re-sa-ca.

—Venga, nada mejor que un golpe de aire fresco para ese dolor de cabeza. Además, hay un cielo que es pecado no ver.

—Eso lo veo desde la ventana. —Bosteza.

—Necesito que veas una cosa. No te arrepentirás... —añado en un intento de convencerla.

—¿No trabajas?

—Hasta las diez no tengo una reunión. Deja de hacerte la remolona y levántate ya.

—Si salgo, quiero un buen desayuno. —Oigo el ruido de las sábanas y la imagen del domingo pasado aparece en mis pupilas.

—Me parece bien.

66 El enigma de La sirena

No voy a engañar a nadie, y menos a mí, en cuanto me ha llamado y me he despertado oyendo su voz me he sentado en la cama y hubiera bajado en camiseta y bragas. Lo único que ha frenado la emoción es la resaca que llevo encima. Dios, esas mujeres tienen saque y mucho más aguante que yo. Pensaba que con la edad cada vez se toleraba peor el alcohol, pero parece que ellas son una excepción. O tienen el hígado más que entrenado a ese brebaje al que llaman de forma engañosa e inofensiva «margarita».

Me pongo unos vaqueros y su sudadera que rescato de debajo la almohada. Me calzo las zapatillas sin anudar, con una mano es imposible, y bajo con Chouchen justo detrás de mí. Desde la habitación de mi madre me llegan sus ronquidos.

—Buenos días, ¿cómo va esa cabeza? —me saluda. Cierro la puerta intentando hacer el mínimo ruido.

—No grites —suplico y luego le pido si puede ayudarme con los cordones. Se agacha y los ata en un abrir y cerrar de ojos. Al levantarse, lo hace acariciándome la pierna y yo solo pienso en colgarme como un koala de su cuello y pedirle que vayamos a la cama—. Gracias, ¿a dónde vamos? —pregunto obligándome a cambiar de pensamiento.

—Un paseo corto hasta La sirena.

La mañana es fría y me arrebujó bajo la sudadera, va callado, con la vista fija en el camino. Solo se oyen nuestras pisadas y como la naturaleza va despertando. La cabeza se me despeja en unos minutos y deja paso a una paz embriagadora. Por enésima vez desde que he llegado a la isla, me pregunto cómo he podido olvidarme de esta sensación. Esto nunca podrá compararse con los largos paseos que he dado por París en los que me he entretenido contando adoquines. No hace mucho, leí que no somos dueños ni de nuestros recuerdos, que incluso la memoria es ficción. Nada de lo que recordamos es exactamente cómo ocurrió. Ella misma edita los detalles, omite o matiza algunos y a otros les otorga una trascendencia especial.

La risa suave de Elio me arranca de mis elucubraciones.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto cuando ya veo nuestro objetivo.

—Háblame de Quimperlé.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros y luego me regala una sonrisa de esas tan suyas y que siempre he sentido tan mías.

—Te encanta hablar de arte y de él.

—¿Qué quieres saber exactamente? A estas horas soy como un lienzo en blanco.

—Cuando estuvo en la isla, cuándo murió...

La única neurona que tengo despierta se pone en marcha y recito de memoria todos esos datos. Cuando llegamos al pequeño edificio blanco, Elio me coge de la mano y camina hacia la parte trasera, justo donde le hablé de mi padre y nos dimos el primer beso. Se me pasa por la cabeza que quiere revivir ese momento y mi corazón se acelera, me mojo los labios y mi lengua se prepara para salir a bailar.

—Dime una cosa —empieza, hace que me dé la vuelta y mire hacia el edificio, él se pone enfrente, un poco apartado para no perderse ninguna de mis reacciones—, si Quimperlé murió en la Navidad de 1886, ¿cómo es posible que hayas encontrado un cuadro de él en el que hay pintada La sirena si se construyó en 1892, SEIS años más tarde?

Sus palabras y números tardan un poco en llegar a mi cerebro y que este sea capaz de procesar la información.

—¿Qué dices? —Mi voz suena estrangulada.

—El cuadro en el que trabajabas el lunes, cuando fui a buscarte para cenar, en él sale una chica de lado y al fondo se ve este edificio.

Niego con la cabeza, sé de cuál me habla, pero es imposible. Tiene que haber un error.

—No... Yo... Tengo que volver.

Empiezo a caminar de vuelta a casa, no soy consciente de que casi lo hago corriendo.

—Eh, tranquila, no hay prisa —dice cuando me atrapa—. No vendrá de un par de minutos.

Mis neuronas se quitan la resaca a manotazos y rescatan toda la información que almacenan sobre mi pintor favorito.

—Tiene que haber algún error... —siseo, al llegar a la buhardilla.

—Es este —Elio lo coge de una mesa y lo coloca justo debajo de la lámpara para poder verlo bien—. Lo recuerdo porque la chica se parece a ti.

Su comparación hace que mis labios se inclinen en una suerte de sonrisa; de repente soy consciente de lo rápido que me late el corazón. Estoy a punto de hiperventilar. Cojo la lupa y observo el lado derecho del cuadro.

—Es La sirena —jadeo.

Busco en la tablet donde he ido apuntando los datos, abro internet y confirmo la fecha de la muerte del pintor y también la construcción del pequeño edificio. Estoy tan sorprendida que dudo hasta de lo que sé.

—¿Has comprobado si por casualidad no está pintada por encima?

«¿Quién iba a hacer semejante salvajada?»

—Lo vería en un microscopio; mierda, como echo de menos mi Dino-Lite. Con la lupa no llego a diferenciar los trazos—. Cierro los ojos y me aprieto el puente de la nariz. Creo que me estoy volviendo loca—. Hubiera jurado que es un Quimperlé.

—A lo mejor es de él y no murió en aquel accidente.

—¿Para qué iba a fingir su muerte? —lo corto.

—¿Puede ser una copia?

Vuelvo a mirar con la lupa esas pinceladas circulares, tan típicas de él...

—Si lo es, es muy, muy buena. Y diría que por la pintura es hasta de la misma época. —Creo que me va a estallar la cabeza—. Si Quimperlé no lo pintó, ¿quién fue?

—¿Qué es todo este alboroto? —pregunta mi madre desde la escalera, aún en camisón.

—Acabamos de descubrir algo, aunque aún no sé el qué.

—No he entendido nada, necesito un café.

Bajamos con ella a la cocina y mientras ellos preparan el desayuno, le cuento todo. Me sugiere que empiece por la biblioteca del hotel donde hay un ejemplar de cada libro que se ha publicado que hable de los pintores que han pasado por la isla. Aunque sea privada, es una hemeroteca conocida y abierta a todo aquel que quiera documentarse.

—Esto está muy interesante, pero tengo que irme a casa —dice Elio cuando se termina la tostada con queso y miel y da el último sorbo de café.

—¿Ya?

—No esperaba hacer de ayudante de Miss Marple y se me ha echado el tiempo encima —bromea—; en un rato tengo una videoconferencia.

—Gracias —digo poniéndome en pie. Si no fuera por él no sé cuándo me hubiera percatado de ese detalle. Noto los labios llenos de besos acumulados, no puedo resistirme y dejo uno en su

mejilla.

—Te llamo luego y me cuentas los avances —murmura bajando la cabeza como si oliera mi pelo.

—Puedes llevarte el coche, no lo necesitamos y está visto que nos vemos a todas horas.

—¡Mamá!

—A ver si he dicho alguna mentira —se defiende mientras hace carantoñas a Chouchen.

—No hace falta —le responde Elio con una sonrisa bailando en sus labios—. Ya buscaré alguna excusa para verla.

Suelto una carcajada mientras él se da la vuelta y saluda con la mano alzada. Tampoco es tan raro que estos dos se hayan hecho amigos, siempre se han entendido de maravilla.

Estoy recogiendo la mesa cuando oigo que mi madre lanza un suspiro melodramático antes de decir:

—Irse implica que transcurre cierto tiempo antes de regresar.

Elio chasquea la lengua y cuando me doy la vuelta lo veo apoyado en el marco de la puerta. Me muerdo el labio encerrando la risa.

—Es que acabo de pensar en una excusa, ¿te vienes a comer? Tengo una fuente enorme de lasaña, esperándote.

—Me parece perfecto —acepto encantada con el plan.

—Nos vemos en casa.

Tú también lo has oído, ¿verdad? Ese «casa» ha sonado a refugio contra el mundo. A paraíso celestial.

—Gracias, pero yo ya tengo planes —mi madre declina la «no invitación» y de nuevo lo hace como si estuviera interpretando a la mismísima Scarlett O'Hara.

67 Querer bien

—¿Qué pretendéis con todo esto? —pregunta mi madre cuando está segura de que Elio ya se ha ido.

—Nada. No lo sé —me corrijo.

El silencio secuestra mis palabras y ella espera paciente a que yo las libere. Prepara una nueva cafetera, es su sutil forma de decir que no lo va a dejar pasar. Me siento en la silla y con la uña del pulgar sigo las vetas de la madera.

—No quiero ser una estatua de sal —murmuro. Es fugaz, pero veo la mueca que hace cuando se da cuenta de que ayer las oí hablar—. Estoy... estamos avanzando.

—¿Hacia el precipicio?

—Pensaba que decías que tenía que vivir. Y te juro que soy feliz. —La frase sale nítida, sin nieblas ni tropezones.

Sé que, como todas las emociones no es un valor que se pueda medir con precisión, pero nadie mejor que uno mismo para saber hasta qué punto hemos llegado y yo hace años que no experimentaba esta alegría y ganas; tantos que llegué a pensar que jamás volvería a sentirme así.

—Solo estáis viviendo una ilusión. —Sirve el café y me acerca una taza—. Y ya sabes que opino de ellas.

—Que son como pompas de jabón, crecen y se alzan hacia el cielo hasta que explotan —repito lo que le he escuchado decir en infinidad de ocasiones.

—Creo que antes de seguir, deberíais hablar. Ni tú ni él merecéis sufrir.

—Lo sé, pero ninguno de los dos quiere hacerlo. Aún.

—No debe ser muy agradable pasearse con la espada de Damocles sobre tu cabeza.

—Estamos en Francia, aquí nos va más la guillotina —bromeo intentando quitarle hierro al asunto porque la otra opción es gritar, patalear o, directamente, llorar.

—Peor me lo planteas, una afilada cuchilla rozándote la nuca.

«Vale, basta de comparaciones que tengo una facilidad extraordinaria para convertir esas atrocidades en una pesadilla recurrente».

—Estamos en tiempo muerto —digo, intentando borrar esa sangrienta imagen de mi mente—. Es mejor que odiarnos y estar en una continua pelea.

—Lo que estáis haciendo es la vía más fácil, vivir en una mentira.

—No lo es. Yo aún lo quiero —confieso sin la menor duda de que mis sentimientos no han menguado en todo este tiempo.

—¿Y ya has aprendido a quererlo bien?

«Joder, qué puntería, madre. Directa al corazón».

Querer bien no se mide por la cantidad, se mide por lo que estás dispuesto a transigir. Querer sin peros. Querer sin miedos. Querer sin frenos. Elio es surf. Elio es mar. Ese mismo mar que una vez nos separó.

68 *Joie de vivre* (Elio)

Elio

¿Has descubierto algo?

Morgane

¡Nada!

Además, con las obras
y los martillazos no
oigo ni mis pensamientos.

Elio

Mira por dónde,
aquí tengo todo el silencio que necesitas.
Vente cuando quieras.

Morgane

¿Ya has terminado la reunión?

Elio

Aún no.
Se está alargando.

Morgane

¿Dejamos la comida para otro momento?

Elio

No, solo es que me aburro.

Morgane

¿Soy una mera distracción?

Elio

No me hagas decir qué eres.

Porque no sabría ni por dónde empezar.

«Eres mi primer amor. Mi único amor. La mujer de mi vida. La reina de mis pesadillas. Eres ese «joder» que suelto al pasar por delante de un colegio. Ese «ojalá» cuando me giro en la cama, buscándote».

Morgane

Vale, nos vemos en un rato.

Elio...

Elio

¿Sí?

Morgane
Gracias.

Elio
Morgane...

Morgane
¿Sí?

Elio
Si tu hígado está de acuerdo,
roba un vino de la bodega.

Morgane
Ok.

Dejo el teléfono y me centro de nuevo en la pantalla del ordenador. Odio estas reuniones en las que no se avanza, solo se habla de problemas, no de soluciones. Los «expertos» exponen sus teorías para posicionarse, aunque su visión desde los despachos dista mucho de la realidad. Tengo que repetirme que es trabajo. El que paga la casa y las facturas. Que en nada se terminará este calvario y... llegará Morgane.

Siguen hablando y yo desconecto. Hace un rato el cielo estaba encapotado y ahora ya ha vuelto a salir el sol. Tengo la ventana abierta, de fondo se oye algún vecino cortando el césped y la brisa me trae el olor a hierba.

Cuando Morgane llega, le abro aún con los auriculares en la oreja, le vocalizo que pase y cierro la puerta tras ella. Alzo la mano, diciendo que solo serán cinco minutos. Son casi las doce y son funcionarios. Cuando toque la hora punta, todos habrán desconectado.

Vuelvo a subir al despacho, intento concentrarme, pero no lo consigo. Me aparto uno de los auriculares para oír el ruido en el piso de abajo. Oigo como abre la nevera, los cajones, el sonido de los platos y de las copas, el temporizador del horno... Es la melodía de un hogar y me gusta como suena. ¿Por qué me torturo así? En unos días se irá de la isla, y ¿luego qué? El viejo rencor sigue ahí y por mucho que intente esconderlo, se huele el tufo desde kilómetros a la redonda. Morgane se irá y lo último que necesito es tener recuerdos de ella pululando por casa, como fantasmas. Pero soy adicto a ella, lo asumí hace años. No soy ningún mártir, solo un gilipollas enamorado.

Es curioso imaginar qué está haciendo solo por los sonidos que me llegan. Ha salido al patio y está colocando las sillas que siempre tengo inclinadas para que no se moje el asiento. Ya hemos hecho esto antes, supongo que es eso lo que me produce esta falsa sensación de normalidad. Cuesta diferenciar si son los jóvenes Eme y Elio los que van a comer la lasaña o seremos esta versión adulta que se está comportando como si tuvieran amnesia selectiva.

Cuando vuelvo a la realidad, la reunión está llegando a su fin. Se concreta la fecha de la próxima y que se enviará un resumen de los temas comentados hoy. Cierro la sesión, lanzo los auriculares y bajo la escalera de dos en dos. No, no tengo prisa... tengo... mmm... sed.

Me detengo cuando llego al salón y la veo junto a la ventana de la cocina, donde dejé el cactus y el «jarrón» hecho con una botella vacía y las flores que colocó sobre la mesa el lunes, cuando vinieron a cenar. No sé por qué guardé el ramo, puede que me guste ver su toque femenino en casa. Puede que me guste mirarlo cuando me tomo el primer café. ¡Como si necesitara un recordatorio para pensar en Morgane!

—Hola. —Camino hacia ella con la incómoda sensación de no saber qué hacer en mi propia casa.

Me saluda regalándome una sonrisa comedida, está igual de perdida que yo.

—He metido al horno solo una porción de la lasaña. Esta mujer es una exagerada.

Noto el ácido del rencor subirme por la garganta, lo mejor sería dejarnos de tonterías y sentarnos de una vez a hablar. Cerrar por todas el pasado, pero..., ya que ha venido y ha puesto la mesa, procrastinemos un poco más que ese vino pide ser decantado.

—Huele muy bien; por cierto, la receta la tienes pegada en la puerta de la nevera. —Descorcho la botella y la vierto en un decantador.

—Si me ayudas a repartirla en otros tápers, luego le llevaré la fuente. Antes de venir he pasado por el pueblo y le he comprado un surtido de bombones como agradecimiento.

Hago lo que me pide bajo su atenta mirada. Está preciosa, sé que se ha vestido para provocarme. Sabe que me vuelve loco cuando se pone esas camisetas que dejan un hombro al aire, me encanta(ba) ver el hueco de la clavícula e imaginarme besándola justo ahí... Otra es que la ropa tenga un punto transparente. Esas viejas camisetas que traslucen y dejan ver el color de su sujetador. Como la de hoy, es negra y la ropa interior roja. ¡Qué cabrona!

—Te aviso que la porción que yo he cortado se parece a todo menos a un cuadrado —ríe y se me pega con facilidad.

«Elio, céntrate, ya le darás vueltas a esa lencería esta noche cuando te tumbes en la cama».

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto señalando la mano. Dejo la fuente en el fregadero y le echo un chorro de desengrasante y un poco de agua caliente para que me facilite después el trabajo.

Resopla y a mí se me dibuja un conato de sonrisa en los labios.

—Ya no me duele, pero es un incordio.

—Con lo poco que te gusta pedir ayuda.

Podemos actuar como si no existiera el pasado, pero constantemente hacemos referencia a él.

—Me gusta que me cuiden, lo que detesto es depender. Y mi madre, en ocasiones, puede ser muy intensa.

—El otro día leí algo que me pareció curioso. Era uno de esos e-mails de mi madre.

—¿Sigue con la misma costumbre?

—Peor... —río y corto la baguete que ha traído y que aún está algo caliente—. Era sobre una paleontóloga a la que le preguntaron: «para ti, ¿cuándo empezó la civilización?». Su respuesta fue: al encontrar una tibia soldada. Eso quería decir que alguien se rompió una pierna y otro lo cuidó hasta que se curó. Los animales si se rompen un hueso o se hacen daño mueren si no pueden moverse para alimentarse. Cuidar hasta curar demuestra una evolución.

No soy consciente de lo que hago hasta que me veo reflejado en sus ojos. Le acabo de ofrecer la punta de la barra, que sé que le encanta. Lo he hecho de forma mecánica, como hacía tantas veces en el pasado. Pero el mensaje que he dado es que quiero alimentarla hasta que se cure. Fue verdad en el pasado, ahora... no sé qué quiero, ni si me puedo permitir semejante duda. Abre la boca y le da un mordisco. En sus ojos veo hambre... y no es de pan.

«Joder, no me mires así, que yo también me muero por besarte».

Carraspeo y rompo el momento. Por pura distracción, abro la puerta del horno para

comprobar cómo avanza nuestra comida. Veo que Morgane sigue siendo amante del queso, por la cantidad deduzco que ha vaciado los dos sobres que tenía.

—Esto ya casi está, voy a poner el gratinador.

Ella, mientras, ha servido dos copas de vino y ha salido a la terraza, supongo que en busca de un poco de aire fresco.

—¿Qué tal la reunión? —me pregunta cuando me siento al otro lado de la mesa.

—Bien, es interesante, pero no tanto como descubrir a un pintor farsante.

—Ah... no me lo recuerdes. ¿Cuéntame qué haces?

Le hablo de la aplicación con los partes meteorológicos y toda la información que un surfista puede necesitar. De los beneficios que aporta la publicidad, por muy pesada que sea. De mis colaboraciones con revistas del sector. Y como he terminado trabajando con la universidad para mejorar los procesos e intervención de la industria en el mundo marino.

—Una pesca más respetuosa con el ecosistema, no solo me parece interesante, sino que además es muy necesario.

Hablamos de ello hasta que oímos el ring del temporizador.

Mientras comemos, en un sorprendente y agradable ambiente, recibe una llamada. Veo como se ríe, asiente... mientras yo me dedico a observarla y buscar las diferencias que han dejado estos tres años.

—Era Marlene, trabajamos juntas y es mi mejor amiga allí. Estaba buscando unos cuadros para un hotel y le mandé algunas obras de las que tiene expuestas Vincent. Al cliente le han encantado. Luego me pasaré para hablar con él sobre la compra.

—¿Qué tal la vida en París, es cómo soñabas?

Da un sorbo solo con la intención de ganar tiempo.

—A veces, las cosas no son como imaginamos —dice sonriendo, pero las palabras son ambiguas y destilan cierto desencanto.

No continua, y yo quiero pedirle que siga, que me hable de su vida allí. Necesito saber si dejarme atrás mereció la pena. Quiero decirle que, si dejo el rencor de lado, estoy muy orgulloso de ver que ha conseguido vivir del arte y en París como un día soñó. Aunque a medida que Morgane fue creciendo, ese sueño mutase con ella. Cuando empezamos a viajar por todo el mundo, se veía siendo una marchante internacional con contactos y clientes en cada continente. En los últimos tiempos, los dos teníamos claro que nos instaláramos en la isla y ella sería la gerente de un museo.

Cuando se va, pienso que la vida sería mucho más fácil si pudiéramos vivirla hacia atrás, pero entonces me doy cuenta de que nos perderíamos la *joie de vivre*.

69 Quiquiriquí

—¿Qué es esta fiesta y por qué no he sido invitada? —grita mi madre para hacerse oír por encima de *Following in the sun*.

Mmm... espera que te pongo en situación. La sala de estar de casa se ha convertido en una pista de baile improvisada, llevo un vestido negro de coctel de los que Marlene puso en la maleta, aunque pierde el glamur al ir descalza y totalmente despeinada.

—Sí lo estás, pero no te hemos esperado para empezar.

—¿Y qué celebramos? —Chouchen, al verla, se pone a ladrar y ella me lo quita de los brazos. Es como un bebé con mimitis.

—Hay días buenos, otros que son muy buenos y luego hay los excepcionales, los de «me quedaría a vivir en este día». Pues hoy de los últimos. He pasado la tarde en la galería de Vincent. ¡Hemos cerrado el acuerdo de colaboración!

«Y ha vuelto a decirme que está mayor, que quiere jubilarse y que le encantaría traspasarme el negocio», pero no repito sus palabras en voz alta porque me da demasiado miedo la ilusión que me provoca solo con pensar en llevar la galería referencia de la isla y ser mi propia jefa.

—¡Eso sí que es una gran noticia! ¡Me alegro mucho por ti!

—Au, ¿por qué me pellizcas? —digo, frotándome el brazo.

—Para que reacciones y te des cuenta de que puedes hacer tu trabajo también desde aquí.

—Mamá...

—Solo remarco los hechos —me interrumpe; y me quedo con las ganas de decirle: «No empieces, déjame disfrutar de esto».

—Sé que es real, por eso lo estoy celebrando.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Sí, que París es una ciudad por la que muchos matarían por vivir, pero no es mi sitio. El mío es aquí, en la isla—. ¿Y con Elio?

—Pues claro.

—¿Eh? Que cómo ha ido con él. —Vale, pensaba que me leía la mente y me preguntaba si mi sitio era en la isla con Elio. Las ilusiones, a veces, nos afectan la comprensión.

—Ah, bien. Solo somos dos amigos que han compartido una comida.

—Definitivamente, hacemos honor al gallo, emblema de los franceses: con los pies en la mierda, pero la cabeza en alto y cantando. —Y sé que en ese «hacemos» se incluye a ella también.

¿De estatua de sal a gallo? No sé si es mejor o peor.

—Vamos a celebrarlo. Te invito a cenar a tu sitio favorito —digo sin querer seguirle el juego.

—¡Por fin dices algo coherente desde que has llegado! —aplaude antes de correr hacia la escalera para cambiarse de ropa.

70 Bienvenido a la república independiente de mi casa

Estoy en la biblioteca del hotel, enterrada bajo un montón de álbumes y libros. Llevo aquí desde las nueve de la mañana y creo que el olor a añejo se me está pegando en la ropa. Necesito salir y que me dé un poco el aire fresco. Devuelvo cada libro a su sitio mientras hago un resumen mental de lo que he descubierto hasta ahora. Es rápido de hacer: NADA. Absolutamente nada. Estoy estancada y no sé cómo avanzar. Entre motas de polvo y con la primera estrofa de [Walking on a wire](#) veo la luz. Veo la Ciudad de la Luz. ¡Haré una escapada a París y creo que tengo a la acompañante perfecta!

—Hola —me saluda Romy al primer tono—. Puede que se corte, estoy cerca del faro de Poulains.

—¿Qué haces este fin de semana?

Devuelvo a su sitio un libro que trata sobre la influencia de la isla en la inspiración de los artistas, ya sean escritores, poetas, músicos o pintores. No recuerdo quién dijo que la isla tiene un aura creativa que seduce a los de espíritu artístico.

—Nada especial, ¿tienes algo que proponerme? —ríe y su voz suena metálica por la cobertura.

—París. Quiero llevar unas muestras de pintura a analizar y he pensado que quizás quieras acompañarme.

—¿A París? —grita.

—¡Un fin de semana de chicas! Podemos aprovechar para curiosear en alguna tienda de vestidos de novia...

—Me encanta la idea —me interrumpe, chillando—. ¿Cuándo tenías pensado salir?

—Dímelo tú, me adapto a tu horario.

—Ahora mismo llamo a mi hermano, me debe un favor.

Oigo un ruido y cuando me doy la vuelta tengo a Elio delante de mí. Está apoyado con el hombro en la jamba de la puerta y las piernas cruzadas. Lleva un bañador y una sudadera con la capucha puesta.

—Hablamos luego, tengo una visita.

—Déjame adivinar... ¿Elio?

Cuelgo sin responderle.

Elio camina hacia mí, se quita la capucha y se pasa la mano por el pelo como sueño hacer yo. Ha estado surfeando, huelo el mar desde aquí, a unos escasos tres pasos. Inspiro hondo y disfruto de la sensación.

—¿Cuánto llevas ahí, espiando?

—Lo suficiente para saber que te vas de *finde* de chicas. Y no era espiar, solo que no quería interrumpirte. Entiendo que no has avanzado mucho.

Niego con la cabeza y coloco el álbum de recortes de periódicos de la época en los que se menciona el hotel, después voy hasta la ventana y la abro. «Qué calor hace de repente».

—Yo también me voy, me ha salido un viaje. ¿Cuándo os vais?

Quiero preguntarle por el destino, pero si lo ha obviado será por algo y a mí me da miedo tirar del hilo y que, sin querer, me caiga la guillotina.

—Supongo que mañana cuando Romy termine de trabajar. Me llama después para confirmarlo. ¿Y tú?

—Esta tarde, con el último barco.

—¿Hoy? —Mi voz ha salido estrangulada, revelando más de lo que me hubiera gustado—. ¿Y estarás fuera muchos días?

—Calculo que una semana.

«¿Taaannntooo?».

¿Por qué de repente me parece el fin del mundo cuando he pasado tres años sin verlo? ¡Qué rápido nos acostumbramos a las cosas buenas!

Camina hasta situarse junto a mí, en la ventana. Noto su presencia rodeándome, quiero cerrar los ojos y quedarme con esta sensación.

—He pensado en traerte esto. Son las llaves de casa. —«De casa», no de «mi casa» puede parecer un descuido, pero a mí me sienta como un trocito de cielo —. Para que le eches un vistazo al cactus, por si necesita agua. No quiero que se me muera.

—¿Regar el cactus? —pregunto con la ceja levantada y mordiéndome el carrillo para no reírme.

«Elio por Dios, ¡que es de ropa! Dime que es porque te apetece imaginarme en tu cueva, echándote de menos».

—O para buscar silencio si aquí no lo encuentras.

Cojo las llaves y juro que me queman la palma de la mano. Miro ese trozo de metal sobre esas líneas que hablan de mi destino y en el que siempre leí su nombre.

—O para robarte una sudadera, mi madre ha puesto la otra a lavar. —«Y casi lloro cuando la he visto tendida al sol».

—¿Estás sola?

—No, está en el despacho; lleva toda la mañana reunida con la gerente preparando la abertura. Me guardo la llave en el bolsillo trasero de los vaqueros antes de que cambie de opinión.

—¿Ya han acabado las obras?

—Sí, ayer. Ahora toca limpieza y todo estará listo.

Algún pajarraco pasa volando y nos distrae con su vuelo. Los dos miramos hacia fuera y dejamos que las vistas nos deslumbren con su belleza. Al estar en la costa oeste, solo hay mar y más mar. La inmensidad del Atlántico. Cuando me vuelvo hacia él, me coge por las presillas del vaquero y tira para acercarme. Solía hacerlo antes. Antes, cuando él y yo era un nosotros. Con el nudillo del índice me roza la piel del estómago, justo en el ombligo. En el centro de la vida. Vida la que me bulle por todo el cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunto en un hilo de voz, con las manos sobre su pecho.

—Lo sabes.

—No.

—Me dijiste que nunca más volviera a pedir permiso para besarte, que siempre te apetecería.

La vida se detiene. El tiempo se dobla sobre sí mismo y como por arte de magia volvemos a estar en el verano que nos conocimos.

—Maldita buena memoria —jadeo.

—Dices que no, pero tu cuerpo dice que sí. Te has puesto de puntillas —ríe y suena jodidamente seductor.

«¿Qué culpa tengo yo de que mi cuerpo no pueda resistirse a ti?»

—No creo que sea buena idea.

Sus manos se deslizan por mi espalda, y las mías suben hasta su pelo, por fin me doy el gusto

de acariciarlo. Qué bien se nos da torturarnos.

—Solo es un beso de despedida, ahora que tu madre no está mirando.

Suelto una carcajada y él aprovecha justo ese momento para besarme. Sus labios fríos de mar se juntan con los míos. El delicioso contraste con el que he soñado tantas veces. Después de tres años deseándolo, imaginaba que sería un beso desesperado, pero no lo es. Ni de perdón. Es redención. Es liberación.

¿Y si lo que tenemos pendiente no es la charla ni la guillotina?

¿Y si es este beso lo que estaba suspendido en el tiempo?

Somos nosotros en ese beso que dejamos sin dar. El que me hubiera dado al salir del agua, si lo hubiera hecho por su propio pie. Este beso somos nosotros. En estos años me he dado cuenta de que lo que más añoras de una persona no son los momentos increíbles, lo que recuerdas con más asiduidad es la rutina que compartíais. Su beso es casa.

Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía. Me cuesta respirar. De sus labios escapa un ruido, a caballo entre un gemido de placer y un suspiro de alivio. Creí que al volver a besarnos me moriría y es todo el contrario, me siento más viva que nunca. Qué sensación tan maravillosa es explotar de placer con solo un baile de labios. Las ganas quemándose bajo la piel y ese picor por todo el cuerpo, que te eleva.

Abro la boca para hablar, pero solo soy capaz de suspirar su nombre. Pone su pulgar sobre mis labios y niega con la cabeza.

—Déjalo para cuando vuelva.

Hay luz en el nido y huele a café recién hecho. En el jardín, ha plantado los «ojalá» que vamos recolectando con la esperanza de que nazca un árbol de los deseos. Ha comprado muebles nuevos, hay un sillón frente a la chimenea encendida y en la entrada ha colocado la famosa alfombra de Ikea: «Bienvenido a la república de mi casa».

71 Mira, se miran

No quiero ver cómo se marcha. En los últimos días, siento que estoy en un partido de tenis. Para dejar de pensar en Elio me centro en los cuadros y cuando me saturó, vuelvo a él. Y eso hago, desvío la vista hacia la mesa donde tengo expuestos los lienzos. De repente, una supernova explota en mi cerebro.

—Mira, se miran —grito y corro hacia allí.

Junto al lado del cuadro donde sale La sirena de niebla, hay otro parecido. En él también aparece una chica, en este caso es pelirroja y está de frente. Los pongo juntos y encajan a la perfección. La costa que me ha visto nacer, el mar, el cielo y, cada una de ellas en un extremo, observándose.

—Forman una misma imagen —dice Elio, tan sorprendido como yo.

El hallazgo no me avanza en nada a mi investigación, pero siento que estoy un poco más cerca. Oímos la voz de mi madre en el pasillo.

—Disfruta del viaje y cuéntame si averiguas algo más —murmura contra mi pelo y luego se aparta, ni me había dado cuenta de que lo tenía justo detrás, pegado a mí.

—Claro, que lo pases bien. —«Y échame un poco de menos».

72 *Remember me*

Estamos en el tren de vuelta de París. Romy se ha quedado dormida con la galleta en la mano — sigue teniendo la misma manía, nunca le da mordiscos, se las come royendo como un castor—, la boca abierta y la cabeza apoyada en la ventana. Tan rubia, tan mona... tan... escandalosa como un cachalote.

Dudo, abro la aplicación. La cierro. Guardo el teléfono. Dudo. Lo vuelvo a sacar.

Me obligo a pensar en otra cosa. Ha sido un fin de semana intenso y divertidísimo. Ha sido genial tener a Romy y Marlene juntas. Mi pasado y presente viviendo en armonía. Un recuerdo de que no siempre hay que escoger, sino encontrar la manera de mezclar. La vida es adaptarse a los cambios, aprender, superarse, mutar, transformarse, sin perder los orígenes. Me he dado cuenta de que puedo ser la Morgane que vive en París y a veces va a la isla. Que mi amistad con Romy no desbanca a Marlene, ni al revés. Y puestos a soñar... me queda claro que vivir en la isla no me aísla ni me corta las alas para hacer mi trabajo.

Abro la galería de fotos del teléfono y veo un resumen de este fin de semana. La primera es del viaje de ida, cuando nos pasamos dos horas decidiendo donde cenar. A Romy, la idea de tener a su disposición todas las cocinas del mundo, primero le encantó y luego la abrumó. Es lo que suele pasar cuando tienes dónde escoger, que la elección se vuelve un dolor de cabeza más que un placer. Al final dijo: yo con pan, queso y vino ya soy feliz. Y eso hicimos, fuimos hasta el barrio de Les Marais, a ponernos las botas en el restaurante: Pain vin fromages. Como muestran las siguientes fotos de una mesa abarrotada de *raclette*, patatas, pan y una botella de *merlot*. El sábado nos levantamos pronto, le regalé un masaje y una limpieza de cutis mientras yo fui al laboratorio a llevar las muestras y me pasé a ver a un restaurador para ver si podía conseguir sacar algo de los cuadernos, me ha dicho que hará lo que pueda, pero que le llevará unas semanas. A la hora de comer, nos subimos a un *bateau mouche*. Por la tarde, nos encontramos con Marlene y fuimos a una enorme tienda de vestidos de novia de segunda mano. Las tres pasamos por los probadores, creo que nunca me he reído tanto. A ninguna se le ocurrió buscar algo bonito, recorrimos todas las secciones eligiendo el más feo. Ganó Romy. Es que de verdad no sé ni cómo explicarlo... Lo único que se me ocurre para describirlo es decirte que pienses en un gran condón hecho de ganchillo. Desde la cabeza, con algo que se parecía a un pasamontañas, hasta los pies. Solo se le veía la carita y las manos. Era una maldita mortaja. Horrendo, aún no sé ni cómo se atrevió a ponérselo, a mí me da urticaria solo con pensarlo.

Decidimos volver a cenar al mismo sitio porque Romy se había quedado con ganas de probar la fondue al vino tinto. Después de una anécdota de Marlene y Simon, pasamos la cena debatiendo sobre los peligros de follar en la ducha, como por ejemplo: encontrar la postura sin resbalarte ni abrirte la crisma, pensar en si llegaras al orgasmo antes de que se termine el termo, que el agua realmente no lubrica sino todo lo contrario, y además se te mete por la nariz y te ahogas. También salieron perlas como: «es el tío perfecto si sabe tirarte del pelo cuando estás salvaje y acariciarte cuando seas de cristal». Marlene, en los postres, me preguntó si había tenido noticias de Jay. Romy puso cara de no saber de quién hablaba y la puso al día.

—Aquí, nuestra chica, que la apunto a una fiesta de citas rápidas y se liga al camarero.

—No me lo habías dicho y ¿qué tal?

—No te lo conté porque me preguntaste por alguien especial y Jay... Digamos que ninguno

de los dos está preparado para algo más. Me escribió cuando estaba en el tren de camino a la isla, le dije que estaría fuera unas semanas. —Levanté la copa y ellas me imitaron—. Y hasta aquí la conversación sobre los hombres.

El resto de la noche está lleno de lagunas, pero no tengo dudas de que fue la leche, lo corrobora las agujetas que tengo en las costillas de tanto que nos reímos.

Y esta mañana... de la que no tengo foto, pero vuelvo a ella cerrando los ojos. Me he despertado pronto y de un arrebato me he vestido y he caminado hasta la Place Dauphine para ver a Jay. Reconozco que desde que Marlene lo nombró en la cena, tenía la necesidad de verlo y hablar con él. Se ha sorprendido de verme y después de un momento de duda nos hemos saludado con un beso en la mejilla. Le he contado el motivo de la escapada y que tenía poco tiempo porque tenía dos cadáveres en casa esperando que les llevara el desayuno.

—Estás diferente —ha dicho sirviéndome un café.

—He estado tomando el sol y estoy alimentada por mi madre.

—No es eso, es tu mirada.

Me he encogido de hombros y echado a reír, porque es verdad eso que dicen que los ojos son el espejo del alma. Como respuesta le he dicho que la vieja Morgane se ha encontrado con su pasado. No ha hecho falta añadir más. Cuando he salido de allí lo he hecho con un amigo nuevo. También con la sensación de haberme despedido de Morgane v.2 para siempre. Las segundas versiones nunca son buenas porque carecen de originalidad. Es aceptando el pasado que se camina hacia el futuro.

73 No me olvides

Al final abro la aplicación y escribo el mensaje, esta vez no lo borro.

Morgane

Si mando esta foto a tu hermano,
¿crees que romperá el compromiso?

Enviado.

No sé nada de Elio desde el jueves. Desde el beso. Aunque he tenido ganas de hablar con él. De llamarlo o intercambiar algún mensaje tonto durante este fin de semana, pero al final no lo hice. Él tampoco ha dado ninguna señal. No dejo de preguntarme si este silencio es uno de esos de «después de la tormenta» o es de los que anuncian la llegada de un temporal. Cuando veo que está en línea y escribiendo, se me acelera el pulso.

Elio

Es Dylan...

Se comerá esa «cosa» y se dormirá sobre ella.

¿Ya de vuelta?

Aunque no puedo verlo, en mi retina se dibuja su rostro y esa sonrisa despreocupada que tira hacia los laterales y convierte sus labios en una fina línea.

Morgane

Son tal para cual.
Sí, hemos salido hace un rato.

Elio

¿Lo habéis pasado bien?

Morgane

Ha ido genial.
A las pruebas me remito ;)
¿Y tú?

Elio

Mucho mejor de lo que esperaba.
¿Cuándo tendrás los resultados?

Morgane

Théa ha prometido darse prisa.
Espero tenerlos en un par de días.

Elio

En cuanto lo sepas, me dices.

Morgane
Hecho.

Elio

Nos vemos en unos días, *pokigou*^[7].

Morgane

¿De los que tienes guardados?

Pregunto y luego me arrepiento en el acto de haber mandado el mensaje. Me estoy maldiciendo cuando veo su respuesta y en mi boca explota el sabor de la pura felicidad.

Elio

De los que están por venir.

Cierro la aplicación y apoyo la mejilla en el fresco de la ventanilla imaginando que es su pecho. La velocidad convierte al paisaje de campos de cereales en un borrrón en tonos verdes y amarillos y de tanto en tanto un brochazo rojo de amapolas. Quiero seguir hablando con él. Quiero decirle que estoy aquí, pensando en nosotros, que lo añoro, que no me olvide...

«No me olvides»..., se repite en mi mente, una y otra vez. Como cuando quieres recordar algo, pero no hay forma de dar con ello. Hasta que por fin lo veo. Saco la tablet y reviso las fotos que hice de los cuadros y las notas que tomé. Con el corazón martilleándome, lo llamo.

—No me olvides —digo cuando Elio contesta al primer tono.

—Tú tampoco —me responde con voz risueña.

—No —sacudo la cabeza en un intento de ordenar mis pensamientos para poder contárselo—, en el cuadro de la pelirroja pone «Antes de que te olvide» y en el de La sirena «No me olvides».

—Vale... ¿Y?

—Y... —hago una pausa antes de soltarlo—. Eso solo lo puede decir quien lo ha escrito..., ¿quién lo ha pintado?

—Tiene sentido —contesta al cabo de lo que me parece un siglo—. En los cuadros hay dos mujeres... eso quiere decir que ¿tu pintor es una pintora?

Suelto una risita de puro nervio. Eso es lo que estoy pensando.

—No lo sé. ¿Puede ser? —Una idea brota—. Y si... Es una locura.

—Suéltalo, a ver si es lo mismo que tengo en mente.

—Morgane, mi antepasada. Dijiste que nos parecemos, así que si ella es la del cuadro que dice «no me olvides»... también lo pintó —susurro.

Oigo como lanza un «Wow» y yo lo imito.

—Es tan descabellado que hasta tiene sentido —dice al cabo de unos instantes.

—Eso también explicaría que los cuadros estuvieran en la buhardilla —murmuro intentando unir todas las piezas.

—No sería la primera vez que detrás de un hombre famoso, en realidad hay una mujer.

—Soy yo, o esas frases son muy... —me aclaro la voz—, ¿románticas?

—¿Insinúas que ellas eran amantes? —Lanza la pregunta que yo misma me estoy haciendo y luego su voz se distorsiona y se corta.

—Mierda, no hay cobertura.

—Parece que has descubierto tu misterio —dice Romy, supongo que se ha despertado con mis gritos.

—Aún no estoy segura, creo que solo he añadido algunos nuevos.

—¿Era Elio?

—Sí.

—Dicen que eres del primero a quien corres a contarle la noticia.

Me río. Fuerte, como hago para esconder mi miedo, como solía repetir Elio a menudo, porque cada vez tengo más claro que fui, soy y seré siempre de él.

74 Un amor de cuadro

Creo que ya me conocéis lo suficiente para saber que la espera y yo nos llevamos a matar. Así que es fácil imaginar que me paso el lunes y el martes esperando los resultados del análisis de pintura. Ahora, con mis herramientas, visualizo mejor las capas de colores y las pinceladas redondeadas y de medialuna; son los trazos típicos de Quimperlé. No son falsificaciones ni tampoco se ha pintado por encima. He matado las horas consultando viejas fotografías, cuando sabes qué buscas es más fácil encontrarlo. La chica de La sirena, la que Elio dice que se parece a mí, es Morgane. Lo he comprobado en las fotos y aunque yo no veo esa semejanza, mi madre también la aprecia cuando se las he enseñado. Soy incapaz de describir cómo me siento al pensar que mi pintor favorito es una antepasada mía. ¿Puede ese vínculo de sangre tener algo que ver con la pasión que me despiertan sus obras?

En los recortes de periódico he reconocido a la pelirroja y atención: es Rozenn, ¡la mujer de Quimperlé! Sale en dos fotos. En una están los tres y en la otra aparece el matrimonio en la inauguración de una exposición. Pensándolo bien, no está relacionado con el hotel y, por tanto, no tiene sentido que esté aquí guardado... Si no es porque la misma Morgane recortó este artículo en el que halagan su obra, como lo haría un artista. Por eso pudo pintar el cuadro a pesar de que Quimperlé murió antes de que se construyera La sirena de niebla. Es una locura, pero cuánto más lo pienso, más sentido tiene.

Se lo cuento todo a mi madre y le pregunto si le suena alguna anécdota de esas familiares que apoye esta versión, pero no recuerda nada. Solo se sabe que fue ella la que tuvo la idea albergar los artistas y que, gracias a esos lienzos que se quedaba, varias generaciones hemos podido sobrevivir. Nosotras mismas vendimos uno de sus cuadros cuando, hace unos años, casi nos vamos a la quiebra.

También he consultado los libros de huéspedes y contabilidad, hasta un par de cuadernos con viejas recetas familiares. Si algo define esta familia es que tenemos la costumbre de guardarlo todo. Después de horas buscando algo que apoye esta teoría, por fin lo encuentro en una caja de latón llena de cartas. He comparado la letra de Morgane con la detrás de los cuadros y son idénticas. Estrecha y alargada, un poco inclinada hacia la derecha. La floritura de las mayúsculas, la forma de la a o de la d, y sobre todo la eme que, con sus puntas asimétricas, la primera mucho más alargada y ancha que la segunda, me recuerda a las agujas de Port Coton.

Y el último hallazgo: Sus cuadros van firmados como MQ. La eme concuerda con la de Morgane, pero la cu, no. Deduzco que, durante todos estos años, hemos estado equivocados y que, en lugar de ser MQ de Maurice Quimperlé, es un binomio de Morgane y Quimperlé.

Intento distraerme. Salgo a caminar, limpio mi cuarto. Hago todo lo posible para no pensar y dejar la mente reposar después de tanta emoción. El e-mail con los resultados del análisis me llega cuando estoy en mi rincón favorito de la isla y completamente sola, cosa muy poco habitual porque siempre hay algún turista o artista por la zona. La pintura utilizada data del 1900. Qué curioso, me he pasado dos días esperando esta información y cuando llega resulta ser tan poco útil. Lo que realmente quiero saber es qué historia se traían estos tres y la razón por la que Morgane no consta como autora de su obra. No es que hubiera muchas pintoras en la época, pero no hubiera sido la única. Es una incógnita, una de la que no sé si alguna vez llegaré a averiguar la

verdad. Dudo que encuentre un diario escrito por mi antepasada donde escriba que estaba enamorada de Rozenn y que aceptó que Quimperlé se apropiara de la autoría de los cuadros a cambio de dejarlas vivir su amor.

75 Cuando la añoranza pide refugio

Llamo a Elio para contarle las últimas novedades, el corazón me late fuerte con esa mezcla de ansiedad e ilusión de saber que en nada voy a oír su voz. Me salta el contestador a la primera para decirme que está apagado o fuera de cobertura y mis ganas se volatilizan. Cuelgo sin contárselo. Pensar en él es acordarme del beso en la biblioteca. También de esa charla que tenemos pendiente.

Lo echo de menos. Al ver las nubes amenazadoras que llegan por el norte decido ir hasta su casa con la excusa de que es de los que siempre deja las ventanas abiertas y solo quiero asegurarme de que está todo bien cerrado. La verdad es que la añoranza pide refugio y solo lo encontraré entre sus cosas. Me digo que si me dio las llaves no es intromisión.

Llego cuando a través de los auriculares Emil canta el estribillo de [*Need to feel loved*](#). La puerta se abre sin hacer ruido o puede que me lata tan rápido el corazón que ni lo oiga. Esa ansiedad se calma una vez dentro. Huele a él. De repente tengo unas ganas de llorar terribles. Hay algo insolente y tentador en el hecho de estar en su casa sin que él lo sepa. Paseo por la sala observando cada detalle para satisfacer, sin prisa, mi curiosidad. Elio, el nómada, queda visible en la falta de libros y cedés. Fue de los primeros en comprarse un reproductor MP3 y también en estrenar un lector digital. Su prioridad siempre ha sido viajar lo más ligero posible sin renunciar a sus placeres. Esta casa es un ejemplo de él: Minimalista. Concentrado. «Lo que te define no es lo que posees, sino las vivencias; y eso es imposible que lo veas decorando una estantería», solía decir. Miro detrás de la puerta del baño, donde sé que guarda algo de ropa y sonrío al ver una sudadera. Esta es con cremallera. Me la pongo e imagino que son sus brazos los que me dan calor.

Subo la escalera y me encuentro con su habitación. La pared del cabecal está pintada de un azul piedra, y la parte baja tiene un friso de madera natural. No puedo resistirme a tumbarme en la cama y oler (esnifar sería más correcto) la almohada en busca de su olor. Cuando me acurruco, por el rabillo del ojo veo algo que hace que me siente de golpe, justo en la pared de enfrente hay enmarcado el poster de la Ola de Hokusai. Es el que le mandé aquel septiembre de 2012, poco después de que se instalase en Burdeos. Pienso en Elio, aquí tumbado, viendo ese recuerdo de nosotros, y se me escapa la risa y las lágrimas. Pensando en sus sueños, el sueño me vence.

76 Con desearlo (no) es suficiente (Elio)

Llego a casa cansado del viaje, pero muy feliz. Por fin las cosas salen cómo quiero. Estoy deseando darme una ducha y esperar a que llegue la pizza que acabo de pedir. Y dormir hasta que el cuerpo diga basta. Desde la escalera veo un bulto en la cama y tardo un nanosegundo en entender que es Morgane. Me pregunto qué hace aquí y si es buena idea acercarme. ¡Pensar está sobrevalorado! Dejo que mis sentimientos me guíen y me tumbo a su lado.

Me pregunto si por alguna razón esta mañana me he despertado con el don de hacer realidad mis deseos. Dormida, parece más joven, y no tan inalcanzable. Quiero tocarla, asegurarme de que es real y que no estoy aún en el avión soñando con ella en medio de una turbulencia. Hago acopio de voluntad y me obligo a quedarme quieto hasta que pierdo la noción del tiempo.

—¿Qué haces aquí? —murmuro cuando veo que abre los ojos y me regala una sonrisa soñolienta, sin esconderse ni avergonzarse de que la haya encontrado *in fraganti*.

—Te llamé antes, en cuanto recibí los resultados del análisis.

—Al bajar del avión vi que me había quedado sin batería.

Me informa sobre los avances, las fotos que ha encontrado y de su teoría. Le pregunto si va a hacer público el hallazgo.

—No, ni se me ha pasado por la cabeza. Si ella lo quiso así, así se mantendrá. El lienzo del hotel lo llevaré a que le pongan un marco y lo colgaremos en la entrada. Los de ellas, quiero conservarlos en casa, en un sitio discreto.

Seguimos hablando hasta que me fijo en su boca, en sus labios llenos, suaves y me distraigo sin poder centrarme en lo que me dice.

—¿Qué haces aquí? —insisto, nos conocemos y sé cuándo hay más. Puede que solo quiera provocarla para escuchar lo que quiero oír.

—He visto esos nubarrones y quería asegurarme de que habías cerrado todo.

—Y te has quedado dormida.

—Sí, no me he dado cuenta.

—¿En mi cama?

—Los sillones no son muy cómodos para echar una siesta, ya te lo dije. Pensaba que volvías a finales de semana.

—He terminado antes.

—Me gusta tu cama —dice acomodándose. Siempre me ha sorprendido como llega a acurrucarse y hacerse una pequeña bola.

—Nunca había sido tan cómoda como ahora —afirmo dándome la vuelta hacia ella. Busco su mano, la habitación está sumida en las sombras de una tarde encapotada, dando ese cariz íntimo en el que si tú no ves... nadie te ve—. Morgane, ¿qué haces aquí?

—Te echaba de menos —murmura y por fin me dice lo que estaba deseando oír—. Elio, ¿qué haces aquí?

Me río porque un juego suele tener dos participantes.

—Te echaba de menos —confieso y me subo sobre ella, al ver mis intenciones abre las piernas para hacerme sitio. Su calor traspasa las capas de ropa y me hace estremecer.

Bajo la cabeza, rozo su nariz con la mía, ríe y saca la lengua justo cuando suena el timbre. Joder, me había olvidado completamente de la pizza.

77 Una señal es una sugerencia, dos señales, una advertencia

Si el timbre no hubiera sonado, ahora mismo Elio estaría besándome y seguramente ya no llevaría la camiseta puesta.

Puede que el pizzero sea una señal del destino de que no es el momento, pero el deseo de seguir donde lo hemos dejado es más fuerte que la responsabilidad y la cordura. Puede que por eso mismo decida mandarme otra señal, ahora es mi madre. Ha subido la apuesta.

—Al final no hay clase de yoga —me dice cuando descuelgo—. En cinco minutos paso por ahí delante.

—¿Si no sabes ni dónde estoy!

—En casa de Elio. —Y no hay rastro de duda en su voz.

—¿Cómo...? —A veces deseo ser madre solo para tener ese don sobre alguien.

—Porque es donde iría yo a llorar por su ausencia.

Me abstengo de decirle que Elio ya ha vuelto y acaba de confesarme que ha acortado su viaje porque me echaba de menos.

Una señal puede ser una sugerencia, dos es un aviso de «no me hagas pensar en una tercera opción».

—Vale. Cinco minutos.

Me quito la sudadera y la dejo doblada sobre la cómoda, aliso la colcha y bajo la escalera. Elio está de espaldas a mí, sacando un par de cervezas. Cuando se da la vuelta, ve que me estoy poniendo las zapatillas.

—¿Te vas? —Su voz no oculta la decepción.

Asiento con la cabeza, no quiero mirarlo porque si lo hago, dudo de que pueda resistirme a esta necesidad de correr y tirarme a sus brazos. Frente a mi titubeo, suena un fuerte trueno. «¡Vale, que sí, que ya lo he pillado, maldita sea!».

—Mi madre pasa a buscarme en nada.

—Puedo llevarte yo... —Hay una súplica impregnada en sus palabras que hago el esfuerzo por ignorar—. Quédate.

—Quiero, por eso me voy.

Porque a veces, con desearlo no es suficiente. Hay que merecerlo y nosotros aún tenemos algo pendiente.

78 En el limbo (Elio)

La cerveza no me sabe a nada y la pizza tampoco; claro que cuando lo que me apetece es el sabor de Morgane, el resto me parece esparto. Venía muerto de hambre y al final solo me como una porción y dejo los bordes. Ah, las ganas que me quitan el apetito y me abren el deseo.

Ni la ducha fría es capaz de calmarme. Morgane ha huido como una cobarde. O es demasiado inteligente y por eso ha dejado la noche en el limbo, pendiente de una conversación a la que estábamos a punto de saltar por encima. Admiro su fuerza de voluntad, yo no habría podido. Aún no sé cómo he aguantado tumbado a su lado sin besarla. Ni tocarla. Ni desnudarla. Todo está en ese precario equilibrio. Estoy tan cansado que solo quiero dormir, pero una vez en la cama solo pienso en ella. Cuando llega la medianoche, ya no aguanto más y la llamo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Inténtalo —murmura, su voz me suena sensual y provocadora.

—¿Te has tocado en mi cama?

—¿Los no-amigos hablan de sexo?

Se echa a reír y yo me pego el teléfono aún más a la oreja en un intento de sentirla más cerca. Joder, cómo la odio por haberse ido.

—Evitas el tema, eso es un sí.

—No lo evito, me has sorprendido que es diferente. Y para tu curiosidad no, no lo he hecho. Estaba demasiado triste para algo así. Déjame adivinar, eres tú el que está en la cama, imaginándome ahí, oliendo tu almohada y con la mano bajo las braguitas.

—Exactamente y me he puesto tonto —admito, interrumpiéndola.

—Nunca se me ha dado bien masturbarme con la derecha —hace una pausa y oigo el ruido de las sábanas—. Además, puede que me falte cierto álbum de fotos.

Tardo un puto instante en saber de qué me habla y cuando lo hago... me pongo todavía más duro. Una risita nasal me acaricia el oído.

—¿Te refieres...?

—Sí, a las fotos de Maui. —Después, el silencio se llena de un jadeo amortiguado, lo reconozco, hay sonidos que permanecen anclados y son imposibles de olvidar.

Recuerdo aquel viaje, estaba en la cima de mi carrera profesional. Surfeé las Jaws y después fuimos a una fiesta que organizaba los patrocinadores. Creo que no duramos ni diez minutos. Volvimos al hotel y al jacuzzi que había en la terraza de la suite.

—¿Aún lo guardas?

—Sí, nada me excita más que ver nuestros cuerpos desnudos, revueltos, tu boca sobre mi piel, tus dedos... —confiesa sin vergüenza y recuerdo porque estoy tan loco por ella.

Ahora soy yo el que lanzo un gemido, joder, había olivado lo burro que me pone oírle decir guarradas, aunque ella parece que no ha olvidado cómo provocarme.

—¿Algún aparatito?

—Para tu información tengo uno, pero no tiene nada de silencioso y ya es suficiente con que mi madre lo sacara de la maleta —ríe y a mí me suena lo más sensual que he oído en mi vida.

—Joder, ¿por qué te has ido?

—No podemos hacer esto, no así, no sin hablar antes.

Y sus palabras son como un jarro de agua fría. La razón se impone y el deseo se apaga. No

podremos seguir mucho tiempo haciendo de equilibristas.

***79 Cuando gana el mar**

Half moon bay, California. Febrero de 2018

—No salgas. Deja que hoy gane el mar.

—Sabes que es muy importante.

—Importante debería ser tu vida —lo interrumpí—. No tienes que demostrar nada a nadie.

—No lo hago por eso —respondió y por su voz supe que empezaba a estar al límite—. Sé que puedo.

Estábamos en California y Elio quería surfear las Mavericks, las olas más conocidas del mundo. Cuando esas paredes de agua salada tienen nombre propio es que son solo para expertos. Esos monstruos de agua que llenan las portadas de revistas para que los jóvenes sueñen con ir algún día y vencerlas.

Me encantaba acompañarlo por todo el mundo, pero nunca quise saber mucho sobre picos, tubos, series... Era uno de mis métodos para protegerme, cuanto menos supiera, mejor. Aunque era inevitable oír ciertas cosas como que a su peligrosidad se le añade que hay tiburones. Era normal que estuviera nerviosa, cada vez llevaba peor que se lanzara al mar para vencer a esos monstruos, pero ese día tenía un presentimiento, un malestar del que no conseguía deshacerme. No fui capaz de quedarme en el hotel, lo acompañé hasta el muelle, donde estábamos discutiendo. Todo el mundo tiene un mal día y ese era uno de esos para el mar, estaba enfadado y se negaba a jugar con ellos. Los demás surfistas habían ido abandonando. Algunos ni se habían atrevido a subir al barco que los llevaba hasta ellas. Elio era un obtuso y quería salir, tan solo para ganar un maldito título.

—Si me quieres —empecé a decir, desesperada—, no me harás pasar por esto.

Estaba llorando, no podía esconder la presión que tenía en el pecho, era insoportable.

—Tengo que hacerlo —masculó entre dientes.

—¡No es verdad! —grité, me abracé en un intento vano de dejar de temblar—. Nadie te obliga. Es una locura.

—En nada estaré de vuelta. Ni te darás cuenta de que me he ido.

—Si vas, se acabó. —Habló mi corazón y al decirlo en voz alta mi cerebro procesó esas palabras.

Tener una fobia es como ir siempre con una bomba activada en la mano que puede explotar en cualquier momento. Nada da más miedo que saber que no eres lo suficiente fuerte. Desde que me enamoré de Elio supe que algún día le fallaría. Y el momento había llegado. El mar nos separaba. Él lo ama, yo lo odio. Si habíamos sobrevivido esos seis años era porque yo miraba hacia otro lado. Por las horas de terapia. Pero no podía más. No podía estar allí, quieta, viéndolo lanzarse a ese mar cabreado que no los quería y estaba dispuesto a todo para echarlos. Mi padre murió por trabajo. Elio quería afrontarlo solo por diversión. Era superior a mi fobia, es que me parecía la mayor estupidez. No podía entenderlo. Y sigo sin hacerlo.

—¿Qué dices? —gritó lanzando un profundo suspiro.

—Que si sales ahí fuera es que no te importa cómo me siento. No me respetas.

—¿Me pides respeto, tú, que acabas de amenazarme? Siempre he tenido en consideración tu miedo, acepta que esto soy yo.

—Klein tiene razón, las novias somos un impedimento.
—Prometida —me corrigió, cogiéndome de la mano y haciendo girar el anillo.
—No vayas. —Apreté sus dedos. Me temblaba la voz y el cuerpo consumidos por la ansiedad.
—No me lo pidas. —Bajó la cabeza y me lo susurró en el pelo. Lo abracé con la intención de no soltarlo. Sentía que se me iba y no tenía forma de retenerlo.
—Te lo suplico. Elio, déjalo para otra vez. No es buen día, tienes que verlo.
—Los valientes parecen locos por confiar en sus capacidades. —Odiaba cuando me lanzaba frases sacadas de un puto calendario. No estaba siendo valiente, sino un idiota.
—Hay cosas que no puedes controlar y ese monstruo es una de ellas.
—Te están esperando —anunció Klein, detrás de mí. No lo había oído acercarse.
—Elio, por favor...
Me dio un beso en los labios y luego se fue hasta el barco. Antes de subir, me gritó:
—Vuelvo enseguida.
—Por eso el amor es incompatible con el deporte de élite —me dijo Klein—. Requiere sacrificio. Eres su novia, sabes que es el mejor, confía en él.
—Prometida —lo corregí—. Y no es de Elio de quién desconfío. Salir ahí fuera es de locos.
—Las locuras hacen la leyenda.
Por eso odiaba a Klein, y nunca he dejado de hacerlo, porque no ve a las personas, para él solo existe el éxito y el dinero. Los espónsos y las portadas de revistas.
—Te juro que como le pase algo te romperé la cara —lo amenacé señalándolo con el dedo que la rabia mantenía firme sin temblor ninguno.
—Te dejaré hacerlo —dijo con su sonrisa de triunfador. Elio había salido. Klein ganaba y yo... tenía que aceptar que no era la prioridad de mi futuro marido.
Me dio un ataque de ansiedad.
Me derrumbé. Me dejé caer contra la pared. Me faltaba el aire...
Recé.
«¡Por favor, papá, por favor!
Ya sé que te cae bien, si es que no podéis ser más parecidos, pero no permitas que me lo quite.
Puedo soportar que jueguen y se diviertan, hasta que lo acaricie, pero no dejes que lo bese. Y si lo besa, que no se lo trague.
Y si se lo traga, escúpelos.
Devuélvemelos.
¡Por favor, papá, por favor!».
Los gritos me sacaron de mis pensamientos:
—¿Dónde se ha metido?
—¿Alguien lo ve?
—Mierda, eso de ahí parece un trozo de su tabla.
—Los de rescate ya van a buscarlo.

80 Un café con la luna

Los buenos recuerdos son unos vagos. Están espachurrados en una tumbona tomando el sol o regando los tomates a la espera de que vayas a verlos, pero ah, los malos... ¡Esos no descansan nunca! Han aprendido técnicas ninjas y te persiguen en silencio allá donde vayas. Intentar esquivarlos o esconderte no es la solución. Son incansables y pacientes, capaces de esperar incluso años. Sobre todo les encanta acosarte de noche, cuando bajas la guardia y te roban el sueño. Pero lo peor no es la pesadilla, es despertar sabiendo que fue real, que ocurrió y fue uno de los peores días de mi vida.

Me levanto de la cama de un salto y abro la ventana. Miro hacia el cielo, hay tantas estrellas que de una forma poética hace que me sienta menos sola. Respiro hondo, pero el aire encuentra obstáculos para llegar a los pulmones. La angustia hace que mi pecho se contraiga para protegerse, pero sirve de poco cuando el dolor se alberga dentro.

Bajo las escaleras y voy hasta la cocina a preparar una cafetera. El amanecer me pilló tomándome un café y haciendo confesiones, ¿qué tendrá la luna que dan ganas de contarle todo?

81 La mujer que necesitas (Elio)

La noche ha sido entre mala y... peor. Dormir. Despertar. Oler el verano que su pelo ha dejado en mi almohada. Maldecir. Pensar... (en ella). Soñar... (con ella). Dormir y vuelta a empezar. Al final me he levantado antes de que la urraca viniera a despertarme. Me han dado ganas de ponerme a gritar a ver qué le parece, pero me he resistido al no saber dónde tiene el nido el maldito pájaro y no quiero enemistarme con los vecinos, que mi casa me gusta demasiado.

De la mesita saco el sobre. Está arrugado, con manchas que prefiero no saber de qué son. Me quema la mano al cogerlo, no soy capaz de volver a abrirlo. Bajo las escaleras y me siento en un sillón. El silencio es la peor compañía. Mejor dicho, lo peor es quedarte solo con alguno de tus pensamientos, como ese matrimonio que no se soporta, pero que aguanta sin saber cómo, ni hasta cuándo. El sobre sigue ahí, desafiándome. No hace falta que lo abra, me sé de memoria cada palabra. Lo visualizo aunque cierre los ojos.

El viaje me ha dejado exhausto y la noche me ha rematado. Estoy cansado, pero necesito mi mar, desahogarme en agua salada. Soy de los que para relajarse, tiene que agotarse. Que me duelan todos los músculos para poder silenciar el corazón. Es noche cerrada cuando cojo la Kombi para ir a la playa.

Horas más tarde, me detengo justo frente al hotel. No me siento preparado, pero dudo que alguna vez lo esté. Cojo el teléfono y retengo el aire hasta que me lo coge.

—Hola —me saluda y su voz es casi inaudible.

—¿Te he despertado?

—No. —Carraspea.

—¿Podemos vernos?

—Estoy en tu casa —dice con las palabras envueltas en una suerte de sonrisa.

—Y yo en el hotel. Voy para ahí.

Entro en casa y me recibe el olor a café recién hecho y a Morgane, de pie, en la cocina.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú en el hotel —hace una pausa y se moja los labios antes de continuar—.

Creo que ha llegado la hora.

Asiento, ya no hay vuelta atrás.

—¿Quieres? —me pregunta alzando su taza.

—Gracias, ya me sirvo.

Voy a la cocina y ella va en dirección contraria para sentarse en uno de los sillones. Sube las piernas y se acurruca. Juguetea, nerviosa, con el puño de la sudadera roja que le dejé hace días. Parece tan indefensa, completamente vencida. Me sirvo un café largo y voy junto a ella. No me mira, se limpia la cara con la manga y sé que está llorando. Quiero abrazarla y acunarla contra mi pecho. Soplar sobre las lágrimas para que el dolor se vaya tan lejos que no sepa cómo volver.

«Joder Morgane, ¿qué nos hemos hecho?».

Decido darle tiempo y que sea ella la que hable primero. El café me sabe más amargo de lo normal, definitivamente las emociones afectan al paladar. Fuera, se oye la bocina que avisa que

el autobús escolar ha llegado a su parada. Vuelvo la mirada hacia Morgane, pero entonces veo el sobre encima de la mesita y recuerdo porque ella está allí y yo aquí. Se me ha acabado la paciencia. Lo cojo y dejo caer el contenido. Un anillo y una nota:

«Lo siento, pero no puedo ser la mujer que necesitas».

—Dime qué significa esto. Dime por qué no puedes ser la mujer que necesito. Dime por qué me desperté solo en el hospital. ¡Dímelo para que pueda entenderlo de una vez! —El sabor del rencor me explota en la boca.

82 El peso de la culpa

Crees que controlas el tiempo y que las decisiones las tomas tú, pero en días cómo hoy te das cuenta de que simplemente eres una marioneta y que todo te predispone a ello, haciéndote creer que has elegido cuando la verdad es que no tenías más opción. Había la posibilidad de venir aquí o no. De que, al ver que Elio no estaba en casa, irme. Pero él ha ido igualmente al hotel buscando esa explicación. El resultado es que los dos estamos dispuestos a tener esa charla que lleva tres años esperando.

Oigo como llega la furgoneta en el silencio de la mañana y la ansiedad vuelve a agarrarse en la garganta. Los nervios me sacuden, tiemblo. Cuando lo veo entrar, percibo la misma desagradable sensación que me embarga a mí.

Me siento en el sillón, a la espera. No sé por dónde empezar. No quiero llorar, pero me es imposible no hacerlo. Llevamos tres años sabiendo que llegaría este momento.

Me desgarro al ver el anillo y la nota.

—Dime qué significa esto. Dime por qué no puedes ser la mujer que necesito. Dime por qué me desperté solo en el hospital. ¡Dímelo para que pueda entenderlo de una vez!

Cuando abro la boca, temo que no me salgan las palabras, pero lo hacen y es liberador. Necesito desprenderme de la culpa y la rabia por no ser su primera opción. Elio es de los que habla del mar como si fuera una mujer. Como su amante. Su fiel esclavo. ¿Puedo sentirme celosa de que quiera más al mar? ¿Que escogiera aquella ola antes que a mí?

Me he pasado la vida haciendo terapia para aprender a vivir con mi fobia. He entendido que nunca me libraré de ella y que siempre será una constante que afectará a mi vida, pero tengo mecanismos para reducir su impacto. Me prometí que jamás sería una de esas mujeres que esperan en la orilla, con la vista perdida en el horizonte. Pero no contemplé la opción de que el océano no solo seduce a los marineros. Desde el primer día, el mar ha estado en medio de nosotros. Elio puso su pasión por encima de mí y yo dejé que el miedo fuera más fuerte que lo que siento por él.

—Significa que mereces a alguien que comparta tu amor por el mar, no que te ponga en peligro. Quererte hace que casi te pierda y nunca me lo perdonaré. Por eso sé que no puedo pedirte que tú lo hagas.

—Espera, no entiendo lo que dices.

—¡No debí darte un ultimátum! —grito liberando parte del dolor—. No debí presionarte...

—¿Crees que fue tu culpa? —me interrumpe—. ¿Por eso me pides perdón? Morgane, mírame —no continúa hasta que alzo la vista y lo afronto—, fue un accidente. Nunca se me ha pasado por la cabeza. Ni un mísero segundo. Sé que lo que voy a decir suena mal, pero cuando estoy en el agua me olvido de todo. Hasta de ti y nuestra pelea.

Sus palabras me llegan, pero soy incapaz de procesarlas.

—Pensaba que podría, pero en el momento más necesario... te fallé.

—¡Me fallaste cuando desperté en el hospital y no estabas a mi lado! —Se levanta y camina hasta la ventana. El movimiento de sus hombros revela que a sus pulmones les cuesta tanto como a los míos hacer su función.

—Me venció el miedo. Me dio un ataque de ansiedad y cuando dijeron que habías tenido un accidente... No recuerdo ni cómo llegué al hospital. De las horas esperando tu diagnóstico solo

tengo flashes, hasta que salió la médico y dijo que estabas fuera de peligro. No lo pude soportar. No era capaz de mirar a tus padres a la cara, ni a ti.

—¡Estaban enfadados por dejarme en esas condiciones! Igual que nuestros amigos.

En mi memoria tampoco tengo almacenado el viaje de vuelta a la isla. Ni los días siguientes. Aquí todo me recordaba a él y a los momentos compartidos. Fue entonces cuando decidí huir a un lugar libre de recuerdos para empezar de nuevo. Lejos del mar. Hice la maleta y me fui a París.

Dicen que el alma pesa veintiún gramos, pero ¿cuánto pesa la culpa? Ese lastre que te impide hacer vida normal. Ese sentimiento que se alimenta de todo el resto y te devora con su hambre insaciable.

83 *You & the sea* (Elio)

Estoy más enfadado que antes.

Pensaba que al saber la razón por la que me abandonó se me quitaría esta presión en el pecho, pero no ha sido así. ¡Mierda, joder! Siento que hemos perdido mucho tiempo. Si hubiéramos hablado entonces, nos habríamos evitado años de sufrimiento.

Sé muy bien de quién estoy enamorado. Nunca he dudado de que Morgane sea la mujer que necesito. Sé que cada vez que me acompañaba a todos esos países, por muy exóticos que fueran, le estaba pidiendo demasiado. Lo sé, siempre fui muy consciente del estrés que le provocaba y que para ella era una lucha constante contra su fobia, pero pensaba que era capaz de compensarla. De hacer que todo el resto fuera lo suficientemente fuerte para luchar contra su miedo.

—Necesito oírte decir. Que aceptes que fue un accidente.

Se levanta del sillón, camina hasta la cocina y da media vuelta. Cuando se sienta en las escaleras sé que no busca nada, solo que lo que la embarga le impide estarse quieta.

—¿Y qué crees que va a cambiar eso? Fue un accidente, de acuerdo, pero eso no impide que me sienta culpable por cómo te presioné y por no estar a la altura de lo que necesitabas. —Habla despacio, como ordenando sus pensamientos al mismo tiempo. Hace una larga pausa, cuando alza la mirada veo que la pena ha mutado, se ha convertido en rabia y frustración—. No me arrepiento de pedirte que no salieras, porque sigo pensando que fue la mayor estupidez. Y dime Elio, ¿tú no te arrepientes de nada?

Y al final sale la verdad. Esa que has estado ignorando y evitando estos últimos años. Estar enfadado con ella era más fácil que aceptar que yo también la cagué. Mi padre tenía razón cuando me dijo que en el momento que tu pasión se convierte en trabajo, pierde toda la gracia. El surf pasó de ser disfrute, como ha sido siempre para Dylan, a ser presión por ganar títulos, para creerme todo lo que me decía Klein. No fui consciente de todo ello hasta días después de despertar en el hospital.

—Sí, me arrepiento de obsesionarme con el triunfo. Me dejé llevar por la euforia y arriesgué demasiado. Menosprecié a mi contrincante, quise dominarlo y el océano me enseñó lo que había olvidado. También me recordó que el espíritu del surfista es ser humilde y respetar el mar por encima de todo. Si él dice que no, es que no. Pequé de arrogante, pero no soy un suicida.

En las Mavericks el oleaje aumenta en un abrir y cerrar de ojos. Aquel día eran olas rotas. Gigantes llenos de baches que solo significa caídas aterradoras. Creo que todos los que hemos sufrido un accidente siempre llega el momento de los condicionantes.

Si no hubiera intentado coger todas las olas, a lo mejor, no hubiera estado tan cansado.

Si me hubiera conformado con los resultados del día de antes.

Si le hubiera hecho caso a ella y aceptar que el mar ganara.

Si cierro los ojos me veo sobre la tabla, concentrado en mi postura, equilibrando el peso y deslizándome. Con la mano rozando la pared de agua que me rodea al tiempo que escribo mi nombre en la historia del surf. Lo último que recuerdo es el beso de la ola. Luego todo es oscuridad y dolor.

Estuve tres días en la UCI en coma inducido para bajar la inflamación por un golpe en la nuca. La peor parte se la llevó la espalda. Me lesioné la clavícula, el omoplato y me rompí dos

costillas que me perforaron la pleura. Saludé la muerte, pero no era mi hora. Y es casi un milagro que no acabara en una silla de ruedas o postrado en una cama. Pero nada, absolutamente nada de eso, se asemeja al dolor de despertar y no ver a Morgane a mi lado. Cuando me dijeron que se había ido y mi madre me entregó la carta y el anillo. Nada es comparable con la culpa de sentir que la había perdido porque fui un idiota. Recuerdo un único pensamiento: «Matadme. Morir tiene que doler menos que esto».

—¿Por qué no volviste a la isla, por qué te alejaste de todos?

Se levanta de nuevo y aunque no se acerca me reta con una mirada completamente desconocida para mí.

—¿Por qué ninguno vino a buscarme? Sé que os fallé, pero vosotros a mí también. —Solo entonces entiendo que su mirada es la definición de la decepción.

Qué hostia en toda la cara. Acaba de mostrarme una perspectiva diferente que nunca se me pasó por la cabeza. Apliqué la gilipollez de «si Morgane se va, es ella la que tiene que volver». No pensé en ir a buscarla y pedirle explicaciones. No pensé en que Eme también necesitaba que yo mostrara que me había equivocado de prioridades y salí al mar solo para ganar un título. Que me falló a mí y se alejó de nuestros amigos, pero ninguno de ellos se puso de su parte ni buscó entenderla. Unos amigos que siempre hemos sabido de su fobia, pero que, en el momento de la verdad, no la entendimos.

El ser humano, como animal que es, se defiende con cualquier cosa que pueda servirle. No hablo de garras o colmillos, en este caso me refiero a barreras de protección. Era más fácil tener a Morgane como el enemigo, como el cabeza de turco. Etiquetar como rabia a lo que solo era pena. Culparla de la frustración por haber sido un idiota y dejar que el éxito me eclipsara. Nunca busqué la fama. Ese Elio de anuncio y de portadas de revistas no era mi sueño. Primero me hacía feliz el surf: las olas y yo. Luego llegó Eme y se sumó a esa felicidad que poco a poco la niebla de la gloria fue ocultando.

La rabia te mantiene vivo. La pena te debilita. Tomé el camino más fácil para sobrevivir.

—Lo siento.

En la mirada de Morgane comprendo que, aunque la palabra me haya sonado sosa y ligera, todo lo contrario de lo que quería expresar, ella puede ver más allá. No quito mérito al poder de la palabra, enfatizo que detrás de un «lo siento» hay empatía y conocimiento de la persona que tienes delante. He entendido cómo se ha sentido ella, he aceptado que me he estado engañando.

84 Ese amor

Ya no hay más secretos, no hay reproches, ni dudas. Ni culpa. Nos han hecho creer que hay solo una verdad absoluta y no es así, hay tantas versiones como personas implicadas. Hoy, por fin, nos hemos liberado de lo que nos pesa, de la culpa y de los reproches. Nos hemos puesto en el lugar del otro y comprender los demonios de cada uno. Puedo aceptar que fue un accidente, lo que no podía asumir es saber que le fallé cuando más me necesitaba. Hemos tomado malas decisiones y no estoy orgullosa de admitir que el miedo pudo conmigo, pero en el fondo siempre supe que el mar sería un obstáculo entre nosotros.

Nos rodea el silencio de cuando nadie gana, pero todos saborean el final. Cuando solo queda la piel. Ardiente, quebrada. El corazón latiendo, agotado, sangrando, pero por fin es sangre fresca y limpia. Cuando se terminan las lágrimas, ya no hay más llanto para esta pena. Cuando todo esto pasa te sientes ligera, etérea. Cuando eso pasa... necesitas cicatrizar. Necesitas amor.

Elio da un paso hacia delante. Yo hago lo mismo. Uno él. Otro yo. En cada zancada me desprendo de los lastres que he cargado. En sus suspiros sé que también se está vaciando. Cuando llegamos al punto de encuentro, es como volver a la casilla de salida.

—Siento haberte fallado y haber sido tan egoísta. —Me seca las lágrimas con los pulgares y luego me acuna con los meñiques acariciándome el nacimiento del pelo. El calor de sus manos es tan reconfortante que mi cuerpo se inclina hacia él.

—Pasé tanto miedo. Pensé que... —No puedo terminar. Me lanzo a su cuello y él me recibe apretándome con fuerza. Siento que vuelvo a estar en esa cápsula de felicidad que creamos el verano que nos conocimos. La que nos protege y puede con todo. Ahora que ya sabemos que tenía algunas goteras, podremos taparlas y hacerla impermeable.

Nos abrazamos perdiendo la noción del tiempo.

—Shhh... no pasó. Estoy aquí, contigo. —Repite una y otra vez, besándome el pelo y cerniéndome más a él con esa necesidad que va más allá de la piel. Vuelve el picor con la intensidad que solo Elio es capaz de provocar y calmar. Me pica el cuerpo. El alma. Las ganas.

Lo empuja para liberarme de su agarre, Elio me suelta con un gruñido casi inaudible, sé que lo hace contra su voluntad.

—Sigo enfadada contigo. —Cojo el bajo de la sudadera y tiro de ella, ve mis intenciones y me ayuda a quitársela.

—Lo sé. —Se queda en camiseta y cuando me mira y ve que estoy esperando, sus labios dibujan una sonrisa y también se desprende de ella—. Y yo te sigo queriendo. Nunca he dejado de hacerlo.

Pongo la mano en su pecho que vibra al ritmo de su respiración. He soñado tanto con volver a tenerlo delante, que siento que podría explotar en cualquier momento. Mis dedos recorren su torso, lo rodeo sin dejar de tocarlo, me sitúo a su espalda y mis ojos van hasta las cicatrices. Veo su dolor, y el mío solloza. Tengo ganas de gritar. Llego tarde, pero necesito acariciarlas, besarlas. Sanar. Cada uno de mis besos va acompañado de un «te quiero», de un «lo siento». La respiración de Elio se aviva, sé que le cuesta estarse quieto, lo conozco. Paso mis brazos bajo sus axilas pegando mi cara a su piel. Inspiro hondo. Joder, qué bien sienta volver a casa.

—Morgane —jadea, sus manos atrapan las mías. Necesito abrazarlo y que no me suelte. No sé si ha oído mi súplica o responde a su propio deseo, pero se remueve para darse la vuelta. Me

rodea, aprisionándome contra él; nunca me he sentido más libre. Me pongo de puntillas, rozo la nariz con la suya, respiro su aliento como si fuera elixir de vida.

—Hazme ese amor que tanto dices tenerme —le pido.

Su boca se apodera de la mía en un beso urgente. Con desesperación, como si fuera el último. Como si hoy, más que nunca, fuéramos conscientes de la vida y la muerte. Solo despegas sus labios de los míos para quitarme la sudadera y llevarse con él hasta la camiseta de tirantes con la que he dormido. Cuando me he vestido esta mañana no tenía previsto venir a su casa, ni hablar y mucho menos acabar desnuda. Mis dedos tiemblan cuando los enredo en su pelo. Me quema la piel en contacto con la suya. PICOR. Me coge de las presillas del vaquero y arquea la espalda hacia atrás. Siento sus dientes rozarme la clavícula y a besos baja al pezón, apresándolo con los labios, hasta casi hacerme daño. Justo en ese punto donde reside el placer. En ese «casi» que sabe que me vuelve loca. Que me conoce, controla y yo me dejo llevar. PICOR. Hacer el amor con tu ex es jugar con ventaja. Cada preliminar es una bola de placer certera. Reconocer los gemidos, los movimientos, saber qué pide cuando mueve las caderas o alza la cabeza hacia atrás buscando ese beso en el cuello. Nunca me he sentido así. Ni la primera vez que me acosté con Elio. Es una sensación de aire. De fuego. Primaria. Elemental.

Intento desabrocharle los vaqueros, pero con una sola mano y encima temblorosa, no es tarea fácil, gruño y él suelta una carcajada. Cuando estás tan excitado, la risa se vuelve otra caricia más, una que notas bajo las costillas y late un poco más abajo. Se separa para desnudarse del todo mientras yo hago lo mismo. Quitármelos me resulta más fácil, después de estas semanas ya le he cogido el tranquillo. De una patada me libero de ellos antes de que Elio me alce y yo enrede mis piernas a su cintura para facilitarle la tarea de subir las escaleras. Qué loca es la sensación de sentir que te extravías del mundo y no te importa en absoluto. Que dejaría que este hombre me llevara donde quisiera porque sé que sería feliz. Claro que una parada en la cama antes de llegar al cielo y flotar en el universo me parece el mejor plan.

—El otro día me preguntaste si me había masturbado —digo cuando me deja caer sobre el colchón—, ¿cuántas noches has soñado que me tenías tumbada en tu cama?

Elio sigue en pie, se quita el calzoncillo con suma lentitud y bajo mi atenta mirada. Dios, qué maravillosa visión. Nunca ha sido robusto ni una mole de músculo, es un cuerpo que se ha desarrollado luchando contra las olas. Me pasa lo mismo que ocurrió cuando llegué en el barco de Gauvain y vi la isla después de tanto tiempo. Me enamoro de lo que me forcé a olvidar, como si la ignorancia selectiva consiguiera que dejara de doler menos. Alargo la mano, pero él se aparta, niega con la cabeza y luego señala mis braguitas. Hago lo que me pide sin palabras, yo también sé cómo provocarlo. Lo hago metiendo el pulgar bajo la tela, apoyándome en la espalda y los pies, alzo las caderas para quitarme la prenda. Veo como aprieta la mandíbula y cuadra los hombros resistiéndose hasta que se las lanzo y él las esquivo antes de tumbarse sobre mí. Aparto las piernas y dejo que encaje. Me pica todo de pura vida.

—Cada puta noche. Despertarme sin ti es el peor momento del día. —No hay ropa, ni barreras ni corazas. Solo Elio y yo. Nosotros. Dejamos que sea la piel quien hable. La que no miente. La que siempre lo ha sabido. La que hemos obviado para que doliera menos. La que nos demuestra lo equivocados que estábamos si pensábamos que algo así se puede sentir con cualquiera.

Su boca busca la mía y sus caricias me queman. Me remuevo, lo siento. Siento su rabia, su amor. Lo sé, porque yo estoy igual, con las emociones desbordándose sin ninguna contención.

—Dime que es real —le pido, después tiro del lóbulo de la oreja entre mis dientes y bajo por su cuello dejando un camino de besos que le arrancan un par de gemidos.

—No hay nada más real que esto. —Se apoya con una mano y con la otra coge la mía y se la

lleva al pecho para que pueda notar su latido.

—*Da garan* —confieso en un murmullo.

—Yo también te quiero —responde en un beso.

Su boca se despegas de la mía para recorrer mis pechos en los que se entretiene jugueteando con ellos, tiro de su pelo y jadeo su nombre que suena a impaciencia.

—¿Sí, Morgane? —Apoyo los pies en el colchón y alzo las caderas, pero él se aparta negándome el placer de sentir su erección palpar en mi entrada.

—Cabron. —Necesito más. La risita que suelta me dice que lo sabe, pero que no está dispuesto a cumplir tan rápido.

—Yo también te quiero —repito, pellizcándome la nalga.

Pierdo la noción del tiempo mientras él se aplica en una gloriosa tortura con sus dedos y su lengua. Lento. Profundo. Rápido. Meto mis manos entre su pelo para marcar el ritmo aunque no lo necesita, nadie conocer mi cuerpo mejor que él.

—Sigues volviéndome loco. —Juega, me provoca para que sea exigente y me atreva a liberarme sin complejos—. ¿Te pica?

—Todo. Como nunca.

Me concentro en sentir como mi cuerpo va perdiendo solidez para acabar licuado en un orgasmo que me sacude y eleva. Lo empujo, le doy la vuelta y me subo sobre él. Lo siento totalmente dentro de mí, me llena y quiero gritar que el tiempo se detenga, justo en este momento. No hay nada más increíble que ver sus ojos ultramar vidriosos de deseo, como se muerde el labio en un jadeo y sentir sus dedos clavarse en mi cintura buscando llegar más adentro. Hasta que exploto y lo arrastra conmigo.

—Solo contigo gravito —murmura en mi pelo cuando me dejo caer sobre su pecho.

Entiendo a que se refiere. No es solo correrse. No es solo piel con piel. Es mucho más. Es volar. Es la sensación de elevarse y gravitar por el espacio. Solo con él.

El círculo se cierra. Siento que nuestro mundo ha enderezado el rumbo y vuelve a girar.

85 La burbuja explota

Volvemos a hacer el amor, es salvaje y rápido. Con un ansia casi desesperada, como si los dos necesitáramos confirmar que es real.

—Quédate. —La voz de Elio suena meliflua, adormilada.

Estoy más allá que acá. Tengo las neuronas en plan modorra, solo les falta fumarse el piti de después. Las emociones y el buen sexo nos han dejado exhaustos. Creo que no me equivoco si digo que los dos hemos echado una siesta. Tiene los dedos enredados en mi pelo y me acaricia con tanta dulzura que me dan ganas de ronronear como un gato.

—¿A pasar la noche? —tanteo.

—A pasar la vida —su repuesta hace que despegue la cabeza de su pecho que huele a esa mezcla de Elio y mar que tanto he añorado.

Estamos desnudos en su cama. En la que me veo despertando cada mañana. Imagino mi vida aquí, en «nuestro hogar». En la isla, con mi madre, nuestros amigos, trabajando en la galería de Vincent... Dicen que un hogar no es un lugar, sino las personas; y aquí están las mías. Aquí están mis mejores recuerdos, aquí está todo lo que deseo en mi futuro. Soñé tantas veces con esto que sé a qué sabe, pero hay algo nuevo, un regusto al final del paladar. Algo amargo que han dejado estos tres años.

—Pensaba que eras de los que no creen en las segundas oportunidades.

—He aprendido que la vida consiste en cagarla una y otra vez y seguir intentándolo hasta que salga bien.

—Lo planteas demasiado fácil. —Dejo un beso justo encima del «aeternum» que tiene tatuado bajo la clavícula mientras con la mano jugueteo con el poco vello que tiene.

—No lo será —asegura—. La vida no da garantías, pero estoy seguro de que merecerá la pena.

Cuando alzo la vista hasta sus ojos me encuentro que hay algo que oscurece su azul ultramar.

—¿En qué piensas? —Y no me refiero a esa pregunta post-coito que todo el mundo odia porque es justo en ese momento que uno es incapaz de procesar nada. Elio ya no está en ese estado inconsciente. No sé cómo definirlo, llámalo instinto o que me he pasado tantas horas observándole que conozco sus patrones igual que él hace con el mar.

—En nada —dice, pero su cuerpo se pone en tensión bajo mi peso, dándome la razón.

Me dejo ir hacia un lado y me quedo de rodillas.

—Elio —consigo pronunciar su nombre sin que me tiemble la voz—, no más mentiras.

Me mira, él también se sienta y se pasa las manos por la cara. Me estoy poniendo nerviosa.

—Voy a volver —murmura sin despegar los ojos de sus pies.

—Volver a ¿dónde? —Lo cojo de la barbilla y justo antes de que lo diga, lo sé.

La burbuja de las ilusiones ha subido tan alto que al final ha explotado.

86 Significado (Elio)

—Mavericks.

Si buscas la definición de «significado» en el diccionario pone: «Idea o concepto que representan o evocan los elementos lingüísticos, como las palabras, expresiones o textos». Lo curioso es que una misma palabra significa algo distinto para cada persona. Maverick para algunos es el personaje de Top Gun. Para los surfistas es la ola de mayor calidad que existe en el mundo. Un desafío. Para Morgane es el accidente. Es dolor. Es decepción. Para mí es una cuenta pendiente.

—¿Es una broma? —grita, confusa.

—No. —Intento sonar sereno, aunque por dentro sea pura energía. Sabía que llegaría este momento y que será el decisivo—. El viaje ha sido a Portugal, a Nazaré, no he dejado de entrenar. Por fin me siento fuerte, nunca he estado tan preparado.

—¿Por qué? —En una simple pregunta mete sus miedos y los míos provocando que se levanten huracanes.

—Porque sé que puedo surfearlas. Porque necesito quitarme esta espina.

Chasquea la lengua e inspira con fuerza, procurando no dejarse llevar.

—No me parece razón suficiente para ponerte otra vez en peligro. ¿No has aprendido nada? Mira tu espalda. ¡Estuviste a punto de morir!

—Te prometo que lo haré con cabeza, que escucharé el mar. Confía en mí. —Hago el amago de abrazarla buscando que mi piel la convenza de lo que mis palabras no son capaces, pero me rehúye.

—¡No lo entiendes! Confío en ti, de quién desconfío es de ese monstruo. ¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Antes, tenía que comprobar que me sentía capaz. —Alza las cejas suspicaz, y sin hablar admito que en el fondo es porque sé que muy pocos van a comprender mi decisión—. ¿Qué haces? —pregunto cuando veo que se levanta y busca las braguitas.

—Me voy. —Su voz suena rasgada como si estuviera a punto de romperse. Odio hacerle esto, pero este soy yo. Si no vuelvo a California y me enfrento a esa ola, siempre me pesará.

—No hemos terminado de hablar —digo después de ponerme yo también la ropa interior y seguirla por la escalera.

—No puedo creer que volvamos a estar en el mismo punto. Como si todo lo que hemos sufrido no hubiera servido de nada. El mar, de nuevo, en medio de nosotros —grita exasperada.

En sus ojos veo lo perdida que está, ha llegado a su tope. No me extraña. Hemos empezado discutiendo para terminar en la cama jurándonos amor y ahora le lanzo la traca final. «Joder, Elio, qué puntería». Pero no quiero más mentiras, ni medias verdades.

Da vueltas por la sala mientras recoge su ropa y se viste. Un vez termina, se sienta en uno de los sillones para ponerse las zapatillas. Me agacho frente a ella y le cojo la mano entre las mías:

—Recuerdas aquel día en la playa, cuando te pregunté «¿la chica que odia al mar le pide una cita al chico que lo ama?»

—Yo tampoco he olvidado nada —replica, airada.

—¿Y recuerdas que me contestaste?

—Que la vida está para arriesgarse —musita y sé que, como yo, ha vuelto al verano que nos conocimos.

—¿Y dónde está esa chica? —Sacude la cabeza de lado, negando.

—Ha madurado y no quiere volver a sufrir.

—Morgane... —empiezo, pero levanta la mano para que me calle.

—¿Ves por qué no soy la mujer que necesitas? —Agacha la cabeza—. No puedo volver a pasar por aquello.

—Lo eres, nunca lo he dudado. Mírame —me tomo mi tiempo antes de continuar, lo hago cuando me hace caso—, no he conocido a nadie tan valiente como tú. Tu fobia siempre está presente, pero no te escondes. Eres Morgane, la chica que, en un acto rebelde, se sentaba de espaldas al océano, pero que igualmente iba a la playa. La que me acompañó por todo el planeta para enfrentarme a esos monstruos de agua. La vida es eso. El amor lo es. Un tira y afloja constante. Un toma y daca. Es equilibrio.

Recuerdo aquel anochecer cuando la vi por primera vez con los pies en el agua y le confesé que estaba enamorado de ella. Comprendí lo vulnerable y fuerte que era al mismo tiempo. Pensé que era un privilegio que me hubiera escogido a mí como compañero.

Asiente con reserva. Me da un beso en la mejilla y se levanta.

—Necesito estar sola.

Quiero que se quede, que hablemos, pero la conozco y sé que está desbordada y no llegaremos a nada.

—Deja que te lleve a casa.

—Prefiero ir andando. —Suspira como quien siente que se le escapa un sueño que ya creía tener bien agarrado—. Sé cómo acaba esto, tú no cambiarás de opinión. Y yo... no sé si puedo ceder otra vez, ignorarme y poner tu felicidad por encima de la mía.

—Nunca he querido que fuera así. Eres lo que más me importa.

—No es verdad.

Quiero replicarle, pero decido callar. Me conoce mejor que nadie. Sabe que si no voy y consigo dominar las Mavericks, será algo que siempre tendré pendiente. Soy bueno, soy uno de los mejores surfistas del mundo y sé que puedo. Mucha gente sufre accidentes y no por eso deja de coger el coche o hacer lo que le apasiona.

¿Por qué tengo que sentirme mal por mis decisiones?

87 Un corazón roto sigue latiendo

Cuando eres crío y empiezas a escribir, aprietas tanto el lápiz que dejas marca en las páginas siguientes. Algunos recuerdos son así. El día del accidente es uno de ellos, las huellas son tan profundas que ni el tiempo ha sido capaz de borrarlas. Tengo grabadas sus palabras, su imagen frente a mí, tan seguro, tan tenaz.

Por un momento he creído que había un futuro para nosotros, que sería diferente, pero en el fondo no hemos cambiado. Seguimos teniendo los mismos anhelos y miedos. Soy incapaz de entender esa necesidad. ¿Cómo se puede desear volver al sitio que casi te mata? «Ilusa», me repito de camino a casa. Qué ilusa he sido al pensar que no volvería a jugarse la vida por una maldita ola. Como si no lo conociera. Como si no supiera que Elio es de los que empieza algo y no baja los abrazos hasta conseguir todos sus objetivos. Y yo siento que me rindo demasiado rápido, pero no entiendo qué necesidad hay de arriesgarse así de nuevo.

¿Cree de verdad que una ola puede hacerle feliz?

¿Es que no ha aprendido nada en estos años?

Por un momento he vuelto a creer que yo le era suficiente. Como lo es él para mí.

Ilusa.

Qué estúpida me siento.

Qué vacía.

La melodía de [Replet](#) me acompaña a casa. «Olvido todo lo que hiciste, pero aún me aferro». Querer es tan necesario como respirar, comer o dormir. Querer es felicidad. Vivir es querer. Quiero a Elio. Lo quise y lo querré. Él también me ama, no lo dudo. ¿Y qué hacemos cuándo el amor no basta?

Hace tres años, cuando volví a casa después del accidente, recuerdo que mi madre me dijo que nadie se muere de amor. Te desgarras y desangras, enloqueces y te incendias, pero sigues vivo, sintiéndolo todo. Porque un corazón roto sigue latiendo y no me acordaba de cuánto duele.

88 Amar en azul ultramar

Dicen que hay que ser muy preciso a la hora de pedir deseos. Vamos, que hay que especificarlo todo bien clarito para que no haya confusiones; que ya sabemos lo macabro que puede ser el destino. Yo añadiría que también hay que ser muy minucioso a la hora de hacer juramentos. Piaf cantaba que cuando estaba en brazos de su querido veía la vida en rosa; aquí en la isla, hablan de «amar en azul ultramar» cuando te enamoras de un marinero y tus días se reducen a esperar con la vista perdida en el horizonte. Hace muchos años me prometí que nunca querría un amor de esos. Debí dejar claro que me refería a cualquiera que quisiera al mar por encima de todo. Como mínimo, los pescadores no salen a faenar cuando el mar está enfadado. Elio es de los que busca la mala mar para su disfrute. Mi amor por Elio es de color azul ultramar. Es hora de que lo acepte.

Han pasado tres días y sigo igual de confundida. No he hablado con nadie, a todos les he pedido espacio. Hasta a mi madre, que por mucho que ha insistido, he conseguido que respete mi necesidad de soledad. Estoy tan agobiada que ayer llamé a la doctora Saunier para que me revisara la fractura y por fin me han quitado el yeso. Qué alivio... y qué peste. Un mes y la mano está más delgada y hasta he cambiado la piel. En cuanto llegué a casa, me di una ducha. Lo curioso es que tenía ganas de recuperar la movilidad y ahora, sin el peso del yeso, me siento insegura.

En estos días he dado muchas vueltas a todo, he hecho un verdadero esfuerzo para entender a Elio. Si dejo a un lado mi amor por él, nunca he sentido esa pasión por nada. Me gusta el arte, me encanta mi trabajo, pero no daría mi vida por ello. Quiero comprenderlo. Quizá estoy dejando que el miedo decida por mí. Quizá no me estoy esforzando lo suficiente. Por eso, en cuanto me he despertado, he cogido el coche y me he venido a Donnant. La única forma de saber en qué punto estoy es afrontar el problema de raíz. En este caso es mojarme los pies, adentrarme en el mar y ver a Elio surfear. Dejo el coche en el aparcamiento que hay detrás de las altas dunas y piedras blanquecinas que protegen la playa y que es diferente al que suelen utilizar los surfistas. Me descalzo y camino hasta allí. Hay marea baja y deja ver la lengua de arena une los dos lados de la playa, que normalmente quedan divididos por unas rocas. Llego antes que Elio. Estoy sola frente a mi peor enemigo.

No me acerco a la orilla, me siento sobre la arena y juego con ella con los pies. En el cielo aún brillan algunas estrellas. Cuando pienso que no va a venir, veo una sombra bajar por el caminito que hay en el acantilado, lleva la tabla alzada sobre la cabeza, con la quilla hacia arriba. Las sombras me hacen invisible, aunque él solo tiene ojos para el mar. Nada hasta el canal donde nacen las olas. Me levanto y voy a la orilla. Dejo que el agua me moje los pies. Me obligo a mirarlo y no apartar la vista cuando lo veo sobre la tabla, haciendo piruetas, casi volando. A pesar de la distancia, puedo ver que tiene la perenne semisonrisa colgando de sus labios, concentrado y feliz. Este es Elio en estado puro.

Me da un ataque de nostalgia. Voy y vengo en el tiempo, de un recuerdo salto a otro.

—Hola —murmura inseguro, colocándose a mi lado y arrancándose de golpe de las fauces del pasado.

—Hola.

Sus dedos rozan los míos en un gesto tan natural que me muerdo la lengua para contenerme.

¿Existe algo más molesto que reprimirse? Sería tan fácil dejar que Elio me abrazara. Durante un tiempo eso fue suficiente. Pero ya no.

En silencio, dejamos que el mar nos lama los pies y la luz del amanecer devuelva lentamente los colores al paisaje. El cielo está precioso, y yo, que nunca he tenido alma de pintora, me dan ganas de coger el pincel e intentar plasmar esos colores sobre un lienzo como seguramente haría mi antepasada si estuviera aquí. De los momentos importantes se recuerda la luz, la misma que querían plasmar los impresionistas.

—Veo que ya eres libre.

Alzo la mano al aire. La brisa viene del sur y es cálida como si fuera pleno verano. Una ola más fuerte nos salpica mojándonos hasta las rodillas, un recordatorio frío y desagradable de por qué estoy aquí.

—Te quiero —confieso en apenas un jadeo y me doy la vuelta para abrazarlo—. Te quiero más que a nada. Lo tengo asumido, pero no me pidas que vuelva a pasar por ello. No puedo.

Elio me acaricia con los nudillos la mejilla y me coge de la barbilla para que alce la cabeza y lo mire. El único mar que me gusta es el que hay en sus ojos.

—Morgane... Sé muy bien como eres y no quiero que cambies. Te conozco y nunca te pediré hacer nada con lo que no te sientas cómoda. —Me da un beso en los labios, casto y suave—. Sé que no puedo pedirte que me acompañes, ni que lo entiendas. Solo te pido que me dejes ir.

¿Por qué no puede ser rencoroso con el mar? Maldecirlo y alejarse. Sonríe con pesar y me viene a la cabeza una frase de Charles Bukowski: «encuentra lo que amas y deja que te mate».

—No te daré permiso, pero tampoco te lo impediré. —Una lágrima me resbala por la mejilla.

—Te prometo que será la última vez. Después de las Mavericks no volveré a arriesgarme nunca más. Tienes mi palabra.

Quiero decirle que no lo haga, que no me puede prometerlo, pero en el fondo me agarro a esa promesa que me hace pensar que solo tengo que ser valiente una sola vez. Una vez más y ya está.

—Esto es más fuerte que nosotros. No voy a hacerte escoger, ni a chantajearte. No seré egoísta, ve tranquilo. Consigue tu sueño.

—¿Y el tuyo?

—El mío eres tú —admito en un conato de sonrisa—, con vida. Hablaremos cuando vuelvas. Cuando no tengas necesidad de demostrar al mundo que puedes con él. Si tu felicidad pasa por las Mavericks, ve; pero no me puedes pedir que sea cómplice. No te apoyaré en esto.

Salgo corriendo, sin mirar atrás. Que nadie diga delante de mí que el mar es bonito. Que observar las olas relaja. Que nadie me diga que el océano es maravilloso porque es feo y lo odio.

89 Perder (Elio)

Voy a ir a California.

Voy a enfrentarme a las Mavericks y surfear la ola más famosa del mundo.

Si no voy, me arrepentiré toda la vida y, como dice Morgane, tarde o temprano nos pasará factura.

Si voy, pongo en peligro lo nuestro.

Haga lo que haga, nos afecta.

Haga lo que haga, el mar está en medio.

Si hay que arrepentirse que sea por hacer, no por quedarse con las ganas.

Morgane no está enfadada, solo decepcionada. No la he convencido, pero tampoco hemos roto la posibilidad de un mañana. Ella cede, me esperará; yo gano... entonces, ¿por qué siento que he perdido?

90 Sin adiós

Elio

¿Te has ido sin despedirte?

Morgane

No soy capaz de decirte adiós.

Ni antes ni ahora.

Han pasado dos días desde que lo dejé en la playa y salí corriendo. Al volver al hotel, recogí mis cosas y Gauvain volvió a ser el responsable de llevarme a Vannes para coger el tren de vuelta a París. Alejarme la primera vez fue doloroso; hacerlo una segunda vez, por momentos, se hace insoportable. Cuando eso ocurre me queman las ganas de recoger mis cosas y volver a la isla, pero entonces pienso que él va a ir California y todo se paraliza.

Elio

Lo siento.

De verdad que lo último que quiero es hacerte daño.

Ojalá fuera más fácil.

Morgane

Perseguir sueños tiene un precio.

Hice la promesa de que no iba a impedírselo y voy a cumplirla. Cueste lo que cueste. Esperaré en la orilla a que vuelva a mí y rezaré para que sus ansias de victoria se calmen para siempre y se conforme con las olas de Donnant.

Elio

No quiero perderte.

Morgane

Me tienes.

Con todas las consecuencias.

91 Síndrome de Ulises

4 de julio

Desde que he vuelto a París, cada vez que suena el teléfono pego un brinco y el corazón se me acelera. Estoy preparándome una ensalada para cenar cuando recibo un mensaje. Vuelo hasta el comedor y sonrío como una boba al ver su nombre en la pantalla. Elio me ha mandado un vídeo, está en una *fest-noz*. Una fiesta típica de la región con música y danzas bretonas. Están en el faro grande, hay una hoguera y veo la gente bailar, entre ellas a mi madre y tía Louane. Oigo la risa de Romy de fondo acompañando a las gaitas y tambores.

Elio

Ojalá estuvieras aquí.

París es una gran ciudad que tiene de todo para que te enamores de ella. Es cosmopolita, tiene sus barrios vanguardistas y los bohemios. Sus callejuelas adoquinadas están llenas de historia donde escribir la tuya propia. La primera vez que vine me dio todo lo que buscaba, una página en blanco donde empezar de nuevo. Esta vez es distinto. Ahora solo me agobia, el tráfico, el ruido constante. Tan gris cuando solo quiero ver azul. Me falta horizonte. Sufro el síndrome de Ulises; joder, nunca he echado tanto de menos la isla, añoro hasta ver el mar desde la ventana de mi habitación.

Morgane

Ojalá.

92 ¿Volverías? (Elio)

12 de julio

Elio

Si viajáramos nueve años atrás,
a estas horas estaríamos
tumbados en la playa.
Ahora, viendo donde estamos,
¿volverías a pedirme una cita?

Morgane

¿Me preguntas si me arrepiento?

Elio

Sí. ¿Mereció la pena?

Morgane

Ni en el peor momento,
ni todas las veces que te
echo de menos (y son demasiadas),
se me ha pasado por la cabeza
plantearme mi vida sin ti.

Elio

Yo tampoco.
Gracias, sé que no lo entiendes,
pero significa mucho para mí
que igualmente me dejes ir.
Aeternum.

Morgane

Aeternum.

93 A puñados

25 de julio

Cuando se terminó aquel primer verano y el otoño llegó, nos resultó muy complicado. Pasamos de vernos cada día, a solo hacerlo los fines de semana. Los viernes a mediodía solía ir en tren hasta Burdeos donde Elio estaba estudiando. Cogíamos la furgoneta y viajábamos. Algunos íbamos hacia la playa de la Gravière en Hossegor, otros hacia la montaña, unos tantos más en los que no salíamos de la cama de su piso compartido. En aquellas largas llamadas y los infinitos SMS había uno que se repetía constantemente: «Mira la luna, tiene un mensaje para ti». Esta noche he vuelto a aquella época, puede que por eso le escriba el mismo mensaje. Porque, como entonces, necesito decirle que pienso en él. Que sigo aquí.

Su respuesta llega al instante.

Elio

La isla te echa de menos.

La casa te echa de menos.

El cactus te echa de menos.

Estoy cansado de echarte de menos.

Quiero que me sobres.

A puñados.

94 Agosto

Agosto pasa sin un mísero mensaje.

Lo que sí hay son llamadas, aunque ninguno de los dos diga nada. No es que nos falten cosas por decir, creo que realmente no nos atrevemos a llenar esta pausa con palabras. Solo necesitamos ese contacto, algo tangible que nos mantiene unidos y que evita que nos volvamos locos. No es como la otra vez. No es un «adiós». Es un agujero en el tiempo. Saberlo al otro lado de la línea es reconfortante y doloroso. Normalmente, al inicio su respiración es agitada y con el paso de los minutos se va calmando. A mí me pasa todo lo contrario, cuando colgamos lo hago con un nudo en el pecho que me impide respirar.

95 Septiembre

El último coletazo del verano trae consigo días de viento y novedades. Ayer por fin me pasé por el taller del restaurador, ha concluido su trabajo con los cuadernos. Le ha llevado más tiempo del estimado y las vacaciones han alargado la espera. Contienen dibujos, la mayoría a lápiz. Páginas y páginas de nubes, a medida que avanzas, ves cómo va mejorando la técnica. Tienen relieve, espesura, y están llenas de matices. También hay hojas con gotas de lluvia y flores acompañadas por abejas; pájaros volando sobre olas y la costa salvaje que rodea el hotel. Entre tanta naturaleza destaca una docena de bocetos de partes del cuerpo humano. Manos, dedos enlazados, una mujer de espaldas en la que solo se ve de hombros para arriba, con el pelo suelto y alborotado por el viento. Es extraordinaria la minuciosidad y realismo con la que se ha trabajado cada mechón de cabello. Tengo el presentimiento de que en todos ellos la musa es Rozenn. El cuaderno más pequeño es una auténtica joya para los amantes del arte porque contiene las fórmulas para conseguir sus propios colores, una guía de la paleta que define su obra. Centenares de pruebas de mezclas para dar con el tono deseado. Comparo la letra de las notas con las cartas que escribió Morgane y concuerdan. Es una maravilla.

Hoy me ha llamado Vincent para insistir en que soy la persona perfecta para sustituirlo. Me ha mandado por e-mail la propuesta que ha redactado su abogado. La he imprimido solo por decir que tengo mi futuro en las manos. He decidido que no voy a esperar a que Elio vuelva de California para saber qué quiero hacer con mi vida, quiero volver a la isla y vivir allí. Estoy decidida, mañana mismo hablo con Bastian sobre mi renuncia.

96 *Part of me*

Hoy es el cumpleaños de mi abuelo paterno, el único que me queda, y como cada año hemos venido a Saint Philibert a comer con la familia. Aquí tengo a mi abuelo, mis tíos y tres primos con los que apenas nos vemos, pero con los que mantengo una buena relación. Después de comer, con mamá damos un paseo hasta la pequeña ermita que hay justo al lado de un brazo de mar. Aquí bautizaron a mi padre, con el mismo nombre que lleva el pueblo, y se casaron mis padres. Es preciosa, pequeña, con el techo abovedado pintado de azul noche y salpicado de estrellas. De él cuelga un barco. Nos sentamos en uno de los bancos y se me pone la piel de gallina; siempre me ocurre, no sé si es por el silencio, o que es uno de los lugares donde más cerca me siento de mi padre.

Mi madre me coge del brazo y apoyo la cabeza en su hombro.

—Hasta ahora me he mantenido al margen y he respetado tu encierro, pero estar aquí... es... En fin... ¿Puedo darte mi opinión?

—¿Desde cuándo te has callado tú algo?

—Mmm... deja que piense..., en dos mil quince.

—¿Eh?

—¿No te acuerdas? Cogí anginas, las tenía como pelotas de golf. Me pasé una semana sin hablar.

Suelto una carcajada que se me atasca en el instante en el que me doy cuenta de dónde estamos.

—¿Cuántas segundas oportunidades crees que da la vida?

—Ya lo sé —gimoteo.

—Lo dudo. Si lo supieras te agarrarías a ella con uñas y dientes. Cuando el destino te lo pone delante no puedes dejarlo para cuando a ti te apetezca.

—Cuando vuelva... —Me detengo sin saber muy bien cómo terminar la frase.

—No escoges de quien te enamoras. No entiendo que no aproveches cada instante que la vida te ofrece para estar con él. Créeme cuando te digo que el amor se mide por los momentos compartidos y por los recuerdos que deja. No quiero que un día, al mirar el calendario, cuentes los días que pudiste haber sido feliz. No sigas desperdiciando el tiempo.

97 En la oscuridad, lo veo claro

La oscuridad de la noche hace surgir los pensamientos más profundos, esos que solemos ignorar con premeditación y alevosía. Y a estas horas de la madrugada, mientras a través de la ventana veo como llueve sobre París, pienso en que me he pasado la vida intentando reconciliarme con el mar y nunca lo he conseguido. Lo hacía cuando bajaba a la playa. Cuando metía los pies en el agua. Cuando acompañé a Elio por todo el mundo en busca de la ola perfecta. Siempre he visto mi amor por Elio como una maldición, pero ¿y si no lo es?

¿Y si es la forma que el mar ha tenido de pedirme perdón?

¿Y si mi padre ha tenido algo que ver y nos ha unido para que Elio me enseñe a querer el mar?

98 La bicicleta de Tolstói

Octubre

Todos tenemos dos caras y el miedo no es una excepción. Creo que es el padre del arrepentimiento y del coraje. El mar siempre será mi enemigo, pero Elio está por encima de todo y no pienso dejar que mi fobia vuelva a mandar sobre mi vida. Si hasta hace poco estaba creando una nueva versión de Morgane, obviando que los recuerdos son el puntal donde se apoya el presente, puedo volver a empezar y hacer mi versión definitiva. Quiero ser una nueva mujer, una más valiente que asume sus fobias. La que Elio ve. Estoy harta de andar por la vida de puntillas, arrastrando capas. Por fin comprendo que el truco es lanzarse a la vida como si nunca fuera a doler. Por si el mañana nunca llega. Porque, como escribió Faulkner en su novela *Palmeras salvajes*: «entre la pena y la nada, me quedo con la pena».

Tolstói tenía sesenta y seis años cuando aprendió a ir en bicicleta. Esta hazaña le da nombre al concepto de que siempre estás a tiempo de hacer eso que deseas y que no has hecho. Que nunca es tarde.

Pienso en ello mientras sobrevuelo el Atlántico.

Rezo para que sea cierto eso de que no se llega tarde a ningún sitio si realmente nos están esperando.

99 *Half moon bay* (Elio)

El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deje su mensaje después de la señal.

—Hola, estoy en California, a punto de subirme al barco. Yo... joder, solo necesito escuchar tu voz.

100 Hasta que salga bien

El destino nos pone a prueba constantemente. No puedo evitar pensar que todo lo que ha pasado me ha traído a este momento en el que el sol está despuntando y yo corro por el muelle del puerto rezando para llegar a tiempo. Dylan ha venido a buscarme al aeropuerto y ahora me sigue a la carrera; mis pies ni siquiera tocan el suelo, vuelo. Desde algún altavoz los [Beach boys](#) alegran el día.

Emily Dickinson escribió que «La orilla es más segura, pero me gusta luchar con las olas», yo no voy a llegar a luchar contra ellas, pero quiero estar en primera fila cuando Elio lo haga. Lanzo un grito de euforia al ver que el barco aún está allí. Con el corazón saliéndome por la boca, de los nervios y del esfuerzo, me detengo justo detrás de Elio. Juro que nunca se me olvidará su cara cuando le toco el hombro, se gira y me ve... Es el rostro de la felicidad. En cuanto reacciona, se abalanza sobre mí para besarme y yo enredo mis piernas a su cintura. Sus labios saben a alivio, los míos a urgencia.

—Joder, has venido. —Su voz refleja que sigue alucinando—. No sabes cuánto te necesitaba aquí —dice entre beso y beso.

—Es importante para ti y no quería perdérmelo —confieso.

Por fin siento la paz de cuando todo está en su sitio. Incluida yo. Por fin soy plenamente feliz en mi propia piel.

—Gracias. Eres increíble.

—Tú me haces ser mejor.

—La competición es mañana, por eso hoy está todo más tranquilo. —Intenta que su voz suene serena para darme confianza y me da más explicaciones de las que necesito—. Es un buen día, no tiene nada que ver con la otra vez. Te prometo que después de esto... —Lo silencio poniendo mi dedo sobre sus labios.

—Ve y diviértete —lo animo—. Deja que te seduzca, baila con ella, pero recuérdale que eres mío.

—Se lo diré, ¿algo más?

—Sí, ¿qué haces después?

—¿Alguna sugerencia? —Me aparta un mechón de pelo que con la carrera se me ha escapado de la trenza.

—Te invito a comer para celebrar tu éxito. —Es mi forma de decirle que confío en él, que sé que volverá.

—¿La chica que odia al mar le pide una cita al chico que lo ama?

—La vida está para arriesgarse.

—Hasta que salga bien.

—Hasta que salga bien —repito sobre sus labios.

La sirena del barco resuena enérgica. Ha llegado la hora. Me coge de la mano y subimos a bordo. Hay un par de hombres encerando las tablas, supongo que más que nada es una forma de calmar los nervios; una chica, con un neopreno de los pies a la cabeza, da pequeños saltitos mientras escucha lo que le dice otra, las dos van a salir ahí fuera para enfrentarse a las Mavericks y, sin conocerlas de nada, se convierten en mis heroínas. Al zarpar, veo que nos acompañan media docena de motos de agua con los fotógrafos y otras con el equipo de salvamento. Poco

después de salir, alguien de la organización llama a los surfistas para las últimas indicaciones.

—Vamos, termina esto pronto que tenemos una mudanza pendiente.

En sus ojos veo cada pensamiento que pasa por su mente y me percato de cuándo reacciona a mis palabras.

—El cactus se alegrará de que alguien lo cuide como toca —ríe antes de darme un beso que sabe a casa.

Solo entonces, cuando me quedo sola, soy consciente de lo que me rodea, del fuerte ruido del oleaje, de la gente y del ambiente que lo acompaña lleno de adrenalina. Me contagio de ella, nunca me he acercado tanto a su mundo, siempre lo esperaba en la playa, pero hoy no. Oigo una conversación sobre olas de más de quince metros y se me acelera el pulso, pero justo entonces alguien me rodea los hombros, Dylan.

—Va a ir bien —dice convencido, en un intento de tranquilizarme.

—Lo sé. Pero no me sueltes —le pido en un murmullo.

Ha llegado su turno, Elio se gira hacia mí antes de saltar al agua. Se lleva la mano a la clavícula donde tiene el tatuaje y yo pongo la mía en el costado para decirle que yo también lo quiero.

Se tumba sobre la tabla y a brazadas se aleja de mí. Corro hasta la barandilla.

—Elio Maillard, te juro que como no vuelvas, ¡pienso ir a buscarte! —grito. El cabrón me sonríe y levanta el pulgar hacia arriba. Solo por ver su expresión ahora mismo merece la pena haber venido.

—Le hemos colocado una GoPro en la tabla, ¿quieres verlo? —pregunta una chica junto a mí, con un portátil en los brazos.

Niego con la cabeza. Ni loca. Tengo suficiente con los prismáticos. Las olas son tan altas como un edificio de cinco plantas y el ruido es atronador. La espuma que lo cubre todo me recuerda la que escupe un toro bravo antes de embestir. «No, Morgane, cambia de pensamiento». Me obligo a echar un vistazo a los que me rodean, no tienen miedo, a pesar de que deben tener la adrenalina achicharrándoles las venas, hay respeto y concentración.

—Tranquilo Elio —murmura Dylan, como si pudiera oírlo. Es la segunda ola que intenta coger y que acaba con él cayendo a los pocos segundos. Me aprieta la mano, ya no sé si es para calmarme a él o a mí.

—Ahora sí —exclama un hombre con voz ronca.

Mis ojos van un momento hacia la pantalla del portátil. Elio está de pie, con las piernas flexionadas y los brazos extendidos. Su cuerpo se balancea con una elegancia natural manteniendo el equilibrio, sus manos y pies van perfectamente sincronizados; joder, visto así, parece hasta fácil. Miro hacia el mar, Elio se desliza sobre el agua, dibuja una línea blanca y la ola rompe a su espalda con toda la intención de perseguirlo. Los segundos se me hacen eternos. Desde la pantalla veo claramente el tubo detrás de él, está rodeado de agua y yo tengo ganas de vomitar. Parpadeo y vuelvo la vista al mar, sube por la pared de agua y, antes de bajar, da una vuelta en el aire.

—¿Qué?! —exclamo acojonada y alucinada a partes iguales. Una cosa es ver esos giros y maniobras en fotos y otras es... esto.

La gente que nos rodea grita, silva y vitorea su nombre.

—¡Bien hecho, Elio! —Dylan está eufórico, me abraza con tanta fuerza que hasta me levanta del suelo—. Así se cierra una carrera, haciendo historia.

Repito la pirueta, esta vez hacia la derecha. Se está divirtiendo como nunca. Se me pega el entusiasmo, tanto que, cuando la moto lo trae de vuelta, la adrenalina hace que salte al agua sin

pensar en nada. En cuanto Elio me ve, se tira a buscarme y me abraza desesperado.

—¡Lo has conseguido! —Nos fundimos en un beso salvaje que sabe a vida.

—¡Lo hemos hecho!

Él ha hecho realidad su sueño y yo he sido capaz de saltar por encima de mi miedo. Después de esto, me siento capaz de afrontar lo que la vida nos depara. Y de intentarlo una y otra vez hasta que salga bien.

Fin

Epílogo

31 de diciembre

Hola, Klein

Sé que he tardado meses en contestar tu e-amil, pero es que no tenía nada que decirte. Hasta ahora.

No voy a disculparme por el puñetazo, los dos sabemos que eres un cabrón y que te lo merecías. Que sea Morgane la única que se ha atrevido a dártelo, solo me llena de orgullo, la verdad.

Tú, la única persona que nos ha intentado separar es la misma que nos ha vuelto a juntar. El karma, a veces, tiene un humor peculiar.

No, no estábamos juntos cuando tuvisteis vuestro encontronazo en París. Pero a raíz de la lesión (se fracturó la mano) volvió a la isla y eso hizo que nos diéramos una nueva oportunidad.

Así que «gracias a ti» volvemos a estar juntos.

Gracias a ese puñetazo en unas horas será mi mujer.

Que la vida te trate como mereces,
Elio Maillard

Recuerda

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo. Recuerda, que, a los escritores nos encanta saber tu opinión. Deja tu comentario en la página de Amazon, Goodreads... O escíbeme por Instagram @dona_ter. Me encantará hablar contigo de Morgane y Elio.

Agradecimientos

Llegado este punto solo queda dar las gracias, y es una de las partes más complicadas porque cuesta poner en palabras cuánto les agradezco, a cada una de ellas, que formen parte, no solo de esta aventura literaria, sino de mi vida.

A Norma, Tamara, María, Diana, no imagino este mundo de las letras sin poder compartirlo con vosotras.

A Sandra, Alba, Cris, Nieves, May, Sonia, gracias por querer formar parte de este proyecto.

Y sobre todo a ti, lector/@", gracias por escogerme para compartir un ratito de tu tiempo y dar vida a este montón de palabras.

Un abrazo enorme,

Dona

Otros libros de la autora



Disponibles en Amazon:

[1] Aguardiente de manzana, típico bretón.

[2] Pastel de mantequilla, típico bretón.

[3] La vida en rosa y el rosado, frío.

[4] Cariño, en bretón.

[5] «Buena salud», brindis típico bretón.

[6] Mi corazón, en bretón.

[7] Besos, en bretón.